LA MALDICIÓN DE LOS STENSSON

NIKLAS NATT OCH DAG



narrativa
salamandra

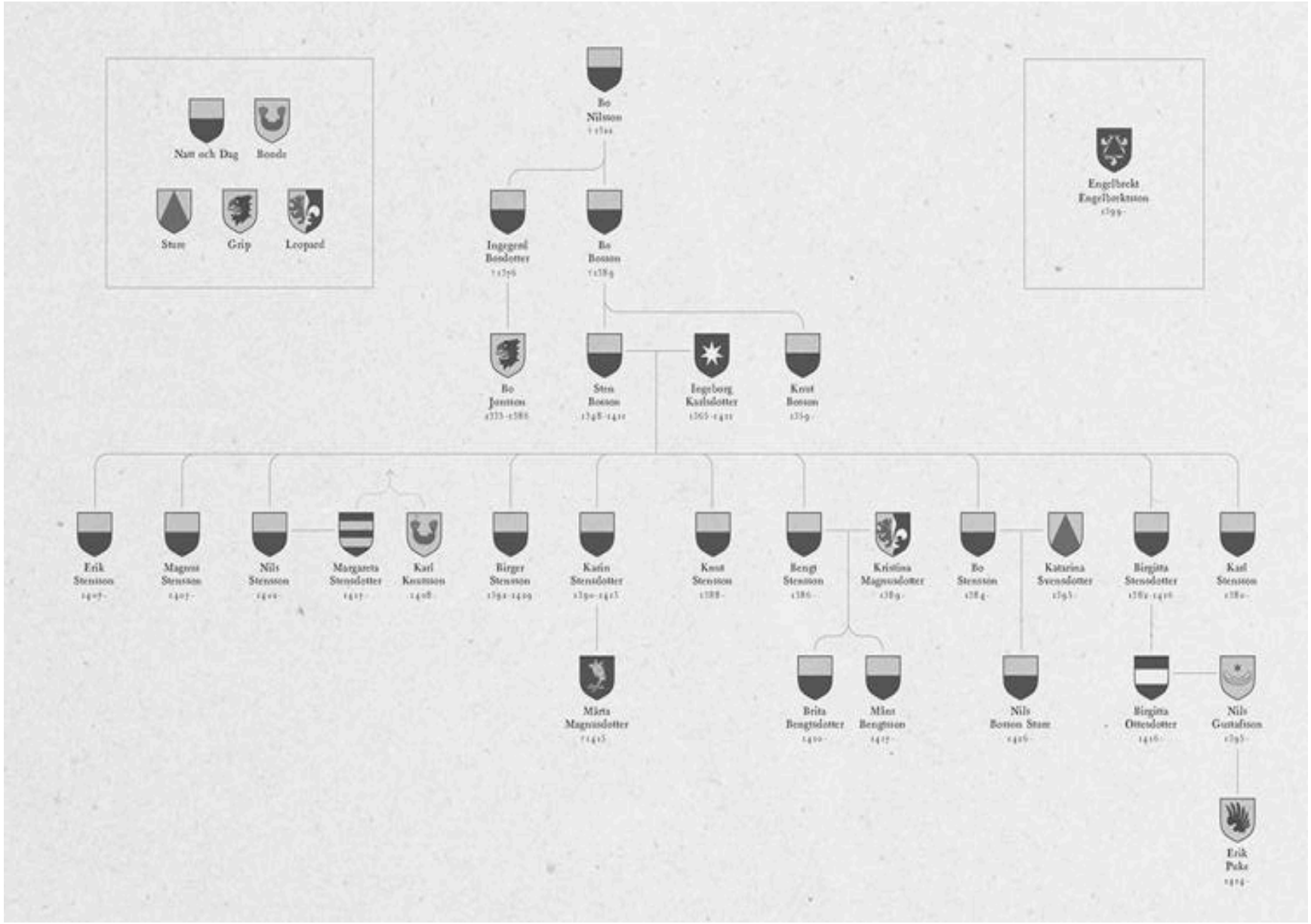
Niklas Natt och Dag

LA MALDICIÓN DE LOS STENSSON

Traducción del sueco de
Pontus Sánchez

narrativa
salamandra


Ciudades
Castillos
Faxeholm
Gävle
Borganäs
Uppsala
Västerås
Sigtuna
Köping
Örebro
Arboga
Estocolmo
Täljе
Göksholm
Amneholm
Nyköping
Vadstena
Norrköping
Linköping
Stegeborg
Söderköping
Stäkeholm
Älvsborg
Varberg
Falkenberg
Halmstad
Kalmar
Brömsehus


Natt och Dag
Bonde
Sture
Grip
Leopard
Bo Nilsson ↑1320
Engelbrekt Engelbrektsson ↑1435
Ingegerd Bondotter ↑1370
Bo Bosson ↑1389
Bo Jonsson 1333–1386
Sten Bosson 1348–1410
Ingeborg Karlsdotter 1365–1422
Knut Bosson ↑1419
Erik Stensson ↑1407
Magnus Stensson ↑1407
Nils Stensson ↑1404
Margareta Stensdotter ↑1417
Karl Knutsson ↑1408
Birger Stensson 1392–1409
Karin Stensdotter 1390–1451
Knut Stensson ↑1388
Bengt Stensson ↑1380
Kristina Magnusdotter ↑1389
Bo Stensson ↑1384
Katarina Svensdotter ↑1451
Birgitta Stensdotter 1382–1416
Karl Stensson ↑1380
Märta Magnusdotter ↑1415
Brita Bengtsdotter ↑1410
Mårt Bengtsson ↑1415
Nils Bosson Sture ↑1426
Birgitta Ottesdotter ↑1416
Nils Gustafsson ↑1395
Erik Puke ↑1514

A Mats Linday

Regnabo.
Regno.
Regnavi.
Sum sine regno.

(Reinaré.
Reino.
He reinado.
No tengo reino.)

Inscripción en el fresco de ALBERTUS PICTOR
(*c.* 1440-1509) sobre la Rueda de la Fortuna,
pintado en el pórtico de la iglesia de Härkeberga.

1350.

La peste negra arrasa con la mitad de la población del reino. El rey Magnus Eriksson necesita dinero y, para obtenerlo, hipoteca sus tierras. Bo Jonsson, noble de la familia Grip, acaba haciéndose con todo el territorio en torno al mar Báltico, desde los límites de Blekinge hasta el golfo de Finlandia.

Pero, para Bo Jonsson Grip, eso no es suficiente.

1364.

Cuando Magnus se niega a saldar sus deudas, Bo Jonsson Grip llama a Alberto III de Mecklemburgo, sobrino del rey, para que gobierne Suecia. Es un monarca dócil, una marioneta destinada a ocupar el trono hasta que él mismo pueda ceñirse la corona.

Pero, para el rey Alberto, eso no es suficiente.

1386.

Alberto intenta afirmarse y fortalecer su posición limitando los privilegios de los grandes señores. Bo Jonsson Grip muere prematuramente, a los cincuenta y un años, sin haber alcanzado la corona. El más poderoso de su entorno es su primo Sten Bosson de Ekhult, caballero y consejero real, miembro de una ilustre familia cuyo escudo, partido en azul y oro, evoca las raíces y la fuerza de Suecia.

Pero, para Sten Bosson, eso no es suficiente.

1388.

Sten Bosson, siguiendo la estela de Bo Jonsson Grip, pone en marcha la misma jugada: invita a Margarita, reina de Dinamarca y Noruega, a intervenir en Suecia para destronar a Alberto. Confía en que, por ser mujer —y, por tanto, un ser débil y lento en reaccionar —, y al vivir lejos del reino, no tendrá más opción que delegar el gobierno de aquellas tierras en el hombre que la ha llamado. Sten Bosson sueña con reinar en nombre de Margarita.

Pero, para la reina Margarita, eso no es suficiente.

1390.

La reina Margarita le encomienda a Sten Bosson una importante misión: ejecutar el testamento de Bo Jonsson Grip y restituir lo que había sido arrebatado; en realidad, es una trampa. Mientras los grandes señores del reino se congregan en Ekhult y se enzarzan en disputas, Margarita coloca daneses y alemanes al frente de los castillos. Vencido y decepcionado, Sten Bosson acaba en la tumba. Un año después lo sigue la propia reina: la peste logra lo que ningún hombre consiguió. Su heredero, Bogislao de Pomerania —que renuncia a su nombre eslavo y adopta el de Erico en deferencia a sus súbditos— recibe tres coronas.

Pero, para el rey Erico, eso no es suficiente.

1410.

El rey Erico quiere ampliar su reino y lleva la guerra hasta la frontera sur. Muchos jóvenes suecos son reclutados y marchan al combate para no regresar jamás mientras los delegados reales extranjeros exprimen al pueblo: cada año exigen más impuestos, se apropian de lo ajeno sin escrúpulos y arrebatan por la fuerza lo que no se les concede. Los señores suecos miran con amargura el poder que hasta hace poco les pertenecía. Entre esos nobles se cuentan los muchos hijos de Sten Bosson, herederos del escudo azul y oro. Son caballeros, consejeros reales, descendientes de un linaje con sangre de reyes.

Pero, para los Stensson, eso no es suficiente.

1434.

PRIMERA PARTE

Junio de 1434

1

Tierra yerma. El sol de verano se esconde tras las nubes blancas. El aire es caliente y bochornoso, y para colmo una nube de insectos lo envuelve todo como un manto. «Mi hermana arde allá lejos», piensa Finn mientras recorre con la mirada lo que tiene ante sí: el camino seco y polvoriento como un surco inmenso; terrenos baldíos; maleza; el bosque denso como una barrera. Aguza los sentidos para intuir el mundo que habita bajo sus pies y por encima de su cabeza: allí donde no hay nada que los sentidos humanos puedan captar. Se frota los párpados mugrientos y sigue avanzando. La sed lo atormenta, pero aún falta para la tarde, y él sabe que debe agradecer todo lo que sufre. Deseaba algo peor: le pidió al sacerdote un cilicio, más carga, pero éste negó con la cabeza y lo advirtió de no caer en la soberbia. Aun así, lleva piedras en el zurrón y cada mañana se echa gravilla en los zapatos.

Camina solo y apenas se cruza con gente. A lo lejos se adivinan pequeñas granjas en penumbra cuyos dueños se convirtieron en polvo o ceniza hace tiempo. El viento tibio entreabre las puertas torcidas y, al no hallar nada con qué entretenerse, vuelve a salir por las rendijas de los maderos de la puerta de atrás.

Intenta imaginar el país tal como se lo describía su abuela paterna: lleno de voces alegres y conversaciones sin fin, del bullicio de los niños, de campos cultivados y prados que parecían ronronear bajo el cuidado paciente de los agricultores. Cualquiera diría que la vieja había perdido el juicio. Y, sin embargo, los muertos se dejan sentir por todas partes: en las casas vacías, en las tierras en eterno barbecho, en los utensilios marcados por generaciones y hoy abandonados. Pronto cumplirá veinte años y su vida ha transcurrido en un mundo concebido para más gente. De niño jugaba, sin saberlo, sobre las tumbas. Dos días antes se topó con un molino cuya rueda aún giraba con la fuerza del río; la madera crujía, pero no había oídos que la escucharan. Los tablones del suelo estaban blanqueados por el polvo de una piedra que sólo se molía a sí misma: harina de roca destinada a fantasmas. La peste se los llevó a todos.

Quienes sobrevivieron cuentan siempre las mismas historias sobre la dama de la guadaña, caprichosa en sus designios: en una aldea cercana se llevó a todos salvo a un hombre; en otra, a todos salvo a una mujer. Ambos buscaron refugio en la iglesia, hicieron sonar las campanas para dar voz a su angustia y allí se encontraron. Del abrazo en que se fundieron nació una nueva aldea: siempre la del que cuenta la historia. Luego se habla de niños hambrientos, empujados por la necesidad a huir de los pueblos donde habían muerto todos los adultos. Pero no hallaron misericordia: los enterraron aún llorando y forcejeando, para impedir que llevaran el contagio a la aldea donde habían llegado. Nunca la del que narra la

historia. Ha pasado una vida entera y más, pero el reino sigue despoblado. La tierra se extiende a lo lejos, y el silencio oprime como un yelmo de hierro las sienes de los pocos que quedan para heredar la tierra y la voz. En la llanura abundan aún los pueblos completamente abandonados: quienes salvaron la vida siguieron adelante, encontraron aldeas vecinas con casas vacías y prefirieron ocuparlas antes que quedarse junto a los fantasmas. La vida busca a la vida: los seres humanos no saben vivir con otros, pero no pueden vivir solos.

A su espalda, Göksholm y las orillas del Hjälmaren ya quedan a tres jornadas de distancia. Podría haber avanzado más aprisa, acostumbrado como está a trabajar duro y con piernas ágiles, pero tiene que hacer un alto en cada iglesia por la que pasa, preguntar si guardaban reliquias, rezar un Padre Nuestro y un Ave María por cada cuenta del rosario. A menudo, cuando él llega el sacerdote está ocupado con otros asuntos, y pierde horas enteras esperando en la puerta. Si se retrasa, la tarde se le echa encima y no puede más que esperar el alba. Prefiere dormir al raso, tapado con su propia capa y con una mata de hierba por almohada. Los cementerios suelen ser los lugares más seguros, a pesar de todo. Y él no les teme a los extraños, pero no quiere poner a prueba sus fuerzas con ladrones y bandoleros. Entre los muros de la iglesia reina la paz: allí nadie lo molesta, salvo algún penitente que, a la hora del crepúsculo, recorre la tierra consagrada siguiendo la senda del sol.

La tarde pasa lentamente, larga y luminosa. Los pájaros cantan durante horas antes de descansar. En esa época de gracia tienen

urgencia por vivir. Sólo callan cuando la oscuridad por fin se cierne sobre todo; entonces, les ceden el cielo nocturno a los cárabos, que vuelan sobre el viento invisible. A él le cuesta conciliar el sueño: la inquietud lo muele y remuele como si fuese la piedra de aquel molino abandonado junto al río. Se repite lo que el sacerdote le dijo una vez: que sus actos son como brisa refrescante sobre la piel quemada de su hermana, un ungüento para sus ampollas y heridas, una promesa de alivio. Las noches son cálidas, pero aun así no halla tregua: cada momento de reposo es una espina clavada en la carne. Ylva está siempre en su pensamiento.

De pequeños eran como uno solo: lo compartían todo, lloraban las mismas lágrimas por el golpe que sólo uno de los dos había recibido. Después se volvieron distintos, dejaron de estar de acuerdo sobre cuál era el camino correcto. Donde él vio la misericordia de Dios, ella vio otra cosa. Él se dejó domar, se adaptó, empezó a considerar un don de Dios haberse salvado. A ella, en cambio, le escocía: para ella era un castigo, y se rebelaba.

Ahora arde ella sola. Él nunca ha visto a nadie arder en la hoguera, pero todo lo que sabe del fuego alimenta sus temores. Recuerda aquella vez, en la infancia, cuando cogió un atizador ardiente: el repentino mordisco en los dedos, el dolor que se prolongó largo tiempo. ¿Y si no hubiese logrado soltarlo, ni siquiera cuando la carne empezara a humear y la sangre a sisear, hasta que se hubiese vuelto negra y carbonizada, como los últimos trozos que quedaban en el espetón? Eso debía de estar sintiendo ella.

Cuando despierta de su duermevela, en la hora más oscura, es como si el descanso lo hubiese despojado de toda devoción y dejado al descubierto un núcleo de ira. El corazón se le dispara, bombeando

odio y furia con cada latido. ¡Cuánta injusticia, cuánta crueldad! Y cuando consigue dominarse, el pánico y el arrepentimiento se le echan encima. Sabe que ha hurgado en las profundidades de su alma y ha blasfemado contra el que todo lo ve; sabe que lo ha empeorado todo aún más. Para cuando los primeros rayos de sol alcanzan su lecho, sólo queda una estampita entre matas. Él ya ha reemprendido la marcha.

Vuelve a acercarse la tarde y él no lleva más que piedras en el zurrón. Y tiene que comer, aunque sea un bocado. Hay un pueblo en el camino, una iglesia humilde, una posada que se agazapa junto al llano embarrado. Ya ha cumplido su tarea: ha venerado el trozo del manto de san Juan Bautista, ha dicho sus oraciones. Unas manos ponen pan y agua sobre la mesa de madera sin cepillar. La luz mortecina alumbra apenas el fresco suelo de tierra. Él se permite un momento de modorra una vez que ha calmado su estómago. Con el anochecer, va llegando la gente. Cuando se han reunido suficientes, echan a suertes quién cortará la leña y convencen al posadero de que encienda el fuego. Al elegido le toca arrodillarse durante un largo rato, con la espalda encorvada, soplando para avivar las ascuas que alguien ha llevado en una cuchara desde otro hogar. Pronto prenden el abedul y las ramitas. Una llama frágil brota entre las astillas. De pronto, la sala es otra: el resplandor dorado le infunde calor primero al alma, antes de alcanzar el cuerpo. Las sombras se deslizan por las paredes y dan volumen a la estancia. Es un instante de recogimiento profano. Todos se quedan en silencio, mirando fijamente el fuego, ese ser consolador que ni los más sabios pueden

explicar de modo que el pueblo lo entienda. También los ojos de él se quedan prendidos de las llamas, hasta que comprende que, en su caso, el fuego se ha convertido en una burla. Desde su taburete junto a la puerta, un viejo entona una canción monótona a cambio de unas migas y un trago. A Finn, la melodía lo arrulla, pero alguien interrumpe:

—¡Basta ya! ¡Mejor cuéntanos una historia! ¡Una saga!

El grito espanta a Finn y lo saca de un sopor inquieto. Le duele el cuello: ha estado cabeceando. Ahora hay más gente apretujada en los bancos; sus cuerpos ayudan a mantener tibio el lugar. El viejo que cantaba acepta contar una historia, pero extiende su taza para cobrar por adelantado, y alguien se la llena. Él bebe hasta el fondo mientras los oyentes se acercan para ocupar los puestos que creen merecer. El viejo se aclara la garganta y comienza. Finn reconoce los versos, aunque no es una historia que se escuche con frecuencia en Göksholm, su pueblo. Tres apuestos príncipes cazan alegremente en el bosque, pero pronto se ven envueltos en la niebla. Entre los árboles surgen tres figuras que pronto identifican como cadáveres que han escapado de la tumba; vivos, pero aún impregnados del hedor de la muerte. Los príncipes retroceden, espantados y llenos de asco, pero los muertos les piden silencio y calma. «En nuestro linaje tenéis vuestro origen», dicen con voz agusanada. «Tal como sois ahora, fuimos nosotros en su día. Tal como somos, seréis vosotros también. Desperdiciamos nuestras vidas en vanidades y placeres», los advierten. «Hacedlo mejor mientras aún tengáis tiempo.» Y así concluye el encuentro. La niebla se disipa.

La gente asiente con la cabeza y murmura su aprobación. Le vuelven a llenar la taza al viejo. Ya es tarde, algunos empiezan a levantarse. Finn se despereza, dispuesto a marcharse también, cuando un desconocido se le planta enfrente y alza las manos para mostrarle que no va armado.

—La paz sea contigo.

—Y contigo.

Se trata de un joven más o menos de su edad. Lleva una túnica bien cortada, aunque con el borde cubierto del polvo del camino, y una bolsa sujeta al cinto de cuero. Su flequillo rubio asoma bajo una capa ligera de lana. Sonríe. Tiene un rostro afable, casi como hecho para inspirar confianza. Sin alardes, toma asiento frente a Finn.

—¿Qué te ha parecido la historia?

Finn se encoge de hombros.

—No es nueva —dice—, aunque la he oído peor contada.

—Me llaman Olaus Jonae.

Finn entrecierra los ojos.

—¿Y qué clase de nombre es ése? Le iría mejor a un obispo que a un caminante.

Olaus se sonroja.

—Es cierto que soy eclesiástico. Me bautizaron como Olof, y mi padre se llama Jöns. Soy de Skänninge; allí nací y me crié. ¿Partes hacia el sur con el alba?

—¿Y a ti qué te importa?

El joven al que llaman Olof se remueve en el asiento.

—Voy camino de Linköping y no me queda otra que ir a pie. Conozco la ruta, pero hasta ahora sólo la había recorrido en sentido contrario, y en otoño, cuando los árboles estaban pelados. —Se

distrae mirando una arruga de su túnica antes de continuar—: He recorrido el país de punta a punta, y en todas partes se habla del bosque de Tiveden. Dicen que entrar solo puede costarte la vida.

—Entonces estás de suerte: Tiveden queda al otro lado del Vättern, no por aquí.

—Puede que este bosque no tenga nombre, pero ¿no son los mismos árboles? Cubren toda la región sin pausa desde la otra orilla del lago hasta aquí. Para llegar a Motala no hay más remedio que pasar bajo sus copas. Y un criminal que estuviera entre nosotros ahora mismo podría cruzar esa puerta esta noche y vagar por el bosque durante días sin que nadie lo encontrara.

—¿Y a qué le temes tú, a los criminales o a los espíritus?

—Dicen que un malhechor al que llaman Tor el Extraviado se ha hecho una guarida en lo más profundo del bosque. Que vive allí como una bestia, lejos de todo el mundo, enloquecido por la pena y el odio. Que es tan alto que no podría erguirse dentro de una casa común, y tan corpulento que parece de hierro. Que aúlla en las noches de luna llena, y su alarido se oye a leguas, y los lobos le responden como si fuera uno de los suyos. Que vaga por los senderos al amparo de la oscuridad y ataca a cualquiera que se cruce en su camino.

»Si es una mujer —continúa con voz más baja— hace con ella lo que los hombres de su calaña han hecho desde el principio de los tiempos. Y si la encuentra de su gusto, la retiene, hasta que se cansa. Pero si es un hombre... le corta el miembro de cuajo con su cuchillo para poder saciar su deseo con algo que se parezca a una mujer.

»Y dicen también que, cuando encuentran los cadáveres, les han cercenado las orejas y la nariz, sólo por placer. Para colgárselas del cinturón, como adorno.

Finn suelta un resoplido.

—¿Y qué te hace pensar que yo mismo no soy sino un bandolero y un criminal? O el mismísimo Tor el Extraviado, incluso.

Olof le señala algo con la barbilla, y cuando él baja la vista ve que la capa se le ha abierto, dejando al descubierto la daga. Maldice para sus adentros: ha sido una estupidez acercarse a donde había otros hombres. Ni siquiera el hambre justificaba el riesgo.

Olof esboza una media sonrisa.

—Tienes pinta de bandido, sí —concede—. Pero no cualquiera lleva un arma como ésa.

La daga que Finn lleva al cinto lo distingue del resto: sin ser necesariamente ostentosa, no es una pieza común. La empuñadura, dorada y grabada, y la vaina, costosa y con los colores de su señor: oro y azul.

Se queda un momento en silencio, entornando los ojos para estudiar a su interlocutor. Trata de averiguar si le conviene o no que el tal Olof no sea un ingenuo. Al final suspira y se decide.

—Me llamo Finn Sigridsson y estoy al servicio de Bengt, el señor de Göksholm, a orillas del lago Hjälmaren. Allí todos me conocen. Mañana al amanecer partiré hacia el sur. Si estás al pie del camino y tomas la misma dirección, no podré impedírtelo.

Olof Jönsson se revuelve en el asiento.

—Hay algo más —dice—. Llevo una carga pesada, más de lo que un hombre puede acarrear con facilidad. Es hierro osmund, y no

poco. Antes tenía un caballo, pero lo perdí por mala suerte. Si estás dispuesto a ayudarme, puedo pagarte por la molestia.

Una oleada de compasión recorre el cuerpo de Finn. No puede ser una casualidad. Más bien la misericordia de Dios: una forma de redimirse por los pensamientos que ha tenido. Intenta mantener la voz firme, pero las palabras le salen roncas por la emoción. Sólo logra decir lo justo:

—Yo lo llevaré. Todo. Sin pago.

Después se recoloca el cinto, cubre la daga con la capa, se dirige a la puerta y sale en busca de un lugar donde pasar la noche. Siente la mirada de Olof Jönsson en la espalda; muda, algo perpleja.

Esa noche, el sol —que desde el inicio del viaje ha mostrado un rubor intenso— se apaga pálido. Él se envuelve en la capa y se ciñe la caperuza a las mejillas y la frente. Hasta ahora, el tiempo ha sido benigno, pero cualquiera que haya dormido al raso sabe leer el cielo: con el alba llegará la lluvia... o algo peor.

En sueños, ve a su hermana. Y oye la voz de su madre —seca por la enfermedad y amortiguada por la puerta que la mantenía al otro lado—, repitiéndole las últimas palabras que quiso ofrecerle como consuelo. Palabras cuya verdad ni él ni Ylva lograron aceptar del todo y que, con el tiempo, acabaron por separarlos:

«Es voluntad de Dios. Todo lo que pasa es voluntad de Dios.»

2

De pronto, Stina oye un sonsonete. Es muy débil, pero cuando sus oídos se acostumbran reconoce las voces femeninas que, en mitad de la noche, se elevan para darle la bienvenida al nuevo día. No entiende lo que dicen, pero el sentimiento de las monjas traspasa las paredes: un deseo de liberarse de la agonía, un ruego de salvación que no va dirigido a Nuestro Señor, sino a su madre, la Virgen. Allí, en el convento de Vadstena, incluso el cielo parece haberse vaciado de hombres: se venera a una mujer elevada a la divinidad. A ella no le disgusta, y de todas formas no importa, porque las oraciones se elevan, iguales, día tras día.

Lleva mucho tiempo de pie junto a la ventana, a un lado de la sala capitular amplia y vacía. Ha llegado tan de madrugada que alcanzó a oír a las monjas removiéndose en sus camas —ella misma debería haber dormido todo lo que pudiera, pero la inquietud era más fuerte —. Ha oído a la soñolienta hermana que hacía guardia tocar la campana por primera vez, a las monjas levantándose y diciendo una jaculatoria —«Ave María», siempre «Ave María»—. Y el segundo toque de la campana, seguido de pasos que se arrastraban en dirección al coro de la iglesia, cada vez más débiles a medida que se alejaban. Tras demasiados días como invitada, ya conoce las costumbres.

La fatiga le pesa en las articulaciones, le oprime la frente. Hace mucho que dejó atrás la juventud, y apenas recuerda la última vez que tuvo fuerzas para una vigilia como ésa. Ha pasado el día entero, hasta bien entrada la noche, sentada junto a la cama de la parturienta, y si no la hubieran echado al fin, aunque fuera con amabilidad, todavía seguiría allí. Pero por mucho que las piernas le flaqueen de cansancio, no ha querido irse a dormir: ha preferido el silencio y la soledad.

Desde el lecho de Margareta, al otro extremo del pasillo, sólo llega el silencio. Ahora, ella duerme, esperando el alumbramiento; por el momento, su cuerpo reposa y acumula fuerzas para el esfuerzo que está por venir. Es joven, apenas diecisiete años, y es su primer hijo, el más difícil. Tiene las caderas estrechas. De hecho, es delgada de pies a cabeza, salvo por el vientre. Los rizos rubios se le pegan a la frente, oscurecidos por el sudor. La inquietud envuelve como una neblina a la monja que está a su lado, aunque echa mano de su larga experiencia para disimular.

—¿Madre?

Stina reacciona ante esa palabra, omnipresente en aquel lugar —entre monjas, madres y parturientas—, y le parece un presagio que haya irrumpido justo en medio de sus cavilaciones. Ha sido Brita, su primogénita. Que se le haya acercado sin que lo notara le recuerda cuán peligroso es pasar tanto tiempo sin dormir. Sus partos nunca fueron fáciles, piensa, y el de Brita menos. Por más que su hija ya sea una mujer adulta, que hayan pasado dos décadas de aquello, lo recuerda a la perfección, como si fuese una cicatriz imborrable en la memoria: la larga espera con una carga creciente sobre las rodillas cada vez más débiles, los repentinos pinchazos en el abdomen, y la

mañana en que algo se le rompió por dentro y la dejó agachada en un charco de líquido frío, muerta de miedo de haber perdido esa nueva vida justo en el umbral. Pero había poca sangre, casi sólo agua. Después la llevaron a la cama y se sumió en una bruma de dolor que venía en oleadas cada vez más seguidas. Estaba sola, pero rodeada de voces y manos. Tras la larga lucha, una presión creciente, el último empujón y una liberación tan repentina que la dejó sin aliento. Las sábanas quedaron empapadas, como si hubiesen tendido la cama con ropa mojada. Recuerda aquel chillido extraño, amortiguado por sus oídos taponados, y acto seguido, el pequeño cuerpo arrugado en su regazo, y aquella felicidad agridulce que llenaba el vacío que la pequeña había dejado. «Desde el amanecer hasta el mediodía», había dicho la partera, asintiendo satisfecha. «Cinco horas, quizá seis.» Para ella había sido una agonía de esas que hacen imposible distinguir entre el instante y la eternidad, un abismo más allá del tiempo, demasiado hondo para que las palabras sirvieran de consuelo, fuera del alcance de las manos que intentaban ayudar...

En cuanto a Margareta, ya llevaba tres días en esa misma espera. La criatura seguía demorándose. Ya deberían haber partido hacia el norte para celebrar en Göksholm el primer solsticio de verano del bebé. Pero nada. La espera las consumía a las tres, y no presagiaba nada bueno.

Al pensarlo, sus dedos viajan de su frente a su pecho y luego de un hombro al otro, un gesto tan habitual —el de santiguarse— que apenas lo nota. Se vuelve y abre los ojos, que habían cerrado por un instante en un amago de descanso.

—¿Hay novedades?

Brita niega con la cabeza.

—Todavía duerme.

Stina no logra entender qué problema tiene Brita. Porque, sea el que sea, no se le nota por fuera. Es una muchacha hermosa... ¡si tan sólo pudiera deshacerse de esa expresión tensa que lleva siempre en la cara! Ese ceño fruncido, los labios apretados... A sus veinticuatro años, sigue viviendo en casa a pesar de tener una dote de un tamaño que pocas veces se ve. Pero ha ido rechazando a todos sus pretendientes, uno tras otro, hasta que no quedó nadie. Y ya de entrada no eran muchos: no son tiempos de cunas, sino de tumbas.

Y a la madre la saca de quicio que la hija continúe viviendo en el castillo de Göksholm, que no es lo bastante grande para alojar a dos señoras. Brita siempre está demasiado cerca: le sigue los pasos, camina a su lado, la observa. Atenta a cualquier fallo, a cualquier descuido. Callada, sí, pero con esos ojos grandes y vigilantes. Esa mirada que juzga.

Fuera yace el oscuro lago Vättern, apenas surcado por ligera brisa nocturna. La noche es fresca, pero a Stina la ropa se le pega a la piel; la nota áspera, le molesta. Y, de pronto, una ola de calor la recorre por dentro, y siente un sofoco como si hubiese cruzado el campo corriendo. Tiene que sacudirse la falda para dejar entrar aire.

—¿Qué quieres?

—Una de las monjas... —Brita, insegura, cambia el peso de un pie al otro. No sabe cómo seguir—. Me he apartado un momento de la cama de Mara para descansar —añade por fin, dado que su madre

se ha quedado callada, esperando a ver qué dice—, y en la puerta me he encontrado a una monja ya muy anciana, mal vestida. Creo que estaba fisgando, pero en cuanto ha oído pasos, ha salido corriendo.

—¿Y no pudiste alcanzar a una vieja?

Brita asiente.

—Ha corrido todo lo que ha podido, pero he podido seguirla manteniendo las distancias. Ha bajado las escaleras, ha salido y ha rodeado la iglesia para ir al camposanto. Allí se ha puesto a rezar frente a una lápida y después ha vuelto deprisa a los dormitorios.

—Y tú ¿has visto de quién era la tumba?

—La lápida lleva nuestro escudo, pero no he reconocido el nombre.

«Un misterio salido de la cabeza de una muchacha: justo lo último que necesitamos», piensa Stina. Se vuelve hacia la ventana.

—A lo mejor a esa anciana se le va la cabeza. No es asunto nuestro, aunque no creo que sea apropiado que una monja ande por ahí fuera de noche. Hablaré con la abadesa cuando la vea.

—¿Madre?

—¿Qué?

—En Göksholm, el sacerdote sólo habla de Nuestro Señor Jesucristo, y todos los santos llevan barba. ¿Por qué aquí todo el mundo le reza a la Virgen María y a santa Brígida?

—Porque estas monjas son más sabias. ¿Quién, en su sano juicio, seguiría a un hombre, pudiendo seguir a una mujer?

Brita no sabe si su madre habla en serio o si está burlándose de ella. Se queda callada, con la duda en los ojos.

—Anda. Ve a descansar —dice la madre.

Stina oye a su hija alejarse. Le gustaría haber sido una mejor madre, y se pregunta si, de haberlo sido, Brita sería distinta. Siente vergüenza, y no encuentra otra salida que enfurecer. Vuelve a persignarse —no se le ocurre otra cosa—, pero por dentro sigue sintiendo el mismo peso que tantas veces a lo largo de ese año.

En la iglesia, las hermanas entonan el *De profundis*: «A ti clamo, Señor, desde el fondo de mi angustia.»

3

Herr Bengt entreabre unos párpados pesados y se encuentra con que ha amanecido en su ausencia. Frunce la nariz, sorprendido por su propio hedor: apesta a sudor y al vino agrio que le gotea de la barba. Está más que habituado a beber, pero no a amanecer oliendo así. Se queda un rato quieto, esperando a que se le aclare la cabeza, antes de girarse en el lecho con un suspiro. Esa cama lleva diez años siendo sólo suya, desde que él y Stina acordaron que lo que habían hecho juntos en el tálamo ya era suficiente, y que era mejor que cada quién durmiese por su lado para que ella no tuviera que aguantar sus ronquidos, que la atormentan como una pesadilla durante toda la noche. Tiene que balancearse ligeramente para equilibrar la barriga sobre las dos piernas, y lo hace con la agilidad de un escarabajo tumbado boca arriba. Le duele la espalda por tener que sostener su peso, y un chasquido en la parte baja de la espalda hace que se le erice el vello de los brazos. Además, le punza la cabeza y tiene una sed terrible. De joven nunca tenía resaca, pero ahora es lo habitual. Maldita edad. Pronto tendrá los mismos años que su madre cuando partió de este mundo, justo antes de llegar al medio siglo. En cuanto a su padre, herr Sten, siguió luchando otros doce años, pero él no tuvo que llevar once hijos en el vientre.

Después de vaciar la vejiga en el orinal, se viste cuidando de no tentar al destino y encorvar demasiado la espalda. Le cuesta ponerse las calzas, y más aún sujetarlas a la camisa. Finalmente, se echa encima una túnica bellamente bordada —con hilos de oro sobre el fondo azul—, lo bastante ornamentada como para que las manchas pasen desapercibidas. Sale de la habitación y va gruñéndoles a los sirvientes a medida que se cruza con ellos: un sonido perfectamente ensayado que hace las veces de saludo matutino y también de confirmación de que sabe que están haciendo lo que les toca y de que no toleraría nada menos. Llega al patio, donde el sol lo recibe con un bofetón en la cara. Se dirige primero a la tahona, donde el mozo, que lo ha visto venir desde lejos, le sirve una jarra de cerveza y se la tiende en el mismo umbral. Él la toma con una inclinación de cabeza y se la bebe de un trago, se limpia la boca con el dorso de la mano y la devuelve. El mozo se la llena de nuevo, y esta vez bebe con más mesura, mientras el dolor de cabeza comienza a remitir. Vuelve a emprender la caminata a paso tranquilo, rehuyendo el sol matutino y buscando la dentada sombra de la torre. Por el camino hace aspavientos para quitarse de encima al pequeño grupo de gente que ha estado esperando su llegada para pedirle que bendiga todo tipo de labores, muchas relacionadas con los preparativos del solsticio de verano —que seguramente acabará pagando él, como cada año—. Se da a entender con un expeditivo gesto de cabeza: «Pronto, pero ahora mismo mejor no os acerquéis.»

Observa el cielo azul reflejado en las aguas del lago Hjälmaren y luego mira entornando los ojos hacia lo alto de la torre, para asegurarse de que el guardia está en su puesto, allá en el remate

del muro; que no se ha quedado dormido y que mantiene la vista fija en el único camino que lleva hasta allí. El castillo de Göksholm se alza firme sobre sus cimientos, pero ninguna fortaleza está tan bien construida que no pueda perderse en un instante si la guardia falla. Rara vez cae una plaza si no es por error de sus defensores o por engaño de quienes la asedian. Su padre mandó engrosar los muros y cavar el foso, reformar las aspilleras y levantar aún más la muralla, sin preocuparse por las miradas de disgusto de Stina, que veía cómo el hogar de su infancia se volvía irreconocible. Deja la jarra en el suelo, sube hasta el muro y apoya una mano sobre la piedra, fresca como siempre. Le acaricia la áspera cara con la palma, le da una palmada para corroborar su firmeza. Desde allí se divisa la torre, lejos tanto por tierra como a través del lago. El portón está forrado de hierro; las troneras, demasiado altas como para escalar por ellas, están bien dispuestas para responder con flechas a cualquier visitante indeseado.

Lástima que el castillo sea tan incómodo: un horno en verano, una tumba helada en invierno. Sin embargo, con el sótano lleno de leña y carne salada puede resistir durante meses: lo suficiente para que el frío hiele la sangre del atacante. Se sube la túnica, se desata las calzas, separa las piernas y se prepara para orinar. Tarda un rato en conseguirlo y apenas logra que salga un chorrito, pese a su urgencia enorme de vaciar la vejiga. En todo caso, como si fuese un lobo, marca su territorio; suyo y de nadie más. Aliviado, se aleja, listo para lo que traiga el día.

Tal como temía, la montaña de cuentas no tiene mucho que envidiarle a la torre de piedra, y las sumas no hacen otra cosa que crecer. Se acerca el solsticio de verano, y va a celebrarse en el

castillo una reunión cuyo último precedente se remonta a los tiempos de su padre, herr Sten.

Desde sus días de infancia en Ekhult no se habían reunido tantos parientes bajo un mismo techo. Los descendientes de su padre forman una estirpe variopinta, con miembros nacidos a lo largo de tres décadas.

Viejos aliados volverán a encontrarse, rencores olvidados saldrán a la superficie y todo esto ocurrirá mientras la bebida mina el juicio de todos con la eficacia con que un zapador experto derriba un muro que parecía firme.

Y lo habitual: los jóvenes pelearán con los mayores, como en todas partes.

Quizá lo que más le pese sea tener que ejercer como anfitrión y mediador. No le quedará más remedio que mantener la cabeza despejada, y no será nada fácil mientras los demás se refrescan a su antojo.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Måns? —pregunta volviéndose hacia el criado que está ayudándole con las cuentas.

El otro simplemente se encoge de hombros, pero la mirada de su patrón lo obliga a responder:

—No lo sé —dice al fin—. Tal vez haya salido con su halcón, o con el arco... o a pasear por el bosque.

—¿Finn está con él?

El criado vacila, incómodo por tener que recordarle a su amo lo que ya sabe.

—Finn Sigridsson ha ido a Vadstena a hacer penitencia por su hermana —responde—: vos mismo le disteis permiso, mi señor. No volverá hasta dentro de unos días.

Herr Bengt asiente recordando lo que la cerveza le había hecho olvidar. En cuanto a Måns, debe de andar desaparecido, como suele ocurrir últimamente. No tiene nada que reprocharle: él no era muy distinto a su edad. Casi nunca veía sentido en perder el tiempo en obligaciones tediosas cuando el bosque y la tierra se abrían ante él repletos de aventuras. Ya le llegará su hora. Por el momento, aunque él mismo tenga que ocuparse de la gestión del castillo, al menos lo reconforta saber que su hijo puede disfrutar allá afuera mientras él está atrapado entre papeles.

Se bebe el último trago de la jarra a la salud de su hijo y siente cómo lo invade una cálida sensación, mejor que la que suele producir la cerveza por sí sola.

El chico se esfuerza, es listo y bien parecido. ¿Y qué mayor deseo puede tener un padre que un hijo digno del futuro que le espera? La sangre materna parece haber suavizado el carácter tormentoso y violento del abuelo, el padre y los tíos.

Por cierto, Stina ya debería estar allí, ocupándose de las tareas que les corresponden a las mujeres. Es cierto que todo es importante al final, pero sólo faltaba que él mismo tuviera que encargarse de nimiedades como decidir qué lugar debe ocupar cada quien en la mesa, comprar provisiones, escoger los platos y supervisar su preparación. La resaca, sin embargo, hace que una pregunta inesperada se le cuele en la cabeza: sus quehaceres —ser caballero, consejero—, ¿realmente son más relevantes?

Recuerda bien cuando su padre lo llevó al *ting* —la asamblea de los hombres libres— en el prado de Mora, en el corazón de Attundaland,

poco después de que cumpliera diez años, para presenciar la elección del rey Erico y ser armado caballero. Jamás se habría imaginado que en ese reino semivacío hubiese tanta gente, y eso que al inicio de la ceremonia sólo se hallaban los grandes señores y sus séquitos. Su padre, además, parecía conocer a todo el mundo: a cada momento, alguien se acercaba a saludarlo, e intercambiaban elogios y solemnidades, cuidándose mucho de evitar cualquier agravio.

Recuerda cómo notaba las miradas curiosas que buscaban en su rostro los rasgos típicos de su linaje. «Allí está», debían de pensar, «ése es el retoño de Sten Bosson, quien con el tiempo heredará las tierras y las abundantes riquezas que su bisabuelo, su abuelo y su padre reunieron gracias a su proximidad al rey y a su propia astucia y violencia». Él ya sabía, desde entonces, que la sangre real que corría por sus venas era escasa y remota, pero que aun así tenía un lugar entre quienes estaban llamados a decidir.

El vino empezó a correr, y la jornada fue avanzando hasta que cayó la noche. Él se había quedado medio dormido sobre una piel de oso, y su padre hizo que se espabilara y se lo subió a los hombros, como cuando aún era un niño, para que pudiera ver mejor. Los obispos y demás eclesiásticos, que hasta poco antes se paseaban entre los asistentes con sus deslumbrantes casullas doradas y sus mitras, se habían marchado ya. Comenzaba un ritual pagano.

Lo que había estado destinado a unos cuantos daba paso al espectáculo público. En vez de salmos, sonaban cánticos que se entonaban al ritmo metálico de espadas que entraban y salían de sus vainas, y cuyas letras, de tan antiguas, resultaban casi incomprensibles para él. El ambiente había cambiado: el aire era

espeso como antes de una tormenta. A él se le erizó el pelo de la nuca y los brazos. Entonces, sintió el pesado guante de su padre sobre el hombro y se unió a una fila que avanzaba entre la apretada multitud.

El olor a humanidad era tan intenso que lo hacía lagrimear. El suelo, pisoteado por la multitud, se había vuelto un lodazal en el que se mezclaban orines e incluso heces. A lo lejos podía ver al rey recién elegido, de pie sobre la roca más alta del prado, como una figura legendaria. Iba vestido de colores brillantes, las botas adornadas con símbolos antiguos. Lo rodeaba un círculo de antorchas, y llevaba una corona de oro y un manto rojo sangre.

Aunque atemorizado —era uno de los más jóvenes entre los que iban a ser armados— reunió todo su valor para avanzar. Sin embargo, al llegar su turno y postrarse de hinojos delante del monarca, las piernas le fallaron y la rodilla derecha se clavó con fuerza en el suelo. Tuvo que apoyarse en una mano para no caer. Entre los rugidos de la multitud, apretó los ojos esperando el golpe de espada que, según le habían advertido, caería con tal fuerza que sólo los valientes podían soportarlo. Pero nada sucedió. Al abrir los ojos, vio al rey, que distaba mucho de ser el héroe de una saga: un muchacho apenas mayor que él, con cara de susto —el rostro de un púrpura tan subido como el de su manto—, espalda estrecha y piernas flacas. El brazo enclenque le temblaba bajo el peso de la espada que, suavemente, posó sobre su hombro mientras murmuraba palabras que no parecían estar en sueco.

Aquel chico debilucho aún es el rey, y no ha aprendido gran cosa de sueco, pero se ha vuelto desconfiado, irritable y temeroso en su empeño por mantener unido el rompecabezas que su madre le legó.

Bengt sabe que muchos envidian su asiento en el Consejo del Reino sin ni siquiera imaginar lo que realmente implica. En ese mismo instante, el rey Erico está en Dinamarca, y en su ausencia todo el trabajo recae sobre los demás. Sin ir más lejos, en su momento él mismo tuvo que lidiar con los miembros de la Liga Hanseática: zorros disfrazados de personas, expertos en torcer cada palabra a su favor sin importar lo que realmente se hubiera dicho, siempre listos para usar el malentendido como arma. El año anterior tuvo que negociar la compra de granjas en nombre de la corona y éste le tocó cabalgar hasta Lund por caminos nevados para apaciguar al arzobispo, inquieto por la creciente avaricia del rey (ambos, rey y prelado, están cada vez más enfrentados, como perro y gato, en las zonas fronterizas donde el poder terrenal y el espiritual se disputan el control).

Y ha tenido que hacer todo eso mientras ejerce de *lagman*, administrando justicia a los habitantes de la provincia de Närke, con poder sobre la vida y la muerte, además de cuidar los bienes que ha heredado y los que ha adquirido por sus servicios al rey: todo aquello que un día le corresponderá a Måns.

Sólo de pensarlo se siente enfadado. Se limita a resolver lo que no puede aplazarse hasta el día siguiente. Lo demás quedará en manos de los sirvientes. Dicta dos cartas, una dirigida a su cuñada, Katarina Sture, pidiéndole que acuda cuanto antes porque necesita ayuda y consejo en ausencia de Stina —quien ya debería de estar ahí—. La otra, a la propia Stina, en Vadstena, para preguntarle por la causa de su demora.

Al darse cuenta de que sus palabras están siendo demasiado duras, tiene que volver a empezar. Sabe que su esposa no está

ausente por gusto, sino porque tiene que atender a la pequeña Margareta. Se santigua y reza en silencio una oración por su hija. Luego piensa en Nils, el futuro padre, uno de sus hermanos menores y el más inquieto de todos. Nadie parece saber dónde está, ni por qué no está junto a su esposa. Dios quiera que el niño que viene nazca fuerte y sano.

Con la jornada concluida, cruza de regreso el patio y se sienta a beber otra cerveza notando cómo el alcohol empieza a hacer efecto. Se deja llevar y refuerza la sensación con varias jarras más mientras el sol sigue su camino en dirección a Örebro.

Cuando al fin se incorpora, lo hace sobre piernas inestables. Tiene que extender un brazo para mantener el equilibrio y, por un momento, se queda quieto, sopesando sus opciones. Luego toma el sendero que baja hacia el lavadero y abre la puerta de golpe, de un modo tan violento que las lavanderas se dispersan como las gallinas cuando un zorro ha irrumpido en el gallinero.

Todas conocen sus intenciones. Sólo una no se ha movido: la joven a la que busca. Ella se alisa la falda con las manos —aunque sabe que pronto se le volverá a arrugar— y esboza una sonrisa que es mitad timidez, mitad picardía.

Él se levanta la túnica y forcejea con los cordones de las calzas porque los dedos no le responden como deberían. Por fin, consigue sacarse el miembro, pero éste permanece inerte, y aquella sonrisa le parece una burla.

Él le cruza la cara con una bofetada y observa cómo se le enrojece la mejilla y cómo el escozor le arranca unas lágrimas. Eso, por fin, despierta su virilidad. La agarra por la cintura y la obliga a darse la vuelta mientras ella se apresura a subirse la falda.

Él tarda en encontrar el punto exacto, pero cuando lo hace embiste con fuerza una y otra vez, espoleado por los gemidos de ella. Pierde la noción del tiempo, pero no transcurre mucho...

Sin aliento y con la vista nublada, se da la vuelta sin decir palabra. Vuelve a atarse las calzas sin tomarse la molestia de secarse y deja que la túnica le caiga de nuevo sobre las piernas.

Se encamina hacia la pequeña elevación sobre la que se asienta la torre de piedra y, con la espalda apoyada en ella, contempla sus tierras. Todo eso le pertenece, hasta donde alcanza la vista. Unas formas oscuras se deslizan por el paisaje.

Entonces le viene a la mente otro recuerdo: su padre, herr Sten, en la plenitud de la vida, en una de las pocas ocasiones en que lo llevó a él solo a inspeccionar los campos, poco después de que lo armaran caballero.

Se acuerda del terreno recién abonado; de los toneles de las letrinas, ya vacíos; del hedor que espesaba el aire. En un momento dado, su padre hincó una rodilla en el suelo y le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven aquí, hijo, quiero enseñarte una cosa. —Abrió una mano y le mostró un puñado de mantillo negro—. ¿Sabes qué es esto?

Él lo sabía: era tierra mezclada con heces, pero intuía que su padre esperaba otra respuesta, o más bien que, como tantas veces, él mismo se respondería.

—Es riqueza, Bengt. La prosperidad viene de la tierra. Sin ella... —le dio vuelta a la mano y dejó caer el mantillo—... no existiría esto... —señaló a un grupo de mozos que intentaban subir un tonel a un carro—... ni esto... —Levantó la mano izquierda y le mostró su anillo de oro, grabado con el escudo de la familia. Luego, antes de que él

pudiera apartar la cara, le trazó una raya marrón en la mejilla con un dedo apestoso a estiércol—. Para que no se te olvide —dijo.

Bengt apura la última gota de cerveza y se limpia la espuma de la barba con el dorso de la mano. Sin gente que trabaje sus tierras, ¿de qué le sirven? Por todas partes, los campos yacen en barbecho: los granjeros y agricultores de antaño murieron sin dejar descendencia. Las cercas se vencen y se pudren, sitiadas por el bosque y las malas hierbas.

Queda poca gente, y el esfuerzo que puede arrancárseles nunca basta. Los jornaleros y arrendatarios más capaces se marchan a otras tierras, atraídos por la promesa de convertirse en propietarios.

—Malditos, ¡sólo saben quejarse! —murmura. La vida que llevan no es culpa suya: la Providencia ha querido que las cosas sean así.

Enfurecido, lanza la jarra hacia las nubes de tormenta que se ciernen desde el sur y la oye estrellarse no muy lejos con un golpe sordo. Nota una punzada en el hombro: ha hecho más fuerza de la cuenta.

Contempla todo lo que posee y le parece una burla. No puede evitar lanzar un rugido que le raspa la garganta:

—¡Follad, cobardes! ¡Si yo puedo, vosotros también! ¿Qué demonios os lo impide?

4

—Así no podemos seguir. Paremos un rato.

No hace falta mucho para descubrir el carácter de alguien, su esencia, piensa Finn: Olof Jönsson tiene los pies delicados, se queja con facilidad, es parlanchín y presto a hablar mal de los demás. Ahora alza su voz aguda para hacerse oír bajo el estruendo de la lluvia.

Él no quiere escucharlo. Llamarlo «necio» sería un eufemismo. Prefiere encerrarse en sí mismo, soportar en silencio el peso de las dos alforjas que lleva al cuello, pesadas como el cadáver de un hombre adulto.

Pero una rama que había doblado para apartarla del camino se le escapa de la mano y le da un fuerte azote en la nariz.

Entonces, por fin acepta la propuesta de Olof. Señala un roble que se alza solo, lo bastante imponente como para dominar su propio reino hasta donde alcanzan sus ramas, cada una tan fuerte como el tronco de otros árboles.

Deja caer su carga y siente cómo la sangre vuelve a circular en sus hombros.

Por suerte, al cobijo del tronco y del follaje, están resguardados de lo peor del aguacero.

Él echa un vistazo alrededor, pero apenas ve nada. La lluvia cae espesa y pesada, silba y retumba al golpear contra el suelo, las piedras, las hojas y los charcos.

Los árboles, hasta donde alcanza la vista, se balancean con el viento, y él sacude la cabeza, empapado, lanzando gotas en todas direcciones.

Olof lo mira con cara de reproche.

—Creía que conocías el camino.

Él desvía la mirada.

—Yo también lo creía.

Ha cruzado ese bosque otras veces, y sabe que es traicionero. Jabalíes y ciervos abren senderos al pasar que pueden parecer caminos humanos, pero no llevan a ninguna parte. Es fácil confundirse en los cruces, y muy difícil retroceder porque, cuando uno está cansado, imagina sendas incluso cuando los árboles empiezan a cerrarse, y para cuando se da cuenta, ya está perdido en medio de la nada, sin ayuda, con la maleza hasta la cintura y los pies atrapados en el barro.

—¿Y ahora qué hacemos?

Finn procura mirar entre las ramas de la copa. Entorna los ojos, pero en vano.

—No tengo idea ni de dónde está el sol: no consigo distinguir los puntos cardinales.

—¿Tienes hierro y pedernal?

Él tiene ambas cosas, pero niega con la cabeza, convencido de que no vale la pena intentar hacer fuego en medio de un aguacero como ése. Se quita la túnica y la exprime con fuerza. Luego vuelve a

ponérsela, busca un sitio algo más resguardado y se acuclilla a esperar que escampe.

El cielo no parece vaciarse hasta el atardecer, pero las nubes no se retiran. De todas formas, es demasiado tarde para continuar.

Se echan en el suelo a dormir —pese a haber estado varias horas sin moverse, no han descansado en absoluto—, pero se lo impiden las gotas que se desprenden del follaje, las ramas que crujen conforme se secan, los animales nocturnos que restriegan el pelaje contra las plantas, los mosquitos que han salido en tropel...

—¿Duermes?

—No.

—¿Adónde te diriges?

—A Vadstena.

—Me lo imaginaba. Te vi en la iglesia antes de fijarme en tu daga. ¿Eres peregrino?

Finn suspira. Valora el silencio, pero se siente aburrido.

—Estoy haciendo penitencia. —Oye a Olof chasquear la lengua y no puede reprochárselo: juntarse con un pecador no suele traer buena suerte. Respira hondo para mantener firme la voz—: Hace tres semanas las fiebres se llevaron a mi hermana. Vivía en pecado con un hombre y prefirió tenerlo a él junto a su lecho de muerte, en vez de llamar a un sacerdote. No recibió los santos óleos ni se confesó antes de fallecer, así que el párroco de Mellösa me envió a Vadstena para rezar a los pies de santa Brígida. Ella era pariente de herr Sten, así que es lógico que nos auxilie a mi hermana y a mí. Además, debo rezar en todos los santuarios que encuentre por el camino.

—Así que estuviste en Kumla hace unos días. ¿Viste la túnica del Señor?

—Sí.

Olof se ríe para sí. Es una costumbre suya: como si la vida le reservase ciertas bromas que sólo él entiende.

Finn vuelve a sentir una oleada de desagrado, pero no puede evitar hacer la pregunta que el silencio le impone:

—¿Qué problema hay?

Olof niega con la cabeza.

—He visto muchísimas iglesias en mi vida, desde Lund, en el sur, hasta Nidaros, y he hablado con otros que han visto más todavía.

—¿Y?

—Supongo que debería callarme y ahorrarme problemas. Pero si cada astilla de madera guardada en una caja dorada proviniera realmente de la Cruz, entonces el madero en que crucificaron a Cristo debía de ser tan grande como un barco vikingo. —Hace una pausa, como disfrutando de su propia ocurrencia, y enseguida añade —: Y si todos los curas dicen la verdad cuando enseñan un trozo de la piel de camello con que se vestía el Bautista... bueno, el pobre santo habría podido hacerse una tienda entera con ellos.

El silencio que sigue sólo se rompe con la risita del propio Olof, satisfecho con su ingenio. Finn, en cambio, agradece que la oscuridad oculte la expresión de su cara.

—¿Y a qué te dedicas en Göksholm?

—Soy soldado al servicio de herr Bengt desde que era un crío. Pronto se cumplirán diez años.

—Pues vas a tener trabajo: dicen que se avecinan malos tiempos.

—¿Y quién lo dice?

—¿No lo has oído? Hay gente armada en las montañas, y esta vez parece que va en serio. En el norte no se habla de otra cosa. Pronto marcharán hacia el sur.

Finn se encoge de hombros: esas habladurías aparecen cada verano, cuando el sol aprieta.

Olof deja el tema ahí. Mira en silencio a su guía y le da unas palmaditas a la bolsa que lleva al cinto.

—Tengo algo para ti. Pero aún está oscuro y necesitas verlo bien para que pueda explicarte de qué se trata. Intentemos dormir un poco mientras tanto.

«Historias», piensa Finn. Tiene la túnica, la camisa y las calzas empapados, y el cuero húmedo del calzado le aprieta los pies. Siente frío. Pero se avergüenza de su incomodidad porque ¿qué son sus males comparados con los de Ylva, su hermana, que sigue ardiendo sin poder hacer otra cosa que resistir y esperar el alivio que sólo él puede darle? ¿Qué no daría ella por un poco de frescor?

Clava la mirada en la oscuridad, donde sus ojos inventan formas. Cosas que conoce bien se deforman y desordenan. Algo se mueve entre los árboles. Lo oye, pero no lo ve. Entonces, un cárabo ulula en mitad de la noche y es como si una criatura de otro mundo hubiera asomado brevemente al nuestro y, al contemplarlo, no pudiera más que reírse de lo miserable que le parece.

5

Stina camina despacio entre las hileras de tumbas del cementerio. Se ha subido la capucha para protegerse de la lluvia. Busca la lápida de la que le habló su hija.

Las nubes oscuras le dan al día un aire irreal y, al cabo, quienes pasan la noche en vela suelen ver el amanecer como una mentira bastante evidente.

Le duele todo el cuerpo. Sin duda, unas horas de descanso le habrían venido bien.

La muerte está por todas partes —su inevitabilidad ha quedado grabada en la piedra—, y la vida, en comparación, se antoja frágil, casi quebradiza.

De pronto siente que le falta el aliento y un calor inesperado la invade. Necesita sentarse. Busca una lápida junto al muro. Está segura de que la monja que descansa allí debajo no le negaría ese consuelo.

La asaltan esos pensamientos que le arrebatan los colores al mundo: para qué sirve todo, para qué tanto esfuerzo. Suspira. Le ocurre cada vez más a menudo, y no sabe por qué. Cuando hace balance de su vida, encuentra pocas razones para sentirse decepcionada.

Es del linaje de Magnus Marinason: mitad león, mitad flor de lis; descendiente directa de los mismísimos Folkungar. Lleva sangre real en las venas.

A veces se pregunta qué diría su padre si pudiera verla desde el cielo. Le hubiese gustado que naciera hombre y, al final, sólo la tuvo a ella. Pero la crió y la quiso como a un varón.

Se pone en pie ahogando un nuevo suspiro, devuelta al presente por la incomodidad de la piedra, que da más dolor que descanso. Por suerte lleva un manto de lana tupida que no deja pasar la humedad.

Retoma su paseo entre las lápidas. Hay más de las que cabría imaginar, considerando la escasa antigüedad del convento. Pero Vadstena es un lugar de descanso eterno muy solicitado, e incluso los más jóvenes se apresuran a asegurarse un hueco en esa tierra, considerada una de las más santas del norte.

El convento prospera gracias al comercio y a que cada vez más personas le dejan bienes en sus testamentos: granjas, bosques y campos, con sus correspondientes siervos de la gleba.

A las puertas del Juicio Final, los grandes del reino descubren que sus riquezas no tienen valor y están dispuestos a pagar cualquier precio con tal de redimirse.

Justo cuando empieza a desfallecer, encuentra la lápida que Brita mencionó. Tiene una cruz grabada, desde luego, pero también el escudo de su marido, tallado por una mano experta. Se agacha para leer mejor, porque su vista ya no es la que era. Aun así, duda por un

momento. Remueve un poco la tierra junto a la losa para conseguir un puñado de mantillo oscuro que esparce sobre la piedra húmeda. Las marcas del cincel, ahora oscurecidas, revelan las letras con mayor claridad, y al fin consigue leer: KARIN STENSDOTTER. NACIDA EN EL AÑO DEL SEÑOR DE 1395. FALLECIDA EN 1414. AQUÍ YACE TAMBIÉN MÄRTA KARINSDOTTER, NACIDA Y FALLECIDA EN 1414. Se incorpora pensativa y pasea nerviosa delante del sepulcro. Karin, hija de su suegro, hermana de su marido: hija y hermana, pero nunca madre, porque falleció en el parto veinte años atrás.

El nombre de su cuñada le trae a la mente el recuerdo antiguo y difuso de cuando acababa de entrar en la familia y aún no se aprendía los nombres de todos. El de Karin era uno más, perdido entre tantos otros. Nunca llegaron a conocerse, y se hablaba tan poco de ella que casi parecía no haber existido.

¿Acaso Bengt viajó en secreto a su entierro, dejándola sola en Göksholm sin decirle una palabra? Intenta recordar, pero los años pesan y los recuerdos se han ido amontonando desordenadamente. Le resulta imposible distinguir uno de otro.

Se muerde una cutícula, como siempre que se pierde en sus pensamientos. Acaba hiriéndose, como de costumbre, y sabe que esa herida le escocerá durante días.

Brita no se equivocaba: allí hay algo que no encaja, y ese misterio se suma a las preocupaciones que ya lleva encima.

Le parece un mal presagio que aquella tumba olvidada haya salido a la luz justo cuando otra mujer de la misma sangre está de parto a escasa distancia de allí.

Compara la lápida con las de alrededor. Alguien cuida de ella. Las demás están cubiertas de musgo y maleza: han sido abandonadas al

paso del tiempo, pero ésa no. Han quitado la hierba y limpiado el liquen que cubría la piedra.

Aún enredada en sus pensamientos, reza una jaculatoria y se marcha.

Debe encontrar a la monja que le mostró la lápida a Brita. Pero localizar a una monja entre tantas es como distinguir una oveja en particular en medio del rebaño.

6

En cuanto empieza a amanecer, Olof Jönsson saca un rollo de cuero de su bolsa y lo desenrolla con extraordinario cuidado hasta dejar a la vista una hoja de pergamino cubierta de una esmerada caligrafía. Luego sostiene el documento en alto con dedos delicados pero firmes; orgulloso, como si tuviera el mismísimo sol en las manos.

—Mira.

En su día, Finn pasó largas horas con el sacerdote en Göksholm, aprendiendo a leer; sesiones que ambos abandonaron con gusto en cuanto logró defenderse con una mínima soltura. Ahora toma el documento y le da la espalda a Olof Jönsson para que éste no vea cómo necesita pronunciar en voz baja cada sílaba para entender lo que lee.

Por un momento cree que ha leído mal o que las sombras del sueño aún le nublan el juicio. Vuelve sobre el texto, esta vez resiguiendo cada palabra con el dedo para asegurarse de que no se pierde ninguna. Por fin, se vuelve hacia Olof con cara de desconcierto.

Éste le sonríe.

—Tal cual. La indulgencia viene del obispo y, en último término, de su santidad el papa de Roma.

Algo se resquebraja dentro de Finn. Siente el sudor brotándole en la frente, le falta el aire, la vista se le nubla. Distingue apenas una mano tendida frente a él. Por un instante cree que es para sostenerlo, pero pronto entiende el gesto: la sucia palma abierta, vuelta hacia arriba. No es ayuda: es un cobro.

—¿Pagar un marco te parece bien? Ya lo has visto: el obispo y el papa garantizan los resultados. —Olof Jönsson toma el silencio de Finn por un asentimiento y esboza una sonrisa de medio lado—. Y ni siquiera tienes que dame el dinero ahora mismo: acepto tu palabra como garantía de la deuda. Tu hermana dejará de sufrir de inmediato: Dios Todopoderoso apagará la hoguera que la atormenta con la facilidad con la que tú apagas una vela antes de acostarte. En cuanto a mí, pronto volveré al norte y me pasaré uno de estos días por Göksholm, que no me queda lejos. Eso sí: asegúrate de tener el dinero preparado para entonces.

Finn coge un momento la mano tendida mientras la ira crece en su interior como un cubo que se llena bajo un chorro incesante. Pronto rebosará. No quiere que pase, pero no puede evitarlo. Entonces, la furia lo transforma en un muñeco sin voluntad al que momentáneamente se le ha dado poder sobre la vida y la muerte.

Se siente profundamente indignado con sólo pensar que ese hombre pretende que su penitencia no ha tenido sentido, y que el perdón de Dios puede comprarse con dinero.

Agarra a Olof Jönsson del cuello de la camisa y lo empuja hacia atrás, intentando derribarlo. El otro suelta un grito de sorpresa, pero responde rápido, y es más fuerte de lo que parece. Intercambian golpes torpes y desordenados que sólo avivan la cólera de ambos.

Ahora es él quien retrocede intentando mover los pies con rapidez para no perder el equilibrio, pero una raíz traicionera lo hace caer al suelo. Olof Jönsson se le echa encima y le aprieta el cuello con las dos manos. Él intenta tomar aire, pero no lo consigue. El pánico lo invade, la vista se le nubla y la razón desaparece.

Reuniendo las últimas fuerzas, golpea con toda la energía que le queda.

Con ese golpe debe de haber dejado a Olof fuera de combate, porque ya no nota su peso encima. Debe de haber rodado hasta quedar tumbado a su lado.

De pronto, la riña le parece absurda. Es cierto que las palabras que acaba de oír aún le revuelven las tripas —¡un marco como precio por el sufrimiento de su hermana y toda la penitencia que él ha hecho!—, pero no cree que el otro haya querido ofenderlo a propósito.

Quiere hacer las paces, pero entonces ve la piedra que tiene en la mano. Parpadea para aclarar la vista y descubre que está manchada de sangre.

Olof Jönsson yace tal como ha caído, inmóvil y con los ojos cerrados, como si se hubiera quedado dormido en mitad de la pelea. La sangre que brota de su frente ha formado bajo su cuerpo un charco rojo que parece un lecho. Suelta una última exhalación, un suspiro largo y profundo. Después, nada.

El tiempo parece haberse salido de su cauce. Patina en vano sobre un lodazal sin encontrar asidero, girando sobre su propio eje.

Finn se ha sentado entre los matojos, de espaldas al muerto. Se ha rodeado las rodillas con los brazos y se balancea adelante y atrás, el rostro cubierto de lágrimas y de mocos. Procura respirar, pero no logra llenar los pulmones. Manchas negras le nublan la vista. Se agacha y vomita bilis. Se siente mareado.

El curso del sol le aporta un pobre consuelo. Durante largo rato, vaga de un lado a otro, como atado a su cuerpo por un hilo invisible, sin atreverse a mirar directamente el cuerpo con la herida que él mismo le causó.

Los párpados de quien en vida se llamó Olof Jönsson se han entreabierto, como si sus ojos en blanco buscaran los de Finn para marcarlo con el sello de la culpa.

Cerca yace la carga que Olof llevaba consigo.

La voz de la conciencia le advierte a Finn que no toque nada: cuanto menos sepa del muerto, mejor. Saber su nombre ya es mucho.

El conocimiento impone un yugo invisible y fuerza a hacer cosas indeseadas.

Pero, al mismo tiempo, sería una falta de respeto para el muerto dejar sus cosas ahí tiradas, sin más.

«Hierro», había dicho. «Hierro osmund.»

Con manos temblorosas, suelta la hebilla y abre la alforja. El poco coraje que había conseguido reunir lo traiciona; el peso implacable del mundo lo obliga a caer de rodillas.

Las palabras de Jesús lo asaltan desde las profundidades de la memoria: «No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti.» Solía ser una exhortación piadosa, ahora es un augurio sobre su futuro. Ha matado a un hombre, pero ese acto costará dos vidas.

La carga de Olof Jönsson se le revela en toda su cruel ironía, bolsa de dinero tras bolsa de dinero. Sabe bien lo que contienen —qué otra cosa iba a guardarse allí—, pero aun así necesita comprobarlo, aferrado a una esperanza inútil. Todas están repletas de marcos de plata y otras monedas, las más pequeñas envueltas con esmero en paños de lino para que su tintineo no delate su contenido. Alguien echará en falta este tesoro, y no lo olvidará pronto.

No muy lejos, el viento ha arrancado un árbol de raíz, dejando al descubierto la roca madre y abriendo una hendidura que la lluvia del día anterior ha llenado de agua turbia. Hasta ese lugar lleva Finn las alforjas con la plata, y las deposita con cuidado en el fondo. La pequeña poza acoge su ofrenda en silencio, y él amontona piedras bajo el agua, formando un túmulo invisible. Luego cubre la hendidura con ramas hasta que el lugar queda oculto. Enseguida, el bosque vuelve a ser el de siempre, exuberante en su indiferencia.

Olof Jönsson sigue allí, intacto, en el lugar del crimen. Finn permanece largo rato de pie, dudando qué debe hacer. Luego busca una piedra para afilar su cuchillo, como Tor el Extraviado, quien, en su locura, no tenía más quehacer que sacar filo a la hoja cómplice de sus fechorías. La tarea lo obliga a tocar al muerto, y se estremece al notar bajo sus dedos la piel fría: una piel que ya no pertenece a un ser humano. Cierra los ojos y tantea a ciegas. Primero le corta las orejas. Luego, la nariz. Sufre arcadas y vomita, dejando un charco como festín para tejones y zorros. Se limpia la bilis de la comisura de

los labios antes de desatar las calzas y hacer lo último que necesita para cargarle la culpa a otro.

Cuando sus lágrimas se secan, Finn reemprende la marcha guiado por el sol. El camino que buscaban lo espera, burlón y cercano, como queriendo subrayar el despropósito de la jornada anterior. Al coronar una colina, se vuelve y contempla sin obstáculos el gran roble que fue testigo y refugio de su descanso y de su crimen. Luego saca la daga y traza una marca en un tronco junto al sendero. No ha limpiado el mango: observa los remolinos rojos de su culpa sobre el azul y el dorado. Se escupe en la palma y limpia las manchas secas. Después sigue su camino hacia el sur, primero en dirección a Motala y luego a Vadstena.

7

Herr Bengt vierte agua sobre las piedras calientes con un movimiento decidido y constante, y luego se recuesta para esperar el golpe del vapor en su piel desnuda. Pronto llega en una ola ardiente que lo obliga a contener la respiración. Deja escapar un suspiro ante la mezcla de agobio y goce que sólo la sauna es capaz de ofrecer, y se hunde un poco más en el banco. La modorra lo invade, y su mente se llena de pensamientos dispersos, casi como sueños, agradables por su irrealidad. Entonces, una corriente de aire lo saca de su ensoñación. Siente una punzada de resentimiento: todos los sirvientes deberían saber que la sauna es sólo suya cuando se asea. Mantiene los ojos cerrados un momento, con la esperanza de que el indeseable se dé cuenta de su error y se retire sin ser visto, pero oye la puerta cerrarse y percibe la presencia del otro. Abre un ojo y pestañea varias veces hasta asegurarse de lo que está viendo.

—Hola, Bo.

Herr Bengt examina a su hermano, nacido poco más de un año antes que él, tan desnudo ahora como entonces.

Bo siempre fue enfermizo y débil. Pasó buena parte de su juventud postrado, víctima de una dolencia que, entre tantos hermanos, sólo se cebó con él. Cuando él fue armado caballero, Bo

estaba con fiebre, y tuvo que esperar largos años para que el rey posara la espada también sobre su hombro.

Él sabe que Bo jamás le ha perdonado que su buena salud pesara más que sus derechos como primogénito, y aunque siempre han sido —y seguirán siendo— los más cercanos entre todos sus hermanos, su vínculo está atravesado de resentimientos y viejas rencillas.

El cuerpo de Bo aún lleva las huellas de sus desgracias: delgado y reseco, con las costillas marcadas y una barriga prominente; muslos delgados, piel flácida, el pecho hundido... Es prácticamente calvo, y el poco pelo que le queda se ha tornado completamente blanco.

De adulto, siempre en guardia ante el menor síntoma, ha conseguido mantenerse más sano. Puede que parezca frágil, pero sus sufrimientos lo han endurecido.

—Bengt.

—Si hubiera sabido que llegarías tan pronto, te habría recibido como es debido.

Bo se sienta a su lado en el banco.

—Le dije a tu gente que no se molestaran. Eso sí: tenéis unos caminos polvorientos tierra adentro, así que necesito quitarme el polvo de encima. Y te aviso: cuando salgamos del baño no vas a encontrar la casa tal como la dejaste. Una fuerza extranjera: Kari, la ha tomado por asalto. No ha tardado nada en hacerse con el control y empezar a mandar, y como no la obedezcan rápido, va a empezar a desollar gente. Cuando la dejé, estaba inspeccionando la despensa. Por fortuna no tenía cara de furia, sino de simple disgusto. Asumo que los estantes le parecieron aceptables.

Bengt asiente con alivio.

—Gracias a Dios. Sin su ayuda, nos esperaba una noche de San Juan bastante lamentable. Y el pequeño Nils, ¿está bien?

El único hijo de Bo Stensson ya ha cumplido ocho años y está sano como un roble, aunque su padre vive con el temor de haberle transmitido su mala salud.

—Lo hemos dejado en Ekhult, a pesar de sus gritos y pataleos. Por mucho que he intentado ocultárselo, se ha enterado de que habrá juegos de armas y no paraba de rogarme que lo trajéramos. Pero no quiero que ande por los caminos con esta sequía. Ojalá que ésta sea la mayor decepción que tenga en la vida. ¿Y Brita? ¿Y Måns?

—Mi hija ha acompañado a su madre a Vadstena. No sé por qué tardan tanto en volver. Måns está conmigo, pero a saber dónde se ha metido. En verano se vuelve salvaje, le cuesta mantenerse bajo techo. Seguro que os ha visto llegar, y la curiosidad acabará sacándolo de donde esté.

—Así que todos están bien. Me alegra saberlo.

Ambos hermanos conocen bien la frecuencia con que la muerte se presenta como invitada, y no pocos de sus reencuentros han venido acompañados de noticias así: el fallecimiento de un criado querido, en el mejor de los casos, o el de un primo, una tía, un suegro...

Se alegran de que los más cercanos estén a salvo y quieren disfrutar de esa tranquilidad mientras dure.

Bo se inclina, coge el cubo y el cazo y vuelve a verter agua sobre las piedras calientes. Al parecer, el baño no sólo se lleva consigo la suciedad, sino los años, y los hermanos vuelven a entregarse a un juego al que han jugado muchas veces: ¿quién aguanta más el vapor? ¿Quién será el primero en ceder y aceptar su derrota?

Son dos viejos actuando como niños.

Ninguno cede. Satisfechos con la mutua confirmación de que conservan su vigor, permanecen largo rato en silencio mientras el aire se enfría, buscando a tientas una complicidad que antes fue constante y natural, pero que quedó atrás hace tiempo.

Por fin, Bengt cambia de postura en el banco, se seca el sudor de los brazos y el torso y carraspea para aclararse la garganta.

—¿Cómo va la vida en Ekhult?

—En Ringstadaholm, ese bribón alemán, Henrik Styke, está engordando a costa del pueblo y dejándolos sin un céntimo. Pero en Ekhult todo está bien, aunque sí que se nota vacío comparado con cuando éramos unos críos.

Fue su hermano quien heredó el castillo del padre, que Bengt recuerda siempre en obras, ampliándose para dar cabida a la numerosa prole. Su madre no tenía tregua: siempre estaba embarazada o pariendo. Cualquiera habría dicho que, por cada hijo que alcanzaba edad suficiente para marcharse, nacían dos más.

Era un castillo viejo, con las defensas justas: herr Sten prefería ganarse el respeto con astucia, antes que con armas.

—A veces me pregunto —dice Bo, frunciendo el ceño— cómo hizo padre para criar a once hijos y mantener el reino a sus pies. Es algo extraordinario, casi imposible de imaginar. La última vez que estuve en el sur oí rumores de que incluso tuvo algo con la mismísima reina Margarita... —Suelta una carcajada—. Aunque, si alguien montó a alguien, fue más bien al revés. Me imagino que habría sido un alivio para el viejo morir sin saber hasta qué punto lo habían utilizado,

pero era lo bastante listo como para darse cuenta... al menos de eso.

Bengt asiente: él mismo ha tenido esos pensamientos muchas veces, porque, al igual que su hermano, ha vivido entre las ruinas de las intrigas de Sten Bosson.

—Me pregunto si la muerte es peor para alguien como ella. Tres reinos bajo el dobladillo de su vestido; riquezas incalculables; todos sus enemigos de rodillas... Y un día, un bubón en la ingle.

—Al final, a todos nos lo arrebatan todo. ¿Es injusto que pague más quien más posee?

Bengt niega con la cabeza, murmurando la divisa que acompaña al escudo azul y oro desde tiempos inmemoriales, una invocación contra todo y contra nada:

—«Destino y esperanza.»

Bo se frota la cara, como para apartar esas ideas, y vuelve a lo terrenal:

—¿Viste alguna vez al viejo Grip cuando venía a Ekhult? Todo es culpa suya.

Bengt niega con la cabeza y siente un escalofrío pese al calor de la sauna.

—Una vez vi su caballo, con su escudo de armas: una cabeza de un dragón con las fauces abiertas. Fue como si las nubes ocultaran completamente el sol. Me fui corriendo al bosque y pasé aquella noche en un cobertizo. Todos habíamos oído historias...

—¿Que le rajó la barriga a su esposa para sacar a su hijo por nacer?

—Por ejemplo.

—Cuando ya no hay esperanzas de que la madre viva, sólo queda intentar salvar al niño.

—Piensa lo que quieras, hermano. Lo único que sé es que, cuando el recién nacido inspiró su primer aliento, la familia de la esposa perdió todo derecho sobre las inmensas extensiones de tierra que constituían su dote y que, al cabo, fueron a parar a manos del propio Bo Jonsson. Y para colmo, he oído decir que el niño no era tal, sino un pequeño monstruo: una bola de carne arrugada con pies, tan inerte como una piedra. Dicen que él se acercó, le sopló en la boca y luego lo levantó ante el sacerdote mientras se le escapaba un suspiro. Y que, cuando sacerdote asintió con la cabeza en señal de aprobación, él dejó caer al suelo a aquel ser que por un instante había sido el terrateniente más poderoso del reino.

Bengt escupe sobre las piedras calientes, que sisean con furia.

—No es momento de hablar de eso, con Mara en el lecho de parto. Pero, en fin, ni siquiera es lo peor que se cuenta de Bo Jonsson. No me extraña que me diera miedo.

Su hermano lo mira y asiente.

—Pues yo tampoco era muy valiente: ya te he contado lo del cobertizo. Y creo que padre también le tenía miedo.

—Y, aun así, quiso seguir su ejemplo.

—A lo mejor, madre le dio una falsa idea. Era muy joven cuando se casaron, y le dejaba hacer lo que él quisiera. Llegado un punto, debería haberse negado a quedarse embarazada otra vez, aunque padre quisiera tener hijos suficientes para poner uno en cada castillo que ambicionaba. Y él debe de haber estado convencido de que, como mujer que era, Margarita actuaría igual que madre: que le daría todo cuanto él quisiera, sin replicar. «Margarita, dame Kalmar;

Margarita, dame el castillo de Nyköping; Margarita, súbete la falda...»

Bo se ríe en voz baja, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ahí al menos tenemos un error que yo no voy a cometer: mi Kari tiene mano de hierro.

Bengt gruñe en señal de acuerdo. Su Stina es igual de férrea. Quizá de joven le costaba aceptarlo, pero con la edad se ha vuelto lo bastante sabio como para agradecer todo lo que ella tiene y a él le falta. Sin ella Göksholm habría caído en ruina, las cuentas se habrían descuidado, su vida habría sido mucho peor y su legado, una vergüenza. Sin ella no tendría hijos ni futuro. Muchas mujeres pueden traer hijos al mundo, pero ¿quién sino ella podría haberle dado a alguien como Måns?

Cuando su hermano vuelve a hablar, su tono cambia, se vuelve más bajo, y Bengt se estremece en medio del calor: pocas veces lo ha oído susurrar sin motivo.

—Pero padre al menos lo intentó. Hizo lo que pudo, para sí y para nosotros, los que veníamos detrás. Algo de valor debe de tener eso. Los años pasan, Bengt. ¿Y quién de nosotros dos puede mirar atrás y decir que ha luchado igual? Yo, por mi Nils. Tú, por tu Måns.

Bengt calla, sabiendo que su hermano tiene razón. Bo deja que sus palabras calen. Luego se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y continúa:

—¿Recuerdas Ekhult, cuando éramos niños? ¿Recuerdas cómo jugábamos en el bosque, con palos a modo de lanzas y ramas de abeto por armadura? La gran roca era a veces la fortaleza que teníamos que defender; otras, la del enemigo que había que asediar. Construíamos muros y los derribábamos como si nada. Nadie se nos

comparaba, nadie podía hacernos frente. Éramos el rey Bengt y el rey Bo, y todo el reino era nuestro, con todo su poder.

Bo Stensson hace una pausa, mira las brasas, el rostro encendido por su resplandor.

—Aquéllos fueron buenos tiempos, hermano. ¿No es verdad?

8

Junto a la cama de Margareta todo sigue como antes. Hace un momento se ha despertado, pero ha vuelto a dormirse y respira con dificultad por el peso de la barriga.

La partera —una monja que ha hecho de esta labor su vocación— permanece imperturbable en su puesto. Es vieja y encorvada como un abedul añoso, pero conserva un brillo avispado en la mirada y unas manos fuertes. Ha estado junto a cientos de lechos como ése, y parece haber nacido para esa tarea.

Stina no la ha visto levantarse ni una sola vez, ni de día ni de noche. A lo sumo cabecea un instante cuando no se la necesita, y el resto del tiempo se recoge en una especie de invisibilidad que, sin embargo, transmite confianza.

Margareta tiene las mejillas sonrosadas, y parece hinchada de la cabeza a los pies por la vida que crece en su interior.

Stina camina de puntillas, pero no logra pasar inadvertida. Margareta abre los ojos y se la queda mirando con una sonrisa que la otra le devuelve de inmediato.

—Mara. ¿Cómo te encuentras?

—Me gustaría que la espera terminara pronto.

Stina asiente aparentando una seguridad que está lejos de sentir. Y ha detectado algo parecido en la voz de la parturienta: miedo

escondido tras un coraje fingido. Lo disimula bien; cualquiera que no fuese ella apenas lo habría notado. La invade una ola de orgullo por su joven cuñada y le pone una mano en el hombro.

—Ya verás que no tarda.

Margareta se gira en la cama procurando aliviar su espalda dolorida y la anciana partera se apresura a acomodarle la almohada. Luego le refresca la frente con un paño y le sube un poco la manta de lana sobre el pecho.

—¿Cuántos años tenías cuando nació Brita?

—Era mayor que tú, aunque no por mucho.

—¿Sentiste miedo?

Stina recuerda el miedo mezclado con el asombro ante la transformación de su cuerpo, mientras la criatura en su interior se hacía notar con patadas y movimientos. Semana tras semana se volvía más pesada, hasta que la carga parecía imposible de llevar; hacia el final apenas podía sostenerse sobre sus piernas flacuchas, como si el peso fuera a superarla en cualquier momento.

—Pues claro, ¿qué iba a sentir, si no? Pero la vida que llevas dentro sigue su propio camino: sabe cuándo le toca salir al mundo. Tú no puedes hacer más que armarte de paciencia y recordar que haces lo mismo que han hecho las mujeres desde el pecado original, casi siempre en lechos mucho peores que éste y con menos manos dispuestas a ayudar.

Margareta consigue acomodarse y el sueño la vence de nuevo, rápido y compasivo. Stina y la partera se quedan calladas para no despertarla. Sólo se oye la respiración de las tres. De tanto en tanto alguien cambia de posición y las otras la imitan, como sincronizadas. Por suerte, la chica duerme profundamente. Es un alivio.

—¿Sor Eufemia? —susurra Stina después de un buen rato.

—Dígame, hija.

—¿Por qué tarda tanto?

La monja se encoge de hombros.

—Cada parto tiene su ritmo. Algunos van más deprisa, otros se hacen esperar. La chica es joven y está sana, no hay razón para inquietarse. Nos toca esperar y rezar.

Stina se frota los ojos enrojecidos. Le gustaría poder dormir un poco, pero la anciana parece tener ganas de conversar, así que se resigna.

—Además de la joven Brita, ¿tiene usted más hijos?

—Sí, un hijo: Måns. Tiene diecisiete; es seis años menor que la otra.

—Disculpe la pregunta. ¿Y ese parto fue difícil?

—No: fue más fácil que el de su hermana —responde. Y luego añade en voz baja—: Como todo lo relacionado con Måns.

La anciana asiente como quien confirma lo que ya intuía.

—Suele pasar.

Stina se levanta, no para marcharse, sino sólo para aliviar un poco la inquietud. Su mente vuela a casa y a la noche de San Juan. «Este año habrá más invitados que nunca», piensa. Sus hermanos y otros parientes, gente de Lübeck, el obispo Knut y muchos más empeñados en desearles buena suerte. Ella ya ha tomado las decisiones que le correspondían, y lo que haya costado ya no es cosa suya. Le gustaría estar allí, desde luego, pero la madre de Margareta murió muchos años atrás, y cuando se va a dar a luz se necesita tener a la familia cerca, aunque no sea de sangre.

Sor Eufemia se aclara la garganta y baja un poco la voz, como para remarcar que la conversación toma otro rumbo:

—¿Y usted cómo se encuentra, señora Kristina?

Stina se cruza con los ojos de la anciana monja, casi ocultos entre los pliegues de las arrugas, pero claros y despiertos. No le gusta confesarse. No lo hace más de una vez al año, pese al alivio que siente al recibir la absolución. La vergüenza es más fuerte. No ha tenido amigas desde que era niña. Como señora del castillo en Göksholm, está sola, y la dureza que proyecta es condición indispensable para ser obedecida. A su alrededor no hay nadie lo bastante confiable como para compartir dudas y debilidades. Se siente cansada y frágil, y le sorprende que la pregunta no le provoque resentimiento. Más bien la desarma, porque evidencia solidaridad y consideración. Y entonces, la verdad le brota de la boca como si hubiera estado esperando el momento.

—Cada vez siento más pesadumbre, aunque mi vida no sea peor que antes. En muchos sentidos, incluso es mejor. ¿Qué más podría pedir? Soy señora de un castillo, he traído hijos al mundo y los he criado. No me falta de nada. Debería estar contenta, incluso feliz. Pero, en lugar de eso, cada vez me siento más indiferente ante el mundo, cada vez me cuesta más encontrar motivos de alegría. No lo entiendo, y eso me asusta.

—De nuevo, perdone la pregunta. ¿Su madre vive?

Stina niega con la cabeza.

—No. Dios se la llevó muy joven, igual que a mi padre.

—No quiero ser indiscreta, pero he pensado que quizá no tenga a nadie mayor con quien hablar de ciertas cosas. Hemos pasado

mucho tiempo juntas estos días, y he notado que a veces le entran calores y se ruboriza. ¿Sigue sangrando cada mes?

A Stina le suben los colores y aparta la vista. Se pregunta si habrá juzgado mal a la anciana. Quizá está senil y ya no sabe lo que dice. Pero la pregunta le ha tocado una fibra inesperada y se descubre respondiendo con total sinceridad:

—Antes era puntual, podía prever cuándo llegaría. Ahora, a veces llega demasiado pronto y otras se retrasa.

—Pronto se acabará. Puede que aún sienta los mismos dolores durante un tiempo, pero nada más, y ya no necesitará paños. Ha llegado a esa edad.

Sor Eufemia la mira a los ojos, como para asegurarse de que lo entiende.

Ya no tendrá más hijos. Es así de simple y, a la vez, tan tremendo que no había querido ni pensarlo. Se estremece como si un viento gélido le atravesara las entrañas vacías. Por dignidad, aparta la mirada, y se oye decir con amargura:

—Me creía más joven.

—Suele pasar. Pero, tras la juventud y la madurez llega otra etapa, y con ella cambian el cuerpo y la vida. Escúcheme, señora: he visto muchas veces cómo esta realidad afecta al ánimo. Vienen el desaliento, la melancolía, los pensamientos oscuros, la «pesadumbre», como usted misma ha dicho. Y todo eso puede sentirse como una carga muy pesada, sobre todo para alguien como usted, que tiene tiempo para darles vueltas a las cosas, mientras que otros viven ocupados de sol a sol. Si acepta el consejo de una mujer mayor, créame: el alma le enseñará a elevarse por encima de lo terrenal. No busque la alegría en este mundo que tenemos a la

vista, sino en el mundo que Dios nos ha prometido. Aquí todo es polvo y ceniza, y siempre lo ha sido, aunque de jóvenes fuéramos tan ingenuas como para creer lo contrario.

La partera junta las manos y agacha la cabeza para rezar, quizá esperando que Stina la acompañe, quizá rezando por ella. Pero Stina prefiere marcharse. Como un animal herido, busca la soledad de sus aposentos. Se cubre el rostro con las manos y siente rodar las lágrimas, aunque a ella no le parece que sean gotas de agua salada, sino la vida misma escurriéndose entre sus dedos. Ha caminado muchos años por la tierra, más que muchos otros cuyos nombres ya nadie recuerda. Y, aun así, no es suficiente; ni de lejos es suficiente. ¿Será igual el resto del camino que le queda por delante? Un día tras otro, tan parecidos que, en el lecho de muerte, toda una vida podría resumirse en una sola jornada, repetida una y otra vez hasta el hastío.

Unas manos la sacuden con suavidad para arrebatarla de un sueño profundo que debe de haberla vencido sin que se diera cuenta. En la ventana flota la penumbra suave de la noche de verano, todavía no tan avanzada como para que el mirlo haya dejado de cantar.

Es Brita quien la ha despertado.

—Mara ha roto aguas. Las contracciones han empezado y, si Dios quiere, la criatura no tardará en nacer.

9

Måns se abre camino por sendas que sólo conocen las liebres y los corzos. Ha dejado atrás la orilla del lago Hjälmaren y sube y baja colinas, adentrándose en esa tierra de suelos fértiles y blandos y árboles de hoja caduca cuyas cortezas esconden centenares de rostros, invisibles para quien no sepa mirar: una nariz en una rama rota, ojos en los nudos cubiertos de musgo, bocas en los huecos que horadan ardillas y pájaros carpinteros. Måns los reconoce todos: son amigos de infancia que lo acunaron desde que pudo trepar a la rama más baja. El bosque le pertenece a su padre, y un día será suyo, aunque ya ahora es más suyo de lo que fue nunca de su padre.

Una y otra vez se detiene, al acecho, para asegurarse de que nadie lo sigue, medio en broma y medio en serio. Sabe que su padre está enredado en sus propios asuntos, así que tendría que ser su madre quien mandara criados para vigilarlo, aunque esté en Vadstena. En cualquier caso, no está dispuesto a correr riesgos con su libertad.

Al acercarse a su destino, se encarama a un arce que se eleva por encima de los demás y trepa por las ramas que ya conoce hasta llegar a una altura en que cualquiera de ellas podría quebrarse bajo su peso. Desde allí divisa el límite del bosque, el claro abierto en torno a la casa y todo Göksholm: las casas de troncos oscuros

esparcidas alrededor de la torre de piedra y rodeadas por muralla y foso. Desde allí, demasiado lejos para distinguir a nadie, las personas son como hormigas en torno a su hormiguero. No hay señales de que nadie lo busque, ni siquiera de que lo echen en falta. Un viento que llega desde el lago, cargado de olores a pan recién hecho, a cerveza fermentando en los toneles y a animales de corral, lo mece en la rama, le acaricia las mejillas y le revuelve el pelo.

Más adentro se encuentra la arboleda adonde se dirigía: un secreto como los que todo bosque guarda, un claro cubierto de flores y hierba blanda. Ignora por qué existen lugares así, pero algo debe de alejar a los árboles, que se levantan en un círculo respetuoso a su alrededor. Quizá fuera un santuario en tiempos paganos, o una tumba para guerreros caídos, o la pista de baile olvidada de la *skogsrå*, la ninfa del bosque. Una fuerza desconocida brota de la tierra, le sube por las piernas y le hace cosquillas en las corvas. En verano, el sol atraviesa sin obstáculos las copas desde media mañana hasta el mediodía, llenando de luz este único claro en medio de la espesura.

Él ha aprendido a medir el tiempo según la luz que entra en la arboleda: por la mañana la penumbra se retira hacia el este; al mediodía no queda sombra alguna; por la tarde la oscuridad avanza desde el oeste y, para entonces, ya debe emprender el regreso a Göksholm; no para nada en particular, simplemente para dejarse ver y no despertar sospechas que puedan revelar su secreto.

Bajo unas ramas guarda un rollo de cuero bien enrollado para mantenerlo a salvo de la lluvia. Lo saca y lo desenrolla con cuidado, casi con devoción, aunque deprisa, porque el tiempo apremia y cada instante cuenta. Dentro está la espada: demasiado corta para un

hombre hecho y derecho, pero suficiente para él. La hoja está mellada y sin filo, la punta roma. Alguna vez trató de arreglarla con una piedra del arroyo, pero terminó por rendirse. El arma ha agotado su vida útil, pero no importa: él no necesita el filo, sino el peso, la esencia. Porque, al fin y al cabo, sigue siendo una espada.

La empuñadura le resulta familiar desde la primavera, tanto que ya no sabría decir si su mano se ha adaptado a ella o si ha sido al revés. Aun así, cuando alza la espada lo sobrecoge de nuevo la sensación de tener en sus manos el poder sobre la vida y la muerte, como la primera vez. Su alma juvenil vibra y se estremece. Sabe que, al cabo de unos instantes, el arma le parecerá más ligera: cuando se haya fundido con su brazo y deje de ser un objeto extraño, cuando empiece a susurrarle una saga al oído mientras corta el aire a su alrededor.

Del escondite saca también un muñeco de entrenamiento que él mismo ha fabricado. Como cabeza le ha puesto una raíz coronada de hojas, lo ha vestido con harapos y le ha dado extremidades de ramas de pino. Los brazos, abiertos, parecen pedir un abrazo.

Tras clavar en el suelo la estaca que lo sostiene y asegurarla con piedras, se quita la camisa y las calzas y cuelga la ropa de un abeto para librarla del sudor y de las manchas. Ya en calzones, empieza a danzar en torno al muñeco. En su imaginación lo arma y le da movimiento para que le oponga resistencia.

Finn, que antes lo instruía, era mejor maestro, pero esa época ya quedó atrás: ahora tiene que entrenarse solo. Es rápido, tanto de mente como de pies, y sabe encontrar los huecos en la defensa. Se mueve en círculo, golpea, corta. Sus estocadas atraviesan una y otra vez las ramas que hacen de pecho y cuello, hombro y brazo. Esquiva

los contraataques que imagina e intenta economizar fuerzas, pese al dolor en los muslos y los brazos.

A juzgar por el sol, ha pasado una hora. Al final, el cansancio lo vence y se deja caer de rodillas para recuperar el aliento. Se aparta el pelo húmedo de los ojos y siente el sudor correrle por la espalda. Este verano ha practicado mucho, y el esfuerzo se nota. Sus extremidades, antes demasiado delgadas, se han llenado y sus músculos, que parecían dormidos, ahora tensan la piel con nuevas proporciones. Tiene una fuerza desconocida en hombros y brazos; en muslos y gemelos, haces de músculo bajo la piel tersa; en las palmas, durezas de tanto empuñar la espada. Ahora es otro.

Se deja caer de espaldas sobre un lecho de matas, al sol, mientras sus pulmones y corazón recuperan el ritmo. Su mente queda en blanco, como siempre después del esfuerzo. Como sus párpados no bastan para contener del todo la luz, ante sus ojos cerrados bailan formas extrañas en una danza lenta. Un sueño ligero lo envuelve mientras el sol le seca la piel.

Las sombras se alargan hacia él, alcanzan su mano en reposo, y él se estremece en su duermevela, agitando manos y pies. En el sueño, la lucha es distinta y le va peor que hace un momento. Habla dormido, como suele, pero no hay nadie que oiga sus palabras. Despierta bruscamente, como sacudido por un calambre, de nuevo sin aliento y con un vago presentimiento de desgracia. Se levanta y se sacude, como para quitárselo de encima. Luego se adentra entre el laberinto de árboles hasta un arroyo de aguas claras que brotan de una fuente desconocida, donde apaga la sed y se lava.

10

Brita amasa dos trocitos de cera entre pulgar e índice. Como tiene las manos heladas —las paredes de piedra del convento guardan el frío a pesar del calor de fuera— tarda un rato en calentarlos, pero por fin la cera se reblandece y puede moldearla. Cuando queda satisfecha, se los mete en los oídos. El silencio es casi completo. Sólo los gritos más agudos de Margareta logran abrirse paso, pero ella descubre que, si tararea, lo único que oye son los tonos que resuenan en su cabeza.

Se avergüenza de rehuir hasta esa mínima participación en el sufrimiento de Mara, pero ya no puede más. Y aún peor es la vergüenza de sentir alivio, alegría, por no ser ella la que yace ahí dentro, entre dolores, con la barriga tensa como un tambor. Reza en silencio pidiendo perdón, pero este lugar no sólo deja fuera el calor del verano: también parece arrebatarle el consuelo de la oración.

Llevan ya una semana como huéspedes del convento, testigos de la disciplina voluntaria de las hermanas, una virtud marcada por reglas tan estrictas y monótonas como incomprensibles para quien viene de fuera. Cada hora tiene su tarea asignada; cada día arranca con largas horas de rezos —a veces hasta seis seguidas— en los que el continuo levantarse y sentarse es lo único que mantiene despiertas a las novicias en los bancos. Maitines, laudes, prima y

tercia; luego sexta, nona, vísperas; y con el anochecer, completas, que anuncian el breve respiro del sueño, único descanso frente a tanto latín y tantas plegarias.

Las *Revelaciones* de santa Brígida de Suecia, divididas en siete partes y repartidas a lo largo de la semana, se recitan sin cesar, lo mismo que los Salmos: es como la afinación continua de una cuerda cada vez más tensa, y lleva a las jóvenes al borde de la locura, despojándolas poco a poco de lo humano hasta que sólo queda lo sagrado.

Las monjas de mayor edad lo sobrellevan mejor. En ellas ya se ha extinguido toda voluntad de resistencia: han aceptado que lo poco que vieron del mundo terrenal en su día se ha perdido para siempre. Con la juventud, se les ha arrebatado también el futuro, y lo único que les queda es seguir hasta el final el camino elegido, hasta que la tumba les ofrezca descanso. Más allá, confían, las aguarda el Reino de los Cielos: la recompensa prometida a tanto esfuerzo.

Un escalofrío recorre a Brita mientras camina, por enésima vez, por los mismos pasillos que conducen al aposento de Margareta. Va y viene, va y viene. Y en cada cruce se pega a la pared, contiene la respiración y asoma la cabeza. Nadie. Siente la piedra fría bajo los pies, y se pregunta hasta qué punto es distinta de la suya la vida de aquellas que han dicho «sí» al esposo que cuelga ensangrentado de la cruz.

De niña le habían prometido un príncipe de cuento, encantador y elegante, que la rescataría de una torre. Pero sus pretendientes no eran para nada como ese príncipe soñado. Al principio eran muchachos que parecían haber crecido a toda prisa; unos, tímidos y apocados; otros, fanfarrones de fingida virilidad. Y cuando éstos

dejaron de rondar los reemplazaron hombres maduros, viudos cuyas esposas habían muerto en el lecho de parto. Los movía la codicia: querían todo lo suyo —carne joven para calentar la cama, una buena dote y la expectativa de una herencia suntuosa—, además de su tiempo para cuidar de los hijos que ya tenían y de los que nacerían de la nueva unión. A cambio, ella recibiría un aposento como el de Mara.

Los rechazó a todos. Y en cada ocasión, su padre la reprendía ensalzando al pretendiente de turno con tanta vehemencia que él mismo acababa dándose cuenta de lo ridículo de sus palabras. Su madre, por su parte, se limitaba a mirarla con una frialdad dura como un azote, peor que cualquier reproche.

Sabe bien que su madre la querría casada y fuera de Göksholm, ¡pero hay tantas cosas de las que no se da cuenta! No ve cómo ayuda a su padre a lavarse para acostarse limpio y bienoliente cuando se queda hasta tarde bebiendo cerveza, ni cómo excusa con mil pretextos a Måns para que no lo reprendan en la mesa por llegar tarde. Y las raras veces en que su padre pregunta por su madre y ésta no está —porque se ha ido a andar por el bosque, por ejemplo —, es ella quien siempre se inventa una justificación perfectamente plausible. En resumen, ella mantiene la paz de la casa con mano invisible, aunque nadie se lo agradezca.

Uno de los tapones de cera se le sale, reblandecido por el calor del oído, y cuando se dispone a moldearlo de nuevo oye una voz desconocida —o más bien un hilo de voz— que reza, entremezclándose con los quejidos de Margareta. Con cuidado, se asoma a una esquina y ve a una monja anciana de pie ante la puerta del aposento con las manos juntas y la cabeza inclinada.

Se plantea interrumpirla y pedirle que se marche, pero esa anciana que va y viene rezando entre partos y tumbas le da miedo, y además piensa que quizá sus plegarias sirvan de ayuda. Vacila unos segundos y, al final, da media vuelta y echa a correr.

11

—¡Madre, venga rápido! Ya está ahí otra vez.

La voz de su hija Brita la arranca del sueño, como tantas veces en los últimos días. La rutina es la misma siempre: velar junto al lecho de parto hasta el cansancio, esperar a que alguien la releve y volver a esa cama dura y áspera para arañar unas horas de descanso. Al abrir los ojos, le escuecen; la fatiga le pesa sobre los hombros como un yugo. Se incorpora con esfuerzo, apoyándose en los codos. La cabeza le da vueltas y permanece un instante sentada, confusa.

—La monja... la de la puerta —oye a Brita insistir.

Al ponerse en pie sufre un vahído, pero la mano que su hija le ofrece para sostenerla hiere su orgullo, y la aparta en cuanto puede. Le hace un gesto para que pase delante, tropieza, y sólo cuando recupera el equilibrio consiguen echar a andar aprisa bajo las bóvedas sombrías. La luz mortecina que entra por las saeteras ilumina un cielo aún sin sol; debe de ser muy temprano, porque no puede haber dormido un día entero.

El hijo de Mara no puede tardar más en nacer: las horas de sufrimiento de la madre ya son tantas que ella no recuerda haber oído jamás de un parto tan largo y penoso. Los gemidos se filtran por puertas y paredes, entremezclados con la voz de sor Eufemia, a ratos susurrante, a ratos imperiosa.

Al fin llegan, pero el pasillo está vacío.

—Estaba aquí, madre. La he visto.

Ella se obliga a pensar con claridad.

—¿Por dónde se fue la última vez?

Brita señala con el dedo, pero hay varios caminos que conducen al cementerio. Ella la empuja hacia la dirección contraria.

—Tú ve por ahí. Yo iré por este lado. Si la encuentras, retenla hasta que yo llegue. Y si no, nos vemos en el camposanto.

Stina la ve desde lejos: la monja, con su hábito negro y blanco, avanza encorvada, como si la edad le pesara sobre los hombros. No quiere asustarla sin motivo, así que aminora la marcha. De todas formas, la pobre mujer no tiene por dónde escapar. A medida que se acerca distingue más detalles, no sólo la espalda arqueada y las piernas torcidas, sino el rostro arrugado, los ojos velados, la ausencia de dientes.

Se pregunta si alguna vez ha visto a alguien tan anciano y, por un instante, duda si no será tan sólo una pobre criatura que vaga por los pasillos en sus desvelos nocturnos.

—¿Hermana?

La anciana da un respingo y se vuelve despacio, a pasitos cortos. Bajo la toca negra lleva la corona de la orden brigidina y una tela blanca le ciñe la frente. No responde; se limita a mirarla con ojos entrecerrados.

Ella se acerca un poco más, decidida a hacerse oír.

—Mi hija y yo hemos visto que por las noches se pasea delante de la puerta de mi cuñada y que reza ante las tumbas de nuestros

parientes. Quiero saber por qué. —La monja aparta la vista y emite sonidos confusos en vez de palabras, pero ella nota un brillo de lucidez en sus ojos y entiende que ha comprendido. La deja continuar fingiendo un momento y luego eleva la voz como si dictara sentencia—: ¿Jura por la Virgen que no es más de lo que aparenta? ¿Lo jura ante las almas muertas que aquí reposan y cuya compañía busca de noche? No me responda si no sabe de qué hablo, pero si me miente se irá al infierno.

El pánico fingido de la monja se vuelve real. Luego llega la rendición: niega con la cabeza.

—No puedo jurar eso.

—Entonces respóndame, hermana.

Cerca hay un banco de piedra. Stina la toma del brazo y la ayuda a avanzar. Bajo el áspero hábito de lana siente los huesos rígidos, la piel floja, el temblor inevitable de la edad. La guía despacio por el suelo irregular y la ayuda a sentarse. Ese simple gesto cambia el tono del encuentro: ayudar crea lazos invisibles.

La vieja permanece callada, sin aliento, con la mirada perdida; sigue así tanto rato que Stina llega a preguntarse si se habrá olvidado de dónde está. Luego tose, carraspea y finalmente habla:

—¿Cree usted en las maldiciones?

—No. Me parecen cosa de críos y de gente simple.

Stina se cruza de brazos con fastidio. ¿Qué otra respuesta podía esperar sino las divagaciones de una vieja chocha?

Pero la monja parece adivinarle el pensamiento.

—Las maldiciones no tienen poder por sí mismas: su fuerza está en el rumor. Porque todos, en el fondo, creemos un poco en lo que nadie puede demostrar. Al menos lo bastante como para apartarnos

de quien dicen que está maldito, por miedo a que su desgracia nos salpique. Y lo que la gente cree acaba tomando forma en el mundo, para bien o para mal. Así es como las maldiciones se cumplen sin necesidad de hechizos ni conjuros.

Stina frunce el ceño.

—Habla mucho, hermana, pero no me ha dicho nada de lo que le he preguntado.

La vieja suspira.

—Si pudiera, me callaría: lo que se ignora no hace daño, pero lo sabido ya no se puede olvidar.

Ese tono la irrita: parece el que se le dirige a una niña caprichosa. La rabia le arranca de golpe cualquier resto de compasión.

—Explíquese de una vez, y hágalo mientras me quede paciencia. Si no, iré a buscar a la abadesa.

La anciana monja cierra los ojos, se humedece los labios resecos y finalmente asiente. Levanta un dedo y señala una tumba cercana. Stina se sorprende al ver que no es la de Karin Stensdotter y la pequeña Märta, con su escudo partido, sino otra distinta. Se acerca y lee el nombre grabado en la piedra: Ingegerd Knutsdotter.

La monja comienza su relato:

—Han pasado cincuenta años desde que santa Brígida murió en la lejana Roma. Según se dice, en su lecho de muerte Dios mismo le prometió que sus restos no permanecerían en la Ciudad Eterna, sino que aguardarían la resurrección aquí, en el convento que ella misma fundó. El caso es que sus discípulas se impusieron la obligación de ayudar a que esa promesa se cumpliera y, un verano, trajeron su cuerpo al convento, lo que llenó de alegría a todas las monjas... pese al hedor insoportable que emanaba.

»Poco después, una nieta de la santa, de nombre Ingegerd, entró como novicia, y muchas lo interpretaron como una señal divina: era como si la propia Brígida volviese a estar, de algún modo, entre nosotras a través de esa joven de su sangre. —La anciana se estremece—. Pero no todas las novicias buscan el velo por voluntad propia: a algunas no se les da opción. Ingegerd era aún más joven que yo cuando llegó: apenas tenía dieciocho años, y la vigilaban de día y de noche para asegurarse de que no escapara del convento. Poco a poco fue marchitándose: comía poquísimo, rehusaba cantar en el coro, no respondía cuando las mayores le hablaban... A mí, personalmente, me contó que sufría unos dolores de cabeza terribles, que veía luces destellantes y le zumbaban los oídos. El caso es que pasó el invierno postrada, pero en primavera se recuperó y se levantó de la cama como transformada. Afirmaba que el Señor había enviado a sus ángeles para hablarle. ¡Era de la sangre de Brígida y además había heredado sus visiones! Así, cuando hubo que elegir una nueva abadesa, los votos recayeron en ella. —La anciana monja parece flaquear; cierra los ojos, como si hablar fuese más fácil sin mirar a su interlocutora—. Decía que los ángeles la visitaban por las noches, y cada vez lo hacían con más estrépito; tanto, que los ruidos se oían por todo el convento. Una noche me cansé de oírlos, así que subí a escondidas hasta su celda y miré por la rendija de la puerta. —Se interrumpe y parece masticar las palabras, que no le salen; luego, por fin, continúa con voz trémula —: Había una novicia con ella, además de dos monjes. Los cuatro estaban desnudos, aunque Ingegerd conservaba la toca y la corona de la orden y la cruz del oficio al cuello. La vi tumbarse bocarriba en el suelo y oí cómo les pedía a los monjes que orinaran sobre ella...

—Hace la señal de la cruz, temblorosa—... Y vi cómo reía a carcajadas mientras lo hacían. No quise ver más, pero mientras volvía a mi celda seguí oyendo los ruidos que hacían, parecidos a los que producen verracos y cerdas en primavera, entreverados con las palabras más soeces que he oído jamás. —Hace una pausa. El alivio de poder compartir lo que tanto tiempo ha callado es tan evidente que parece acariciarlas a ambas como una brisa templada. Cuando continúa, lo hace con voz más firme—: Los secretos no tienen cabida en un convento. Al final, demasiada gente sabía lo que pasaba. Le escribieron al obispo de Linköping, pero prefirió no inmiscuirse en algo tan turbio. Entonces, escribieron directamente a Roma y, tiempo después, llegó una respuesta del mismísimo papa: el obispo Peter de Strängnäs fue enviado a visitarnos. Escuchó a todo el mundo y determinó que Ingegerd era culpable. La destituyeron de inmediato, la despojaron de la dignidad de abadesa y la confinaron dentro del convento como una simple monja. Antes, sin embargo, tuvo que devolver las llaves del claustro y, al hacerlo, se descubrió que las arcas estaban vacías. Así se vio que había reducido a ruinas, con sus propias manos, todo lo que su abuela había construido.

—¿Y después? ¿Qué fue de ella?

—Se encerró en sí misma y sus ataques se hicieron cada vez más frecuentes. Al parecer, eran tan fuertes que se sujetaba las manos con la cabeza y lloraba a gritos, desesperadamente. Yo iba a verla cuando podía: le llevaba un poco de sopa, le refrescaba la frente con un paño, le limpiaba la barbilla... pero nunca logré que hablara. Fue apagándose poco a poco y finalmente hubo que llamar a un sacerdote para que le diera la extremaunción. Sus últimas palabras fueron una maldición contra la familia del escudo azul y dorado.

—¿Cuáles fueron exactamente?

—«Por negarme el amor a causa de mi sangre, vuestro amor acabará bañado en sangre.»

Stina no se considera supersticiosa, pero esas palabras la impresionan, sobre todo porque ella y la monja se hallan frente a la tumba de la difunta.

—Al año siguiente de su muerte —prosigue la monja—, Karin Stensdotter, también de la familia del escudo azul y dorado, vino aquí a dar a luz, como es costumbre entre sus parientes. Casi nunca tenemos complicaciones: hemos atendido muchos partos y la Virgen nos protege. Pero Karin sangró hasta que su corazón no pudo más. En cuanto a la niña, Märta, parecía haber nacido fuerte, pero murió apenas dos días después. Madre e hija estaban sanas: lo ocurrido no tenía explicación. Sin embargo, conocíamos la maldición de Ingegerd. Eran del linaje azul y dorado, y el padre tuvo que marcharse solo: su amor había acabado bañado en sangre. Y ahora tenemos a otra joven que se enfrenta a la misma amenaza. Por eso rezo a las puertas de su aposento.

—¿Quién era Ingegerd y cómo llegó aquí, al convento? ¿Sabe usted cómo se llamaban sus padres?

La anciana niega con la cabeza.

—Mi mundo no es mayor que el que ves a tu alrededor. Ignoro de dónde venía y también por qué eligió culpar a vuestro linaje de las desgracias que marcaron su vida.

Stina siente que las palabras de la monja son una carga que ahora debe soportar: revelan algo, pero no todo. La falta de respuestas le escuece por dentro, como una herida. La anciana, sin embargo, aún guarda un último secreto:

—Que la Virgen me perdone por tomarme esta libertad, pero sé de alguien que quizá sepa las respuestas.

Stina siente un atisbo de esperanza.

—El obispo Knut Bosson, de Linköping, también de la familia del escudo azul y dorado. Ya entonces era obispo, y aún lo es. Se dice que, cuando vino por primera vez a Vadstena, el convento era rico y él, pobre... y que ahora es al revés. Lo cierto es que nadie fue más cercano a Ingegerd, pese a pertenecer al linaje que ella tanto odiaba.

12

La cercanía del poblado es más evidente a cada paso que Finn da. El camino entre los árboles se ensancha, abierto por muchas pisadas y surcado por las ruedas de los carros. Entre los troncos asoman campos aquí y allá; el paisaje se abre, y los baches y raíces del sendero ya no quedan ocultos bajo la sombra espesa de las ramas.

Cuando el viento cambia, cambia también el olor: el aroma de la leña ardiendo irrumpe entre la humedad del bosque, junto al de la carne asada al espetón, el pan que fermenta, la madera cortada, el polvo que el viento levanta de la tierra seca.

Entonces distingue las primeras casas: bajas, con troncos cruzados en las esquinas y techos sellados con corteza de abedul. Por encima se alzan las bóvedas y la aguja de la iglesia del convento, piedra gris que domina con majestad todo el poblado. Más allá, las aguas abiertas del Vättern se extienden hacia el sur hasta perderse de vista, y desaparecen en una bruma azul donde cielo y lago se confunden, como si el mundo terminara allí. En la orilla se alinean unas cuantas tiendas de campaña.

Él recuerda de otras veces la sensación de salir del bosque y reencontrarse con gente: cualquier ruido lo hace sobresaltarse; si le hablan, tarda en responder; el bullicio lo incomoda, la cercanía de los demás lo irrita. Una y otra vez se examina la ropa en busca de

manchas de sangre, y una y otra vez no encuentra nada. Aun así, la culpa le pesa como si llevase encima un manto empapado.

En el fondo tiene la certeza de que es imposible que un acto como el suyo quede oculto y sin castigo. Dios todo lo sabe, todo lo ve; y desde el cielo lo apunta con su dedo para separarlo del rebaño, como se aparta a una oveja enferma.

Encuentra una taberna y pide una jarra de cerveza. Luego se sienta en un tronco fuera, intentando asimilar tanta novedad. La cerveza está fresca y sabe mejor de lo que recordaba. A tragos lentos apaga la sed de días, y enseguida le llega una ligera embriaguez que lo consuela: atenúa esa soledad que se vuelve más dura cuando está rodeado de gente. Aun así, no olvida cuál es su lugar: su porte, su rostro, su ropa y la daga al cinto lo hacen destacar entre los demás.

Cuando la jarra queda vacía, pide otra. Ahora ya está preparado para responder a la pregunta que el tabernero hace siempre a los recién llegados.

—¿Qué hay de nuevo en el norte?

Él se encoge de hombros.

—Yo no he visto gran cosa, pero si quieres que te hable de rumores, tú sabrás.

—No tengo más opción.

—Dicen que se prepara un alzamiento en las montañas. Que los hombres están afilando sus picos para que se claven tan bien en las murallas como en las rocas de las minas.

El tabernero le llena la jarra sin cobrarle y se sirve otra para él.

—Eso mismo oí el año pasado, y el anterior. Y, aun así, la paz sigue reinando y la gente paga lo que debe. A tu salud.

Beben a la vez, como si lo hubieran ensayado.

—¿Los que acampan junto al lago son gente del obispo?

—Sí. Ayer montaron las tiendas. Saldrán hacia el norte en cualquier momento. Algunos estuvieron aquí por la tarde y dijeron que iban al lago Hjälmaren a celebrar San Juan en Göksholm, con el sobrino del obispo.

Finn levanta la cara y entrecierra los ojos. El sol brilla por encima del tejado de la iglesia del convento.

—¿Y por qué no se han hospedado en el convento? ¿No se llevan bien las monjas y el obispo?

El tabernero lo mira un instante con cautela, como esperando una trampa.

—Yo prefiero no meterme en esas cosas. Sólo diré que entre ellos hay viejas desavenencias. Si quieres saber más, pregúntale a alguien más hablador.

La iglesia del convento no se parece a ninguna que él haya visto. Por fuera es ancha y compacta, pero en cuanto cruza el portón tiene la sensación de que ha vuelto al bosque: las columnas se alzan rectas, como troncos petrificados, y abren sus copas muy por encima de su cabeza. El techo parece más alto que el cielo. Innumerables bóvedas se suceden en un espacio tan amplio que le produce vértigo. La luz entra a raudales por los altos ventanales y convierte el interior en una especie de farol de piedra, resplandeciente de belleza y de piedad.

Con el cuello dolorido de tanto mirar hacia arriba, acaricia las piedras de los pilares para convencerse de que son reales. Las rodillas le tiemblan: el aire mismo parece cargado de Dios, de su misericordia y su justicia.

Casi no hay fieles, así que pronto se halla frente al relicario. Es más grande que otros que ha visto y está forrado de púrpura, bordado y adornado con medallones de oro. Allí reposa la elegida del señor, la que obró prodigios en su nombre y contempló a sus ángeles. Aunque los huesos estén en un recipiente sellado, siente que emanan una santidad ardiente. Se arrodilla, saca el rosario y empieza a rezar.

Sabe que su plegaria difícilmente llegará al cielo, pero no deja de insistir. Ha cumplido la penitencia por el alma de su hermana, Ylva Sigridsdotter, que debería quedar libre para alcanzar la salvación. Y, sin embargo, ahora reza con otra muerte pesándole sobre la conciencia: la que causó en un arrebato de cólera, sin la justificación de la guerra. ¿Lo castigará Dios negándose a perdonar a su hermana? Esa duda lo consume; no puede imaginar tormento peor. Pasa el rosario por segunda y por tercera vez, y aún sigue de rodillas cuando el sol abandona las bóvedas.

—Debe de ser raro eso de ser santa.

Una voz femenina lo ha sacado de sus pensamientos. Es una mujer vestida con sencillez, ni joven ni vieja. No sabe si llegó de puntillas o si él estaba demasiado absorto para oírla. Se balancea de un pie al otro, pero parece no importarle que él no conteste.

—Lleva medio siglo en ese relicario, casi desde que yo recuerdo. Y desde entonces no han dejado de venir obispos y abades de todas partes para llevarse algo: un dedo del pie, una astilla de la cadera...

y meterlo en otros relicarios. Mucho descanso no habrá tenido. —Frunce el ceño—. Y el Día del Juicio, ¿cómo será para ella, con los restos repartidos por medio reino? ¿Quién la va a recomponer? ¿Tendrá que hacerlo ella misma, arrastrándose de iglesia en iglesia para recogerse entera? ¿Le mandará el Señor un ángel que la sostenga cuando avance cojeando? Y si algo queda mal... ¿y si se presenta ante Dios con una pierna más corta que la otra? —Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Puede que yo no sea santa, pero al menos mis huesos quedarán enteros en la fosa. A mí, con eso me basta.

Él se pone en pie tambaleándose porque tiene las piernas entumecidas. Se frota los muslos antes de poder marcharse. Intenta percibir algo que indique un cambio en el más allá, pero enseguida se arrepiente: ¿quién es él para pedirle pruebas al Creador?

Ha caído la tarde y apenas quedan fieles en la iglesia, pero reconoce a una entre ellos: Brita, Brita Bengtsdotter, de Göksholm. Se apresura a acercarse, contento de encontrar por fin a alguien conocido tras tantos días entre extraños. Ella, al oír sus pasos, se vuelve aferrando el rosario. El cansancio y el miedo están grabados en su rostro.

13

Bengt Stensson camina por delante de su hermano. Le muestra en qué se ha convertido Göksholm desde que su esposa lo aportara como parte de su dote. Un profundo foso rodea el castillo, con zanjas que lo comunican con el lago para mantener el agua en movimiento y evitar la cría de mosquitos. Las compuertas permiten cortar el flujo o desbordar el foso cuando sea necesario. El puente está echado, pero no fijo en la orilla, sino libre y listo para retirarlo en caso de una visita indeseada. Los edificios se mantienen en buen estado: los tejados son impermeables y allí donde la madera se pudre, troncos y tablones nuevos la sustituyen de inmediato.

Se reserva lo mejor para el final: la torre de piedra que alza sus defensas angulosas hacia el cielo.

Bo examina el grosor de los muros, la disposición de las aspilleras, la armería bien provista, donde se amontonan alabardas y lanzas junto a cuerdas de arco y canastos llenos de flechas, suficientes para armar a todos los hombres del castillo en edad de combatir.

Prueba algunas armas al azar: toma una flecha y constata que la punta está bien afilada; desenvaina una espada y mide el filo; levanta una pica y verifica que el asta no es ni demasiado larga ni demasiado corta para equilibrar el peso del hierro. No encuentra nada que reprochar.

Sabe que su hermano nunca ha sido tan meticuloso y que aquello es obra de su cuñada, pero se guarda el comentario.

Luego suben por la escalera hasta la parte alta.

A sus espaldas se extienden las aguas azules del Hjälmaren, tranquilas salvo por algún rizo que levanta el viento de verano. Al oeste, la orilla se prolonga hacia Örebro; al este, el cabo corta la vista, pero más allá el lago se ensancha y oscurece. Su calma es engañosa: basta un giro del viento para que se levante la tormenta y hunda a los navegantes inexpertos en sus aguas profundas. Es un lago traicionero, que no perdona a los incautos. Más al este se estrecha en una bahía antes de desaguar en el río que baja hacia Eskilstuna.

La tierra se abre a espaldas del lago: bosques, prados y campos de cultivo, con un suelo negro y fértil. Al otro lado del puente levadizo ya han segado la hierba y se levanta un salón de verano con postes recién cortados. Donde el terreno es más llano, apisonan la tierra para preparar una pista de baile.

—Ese de ahí es tu muchacho, ¿verdad?

Bo Stensson le da un codazo a su hermano mientras señala, y Bengt se asoma por encima del parapeto de la torre de piedra. Entorna los ojos y asiente.

—Sí, es Måns. Lleva su azor.

—He seguido ciervos menos esquivos que él. ¿Cuándo voy a poder ver a mi sobrino más cerca que a tiro de flecha?

Bengt elude la pregunta con un gesto de resignación.

—Está en esa edad rebelde. Tiene la cabeza llena de fantasías.

Bo hace visera con la mano para poder distinguirlo mejor, pero Måns está demasiado lejos. Es una silueta apenas lo bastante nítida

como para reconocer el brazo doblado con el ave posada encima.

—¿Qué has dicho que es, un halcón?

—Un azor. Me costó cinco marcos de más, pero he visto pocas aves más hermosas.

—Un halcón peregrino habría valido más la pena.

—Tal vez en tu Ekhult, con tanto campo abierto. Aquí, los árboles crecen tan juntos que cualquier presa huye hacia el bosque. El azor los sigue entre los troncos y se lanza en picado entre la maleza. El halcón, en cambio, teme la sombra de las ramas: se aparta en cuanto las ve, y la presa escapa.

Bo gruñe como respuesta, molesto por verse corregido. No obstante, es lo bastante sensato como para no discutir.

Bengt se aparta el cabello de la frente, satisfecho de conservar aún la melena, mientras que su hermano está tan calvo que su cabeza recuerda un huevo.

—Måns tiene buena mano con el ave. Deberías oírlos conversar a base de chasquidos y graznidos: cualquiera diría que se entienden. Lo cierto es que últimamente charla más con el pájaro que con nosotros, pero casi nunca vuelve de cazar con las manos vacías. Ya lo verás.

Ambos esperan, tan aficionados a la montería que sienten en las entrañas el cosquilleo del acecho, aunque sea otro quien maneje el ave y lo haga a una legua de distancia.

14

Después de tres horas de parto, Margareta se duerme, escapando por fin al tormento. El dolor ha acabado por anular sus sentidos. Su barriga, tensa y enrojecida, tiene la piel tan estirada que Stina no entiende cómo no revienta y deja escapar a la criatura por el ombligo. Han intentado que beba un caldo ligero, pero ha apartado la cabeza, y nadie sabe de dónde sacará las fuerzas para la última parte.

Monjas viejas y jóvenes han pasado a dar consejos, pero nada ha cambiado: sus oraciones son todo lo que pueden ofrecer.

En un momento dado Stina ve a la partera negar con la cabeza. Es apenas un gesto, pero pesa como una sentencia porque viene de ella, que hasta entonces había sido la calma y el sostén.

—Dígalo en voz alta, hermana —le pide.

Eufemia la mira con los ojos enrojecidos por el desvelo.

—Está dormida, recuperando fuerzas. Cuando despierte lo intentaremos de nuevo. Pero si entonces la criatura no sale... temo que no saldrá nunca.

—¿Cuánto va a dormir?

—Eso no lo sabe nadie. Puede ser un rato... o unas horas.

Stina se pone en pie y vuelve a sufrir un vahído. Tiene que apoyarse en el muro para no caer. Logra llegar hasta el pasillo,

tambaleante, tan cansada que el mundo parece torcerse a su alrededor. No sabe qué hacer, pero se siente obligada a hacer algo, y al final lo único que se le ocurre es salir del aposento para hablar con la monja anciana.

Ya amanece, y ésta sigue de pie ante la puerta, murmurando sus oraciones medio dormida.

—No creo en maldiciones, hermana —susurra Stina como temiendo romper el silencio tenso del aposento—. Pero, si existieran, ¿cómo se romperían?

Su propia voz le suena extraña. Es un ruego desesperado, impotente, impropio de la señora de Göksholm, acostumbrada a que todos acaten sus órdenes. Se avergüenza al sentir el alivio de cerrar la puerta tras de sí, como si esos tablones pudieran contener la desgracia que nada parece poder detener.

—Lo primero es saber de dónde viene el rencor y sacarlo a la luz —contestó la anciana—. Luego, hacer la penitencia que habría servido para hacer las paces si la muerta siguiera viva. Pero hay que hacerlo de verdad, con el corazón. Si se hace así, la culpa se desvanece, y lo que nunca debió existir, deja de existir.

Se oyen pasos en la escalera y aparece Brita, pálida, sostenida por un joven. Stina tarda en reconocerlo, pero finalmente cae en la cuenta de que se trata de Finn Sigridsson, de Göksholm. Entonces, un escalofrío recorre su espalda: Måns...

El corazón se le acelera, las piernas le fallan. Se tapa la boca con la mano para contener un grito. En su cabeza se agolpan imágenes: su hijo ahogado en el río, con el cuello roto al caer de un árbol, vencido por la peste o la fiebre... Lo ve bajo tierra, frío, muerto, pasto de gusanos.

El pánico le impide preguntar.

Finn lo comprende y trata de calmarla:

—Tranquila. Cuando salí de Göksholm todo estaba en orden, y no tengo noticia de que nada haya cambiado.

Stina cierra los ojos. El alivio la invade como si el sol se abriera paso de pronto entre las nubes. El querido Finn: leal y noble, el mejor criado que puede haber. Avanza tambaleándose y lo abraza, hunde el rostro húmedo en su hombro. Él se pone rígido, pero ella no lo suelta, lo aprieta contra sí hasta que la tensión se disipa.

Luego vuelve el silencio y con él se desvanece la cercanía. Finn no es un necio: sabe lo que toca y se apresura a hacer una reverencia.

—Señora Kristina, he venido por mi cuenta. Mi hermana murió y la enterraron sin confesión. Herr Bengt me dio permiso para cumplir la penitencia que me impuso el sacerdote: primero, caminar hasta Vadstena y rezar ante las reliquias de santa Brígida; después, acompañarlas en el regreso a casa y, si es posible, hacerlo junto al obispo. Él mismo le escribió a herr Bengt para decirle que quiere estar en Göksholm en la noche de San Juan.

Stina siente cómo se le contagia la pena de Finn. Nadie debería morir tan joven. Y, sin embargo, no la sorprende: Ylva Sigridsdotter siempre hizo lo que quiso, aunque fuera en contra de sí misma. Era difícil de tratar, imposible de dominar.

Le pone las manos en las mejillas al chico.

—Te acompaño en el sentimiento —le dice—. Pocas veces he visto a alguien querer así a una hermana. Eso tiene que servirle de alivio, dondequiera que esté. —Percibe el dolor que Finn no consigue ocultar, pero de pronto recuerda sus palabras, se endereza y lo

agarra del brazo—: ¿Has dicho que el obispo Knut quiere ir a Göksholm? ¿Desde Linköping?

—Sí, mi señora. Ya está aquí cerca. Su gente ha montado tiendas de campaña a la orilla del lago. Se supone que saldrán hacia el norte en breve. La señorita Brita me ha contado cuál es la situación...

—Llévame hasta él, ahora mismo.

15

Måns contempla el ave posada en el guante de cuero de su mano izquierda, fascinado, como siempre, por su belleza y su fuerza: una criatura tan poderosa que, sin embargo, pesa tan poco. El pájaro se agita, inquieto, y él siente la presión de sus garras aun con el guante acolchado. El cascabel atado a su pata suena cada vez que cambia de posición.

Le acaricia el pecho moteado, deja que note el calor de su mano y chasquea la lengua. Cuando por fin se calma, le retira la caperuza. Los ojos, grandes y amarillos, lo miran de frente, y Måns se pregunta qué será lo que ve en él.

Está tan domesticado como puede estarlo un ave de presa, pero su esencia salvaje nunca lo abandona. Desde que era un polluelo lo ha alimentado con su propia mano, lo ha dejado dormir bajo su túnica; aun así, sabe que si un día deja de darle carne más tierna que la que pueda cazar por sí mismo, se perderá en el bosque y no volverá.

Sigue caminando por la hierba. El día es más fresco que el anterior. Nubes altas motean el cielo y un viento perezoso entra desde el lago, agitando el plumaje del ave. A él le duelen los brazos y las piernas tras el esfuerzo del día pasado, y se ha prometido descansar un poco para recuperarse.

Busca la altura de una colina para otear mejor el paisaje. Lo ideal habría sido llevar consigo un perro o un batidor, pero prefiere la soledad, aunque eso le reste posibilidades en la caza.

El prado está lleno de liebres: unas en viejas madrigueras, otras refugiadas bajo los abetos o entre los matorrales.

Ya en la cumbre, se detiene y gira despacio sobre sí mismo, atento a cualquier movimiento en la hierba, a cualquier cambio en el color de las sombras. No tarda en verlo: un diente de león que se sacude más de lo debido. La liebre acaba de delatarse.

Suelta el azor sintiendo el empuje de sus garras al alzar el vuelo, y lo ve desplegar la cola, batir las alas y lanzarse en picado para ganar velocidad. Va directo hacia la presa, que huye dando quiebros desesperados en plena carrera. Cada vez que sus garras se cierran en el vacío suelta un chillido de rabia, pero vuelve a lanzarse, vira y persiste en el ataque.

Måns los pierde enseguida de vista, pero echa a correr en su busca.

Tiene que detenerse a menudo para escuchar: sólo el cascabel le indica dónde está el azor. Por fin, al oír el tintineo acompañado de un chillido agudo, lo encuentra en la hierba, con las alas abiertas junto a la presa.

La liebre aún vive, retorcida, con la columna rota y los ojos desorbitados de miedo. El ave parece dudar: no está acostumbrada a fallar al primer golpe y no sabe cómo rematarla.

Måns entiende cuál es su deber, aunque siente un nudo en el estómago: si la presa sufre, la culpa es del cazador. Ya lo ha hecho antes, pero siempre acompañado, siempre con alguien que le daba

una palmada en el hombro y lo animaba a hacer lo que había que hacer. Ahora está solo.

Aprieta la mandíbula, cierra los ojos y le retuerce el cuello. Oye un crujido seco, como el de una ramita. El silencio lo abruma más de lo que esperaba.

Se incorpora mirándose la mano: está manchada de sangre, pero no es de la liebre, sino suya. El animal lo mordió en el último instante, aunque no lo ha notado hasta ahora. Se chupa el dedo y examina la herida: apenas un rasguño. Extrañamente, la punzada le devuelve algo de ánimo, como si aliviara la culpa.

El sol brilla, sopla una brisa suave. El día es joven aún, y su momento de flaqueza queda atrás.

Bo Stensson baja la mano con la que se hacía visera y se vuelve hacia su hermano.

—¿Qué crees que habría hecho padre si nos hubiera visto dudar así?

Bengt frunce los labios.

—Nos habría dado una bofetada en el acto y una paliza más tarde.

—Y con razón: dudar en el momento decisivo ha perdido a muchos hombres.

Bengt sigue con la vista a Måns, que pronto desaparece tras la colina.

—A Måns no le gusta matar. Supongo que ha pasado demasiado tiempo en casa. Stina no soporta tenerlo lejos; teme que le pase algo. Ya sé que otros envían a sus hijos fuera para que se curtan, pero ella quiso hacer las cosas de forma distinta, y hace mucho que

dejé de reprochárselo. De hecho, creo que hizo bien en imponerse, aunque yo protestara. Dime, ¿tú llegaste a sentir cariño por padre?

Bo se encoge de hombros; se siente incómodo con la pregunta.

—Nosotros éramos muchos y él sólo uno. Casi nunca estaba. Y cuando te concedía un rato, solía ser para reprenderte.

Bengt asiente.

—Así lo recuerdo yo también. Él tuvo muchos hijos, pero yo, en cambio, sólo tengo uno, igual que tú. ¿Vas a azotar a Nils cuando crezca? ¿Te gustaría que acabara detestándote por culpa de una liebre?

Bo emite un gruñido que es mitad protesta, mitad asentimiento, y Bengt le da una palmada en el hombro.

—Al final, Måns hizo lo correcto. Y no por él, sino por la liebre. Todo hombre debe saber matar, pero de ahí a disfrutar haciéndolo hay un trecho, y mejor que lo haya.

16

Las tiendas de campaña están instaladas en una zona llana y seca a orillas del lago Vättern. No hay duda de cuál es la del obispo: es más alta y más grande que las demás, está hecha de mejor tela y tiene los postes tallados y un mástil central.

En cuanto Finn y Stina se acercan, un hombre que está sentado sacándole punta a un palo se levanta como un resorte y sale a recibirlos.

—El obispo está en oración y no recibe a nadie.

Stina se yergue y le sostiene la mirada, acostumbrada como está a imponerse a la gente de poca monta.

—Soy Kristina Månsdotter, señora de Göksholm y pariente del obispo Bosson. Si vais hacia el norte es para sentaros a mi mesa. Déjame pasar.

El hombre se apresura a hacer una reverencia. Se sacude las astillas de las piernas, busca los ojos de Stina con la cabeza gacha y esboza una sonrisa de disculpa.

—Perdóneme. Un criado con más juicio habría comprendido antes con quién hablaba. Enseguida me aparto, pero la señora debe saber que las tareas del obispo como intermediario del Señor le dan una sed tremenda, y si me ha puesto aquí es para que nadie lo interrumpa mientras la sacia.

Una vez que el hombre se quita de en medio, Finn aparta un pliegue de la lona con la intención de dejar pasar a Stina, pero en ese momento el hedor los golpea a ambos: un tufo a vino agrio evaporado por el calor, a sudor rancio y a bilis expulsada en un orinal.

El obispo yace acurrucado en un lecho portátil con largueros labrados. Es un hombre flaco y ajado por los años, aunque aún fibroso. Tiene la rala barba completamente canosa, la coronilla ya vaciada de pelo y las orejas crecidas y velludas.

La tienda está arreglada con cierto esmero: unas alfombras gruesas cubren la tierra apisonada por sus hombres, y junto a la cama hay una mesa donde comer y escribir.

Stina le hace un gesto a Finn, señalando al obispo que ronca a sus anchas. Él carraspea con fuerza con la esperanza de despertarlo, pero no lo consigue.

El criado que los ha recibido fuera entra en la tienda para auxiliarlos. Lleva un balde de agua en las manos y, después de sacudir al obispo para despertarlo, moja un paño en el agua y se lo pone en las manos, susurrándole algo al oído. El otro gimotea, pero acepta incorporarse y se cubre el rostro con el trapo un buen rato; tanto que, de no ser por sus jadeos, cualquiera diría que se ha asfixiado. A continuación le pasa el trapo al criado y le ordena que se retire.

Stina mira sus ojos —de un azul turbio sobre un fondo amarillento: los colores del linaje— medio ocultos por las arrugas. Se fija en el tabique nasal, con dos marcas oscuras a los lados y en el motivo de aquellas marcas, que lleva colgado al cuello. Dos cristales redondos montados en una armazón de metal y con correas a los

lados para sujetarlos a la cabeza. Había oído hablar de ese invento, pero nunca lo había visto.

—Kristina, qué sorpresa poder saludarte aquí, en Vadstena. Esperaba hacerlo en Göksholm. Supongo que los preparativos van muy avanzados.

—Estoy aquí con mi cuñada, Margareta, la esposa de tu sobrino Nils, que está a punto de parir, aunque no está siendo fácil, pobrecilla.

—Dios la ayude.

Después de santiguarse, deja las manos sobre el regazo. Tiene una forma muy particular de quedarse quieto y mirar fijamente. No es fácil saber si es uno de los efectos de la edad o una táctica deliberada para incomodar a los interlocutores y recordarles que, en presencia del obispo, no son dueños de su tiempo.

—¿Cuándo fue que nos vimos por última vez?

—Bengt y yo fuimos a Linköping para que bautizaras a nuestro hijo.

El obispo asiente.

—Claro, claro. Mats.

—Måns.

—Ah, sí: Måns. Me pasa que recuerdo mejor a los hijos de mis sobrinos que a los sobrinos en sí. Mi hermano Sten tuvo hijos como si quisiera recuperar él solo lo que la peste se llevó, pero la siguiente generación va con más calma. ¿Cuántos años tiene ya el chico?

—Va a cumplir dieciocho.

El obispo suspira y vuelve a colocarse el artilugio de metal sobre las marcas de la nariz. Luego se ajusta las correas en la nuca, entre los pelos blancos.

—Acércate, quiero verte bien.

Las lentes le agrandan los ojos y distorsionan su cara, que adquiere un aire grotesco, más de trol que de hombre. Una está rajada, y el ojo que se ve detrás resulta aún más perturbador. A Stina la recorre un escalofrío mientras él la observa con calma.

—Ay, Kristina... los años pasan, ¿no es cierto? Aunque contigo han sido más benévolos. ¿Quién es este joven?

—Finn Sigridsson, de la casa. Ha llegado hoy a Vadstena desde Göksholm para rezar ante la santa.

Kristina está a punto de decirle que salga cuando el obispo le hace señas para que se acerque y lo examina con aún más calma. Ella conoce bien su reputación —como medio reino—, aunque apenas lo ha visto unas cuantas veces, y la última fue hace años.

Al igual que su hermano Sten, Knut fue de los que dieron la espalda al rey Alberto para ofrecerle la corona a Margarita, aunque muy pronto se arrepintieron. A Sten le tocó intentar —sin éxito— frenar las intrigas danesas con las armas, y a él hacerlo desde el púlpito. Seguro que respiró aliviado el día que enterraron a la reina, pues con su muerte se cerraba una disputa que amenazaba con costarle la mitra.

Bajo el reinado del rey Erico se ha movido con más cautela en unas aguas cada vez más agitadas, pero los resultados no han acompañado. Tanto el rey como la Iglesia han procurado colocar a los suyos en lo alto de la jerarquía eclesiástica, y su obstinación en no tomar partido le ha costado los pocos amigos que un día tuvo.

Tras escrutar a Finn, Knut se recuesta de nuevo en el lecho, se quita las lentes y se masajea el dolorido puente de la nariz. Stina

busca la mirada del joven y le señala la salida con un gesto de la barbilla.

—Ve a ver a Margareta y hazle compañía, anda. Yo volveré sola.

Ella y el obispo se quedan esperando a que Finn se aleje y sólo entonces reanudan la conversación:

—¿Y bien, Kristina? ¿Qué quieres de mí, después de haber interrumpido mis plegarias por la salvación de las almas?

—Quiero que me hables de Ingegerd Knutsdotter. Según entiendo, poco antes de morir maldijo a los de azul y dorado, y yo tengo hijos que pertenecen a tu familia: tengo derecho a saber.

Knut permanece un buen rato callado, con las huesudas manos sobre el regazo. Finalmente, se apoya como puede para incorporarse, avanza cojeando hasta el rincón donde se halla el orinal y, de espaldas a ella, se levanta torpemente la parte delantera de la sotana.

—Discúlpame, Kristina. Si no he de guardarte secretos, empecemos por éste.

Necesita de varios suspiros antes de poder lanzar unas pocas gotas reticentes. Aun así, se queda un buen rato allí, de pie, quizá con la esperanza de que salga más, respirando pesadamente, hasta que se rinde, se sacude y deja caer la sotana.

—Mi capa. ¿Me ayudas?

Se trata de una prenda de color rojo escarlata, suntuosa, bellamente bordada con hilos de oro. Stina la recoge del suelo y se la coloca al obispo sobre los hombros sin molestarse en acomodársela bien. Él se conforma, se envuelve el cuerpo escuálido y le señala a su invitada un taburete de campaña apoyado contra la pared de la tienda.

—Ingegerd era mi medio hermana —explica, y luego deja que sus palabras surtan efecto—, hija de mi padre, Bo Bosson, abuelo de tu marido, caballero y consejero real, como tantos de nuestros antepasados. Un día cualquiera conoció a una mujer, Märta de Ulvåsa, se llamaba, y ambos se enamoraron de inmediato y se hicieron amantes. No les importó estar casados con otras personas. Para su desgracia, ella quedó embarazada. El escándalo habría sido tremendo, de no ser porque... —Se estira para coger una copa de vino y Stina adivina en su rostro la decepción de encontrarla más vacía de lo que pensaba. Apura lo que queda, caliente y agrio, y unas gotas rojas le manchan la barba—. Porque Märta era hija de Brígida: la futura santa Brígida. El adulterio de la hija bastaba para poner en cuestión los esfuerzos de la madre para ganarse el favor del papa y, posteriormente, ser canonizada. Pero aún había otra cosa: Märta y Bo eran primos segundos y, desde que el cristianismo desembarcó en el Norte, la Iglesia había establecido que cualquier relación dentro de cinco grados de parentesco debía considerarse incesto. Desde luego, siendo tan pocos, nosotros jamás lo entendimos así, pero Brígida estaba en Roma, y un dato como ése resultaba devastador no sólo para su fama de santa, sino para el auténtico caudal de donaciones y limosnas que dependían de ésta. El caso es que Märta y mi padre decidieron callar, y cuando Ingegerd nació recibió el apellido de su esposo, Knutsdotter, aunque su verdadero padre era un Bosson.

»Pero, como tú misma has podido comprobar, los rasgos de mi familia no son fáciles de ocultar y, con cada año que pasaba, Ingegerd se parecía más a los Bosson. Y, además, estaba cada vez más perturbada. No era de extrañar: tenía un supuesto padre que la

rechazaba, dudas sobre la identidad de su verdadero progenitor y una madre que la despreciaba porque la culpaba de sus frustraciones.

»La muerte de su abuela Brígida y su elevación a los altares marcaron el camino: la enviaron aquí, al convento de Vadstena, y procuraron olvidarla...

Stina puede imaginárselo. De hecho, no se le ocurre un sitio mejor para semejante propósito.

—Pero, aunque los suyos la despreciaran, Ingegerd no era tonta: en pocos años pasó de novicia llorona a abadesa altanera. Y en cuanto tuvo ese poder, tardó poco en averiguar quién era su auténtico padre. Éste ya estaba muerto y enterrado, pero acudió a mí, me lo contó todo y exigió mi apoyo. ¿Y cómo iba yo a negárselo? Para empezar, mi firma y mi sello figuraban en los documentos de la canonización. Si aquello salía a la luz podía perjudicarme muchísimo...

—No sé por qué —comenta Stina interrumpiéndolo—, pero algo me dice que, si hubieras tratado a Ingegerd con verdadero cariño de hermano, no habría terminado su vida maldiciendo tu linaje.

Knut esboza una sonrisa dejando ver sus dientes amarillos y gastados, aunque todavía con filo: la sonrisa de un depredador. Luego inclina la cabeza, dando a entender que lo admite.

—He oído decir cosas de ti, Kristina Månsdotter, y me alegra comprobar que tu fama es merecida.

Stina siente un escalofrío: los elogios de alguien como el obispo hieren más que su desprecio; son como tocar algo sucio y mancharse.

—El caso es que su secreto, de saberse, me habría perjudicado, pero ella necesitaba de mí para seguir siendo abadesa, así que... No negaré que al final fui yo quien más sacó. Ser obispo es caro, que lo sepas, y pude disponer a mi antojo de las arcas del convento.

—¿Y qué pasó después?

—Pues que Ingegerd no encontraba la paz. Supongo que la falta de padre la llevaba a buscar la aprobación de los hombres, de todas las maneras posibles. Se entregó a unos excesos tan desmedidos que llegó un momento en que ya no pude sostenerla. La destituyeron y, entonces, la locura se apoderó por completo de ella. Decían que tenía visiones, pero nadie le creyó, al contrario que a su madre. —Ahoga un eructo y hace una mueca por la acidez que le sube a la garganta—. En fin, ahora ya sabes de Ingegerd lo mismo que yo. Cuando salgas, dile a mi criado que me traiga más vino: me has secado la garganta. Mañana reanudaremos el camino al norte. Si quieres venir con nosotros, serás bienvenida junto con los tuyos.

17

Finn desanda el camino con la mirada amarillenta del obispo Knut grabada como una quemadura en la memoria: su aliento agrio a vino, el hedor de su tienda... Un hombre de Dios, un alto dignatario de la Iglesia, representante del papa en persona, pero gastado y sin dignidad. De haber estado vestido con ropa sencilla y dormido contra la pared de una taberna, lo habrían echado a la calle antes de que ensuciara los bancos y contaminara el aire con su aliento. Quizá, de habérselo encontrado él mismo en un camino sin testigos, el obispo Knut habría corrido la misma suerte que Olof Jönsson.

Escupe por encima del hombro y se persigna para espantar el remordimiento de haber pensado lo que no debía.

En la puerta del convento lo reconocen y no le hacen preguntas. Al contrario, apartan la mirada con rapidez, como si supiesen que atrae la desgracia. Por un momento duda, buscando entre los muros de piedra la entrada correcta, pero una monja que parece leerle el pensamiento le indica discretamente el camino.

En el patio pasta un semental y él, que siempre se ha ocupado de caballos, sabe lo que valdría en el mercado. Puede que los mozos de cuadra rara vez tengan dinero en las manos, pero pueden calcular el precio de cualquier animal mejor que sus propios dueños. Quien monte ese caballo debe de ser riquísimo, quizá más que los señores

para los que trabaja. De otro modo no se permitiría dejar semejante fortuna suelta y a su aire. Es un animal magnífico, alto de cruz, con músculos marcados; es obvio que lo han alimentado, cuidado y hasta cepillado con esmero, y la silla y los arreos son de la mejor factura. En una esquina del paño de la silla ve un escudo que no reconoce: un barco rojo sobre fondo dorado, con penachos de plumas de pavo real en proa y popa. Se trata de un visitante con blasones extranjeros.

Finn se pone en alerta, acostumbrado a considerar lo desconocido como un peligro hasta que se demuestre lo contrario. Aspira hondo el aire de verano de un día que, hasta ese momento, aún no deja un sabor ni bueno ni malo en la boca, abre la puerta y sube la escalera.

Entorna la puerta del aposento sin hacerse notar, inseguro de cómo debe comportarse sin la señora Kristina a su lado. El escenario de un parto es territorio femenino, y aunque él sea de la casa no quiere entrar allí donde su presencia sobra. Pero dentro ya hay otro hombre, sentado en el taburete de la comadrona, que se ha visto obligada a ponerse de pie.

Lleva la ropa de viaje de un noble: un jubón de cuero blando y de buena calidad —tan bien cortado que sólo puede haber salido de manos de un auténtico maestro— sobre una túnica ligera; calzas de verano y botas en los pies. El dueño del semental en persona, sin duda.

Ha tirado los guantes de montar al suelo y le acaricia la mejilla a Margareta mientras le sujeta la mano. En un momento se inclina hasta juntar su frente con la de ella. Ambos lloran. Él le susurra algo para calmarla y los gemidos apagados de ella hacen de segunda voz.

Finn se balancea de un pie a otro. Su lealtad está con el escudo azul y oro; Margareta es la esposa de Nils Stensson y la criatura que no quiere nacer es pariente del señor Bengt. Y sin embargo, en este momento de necesidad, otro hombre la acaricia con tal cercanía que parecen amantes.

Siente la punzada del dilema del sirviente: dejado a su propio juicio, es fácil equivocarse al querer hacer lo correcto y acabar dañándose a sí mismo y a los demás. Mejor callar. Toma una decisión, retrocede de puntillas y da media vuelta para ir a la iglesia, donde rezará tanto por el parto de Margareta como por el alma de su hermana. A quien reza difícilmente se le puede reprochar pecado.

Las horas pasan y una mano en el hombro lo saca del sosiego de la oración delante del relicario. Se levanta con las piernas entumecidas y parpadea para acostumbrar la vista a la penumbra de la tarde. Es Brita. Tiene los ojos rojos de tanto llorar y las mejillas surcadas de sal.

—Mi madre quiere que vayas a verla. Te pide que lleves una pala.

Finn se apresura, sudoroso, con la pala al hombro. Ha tardado porque la monja encargada del huerto, indecisa y rezongona, no quería prestársela sin tener certeza de que la usaría para un fin grato a Dios. Al final se la ha quitado de las manos, ignorando sus protestas, y le ha prometido devolverla tal como estaba.

Por fin llega a la tierra consagrada donde reposan los muertos: religiosos, como recompensa a su servicio a Dios; laicos, a cambio de generosas limosnas.

La señora Kristina está de espaldas, pero no es lo bastante ancha como para ocultar del todo lo que lleva en los brazos: un bebé envuelto en tela blanca. Él se detiene a cierta distancia: no quiere acercarse sin pedir permiso. La señora permanece un rato quieta, acariciándole la mejilla al bebé. Luego, sin volverse para confirmar si es él quien ha llegado, simplemente señala un trozo de tierra, y él acude y empieza a cavar.

Al principio la tierra, seca y dura, se resiste, pero pronto la pala consigue perforar la costra superior y se abre paso hasta el mantillo, aún húmedo, más fácil de cavar, aunque también más pesado. Ya casi es de noche, pero aún hace sol, y él vuelve a sudar hasta empaparse la ropa.

La señora Kristina está en algún sitio detrás de él, y su pena silenciosa es como una corriente de aire frío. Él no sabe cuándo tiene que parar, ni quiere preguntarlo; se consuela haciendo lo que le han pedido. Va sacando una palada de tierra tras otra, hace palanca para retirar piedras que se interponen en su camino, las echa a un lado, ensancha la tumba a fin de tener espacio para trabajar, cava más y más hondo. Las paredes del convento van haciéndose cada más altas entre él y el sol, cubren el cementerio de sombras y lo refrescan.

Cuando la señora Kristina le dice que ya basta, el borde de la fosa le llega a los hombros. Deja la pala a un lado. Ella, por su parte, permanece inmóvil un momento; luego cubre del todo el pequeño rostro con la tela y se arrodilla para tenderle el bulto, que él recibe sólo después de limpiarse las manos en los muslos. Querría que sus manos no fueran tan feas: llenas de callos, ampollas y cicatrices, todo subrayado por la tierra y el sudor.

Después de tanto esfuerzo, el peso de la criatura le parece casi nada.

La acomoda con cuidado en el fondo, allanando la tierra con la mano para darle asiento. Luego, se endereza, sale de la fosa y espera. Cuando la señora asiente con la cabeza, ase la pala con las dos manos. La madera le escuece en las palmas, y agradece el escozor: ojalá doliera más, lo suficiente para no pensar.

No recuerda haber hecho nada tan brutal como echar tierra encima de una criatura. Siente como si cada palada se sumara a la carga que siente sobre los hombros. Aun así, hace lo que le han pedido, hasta que la tierra queda repuesta y apisonada, y nada delata la tumba, más que una mancha de tierra desnuda entre la hierba.

De nuevo se queda de pie, sin nada que hacer, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas delante.

—Las monjas no querían que enterráramos en tierra consagrada a una criatura muerta sin bautizar. Las hemos convencido, pero no le pondrán lápida. Ve a devolver la pala. Yo me quedaré un rato más.

Cuando Finn la deja a solas con su rabia, Stina se acerca a la tumba de Ingegerd Knutsdotter. Desearía que el muchacho le hubiera dejado la pala, y tener fuerzas para desenterrar ella misma hasta el último de los huesos, y machacarlo, y convertirlo en polvo. Pero de nada serviría. En todo caso, su cólera es tan grande que es como si ella misma llevara dentro una criatura que no consigue salir. Tiene que dejar que salga, de algún modo, y de pronto lo tiene claro.

El convento está en silencio. Nadie la ve, ni la oye hablar con la muerta:

—Esto es para ti, Ingegerd. Que empape bien tus huesos secos y que cada gota te escueza —dice, se alza la falda y se la sujeta a la cintura. Luego se pone en cuclillas y orina sobre la tumba.

Al día siguiente, Kristina, Finn y otros acompañantes se suman a la comitiva del obispo rumbo al norte.

SEGUNDA PARTE

Noche de San Juan, 1434

18

Nils Stensson aún viene galopando cuando cae la tarde. Espolea a su caballo, aunque sabe que una rama caída o una raíz traicionera podrían causar un accidente, hacer que el caballo se rompa una pata y que él mismo se rompa el cuello. Le duelen los muslos y el trasero, y el sudor hace que le escueza la piel viva. Han sido demasiadas horas a demasiada velocidad durante muchos días seguidos.

Viene del norte, de las tierras altas, en los confines del reino, donde los montañeses encienden hogueras y clavan sus picos cada vez más profundo en la roca, adentrándose en un mundo subterráneo donde no rige el sol, sino la oscuridad eterna, apenas rota por el halo de las antorchas de brea. Los mineros suelen pensar que tarde o temprano, cuando sus picos rompan el techo del infierno, arderán vivos, pero en vez de eso cada vez sienten más frío. Ya sentirán el calor cuando llegue el momento, se dicen.

Del fondo del abismo sacan, con cuerdas de cuero trenzado, cestas de grava que se funde para extraer hierro y cobre en un proceso que, a sus ojos, es tan obvio como el de moler el grano para obtener harina.

Para él, sin embargo, no es obvio en absoluto, lo que llena de orgullo a los montañeses.

La gente de por allí es de otra calaña: son independientes y acostumbran a obedecerse sólo a sí mismos; son propensos a la burla y también a la ira... La tierra que deben domesticar los ha curtido, y también el coraje que se necesita para amasar sus riquezas y defenderlas. No les importa acoger a malhechores —siempre que no hayan violado o asesinado a mujeres—, pero, si reinciden, su justicia es simple y expedita.

Le asombra lo que exigen a quienes se proclaman jefes: no sólo un conocimiento profundo del oficio y de la mentalidad de los trabajadores, sino también de las rutas fluviales hacia el sur, llenas de rápidos que amenazan con engullir la carga a cada momento, antes de llegar a Estocolmo, donde los metales se venden o intercambian por mercancías. Y esto sin contar la astucia necesaria para obtener un buen precio de los mercaderes de la Hansa, cuyo arte de comprar a bajo precio se ha ido perfeccionando de generación en generación.

Pero el caso es que ha tenido que cruzar medio reino —buscando la hospitalidad de granjeros, alguaciles o parientes— para llegar hasta Vadstena. A medida que los caballos iban quedando exhaustos, ha tenido que ir dejando atrás a varios de sus hombres. Por suerte, casi ha llegado ya. Percibe el olor a leña quemada, oye una campana lejana tocar a completas y sabe que verá aparecer la torre del convento tras la siguiente colina. Ahí está, por fin: una aguja oscura entre las primeras estrellas.

Entra en el recinto, lleva su caballo al establo y le entrega las riendas a un mozo que estaba barriendo el estiércol. Con el sexto sentido del jinete experimentado, se fija en la cruz de un caballo que sobresale de los pesebres: un animal que no tiene nada que hacer

en un convento, piensa. Sin duda, es la montura de una persona de alto rango. Se acerca y no puede evitar acariciar el lomo recién cepillado. El animal se aparta y él tararea para tranquilizarlo en el lenguaje de los equinos. La silla, de magnífica factura, descansa en un poste, perfectamente engrasada, y al lado, lo que él busca: el paño de la silla, con su blasón bordado. La penumbra difumina los colores, pero él no necesita más luz. Es un barco rojo sobre fondo dorado, «un barco de gules en campo de oro»... Sabe a qué familia pertenece ese blasón, pero no cuál de sus miembros está en el convento, ni por qué.

Se apresura hacia la nave norte, que solía ser la casa solariega de los Folkung y donde ahora se apretujan la sala capitular y la enfermería. ¿Dónde más podría estar su esposa? Se siente inquieto porque sabe que llega más tarde de lo debido. A cada instante espera que el silencio de la noche se rompa con el llanto de un bebé. Pero nada: sólo el canto monótono de los grillos. No se encuentra con nadie, y la oscuridad lo obliga a avanzar tanteando la pared para guiarse. Sube una escalera y encuentra un corredor que da a una puerta cerrada. Se apresta a abrir, pero una voz lo detiene.

—Mejor que no entres.

Un hombre se acerca entre las sombras y le hace un gesto para que se acerque a una ventana que deja pasar la luz de la luna creciente. Nils no lo conoce, pero adivina que está ante el dueño del caballo. Debe de tener su misma edad o apenas unos años menos, y lleva un atuendo llamativo y caro, de una clase que casi nadie emplearía para montar. Su rostro, en cambio, es poco atractivo: nariz chata y mentón proyectado hacia delante. Parece un dogo famélico metido en galas de señor.

—Mejor que la dejes dormir.

—¿Qué ha pasado?

—Primero dime quién eres.

—Soy Nils, hijo de Sten Bosson de Ekhult. Margareta, la mujer que está ahí dentro, es mi esposa, y está pariendo a mi hijo.

El desconocido suspira: era justo lo que se temía.

—La criatura venía con los pies por delante y el cordón enredado al cuello. Nunca respiró. Mara perdió mucha sangre, pero ya está mejor. Las hermanas han estado rezando por ella y dicen que sobrevivirá.

El mundo se detiene alrededor de Nils. Oye un zumbido y no sabe si es el silencio o un estruendo. Se desmoronan sus sueños de una vida nueva que lo habría unido más a Margareta, dándole otra forma a su amor. Se desvanece el orgullo de la paternidad inminente, las felicitaciones de amigos y parientes, las palmadas en el hombro. Un futuro que parecía tan cercano, pero que nunca llegó a respirar. Y las palabras de aquel desconocido no le dan consuelo sino rabia, una rabia a la que se aferra como un náufrago a un madero: cualquier cosa antes que ese vacío que amenaza con tragárselo.

—Yo soy Karl, hijo de Knut Tordsson de Ekholm, aunque desde siempre nos llaman Bonde. Vengo de Fågelvik.

Nils está acostumbrado desde niño a esos enredos de la sangre y los linajes, pero ahora mismo le basta con reconocer un nombre: el de Karl Bonde, medio hermano mayor de su esposa; de la misma madre, pero distinto padre. Y los ojos claros y fríos como agua de manantial que tiene delante, idénticos a los de Margareta, se lo confirman.

—Hice todo lo posible por impedir vuestro matrimonio: Mara era demasiado joven y tú demasiado viejo, los mejores tiempos de tu familia habían quedado atrás... Pero mi madre prefirió escuchar a su marido, y él consideraba que alguien de la familia con el blasón azul y oro sería un buen partido. Y mira el resultado. Si me hubieran hecho caso, ella no estaría allí dentro, destrozada y al borde de la muerte. Tres días ha pasado luchando por dar a luz, hasta que parió un cadáver. Dos días lloró sin descanso, y yo a su lado. Y tú sólo apareces ahora, cuando ya es tarde.

Cada palabra golpea a Nils con la fuerza de la verdad. No obstante, le sorprende descubrir cuánto rencor le tiene ese hombre al que no conoce apenas. No recuerda haber tratado con otro pariente de su mujer más que la prima que la acompañó a casarse.

—¿Por qué...?

Es una pregunta pueril. La reprime y se queda callado mirando a Karl, que llora cubriéndose la cara con sus dedos delgados. Cuando por fin habla, su voz es débil, quebrada por el llanto:

—¡No tendría que haberte elegido a ti!

Entonces Nils recuerda a la esposa del tal Karl: tan parecida a Margareta que quien no las conoce bien podría confundirlas. Y entiende todo de golpe, tan claro que retrocede un paso y respira hondo.

—La querías para ti. ¡Estabas enamorado de tu medio hermana! Y como no podías casarte con ella, buscaste a una mujer que se pareciera.

Karl levanta los ojos enrojecidos, fríos como los de una serpiente. Su respuesta es apenas un susurro cargado de odio:

—Te equivocas si crees que estoy triste. ¿Qué alegría mayor que ésta? Margareta sobrevivirá, pero tu hija ha muerto. Y sí: era una niña. La vi con mis propios ojos, azul y fría, con la lengua hinchada entre los labios. Y me reí por dentro.

El silencio se espesa entre ambos. Se han dicho cosas sin remedio. No es un pleito por tierras ni por derechos, nada que pueda resolverse con mediadores. Han cruzado un umbral: esta noche cada uno de ellos se ha ganado un enemigo mortal.

Los dos pertenecen a casas poderosas, con derecho a reunir jinetes y levantarse en armas. Ambos saben dónde golpear. Su enemistad augura destrucción porque viven en un mundo demasiado estrecho como para evitarse. Nils desearía sacarlo del convento ya mismo y llevarlo a un bosque de donde solamente uno saliera con vida. Pero sabe que aún no ha llegado ese momento.

—Regresa a Fågelvik, Karl Bonde. No le diré nada de esto a Margareta, pero no por ti, sino simplemente para ahorrarle el mal trago de recordarte aunque sea un minuto. Y me encargaré de que no vuelvas a cruzar palabra con ella.

Karl se humedece los labios, duda un instante y al final suelta en voz baja:

—Volveremos a vernos, Nils Stensson. Y cuando llegue ese día, no serás tú quien tenga la ventaja.

Se da media vuelta y desciende por las escaleras hacia las cuadras.

Nils le grita a la espalda, arrastrado por la necesidad de decir la última palabra:

—He estado en el norte. Allí se preparan cosas, y pienso aprovecharlas. ¡La próxima vez estaré por encima de ti y de los

tuyos!

Nils está sentado junto al lecho cuando Margareta abre los ojos a la luz tenue del amanecer. Ella ha dormido profundamente; él ha pasado la noche en vela, vigilando su rostro marcado por el dolor y buscando en él la huella de la felicidad que compartieron. Margareta parece envejecida: se le marcan algunas arrugas nuevas alrededor de la boca que gritó de dolor y en la frente que se frunció en la lucha. La hinchazón de los ojos los hace parecer más pequeños y apagados. Su mano, sin fuerzas, descansa en la de Nils. En la estancia aún flota el olor metálico de la sangre.

Nils agradece cada respiración por más que sea breve y superficial. Margareta sigue viva, y sobrevivirá. Ella ve que es él quien está a su lado, y no su medio hermano, y los ojos se le humedecen. Sus primeras palabras son casi un sollozo:

—Perdóname.

Él esperaba oír cualquier cosa menos eso. Jamás había deseado tanto responder con rapidez y, al mismo tiempo, elegir bien cada palabra.

—Llevamos poco tiempo casados, Mara, pero si te he dado motivos para pensar que soy capaz de culparte de lo ocurrido, soy yo quien debe pedirte perdón. —Cuando la abraza, sus hombros delgados le recuerdan lo joven que es todavía, y las venenosas palabras de Karl Bonde vuelven a su mente—. La culpa es mía. Era demasiado pronto para tener hijos. Deberíamos haber esperado.

Ella niega con la cabeza.

—No, no. Yo lo deseaba tanto como tú: ansiaba tener un hijo tuyo en mi vientre. Si Dios castiga ese deseo, los dos lo merecíamos.

—Pero ¿por qué iba a castigarnos, si estamos casados? Hemos cumplido con el sacramento: lo hemos hecho todo como manda la Iglesia.

—No todo.

Tiene razón. Más de una vez se encontraron a escondidas donde nadie podía verlos: en la linde del bosque, tras las casas, y se tocaron con torpeza y ansia, descubriéndose el uno al otro. Y un día de verano, mientras caminaban de la mano bajo el sol del mediodía entre la avena alta y madura que los rodeaba como un muro dorado, ella le soltó la mano, saltó una cuneta y se perdió entre las espigas. Él siguió el rastro de su risa, del crujir de los tallos, alguna prenda olvidada en el suelo...

La encontró en el centro del campo, tendida en tierra, dispuesta, esperándolo. En su sonrisa había alegría, pero también desafío. Y él la amó por ambas cosas: por la risa que pronto se quebró en un gemido, y por el instante en que dejó de fingir y le mostró un rostro que era sólo para él.

Durante días, las briznas de avena les recordaron aquel encuentro. En la mesa, rodeados de otros, el picor compartido les arrancaba miradas cómplices.

—En todas partes nacen hijos ilegítimos que crecen sanos y fuertes —recuerda él, pero sus palabras no surten el efecto esperado: nuevas lágrimas corren por las mejillas de Margareta. Sus labios tiemblan.

—Entonces, ¿por qué no la nuestra?

Él busca a ciegas una respuesta que pueda consolarla. La estrecha más fuerte de lo que habría querido, como si temiera perderla en la tristeza.

—Nadie puede interpretar la voluntad de Dios. Sólo podemos seguir adelante, juntos, fuertes. El duelo tomará su tiempo, pero volveremos a sentir alegría. Gracias a Dios estás viva, y aún nos queda mucha vida por delante.

Permanecen abrazados largo rato en silencio. Antes de encontrar a Margareta, él desconocía esa clase de intimidad.

Las monjas, que llegan a lavarla y curarla, los separan, pero él sabe que han dado los primeros pasos hacia la reconciliación con el destino. La pena seguirá ahí siempre, sobre todo para ella, pero tendrá la intensidad de un recuerdo triste, no de un tormento: será amor por la hija que no llegó a nacer.

Se aparta para dejar trabajar a las monjas y se reclina contra la pared, vencido por un cansancio doble: el del cuerpo, dolorido por la cabalgata y la vigilia; y el del alma, oprimida por el dolor. Apenas prueba un desayuno frugal y bebe a la fuerza la leche espesa que las monjas le ofrecen.

—Mara, no puedo quedarme —dice de pronto—. Yo querría hacerlo, pero...

Ella deja entrever un gesto de decepción, pero enseguida se contiene. Él le acaricia la mejilla y percibe que ella se esfuerza por no apartarse.

—Debo partir al norte, a Göksholm. Toda la familia se reunirá allí, algo que no sucede desde hace muchos años y que quizá no se repita. Es por nuestro futuro, Mara: el tuyo, el mío, y el de los hijos que sin duda tendremos.

19

En Göksholm todo cobra vida desde primera hora de la mañana. Los últimos preparativos se hacen a toda prisa: todas las manos disponibles se ponen al servicio de la señora del castillo. Hombres que se sienten más cómodos llevando una lanza o una espada bajan por el sendero hacia la zona donde se celebrará la fiesta cargados con jarras y platos de estaño, manteles, fuentes y copas. Otros se ocupan de trenzar ramas de abedul y ramilletes de flores porque en el prado se ha levantado un pabellón lo bastante grande para acoger a todos los invitados y hay que engalanarlo.

El carpintero hace una última revisión de su obra con ojo experto: apoya un brazo en un puntal o en una barandilla, pisa con firmeza el entarimado de la pista de baile y se asegura por enésima vez de que la madera aguantará, mientras las criadas, subidas unas a hombros de otras, cubren con flores hasta el último rincón desnudo.

En el centro de la sala se alza una mesa larga hecha de tablones cepillados y sostenida por caballetes cuya modestia queda oculta bajo un mantel de terciopelo en el que se han bordado el león y el lirio de Kristina Månsdotter, entrelazados con el escudo azul y dorado de Bengt Stensson.

La cocina ha desbordado sus límites y se ha extendido por el patio, junto al obrador, donde se ha limpiado el suelo para levantar

una hoguera que ha ardido toda la noche. Así, al amanecer ya había un lecho de brasas preparado para el lechón que espera colgado en la despensa. Pronto no quedará más que una cama de ascuas lo bastante larga como para que el mismísimo Maligno pudiera tenderse en ella. Entonces se montará el armazón, se fijará el cochinillo al espetón y se le dará vueltas sin descanso hasta la cena, cuando la carne esté tan tierna que pueda arrancarse con los dedos.

En torno a hogueras más pequeñas encendidas alrededor se aprietan las cocineras de toda la comarca, llegadas incluso desde Örebro, inclinadas sobre sopas y guisos.

Entre vítores y juramentos se trae la cerveza nueva, que ha fermentado largo tiempo en sus toneles y está lista para beberse. Hay más que suficiente para todos, como manda la tradición, porque el día y la noche del solsticio de verano se rigen por leyes distintas a las ordinarias. Se permiten muchas cosas que en otro momento serían mal vistas, y el propio herr Bengt, de pie junto al barril y acompañado de su cuñada, bebe largos tragos y suspira satisfecho.

—A tu salud, Kari Sture. Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho.

Bengt Stensson siempre la ha tenido en muy alta estima, y difícilmente habría podido sentir otra cosa, incluso aunque lo hubiera deseado.

Es hija de pirata, y él recuerda bien a su padre, el viejo Sven Sture, que llevó por todo el mar Báltico el blasón de su familia —una flecha de gules— junto con los Hermanos de las Vituallas.

Era un hombre bajo, de barba entrecana y barriga tan prominente que parecía capaz de flotar sin necesidad de barco. Una horrible cicatriz le cruzaba la cara, de la frente a la mejilla. En su mirada se

mezclaban la burla y la amenaza a partes iguales, y a su alrededor flotaba siempre un olor a sal y a hierro, como marca de una vida con la espada en la mano: ora al servicio de la reina Margarita, ora contra ella; ora contra el rey Erico, ora contra su hijo, ora de su parte. Tuvo que huir a Visby cuando los mercenarios de la reina tomaron del control del mar, y nunca más se oyó sobre las olas el grito de los Hermanos, ese que él había hecho suyo como nadie:

«Amigos de Dios y enemigos del mundo entero.»

También recuerda que, cuando lo armaron caballero, a los diez años, el viejo Sven se burlaba de él:

«Ven, siéntate en mi regazo, caballerito. Déjame que te cuente cómo se hacen los niños.»

Katarina fue la única hija que dejó aquel hombre, al que enterraron hace diez años. Es algo más joven que su Stina, y a primera vista no se parece en nada a su padre, puesto que es enjuta y nervuda. Pero él es capaz de reconocer en ella a Sven Sture: los mismos ojos del gris verdoso de las profundidades marinas, la misma mirada de quien sopesa el pescado y enseguida se da cuenta de que han intentado timarlo con el precio...

—Salud, Bengt Stensson, y perdona que no me acabe la cerveza de un trago. No me atrevo hasta que llegue mi cuñada y le dé su visto bueno a todo esto. Montar una fiesta en casa ajena es como ponerse la ropa de otra mujer.

Bengt asiente con la cabeza.

—Stina llegará en cualquier momento. Un mensajero me despertó esta mañana con la noticia de que el séquito del obispo había llegado anoche a Mellösa. Y la conozco: aunque el resto de la

comitiva no llegue hasta la cena, ella se adelantará para estar aquí antes.

—¿Y sabes algo de Margareta y de la niña?

Bengt niega con la cabeza y baja la vista. Katarina Sture también guarda silencio. Las buenas noticias suelen llegar enseguida; las malas, en cambio... Ambos presienten que algo grave está a punto de anunciarse —una muerte, quizá dos—, tal como se anticipa una tormenta inminente o el otoño en la brisa del final del verano.

Alzan de nuevo sus jarras, brindan y beben largos tragos. Bengt señala con la barbilla hacia el norte, donde unas nubes azuladas se agazapan en el horizonte.

—Viene lluvia.

Kari levanta la cara para sentir mejor el aire.

—Por ahora el viento juega a nuestro favor: puede que pasemos sin mojarnos. Destino y esperanza, ¿no?

Fingen hablar del tiempo, pero Kari agrega bajando la voz:

—Bo quiere tratar contigo un asunto serio, Bengt. Te ruego que lo escuches con atención.

Bengt asiente.

—Lo escucharé, sí, pero no puedo decirte qué voy a responder sin conocer antes la pregunta.

Bo se acerca y Katarina le tiende la jarra. Bengt llena la suya y la de su hermano, y bebe en silencio hasta que ya no puede contenerse.

—¿Qué demonios estáis tramando?

Bo Stensson vacía la jarra de un trago, se limpia la barba con la manga y suelta un suspiro de satisfacción.

—Aún no, hermano. Esperemos a Nils: él sabe plantear las cosas mejor que yo.

Bengt no se sorprende. Si hay hierro en el fuego, es Nils Stensson quien lo ha puesto allí, y también quien se asegura de que el fuelle siga soplando, aunque procure que sea otro quien sude en su lugar. Entre los hijos mayores de Sten, los que cuentan son Bo y Bengt: los únicos armados caballeros y admitidos en el círculo del consejo real, grandes señores ambos.

Karl, aunque primogénito, era débil de entendimiento. Al nacer lo llamaron Bo, en honor a su abuelo, pero en cuanto descubrieron que padecía el mal sagrado le retiraron aquel nombre de pila. Knut vino al mundo ciego, condenado a una oscuridad perpetua; su mundo nunca fue el mismo que el de los demás. Birger murió siendo clérigo, y se decía que su espectro rondaba el coro lateral de la catedral de Strängnäs, gimiendo y pasando sus manos huesudas por el cabello de los visitantes nocturnos en busca de la mitra que tanto había deseado y que la muerte dejó para siempre fuera de su alcance.

Los últimos fueron Magnus y Erik, que nacieron juntos, y juntos costaron la vida a su madre, agotada en su décimo parto. Dos gemelos corpulentos, tercos y de carácter recio: a pocos sorprendía que acabaran con ella. Aún hoy Bo y Bengt los culpan de aquella muerte. Cuando se invita a los hermanos menores, se hace a regañadientes, y nadie se apena demasiado si declinan la invitación.

Y luego estaba Nils, el mayor de los pequeños, a quien las malas lenguas llamaban Nils sin Tierra. Diez años más joven que Bo y Bengt, había puesto en guardia a sus hermanos desde niño. Era muy precoz y siempre buscaba la compañía de los mayores. Ellos habían aprendido amargamente que las cosas iban bien cuando Nils

Stensson estaba de tu lado, y mal cuando lo tenías enfrente. Inquieto, de mente despierta, encontraba siempre la manera de imponer su voluntad. Era el ojito derecho de su madre Ingeborg. Se decía que todo su cariño era para él, y que lo poco que sobraba tenían que repartírselo los demás.

Bengt le lanza a su hermano una mirada sombría, convencido ya de que todo lo hablado en la sauna no fue más que la manera de ponerle la silla al caballo antes de la monta.

—Nils, cómo no. Maldita sea. —Silba para llamar a una criada y le tiende la jarra vacía—. Hace un momento eras tú quien intentaba enredarme con recuerdos de infancia. Déjame devolverte la jugada. ¿Te acuerdas de todas las veces, en Ekhult, que Nils encontraba el modo de colarnos en la despensa sin que nadie nos viera? Podíamos llevarnos lo que quisiéramos: embutidos, confitura, tortas de pan, manzanas secas... Y todo nos sabía tan bien que perdíamos el sentido del tiempo y bajábamos la guardia. Y cada vez que nos sorprendían, allí estábamos tú y yo, con los dedos pegajosos y la miel chorreándonos de la boca, mientras que Nils había desaparecido. Y cuando padre llegaba con la vara de avellano, los que pagábamos éramos tú y yo.

20

El sol está en lo más alto cuando Kristina Månsdotter —cuya familia tiene un blasón con una flor de lis y un león entrelazados— se acerca a Göksholm en un caballo prestado y con Finn como acompañante. Podría haber llegado antes, pero la prudencia y la vanidad se lo desaconsejaron: no iba a presentarse en mitad de unos preparativos de los que no se había podido ocupar, y mucho menos con el pelo lleno del polvo del camino y un vestido con manchas.

Ahora ya se ha lavado —con agua fría, en la pequeña caseta de baño del párroco de Mellösa—, y ha obligado también a Finn a asearse y afeitarse, además de lavar a fondo su ropa, que el pobre ha tenido que ponerse aún húmeda para que se secara al aire durante el camino.

Ya desde lejos, ve lo que ha logrado Katarina Sture, y tiene sentimientos encontrados: se alegra de comprobar que todo parece en orden y la decepciona que la hayan sustituido con tanta facilidad.

Al llegar al puente tira de las riendas y hace aminorar el paso a la yegua del obispo: de pronto se le han quitado las ganas de hacer una entrada solemne. Como si adivinara sus deseos, un criado la ve, la reconoce y acude a ayudarla con el caballo. Sujeta al animal del

hocico y le susurra palabras tranquilizadoras para que ella pueda desmontar.

Ella, por su parte, le hace un gesto con la cabeza a Finn, liberándolo de más obligaciones. Luego enfila hacia las dependencias principales.

Pocos reparan en su llegada: la casa está llena de forasteros de cerca y de lejos, convocados para ayudar en todo lo necesario para la celebración de San Juan, y el trajín es tan intenso que cada cual va a lo suyo. Poco acostumbrada a andar sola, se detiene en la cuesta, inmóvil en un charco de sombra. Es como si Göksholm ya no fuera su heredad, sino un lugar extraño; como si la vida que había llevado hubiese dejado de pertenecerle. Desesperación y alivio pugnan en su interior, y no sabe cuál de las dos emociones le repugna más.

El mareo la sorprende de golpe; la vista se le oscurece, pero entonces siente una mano en el brazo y, al volverse, se encuentra con Katarina Sture.

—Stina querida.

—Kari.

Otra vez los sentimientos encontrados: el alivio de sentir el contacto de otra persona y la vergüenza de hallarse débil y expuesta. Se alegra de que sea Katarina, la mejor de sus cuñadas, sensata y discreta, que nunca dice una palabra de más, que no es ni frívola ni aburrida.

Hace un año que no se ven, pero Kari, que es un poco menor que ella, ha cambiado poco: los mismos ojos gris verdoso, la misma expresión, algo dura, en la mirada. Hija de un pirata... ¿Cómo no preguntarse qué huella dejaría en una niña de cuatro años recorrer,

de la mano de su padre, el camino que los alemanes habían sembrado de postes coronados por las cabezas de sus parientes, hasta el barco que debía alejarla del único hogar que había conocido?

Kari le aprieta la mano como si hubiera leído sus pensamientos.

—Ven —dice.

Juntas bajan hasta el pabellón, ya adornado y listo. Stina se sienta a una mesa y Kari se acomoda a su lado. De algún sitio surge una criada con una jarra de cerveza y dos jarros, todo de cerámica. Kari sirve y le pasa uno. A Stina, el peso del recipiente y la aspereza del barro le resultan familiares en la mano: cocido en un horno cercano, igual que cientos de otros en Göksholm. La cerveza, fresca y amarga, sabe como siempre. El consuelo que siente le llena los ojos de lágrimas. Se le escapa un sollozo.

—La criatura de Mara murió poco después de nacer.

Ambas sienten un gran afecto por Margareta; por edad, más una hija que una cuñada. Siempre despreocupada, siempre riéndose. Cómo contagiaba su alegría, contenta de cualquier cosa: el revoloteo de una mariposa, la charleta de unas urracas en el tejado, la voltereta que había dado un gato... Ellas ya no sabían ver esos detalles por sí mismas, pero sí a través de los ojos de Mara.

Y ahora a la pobre le tocará escuchar esa voz interior que no dejará de repetirle que la culpa es suya, una voz que nunca se apagará del todo. Seguro que sentirá consuelo el día que logre dar a luz a un niño sano, pero la cicatriz le quedará para siempre.

Kari asiente con la cabeza. No dice nada, ¿qué iba a decir? Vacía su jarro y vuelve a servir cerveza para ambas, como si fueran dos reflejos de una misma persona en el agua.

El calor de la cerveza le devuelve a Stina algo de fuerzas.

—Hay otra cosa: una de las monjas brigidinas notó en mí algo que yo debería haber notado por mí misma: mis años de mujer fértil han quedado atrás, Kari. Me he hecho vieja.

—Es un camino que recorreremos todas, si Dios quiere.

«Para ti es fácil decirlo», alcanza a pensar Stina, «porque a ti no te ha pasado aún». Pero ese pensamiento le escuece: le da vergüenza descargar su descontento sobre la única persona en quien confía. Si una cosa debería aprenderse con la edad es a distinguir a los amigos de los enemigos.

Stina alza la vista hacia la torre de piedra de Göksholm, que asoma por detrás de las guirnaldas de flores.

—Hace nada no era más que una muchacha de buena familia. Entonces me buscaron un marido, y resultó una persona bastante soportable. Nos entregaron Göksholm, un lugar donde siempre me he sentido a gusto. Tuve a Brita y a Måns... ¿qué más podía pedir? Sin embargo, siempre me he sentido insatisfecha, como si estuviera desperdiciando mi vida, como si pudiera vivir y hacer muchas más cosas...

Kari se queda callada un momento y luego se inclina hacia Stina.

—De todas las cuñadas, tú eres la que más respeto me inspira. Siempre te he visto como una mujer con dignidad, que sabe comportarse. Yo, en cambio, sigo andando como si estuviera en la cubierta de un barco, con las piernas abiertas y sin mucha gracia. Cuando Bengt me mandó un mensajero para pedirme que me hiciera cargo de la fiesta en tu ausencia, me entró el pánico. No pegué ojo en toda la noche, y preferí distraerme con Bo antes que quedarme dando vueltas en la cama. Pensaba: «¿Cómo voy a estar a la altura

de Stina, y encima hacer que parezca fácil?» Por suerte, tú me ayudaste, incluso en tu ausencia: nunca había visto esta casa mejor organizada. Todo y todos están en su sitio. Nadie hace esas cosas mejor que tú.

Que otra persona vea en ti algo digno de elogio y te lo diga con sinceridad es un regalo poco frecuente. Stina se queda sin palabras; sólo puede sonreír, y no de alegría, sino de gratitud. Sin embargo, enseguida una voz traicionera le susurra a Stina que se trata de un pobre elogio. Mantener todo en orden en la casa, vigilar a los criados, administrar la despensa... nunca le han parecido tareas difíciles. Con sus capacidades, la perfección era lo mínimo que podía exigirse.

Kari, que casi nunca sonríe, le ha devuelto el gesto, pero ella tiene que volver la cara para que no note lo que siente. Ve a Måns hablando con Finn en el prado, y la escena le ayuda a apartar los malos pensamientos. Vuelve a llenar los jarros y los hace chocar entre sí antes de darle el suyo a su cuñada. Se miran por encima del borde de cerámica y, como si lo hubieran acordado, apuran la cerveza hasta el fondo, arrastrando con ella la pesadumbre del momento.

En el silencio, Stina, de pronto, se da cuenta de algo.

—Ya sabías lo de Mara, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo es posible?

—Nils Stensson llegó hace dos horas desde Vadstena a todo galope, con el caballo a punto de reventar. Debió de adelantaros en Mellösa sin que lo vierais.

—¿Y dónde está ahora?

—Con nuestros maridos, arriba, en la torre.

—¿Y qué intenciones trae?

Kari le clava sus ojos gris verdoso.

—¿Y qué va a ser? Las mismas que todos sus antepasados... y los tuyos... y los míos.

21

Finn avanza a grandes zancadas sobre la hierba recién segada. Måns, siempre alerta, percibe los pasos a lo lejos, se vuelve y pronto sale a su encuentro. Se detienen a un brazo de distancia, incómodos de repente. Apenas han pasado unos días desde la última vez que se miraron frente a frente, pero lo ocurrido hace que Finn sienta que ha viajado mucho más. Contempla al otro como si viera a un extraño.

El rostro de Måns ya no es el de un niño. Sólo cuando sonríe —y lo hace cada vez menos— asoman rastros de la infancia.

Lo que antes era tierno y abierto se ha endurecido, oculto bajo una expresión tozuda, cerrada sobre sus secretos. El bronceado del verano intensifica el azul de sus ojos. Lleva el cabello largo, rebelde; de niño lo tuvo rubio muy claro, pero con el tiempo se ha oscurecido. Apenas las puntas, desteñidas por el sol, conservan algo del color original.

Es él quien rompe el silencio:

—Me alegra verte de vuelta.

—Acabo de llegar de Mellösa con tu madre.

Finn baja la vista sin saber qué añadir, pero Måns vuelve a tomar la iniciativa:

—Hace un rato me crucé con mi tío. Venía por el mismo camino, aunque no con vosotros. Me contó lo de Mara.

Finn sólo asiente, aliviado al menos de no ser quien tenga que dar las malas noticias. Caminan juntos despacio, bordeando un amplio círculo de ramas: dentro han arrancado la hierba y apisonado la tierra.

—¿Qué te pasa, Finn? Deberías estar contento. Has cumplido la penitencia y por fin estás en casa.

Pero a Finn siguen asaltándolo los mismos recuerdos que vuelven cada noche convertidos en sueños turbios: una piedra roja en su mano pálida, sangre en la hierba, el filo de un cuchillo hundiéndose en la carne tierna, las uñas manchadas. Ya no es el mismo, y sería ingenuo pensar que Måns no lo nota. Ese secreto suyo es demasiado pesado para compartirlo, incluso con un amigo.

—He hecho todo lo que el cura me mandó por mi hermana. Si tenía razón, el pecado de Ylva ha quedado perdonado y su tiempo en el purgatorio tendría que haber llegado a su fin.

Måns frunce el ceño: la voz de Finn tiene un tono que no reconoce.

—¿Lo dudas?

Llevan muchos años siendo inseparables. Finn vive en la casa desde niño; con el tiempo ha asumido más deberes, pero todos saben que Bengt Stensson lo llevó a la casa sobre todo para que le hiciera compañía a Måns. Era un poco mayor que él, a medio camino entre hermano y guardián, compañero de juegos y perro de presa.

Bengt lo encontró en un pueblo del sur arrasado por la peste: era un crío harapiento, sin padre ni madre, al que nadie reclamaba, pero por las noches se dejaba ver a la lumbre, mendigando para él y su hermana. Finn e Ylva, dos criaturas sanas en una aldea muerta: un milagro. Bengt Stensson los alimentó con sus propias manos, como

quien doma a dos cachorros salvajes, lo justo para saciarles el hambre y arrancarles alguna respuesta tímida. Después los subió a lomos de dos de sus hombres y los llevó a Göksholm, donde les esperaba un futuro mejor que morir de hambre y donde les harían compañía a sus propios hijos.

Al menos una de las dos apuestas salió bien: Finn y Måns han sido inseparables desde niños.

Finn, por su parte, siempre ha sentido gratitud hacia Bengt Stensson, tan distinto del padre que apenas recuerda: un borracho que una vez se quedó dormido en la fosa común de los apestados y que, al volver a casa, lleno de lujuria, contagió a su propia esposa. En cuanto a su lealtad hacia Måns, sin duda comenzó como parte de ese agradecimiento, pero con los años se ha vuelto verdadero afecto, ha ido enraizando y volviéndose más fuerte. Ha cumplido con su deber sin necesidad de recibir instrucciones y con más empeño de lo que nadie le ha exigido jamás.

Bengt ha dejado que esa amistad creciera, consciente de que en la infancia y la juventud se forjan lazos que superan cualquier diferencia. Pero también sabe que un día tendrán que separarse: no pertenecen a la misma clase. Su hijo deberá aceptarlo. El mundo no es igual para todos: unos rezan, otros trabajan y otros combaten. Amos y sirvientes tienen cada cual su lugar. Así lo ha querido Dios.

—¿Lo dudas? —repite Måns.

Finn niega con la cabeza y murmura:

—Me consta que hasta el obispo prefiere beber antes que rezar... —suelta, pero enseguida cambia de tercio—: ¿Cómo van las cosas por aquí?

Måns, que había ladeado la cabeza esperando que le explicara lo del obispo, hace un gesto en dirección a la torre.

—Nils no va vestido de fiesta, y no ha traído equipaje. Se está cociendo algo, aunque no sé qué. Pero dudo que la familia se esté reuniendo para celebrar San Juan.

—¿Y a ti cómo te ha ido? ¿Qué has hecho?

Måns le enseña la mano derecha, endurecida por los callos de tanto empuñar la espada. Finn tarda en comprender; luego se detiene, mira alrededor y finalmente lo agarra del brazo.

—¡Íbamos a practicar juntos! ¡Me dijiste que esperarías hasta el año que viene!

—¿Habrías partido si te lo hubiera dicho? La penitencia de tu hermana no podía quedarse pendiente solamente por mí. Lo siento, no fui sincero contigo.

—Tú solo no puedes entrenar como es debido, Måns. Así no te irá bien.

El muchacho lo mira fijamente; el azul de sus ojos parece haberse vuelto casi negro. Finn no necesita más respuesta. Agacha la cabeza: sabe que la decisión está tomada, que ya no hay vuelta atrás y que parte de la culpa es suya.

—No nos queda mucho tiempo. Enséñame lo que has aprendido. Quizá todavía podamos mejorar tus posibilidades.

Måns vacila un momento, pero al final asiente. Juntos echan a andar hacia el bosque.

22

Bengt Stensson observa con el ceño fruncido a sus hermanos. La trampa ya está clara: Nils y Bo han hablado antes, como tantas veces. Es el viejo truco de Nils: dividir para vencer. Si logra imponerse sobre uno, acaba imponiéndose sobre ambos, y al final todo sale como él quiere. Sólo con verlo, le hierve la sangre.

Aunque venga de cabalgar durante días, el hermano menor parece recién llegado de un paseo matutino. Es trece años más joven y está en su mejor momento, cosa que Bengt no puede decir de sí mismo. A él, el cuerpo le recuerda a cada momento que se acerca el final. La carne de su cintura se ha ablandado, los huesos de su cadera se clavan en la silla, la calva sigue abriéndose paso entre cabellos cada vez más grises. De todas formas, se dice, nunca tuvo la prestancia de Nils. Para consolarse, mira a Bo: su hermano mayor luce la coronilla tan brillante que sólo la barba larga y cenicienta lo salva de parecer un cerdo recién despellejado.

Pasado el momento de las condolencias, del dolor compartido, de los abrazos y de las palabras de consuelo que apenas alivian, Bengt se impacienta por saber qué pretenden sus hermanos.

—¿Y bien? ¿Me vais a decir de una vez lo que estáis tramando?

—A su tiempo, hermano —responde Nils—. Antes quiero enseñaros algo a los dos.

Desenvuelve con cuidado un bulto que ha cargado hasta la sala de la torre. Extiende el paño sobre la mesa y deja al descubierto un arma.

Bengt resopla.

—Vaya, una ballesta. ¿Y eso? ¿Piensas que vamos a cazar en San Juan?

—No, no. Quiero que la miréis con atención. Se la gané a los dados a un hombre de las montañas en Norberg.

Bengt se encoge de hombros e intercambia una mirada con Bo, igual de desconcertado.

—Pues no le veo nada de especial.

—Mirad bien.

Nils levanta la ballesta de la mesa y apoya la punta de acero contra el suelo de piedra. Bengt se da cuenta enseguida de que no es como las que conoce, con su clásico estribo para poner el pie y tensar la cuerda con ambas manos.

Ésta es distinta: la punta es roma; en la parte trasera lleva una rueda dentada y una palanca que la hace girar, y entre la cuerda y la rueda se alza una barra de hierro con muescas.

Nils acciona la manivela. Cada chasquido hace retroceder la cuerda un poco más. La fuerza contenida va creciendo, y Bengt se sorprende de que la madera y el arco no revienten allí mismo. Por fin queda lista. Cuando Nils la levanta, el arco atrapa un rayo de sol que entra por la aspillera y lanza un destello frío: no es de madera ni de hueso, sino de acero templado.

Saca del saco un virote corto y grueso, sin gracia alguna, hecho sólo para ser eficaz. Antes de que nadie pueda objetar, lo pone en la ranura, monta la cuerda y apunta a la pared donde cuelga la

armadura de su padre: la coraza que Sten Bosson vistió en sus años de delegado real, la mejor artesanía que el dinero podía pagar.

Un simple toque basta. El zumbido de la cuerda y el impacto del virote se funden en un único estruendo. La coraza se arranca de la pared y cae al suelo con estrépito, el eco sacude toda la sala. Bo y Bengt encogen los hombros y se cubren la cabeza con las manos.

—¡Maldita sea, Nils! —ruge Bengt, enrojecido.

Pero su hermano levanta un dedo pidiendo calma. Recoge la coraza y la pone sobre la mesa. Bo silba por lo bajo. Bengt se acerca y ve que el virote ha perforado el metal de parte a parte como si fuera tela, y que incluso la piedra de la pared muestra una grieta blanquecina con lascas desprendidas. Un escalofrío le recorre la espalda.

—¿Qué alcance tiene? —pregunta.

—Más de doscientas brazas. En manos de alguien que sepa apuntar, puede matar a cincuenta. Y ya has visto cómo atraviesa una armadura: contra una cota de malla, la rompe y sale por el otro lado, dejando al hombre ahogándose en su propia sangre.

Bengt pasa un dedo por el orificio abierto en la coraza de su padre.

—Hoy, pocos herreros podrían forjar una pieza así.

—Eso mismo os quería decir —responde Nils—: los tiempos están cambiando.

Nils deja la ballesta en la mesa, donde atrae a los dos hermanos mayores como la miel a las moscas. Acarician, observan, tocan. Nils se aclara la garganta y Bengt suelta un suspiro cuando intuye que le toca oír un discurso largamente ensayado.

—Cuando padre era joven, bastaba con un caballero con una armadura de metal para someter a un pueblo entero. El sol hacía brillar el acero del yelmo y de la coraza, y la gente apenas sabía si lo que tenía delante era un hombre o algo más. Al insensato que se atreviera a acercarse con una horca o un pico no le llevaba mucho comprender que el adversario era tan invulnerable como parecía. Si el guerrero sabía comportarse, su sola presencia podía bastar. Nadie imaginaba que para retrasar los tributos habría bastado con lanzarse todos juntos, derribarlo del caballo y empujarlo al arroyo más cercano. Pero la gente tiene esa costumbre de ser tan cobarde como necia, y cada uno es como es. Con veneración, miedo e ignorancia se podía doblegar a todo un reino. Pero ahora ya no. —Le da unas palmadas a la ballesta—. En las montañas tienen armas como ésta por decenas: herreros y carpinteros han pasado todo el invierno haciéndolas. En tiempos de padre, hacía falta toda una vida de entrenamiento para poder matar a un hombre; el combate era un arte. Ahora basta con apuntar y apretar el gatillo. Lo que habéis visto hace un momento es la señal de que esa época se acaba. El caballero de las sagas ya tiene los días contados.

Las bisagras oxidadas de la puerta se quejan con un chirrido cuando se abre. Tres cabezas se vuelven de golpe. Katarina es la primera en entrar; Stina la sigue de cerca. Los hermanos intercambian miradas, Nils es quien parece más incómodo. Bengt, en cambio, hace ademán de invitarlas a entrar.

—Prosigue, Nils. Todo lo que tengas que decirme a mí puedes decírselo también a Stina. Nada de lo que aquí se decida ocurrirá sin su consentimiento.

Bo asiente en silencio y deja sitio a su mujer junto a él. Nils se aclara la garganta, buscando recuperar el hilo.

—La gente de las montañas se está moviendo: la revuelta se acerca.

Bengt abre los brazos, incrédulo.

—¿Otra vez? Pensaba que la calma se había restablecido. El año pasado, por orden del Consejo, recorrí todo el camino desde Västerås hasta Copenhague para investigar. Me presenté ante el administrador real, Jösse Eriksson, y comprobé por mí mismo cómo aquel cerdo metía las manos hasta el codo en cada bolsa de dinero que estaba a su alcance. Los montañeses tenían razón de sobra para quejarse, eso mismo le dije al rey Erico. Y, en efecto, destituyó a Eriksson. ¿Y ahora me dices que fue en vano?

—Ya no se trata sólo del asunto del delegado real —replica Nils—. Todo indica que la paz se le ha vuelto insoportable al rey Erico. Lleva casi dos años tolerándola a disgusto. Y, si la guerra vuelve, todos saben que los de la Liga Hanseática se pondrán del lado de los holsteinianos, aliados de Dinamarca. Y cuando las cocas de la Hansa dejen de atracar en Estocolmo, los mineros no tendrán a quien vender el hierro.

Bengt se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—Me niego a creerlo.

—Pues ya circulan rumores de que los corsarios del rey han empezado a cazar naves hanseáticas desde aquí hasta el estrecho de Kattegat.

Bengt maldice en silencio sintiendo cómo le punzan las sienes. Le repugna pensar en cuánto ha costado ya la guerra que todos creían acabada. Como noble, está libre de impuestos, pero todo lo

ahorrado acaba en manos del rey cuando hay que guerrear, porque los nobles como él tienen que pagar caballos y monturas, armas y armaduras, hombres... Hay que reclutar a los jóvenes de las aldeas, armarlos y pagarles un salario para enviarlos al sur. Y rara vez regresan, o vuelven lisiados y sus familiares tienen que mantenerlos.

Cierra los ojos para calcular los gastos que le esperan si lo que cuenta su hermano resulta ser cierto.

Nils aguarda un instante, dejando que sus palabras calen, y luego continúa:

—¿Has oído hablar de Engelbrekt Engelbrektsson?

Bengt aparta de su mente las cuentas que empezaba a hacer y, casi agradecido por poder postergar el cálculo, se acaricia la barba en un gesto pensativo.

—Sólo de nombre y de fama. Es un noble de Norberg y, si no me equivoco, su escudo muestra tres medias flores de lis dispuestas lado a lado. Fue él quien habló en nombre de los mineros para que destituyeran a Jösse, aunque el rey no quiso escuchar hasta que yo mismo le confirmé que las quejas tenían motivo.

Nils asiente a cada palabra.

—Y además es un hombre de armas. Peleó en Schleswig y ganó renombre. Se dice que allí recibió una herida en el vientre que aún lo atormenta, y que por eso no tiene hijos. Yo lo he conocido en persona, he hablado con él, y puedo asegurarte que no es un hombre al que convenga subestimar.

—Si es así —responde Bengt—, quizá podamos hacerlo entrar en razón. Si hablamos en nombre del Consejo tendrá que escucharnos.

Nils y Bo se miran, y luego Nils desvía la vista hacia Katarina, como si la incluyera en la conspiración. Se aclara la garganta antes

de hablar de nuevo:

—No, hermano. Eso es precisamente lo que no vamos a hacer.

Aquí viene, por fin. Bengt siente un instante de vértigo al vislumbrar el núcleo que está a punto de revelarse, pero elige guardar silencio para no delatar su curiosidad. Simplemente agita la mano para animar a Nils a que prosiga.

—He visto a los mineros y he sentido su frenesí. Puede que el resto del país esté medio despoblado, pero ellos se cuentan por centenares. El año pasado sitiaron Borganäs, y sólo consiguieron enviarlos de nuevo a casa tras prometerles quién sabe qué. Conocen su fuerza y no tienen miedo. Y ahora, uno de cada diez tiene una ballesta así. La revuelta crecerá y se extenderá hacia el sur, vaciando las aldeas de hombres. Y esta vez no bastarán palabras bonitas para convencerlos, porque ¿qué sentido tiene conformarse con promesas cuando se puede tomar lo que se quiere con las propias manos?

—Pues yo no creo que ese frenesí dure mucho. Siempre pasa igual: los delegados reales sólo tienen que resistir el verano tras sus muros porque la lluvia y la nieve enfriarán el enfado de los montañeses. Se acordarán de sus casas, de sus mujeres y de la comida caliente que los espera, y emprenderán la retirada.

—No si nosotros nos ponemos de su lado.

A Bengt, la propuesta le parece descabellada, incluso tratándose de Nils, y suelta una risotada, como ante una ocurrencia absurda. Pero nadie más se le suma. Nils da un paso al frente.

—¿De veras estás satisfecho con lo que el rey Erico hace por ti, Bengt? ¿Estás contento con la manera en que gobierna? Hay un alemán o un danés en cada castillo, y a nosotros nos obliga a ir a pelear en tierras extranjeras a cambio de nada. Si nos sumamos a

los mineros, no tendrá manera de resistir. Armaremos a nuestros hombres y los prepararemos, no para partir a Schleswig, sino para unirse a Engelbrekt. Solo ya haría tambalearse el reino, con nosotros a su lado no puede perder.

—Esto ya ha pasado dos veces —replica Bengt levantando dos dedos—: nuestro abuelo traicionó al rey por el alemán Alberto, y padre hizo lo mismo por la danesa Margarita. Y a los dos les fue mal.

—Ellos estaban solos y nosotros somos tres. Además, el error de nuestro abuelo y nuestro padre consistió en pensar que podían manejar a esos reyes extranjeros sólo porque conocían mejor el reino, y no fue así. Pero no compares a esos astutos monarcas sureños con los mineros del norte: éstos son duros y saben pelear, pero no entienden de política. A ellos sí que podremos conducirlos por el camino correcto.

Bengt nota que le suben los colores. Le cuesta respirar. Se inclina hacia delante y se apoya en la mesa, agradecido de que ésta siga firme cuando todo lo demás parece tambalearse. Se acuerda del chico con la cara llena de granos que lo armó caballero en Piedra de Mora y, enseguida, le viene a la cabeza una idea que le provoca un retortijón.

—¿Y después qué? ¿Nombraremos rey al tal Engelbrekt?

Es Bo quien responde:

—Antes de que alguien se ciña una corona, tiene que rodar la cabeza de quien la llevaba. El alzamiento nos exigirá mucho. Pensemos en eso, ya retomaremos el asunto de quién gobernará más tarde.

Bo sonríe, y también lo hacen Nils y Katarina. Bengt se deja arrastrar. Respira hondo, pasea la mirada de un rostro a otro, cruza

los brazos sobre el pecho y dice:

—Quiero disparar más con la ballesta.

23

Brita ve a Finn y a Måns desaparecer en la linde del bosque y se resigna: no podrá hablar con su hermano hasta más tarde.

Por lo pronto, procura ser de ayuda. Ni su madre ni Kari Sture están a la vista, así que es a ella a quien la gente acude con preguntas: ¿dónde poner los barriles?, ¿dónde las mesas? Brita responde lo mejor que puede, esforzándose en prever cómo se desarrollará la tarde y en tomar decisiones que no vayan a causar problemas. Esas tareas la distraen de sus pensamientos oscuros y le dan un respiro: se olvida un poco de sí misma.

Está en otra cosa cuando Måns regresa, y tiene que acelerar el paso para alcanzarlo.

—¡Måns! —le grita de cerca, para que no pueda fingir que no la oye.

Cuando lo alcanza y se pone frente a él, el otro baja la cabeza y se oculta tras el flequillo, avergonzado como un niño al que acaban de sorprender en falta. Aun así, es él quien habla primero:

—Me he enterado de lo que sucedió en Vadstena.

Brita asiente. Como ninguno sabe qué decir, permanecen en silencio con la vista clavada en el suelo. Hacía tiempo que no estaban tan cerca. Tiene seis años más que él: demasiado para haber sido compañeros de juegos. Podían reñir, molestarse, echarse

la culpa mutuamente de alguna desobediencia, pero poco más. Luego, los quehaceres de ella se multiplicaron, y su hermano, siempre inquieto, empezó a buscar aventuras en el bosque y las tierras con Finn a su lado. Sus caminos se cruzaban cada vez menos.

—No acompañé a madre a Vadstena por Mara, sino por mí: no pensaba volver a casa, quería quedarme en el convento.

Él se ríe, sorprendido.

—¿Tú, monja?

—Pero cuando vi cómo vivían, me espanté. Si lo que quiero es escapar, sería tonto ir allí. Sería peor que en esta casa.

Él abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor. Brita se seca una lágrima.

—Fue la muerte de Ylva lo que me hizo considerar esa posibilidad.

Su hermano la mira sin entender.

—Hace muchos años que no os llevabais bien.

—Tú no te acuerdas porque eras demasiado pequeño, pero padre pensaba que Ylva Sigridsdotter podría ser para mí lo que Finn es para ti. Evidentemente, no funcionó: yo era mayor, y ella, bastante difícil. No se sentía a gusto en Göksholm y odiaba la idea de estar al servicio de otros: no aceptaba que había normas diferentes para criados y señores. Y, conforme crecía, las cosas se le hacían cada vez más insoportables. Al final, yo misma le pedí a mi padre con todas mis fuerzas que la dejara marchar y ella corrió a los brazos de un hombre en Mellösa. Antes que acompañarme en salones bonitos prefirió pecar bajo un techo de turba lleno de goteras. Nunca pensé que su muerte me dolería tanto, ¡pero es que estaba llena de vida! Tanta, que Göksholm se le hizo pequeño. Y ahora ya no está.

Måns sigue desconcertado. Ha puesto la misma expresión que ponía de niño cuando le planteaban un acertijo. De pronto, Brita se enfada, y endurece la voz:

—Tú no te enteras de nada, Måns. Estás demasiado ocupado con lo tuyo. Madre está enferma, padre se pasa los días bebiendo. A mí quieren casarme, a ti quieren retenerte para siempre... y los dos nos resistimos. —Calla, respira, y luego continúa—: Sé lo que piensas hacer. Sé que has estado practicando: he estado en el claro, he abierto tu hatillo. Pensaba que con Finn fuera te olvidarías de ese asunto.

Él se queda inmóvil un instante, hasta que la sorpresa se transforma en resentimiento.

—A ti no se te escapa nada. Ni una mosca se mueve por aquí sin que tú te enteres. ¡Y ahora irás a contárselo a nuestros padres, como siempre!

Brita da un paso adelante y lo abraza con fuerza antes de que él pueda apartarse. Huele en el pelo y la piel de su hermano los olores del bosque: hierba, resina, hojas verdes... Aunque sea menor que ella, son de la misma estatura, puede que él sea incluso más alto. Al principio, Måns se mantiene rígido, hasta que nota que la respiración de su hermana se convierte en sollozos y, entonces, la rodea también con los brazos.

Pero, en ese abrazo, ella percibe su desconcierto.

24

—Espera, Nils.

Stina lo ha seguido cautelosamente hasta un rincón donde nadie puede oírlos. Él se detiene a la sombra de la torre de piedra y se vuelve. Ella echa un vistazo alrededor para asegurarse de que están solos, pero ahora que le toca hablar, las palabras se le atragantan. Lo correcto sería darle el pésame por Margareta, pero no fue él quien estuvo a su lado, dándole la mano mientras las contracciones la desgarraban, sino ella. El silencio se hace demasiado largo y es Nils quien lo rompe:

—Stina, nunca podré agradecerte lo suficiente lo que hiciste por Mara. Puede que el desenlace haya sido amargo, pero recibió la mejor ayuda posible. Lo ocurrido ha sido voluntad de Dios. —Nils tiene modales impecables, pero también algo más: sabe mostrarse tal como el otro desea verlo, y lo hace con tanta seguridad que resulta convincente. Ahora aparece como un esposo arrepentido y doliente, y, al mismo tiempo, agradecido—. Debería haber estado allí —continúa—. El camino se me hizo largo y mis asuntos me retuvieron. Llegué tarde a Vadstena, y tampoco pude quedarme. Margareta descansa ahora en manos de las monjas, y no podría estar mejor. Con un poco de suerte, llegará a tiempo para la celebración.

Stina no encuentra respuesta. Se limita a asentir con la boca cerrada hasta que Nils inclina la cabeza y se dispone a marcharse.

Entonces, por fin, habla:

—Ingegerd Knutsdotter.

Nils se detiene en seco. Su expresión lo delata, y Stina entiende de golpe que sus temores eran ciertos.

—Tú sabías lo de la maldición, ¿verdad, Nils? Tu propia hermana murió de parto en Vadstena y aun así enviaste allí a tu esposa.

Nils se crispa; una vena se le marca en la sien. Sus ojos destilan rabia y dolor, pero sólo la mira un segundo. Enseguida aparta la mirada.

—No soy un crío, Stina. No creo en maldiciones.

—Eso lo dice todo el mundo. Pero aunque uno no crea, las maldiciones tienen fuerza. Cualquiera, si le dan a escoger, evita dormir en la habitación hechizada, porque no hay humo sin fuego, ¿no? ¿Quién puede asegurar qué existe y qué no en este mundo? Pero tú...

Él niega con la cabeza con la mirada perdida. No dice nada. Stina da un paso hacia él y baja la voz:

—¿Sabes lo que pienso, Nils Stensson? Ahora que han salido a la luz tus sueños, todo resulta evidente. El día que haya que elegir a un nuevo rey, habrá que jugar todas las cartas, ¿no es así? Y ese día, una familia sobre la que pesa la maldición de la hija de una santa, nada menos, seguramente lo tendrá más difícil. Por eso enviaste a tu esposa a Vadstena: para que diera a luz allí a un hijo sano. Eso habría demostrado que la maldición no existía.

Él no responde, pero su semblante lo delata otra vez: es el rostro de un chiquillo sorprendido al fin en la despensa con sus hermanos.

Esa cara de bobo enfurece a Stina mucho más que si se hubiera defendido con firmeza. Levanta la mano como tirada por un hilo invisible y le suelta una bofetada sonora.

Nils gira la cabeza por el golpe; los ojos se le humedecen. Ella levanta de nuevo la mano, pero esta vez él la detiene, cogiéndola por la muñeca.

—Sentémonos.

Stina afloja, y él la suelta.

Todavía con las rodillas temblorosas, lo sigue hasta un claro cubierto de hierba seca. Stina vacila antes de alisar su vestido y dejarse caer a su lado. Permanecen un rato sin decir nada, mirando hacia abajo, a la sala adornada con ramas verdes, donde los preparativos están casi terminados y ya están poniendo la mesa.

Nils habla con voz más serena:

—Una persona es su cuerpo, su temperamento, sus actos... pero también la sombra que proyecta en la mente de los demás. Crece o se encoge con lo que otros oyen y recuerdan: honor, hazañas, derrotas. Ahí reside la fuerza de la maldición. No existe, pero pesa. Las palabras de una monja moribunda pueden parecer nada a pleno día, pero de noche vuelven como una mancha en el escudo. Para quien sueñe con el trono, eso es un veneno. Así lo vio mi padre, y antes que él mi abuelo. Karin eligió libremente ir a Vadstena: si nacía una niña sana, sería la prueba de que no había nada que temer. Y llevaría el nombre de la hija de Santa Brígida, como gesto de reconciliación. Pero Karin murió, y la pequeña Märta también. Si lo callamos fue porque no había otra forma de honrar su decisión. —Se acaricia la mejilla enrojecida con los dedos—. Me merecía esta bofetada, y cien más. Pero dime, ¿somos tan distintos tú y yo? Lo

que afecta a Måns os concierne a ti y a Bengt. ¿Queréis verlo atado a Göksholm toda su vida? Hay un destino mayor al alcance de la mano. Nuestro sueño también puede ser suyo.

El sol está poniéndose.

—Somos pocos los que conocemos el nombre de Ingegerd y lo que oculta. Ahora, tú también llevas esa carga, y ha llegado el momento de decidir dónde pones tu lealtad.

Se levanta y le tiende la mano. De nuevo parece el mismo Nils de siempre: apuesto, seguro de sí, como si el futuro estuviera despejado. Ella, sin embargo, no la acepta. Se incorpora sola. Después bajan por caminos distintos hacia la fiesta que los espera.

25

Por fin, anfitriones e invitados se sientan a la mesa. Bengt Stensson y Kristina Månsdotter ocupan el lugar de honor. A su derecha, el obispo Knut, con Brita Bengtsdotter; a su izquierda, Bo Stensson con su esposa Katarina. Alrededor, el resto de los hermanos. Nils se ha sentado junto al obispo y charla animadamente. Karl, el mayor, parece agitado. Una criada le ayuda a comer como puede: lo que no consigue tragar, lo escupe, y lo que no le gusta le resbala por la barbilla hasta mancharle la túnica. A ratos tararea por lo bajo, distraído. El otro hermano, Knut, el ciego —bautizado en honor al obispo—, mantiene la espalda rígida y un semblante impenetrable, propio de quien nunca ha visto un rostro ni aprendido a leerlo. También necesita asistencia, aunque sólo para que le sirvan la comida y le llenen la copa. Una vez lo tiene todo dispuesto a su modo, sus manos se mueven con la seguridad de quien viera.

El resto de los asientos los ocupan otros invitados: algunos arrendatarios prósperos que, en una o dos generaciones, podrían comprar su entrada en la nobleza; Orm el Salado, llegado desde la costa con algunos de los suyos, corsarios al servicio de Bengt; y también un grupo de mercaderes de la Liga Hanseática, con quienes la familia mantiene lazos comerciales.

Los marineros suecos observan con recelo a los marineros extranjeros, que murmuran en alemán. Son enemigos naturales, pero esta noche se esfuerzan por encontrar puntos en común, y descubren que son muchos: el clima, los vientos caprichosos del Báltico... Llegado un punto se ponen a recordar, entre risas, naufragios, destinos trágicos o salvaciones inesperadas.

También la comida ayuda a suavizar las diferencias y a unirlos en un mismo ánimo. En la mesa hay carpas y lucios, embutidos y jamón, pan recién hecho que suelta vapor al partirlo. La cerveza es de la casa, espumosa y fría tras haber reposado toda la noche en el lago, y también se sirve vino del sur, aromatizado con jengibre y clavo.

Por encima de las cabezas cuelgan travesaños cubiertos de follaje que dan sombra. El aroma fresco de la madera de abedul y de las hojas tiernas se mezcla con los olores de los platos que van sirviéndose.

En torno a la sala se han encendido braseros con ramas de enebro para ahuyentar a los mosquitos que surgen de charcas y aguas estancadas cuando refresca la tarde. Junto a cada brasero hay hombres con un balde y un ramo de hojas, listos para sofocar cualquier chispa que vuele con la brisa.

Después de beber con ganas, Bengt Stensson suelta una sonora carcajada, como queriendo hacerse oír por encima de todos. La fuerza un poco, pero al cabo consigue que la risa acabe siendo auténtica. La tensión de la jornada y de los primeros momentos de la celebración empieza a disiparse y, con el estómago ya saciado,

siente que puede entregarse al vino, escoger los manjares que más le apetecen y disfrutar de su papel de anfitrión.

Incluso el tiempo parece darles tregua, aunque Bengt no se fía, y levanta la vista una y otra vez hacia las nubes cargadas de lluvia que por ahora se limitan a rondar en torno a Göksholm, dejando sobre ellos un cielo azul despejado. Reza en silencio para que el mal tiempo no estropee la fiesta. Bebe y recorre la mesa con la mirada, deteniéndose en sus invitados y parientes. Luego se vuelve hacia Stina, que también observa a los comensales con gesto atento y la espalda muy recta. Él se estira para llenar su vaso.

—Salud, esposa mía. Puede que Kari se encargara de los últimos preparativos, pero todos saben que nada habría estado en su sitio sin ti. La fiesta es un éxito, y es a ti a quien debemos agradecérselo.

Ella lo escucha distraída.

—Me pregunto dónde se habrá metido Måns. No lo veo por ninguna parte.

Bengt se inclina hacia ella, le aprieta el brazo con ternura y busca sus ojos.

—Quiero darte algo a cambio de todo lo que has hecho.

Ella lo mira sorprendida.

—¿Qué?

Él se recuesta en la silla y encoge los hombros.

—Lo que quieras, Stina. Pídelo y, si está en mi mano, será tuyo. Nunca será tanto como lo que vales. Y deja ya de preocuparte: esta fiesta es para disfrutarla. Salud.

Bengt brinda con sus invitados y, de cuando en cuando, se levanta para ocupar algún asiento vacío mientras su dueño está ausente. Aprovecha esos momentos para intercambiar unas palabras aquí y allá. A medida que pasa el tiempo se siente más cómodo en la ropa que al principio le resultaba incómoda y picaba. El bordado con cuentas brilla casi tanto como la cadena de oro que lleva al cuello, y los zapatos, demasiado estrechos al principio, empiezan ya a ceder. Lo que al llegar le parecía ostentoso, ahora le resulta natural: consejero y caballero, señor feudal y juez supremo, conocedor de leyes. En la frente lleva una ancha corona trenzada con hojas de abedul y flores.

Le gustaría ver a Stina más contenta. Desde que comenzó la fiesta la nota tensa como la cuerda de la ballesta de Nils. Apenas ha probado bocado y no deja de mirar la silla vacía de Måns, que lleva tanto tiempo desocupada que otros han acabado por sentarse en ella. Él también se enfada: Måns debería estar allí; quizá ya sea hora de dejar de consentirlo y mostrarle mano dura. Ha corrido demasiado libre. Antes de que termine la noche habrá que dejar las cosas claras: el hijo mayor también tiene obligaciones como anfitrión. La infancia se acabó, y Dios sabe que ha recibido más que muchos otros.

La tarde avanza. Un siervo le recuerda a Bengt que es hora de ponerse en pie. Él se apoya en la mesa para no perder el equilibrio y pide silencio dando palmas. Es momento de la competición, antes de que caiga la noche o el sol baje tanto que deslumbre de lado.

Los mozos ya esperan en el prado, alineados tras la cuerda. Llevan la cabeza y los puños envueltos en tela, y empuñan palos en lugar de espadas. No se trata de herir más de la cuenta, sino de mostrar

la fuerza de cada uno y ver quién resulta el mejor. El premio es tentador: un puesto al servicio del propio herr Bengt en Göksholm, con armas relucientes, caballo propio, comida caliente dos veces al día y cerveza de barril. Una vida de abundancia a la que de otro modo nunca tendrían acceso.

El lugar está delimitado con varas de mimbre recién cortadas dispuestas en círculo. Alrededor se han apostado hombres de la guardia de Bengt y otros del séquito de Knut, listos para intervenir si la sangre se calienta demasiado. A la señal, los luchadores entran en el ruedo, saludan a los sitiales alzando sus palos y se dividen en dos filas a ambos lados. Bengt intenta contarlos, se rinde y se conforma con calcular que son entre doce y veinte. Levanta la mano derecha, la mantiene un momento en alto, con todas las miradas pendientes de él, y luego la deja caer: la lucha comienza.

26

Hasta el momento, a Måns le ha salido todo bien porque, con la cara tiznada, el pañuelo atado a la cabeza y la chaqueta rellena de hierba, nadie lo ha reconocido, y ni su padre ni su madre le han ordenado que ponga fin a la pantomima y salga inmediatamente de allí. El palo le parece ligero en la mano —aunque el agarre está sudado— y tiene más o menos el mismo alcance que la espada. Un arma como ésa puede blandirse con más facilidad y permite lanzar estocadas más rápidas.

Reconoce vagamente a algunos otros participantes, de encuentros fortuitos en las tierras, pero nadie se fija en él porque es fácil pasar por alto aquello que no se espera.

Nadie dice una palabra: todos están concentrados y tensos por lo que pueda venir. Su inquietud no carece de fundamento. Cada año los palos silban y rompen dedos, narices, revientan algún ojo y lo dejan ciego, parten un brazo, rompen una rodilla. Para muchos de estos jóvenes hay demasiado en juego, y antes que perder prefieren pasarse de largo. Algunos pierden completamente el control, rehúyen el miedo dejándose poseer por una sed de sangre y una beligerancia que no remiten hasta que intervienen los mayores, los echan al suelo y los tranquilizan con el peso de sus cuerpos. Para los

que están de espectadores puede que sea un juego, pero dentro del círculo de mimbre la gravedad no puede ser mayor.

Cuando Måns ocupa su sitio en la fila, al fin se ve expuesto a la locura que lo ha traído hasta aquí. Ha visto a estos muchachos en las propiedades de la familia, pero casi siempre desde el lomo del caballo y casi siempre de lejos. Ahora que los tiene al lado, queda muy clara la diferencia de tamaño entre ellos y él, le sacan media cabeza de altura y unas veinte libras de peso. Sus hombros, anchos; los brazos, robustos. En comparación, su cuerpo es escuálido. Intentó construir un muñeco alto y grande para practicar. Demasiado pequeño le parece ahora. Nota como empieza a sudarle la frente, los ojos le escuecen y el corazón se le acelera. Su mirada inquieta busca la gran mesa, donde su padre tiene la silla, y la promesa de seguridad. Pero el brazo alzado de herr Bengt desciende, y los gritos de los hombres alrededor del círculo confirman lo que eso significa. Ya empieza. El más grande de la fila de Måns, un gigantón rubio con nariz torcida, da un paso al frente, y los demás lo siguen, pero las piernas de Måns han quedado paralizadas y se niegan a moverse. Su titubeo no pasa desapercibido, y mientras los rostros se vuelven, el que va en cabeza le gruñe asertivo.

—Muévete, maldita sea. Estás dejando a nuestra fila en evidencia.

A pesar de ello, Måns permanece paralizado, con todas las miradas sobre él. De un momento a otro lo reconocerán; de un momento a otro, alguno de los mayores cruzará el mimbre y lo sacará en volandas de allí, para humillación doble: primero por la desobediencia, y luego por la cobardía. Lo segundo, peor que lo otro. Está temblando, hasta que el mozo que tiene detrás alarga su palo y lo empuja hacia delante como si de un ternero testarudo se

tratara. El hechizo del pavor se rompe y Måns puede volver a caminar. Las miradas se desprenden, él se mueve hacia delante. La fila avanza en línea recta en dirección a los que llegan desde el otro lado. Las voces les salen como por sí solas, un rugido para infundir coraje y ahuyentar el miedo. Unos pocos pasos y la separación entre ambas filas se cierra. Al instante siguiente se oye el eco del primer golpe viajando por el prado, madera contra madera, lo bastante fuerte como para entumecer los dedos. Acto seguido, ya no se puede distinguir ningún sonido en particular en la algarabía. El combate es de todos.

Todo lo que ha aprendido, lo ha olvidado. La astucia y las fintas, esfumadas. A duras penas consigue repeler el golpe que le lanzan, lo recibe con tanta dureza que le escuecen los dedos. Ve su miedo alimentar al adversario, quien intuye su ventaja y presiona un poco más, golpea una y otra vez. Enseguida queda claro que Måns no tiene resistencia que oponer, y el otro, henchido de arrogancia, lo desarma, el palo de Måns queda tirado en el suelo, el contendiente eleva el suyo para asestar el golpe de gracia. Måns no puede hacer más que cerrar los ojos para no tener que ver lo que sigue, pero cuando los vuelve a abrir descubre que la amenaza ha desaparecido. El luchador que antes le ha dado un empujón para que avanzara en la fila ya ha acabado con su adversario y ahora ha ido a por el de Måns, que precisa de todas sus fuerzas para defenderse.

Durante un instante de tregua, Måns se queda solo en la pugna, observa a los demás, ocupados en la lucha. El miedo ahoga su raciocinio, eso lo sabe, y con un esfuerzo se obliga a sí mismo a pensar más en el ataque y menos en la defensa. Agita los brazos para liberar los músculos, agarra el palo con nueva firmeza, se

prepara. Otro viene a por él, listo para terminar con otro rival. Måns da unos pocos pasos y descubre que los pies le obedecen, esquiva el siguiente golpe en un baile, aparta el palo de su adversario hacia un lado y deriva al suelo toda la fuerza que contenía. El éxito momentáneo le permite ver al otro con más claridad: es torpe y lento, también está asustado. Måns ya siente un cosquilleo en el centro del abdomen, una primera promesa de algo que no sea derrota. Gira su palo para colocarse en posición de golpear, primero falla y salta hacia atrás para evadir la respuesta. De nuevo. De pronto, todo transcurre despacio, y en la lentitud Måns puede ver cada movimiento antes de que tenga lugar; cada golpe, tan lento que parece asestado bajo el agua. El pavor remite por momentos, y otra cosa empieza a fluir en su lugar, su cuerpo es ahora un receptáculo que se muestra indiferente al capricho de los sentimientos desconocidos. Su adversario se ha quedado sin aliento, jadea cada vez más fuerte en busca de aire, la tez roja como un cangrejo recién cocido. Måns hace un falso ataque con intención de despistar, para luego soltar un azote en el antebrazo y ver cómo el palo de su contrincante cae al suelo. Rápidamente da un paso al frente, queda a horcajadas encima del palo, levanta el suyo a modo de advertencia. Quien pierda el arma y no sea capaz de recuperarla debe abandonar el círculo. En el rostro del chico, Måns puede ver cómo la decepción se ve mitigada por el alivio cuando se retira de espaldas, pasa por encima del mimbre y se agacha para recuperar el aliento, de nuevo a salvo. Demasiado tarde, Måns se vuelve hacia la izquierda, ve a su vecino recibir una estocada en la barriga y las convulsiones de cuando intenta coger aire hipando, suficiente como para soltar el arma y dejarla caer. Måns se agacha para esquivar la

madera que silba en dirección a su cabeza, pero se topa con una rodilla que alguien ha avanzado no para herir, sino por casualidad.

Lo primero que percibe no es el dolor, sino la brusquedad del golpe en sí, un choque que le sacude la cabeza y le llena los ojos de colores y formas que no ha visto nunca. Salta hacia atrás por acto reflejo, nota la estocada fregándole la mejilla, se seca la cara con la manga. El rodillazo se lo ha llevado en la mejilla y ha hecho que le empiece a sangrar la nariz, la tela está empapada con apenas un roce, la boca le sabe a hierro. Y ahora le viene el dolor, pero es menos y más liviano que la virulencia del impacto. Måns busca a tientas algo que le sirva de ayuda, encuentra la rabia, y esta lo salva. Su nuevo enemigo cree haber ganado la contienda, se ve engañado por una repentina superioridad, y ha bajado la guardia cuando Måns responde con un golpe tras otro, uno al hombro, uno al cuello, que le infunde suficiente daño al otro como para que se siente en el suelo y suelte el palo para recobrar el aire que le falta, con ambas manos en la garganta y un semblante de sorpresa hueca. Está fuera. Unos puños atentos lo agarran por las axilas y lo arrastran hasta ponerlo a salvo. En el respiro que brinda el momento, Måns se toca la nariz, reaviva el dolor, escupe rojo en la tierra.

Ahora quedan menos. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Se cruza con el siguiente, intercambian golpes. Uno le da en el muslo, Måns nota una flor de sangre abrirse por debajo de la piel. Las lágrimas lo ciegan, pero nota que su propia madera da en el blanco, y en cuanto se le aclara de nuevo la vista ve que ahora su contrincante es otro. Los débiles, los vacilantes, ya no están. Los que todavía aguantan son los que se han preparado bien, los que unen la pulsión de

permanecer como vencedor único y la suerte de tener un familiar que ha portado armas. Los golpes sencillos ya no aciertan. Y ahora Måns siente otra cosa, algo nuevo, algo que no entraba en sus cálculos. Surge el cansancio, un estrangulamiento asfixiante que diluye el ímpetu con cada nuevo golpe que lanza. Ahora ya casi no da ni para defenderse, menos aún para atacar. Ve las oportunidades venir y marchar, no es capaz de contraatacar lo bastante rápido, porque le duelen los hombros, cojea con la pierna mala, y todo su ser le grita que ya vasta, que hace rato que ya es suficiente. Los demás son más grandes, mayores, sus brazos y piernas están curtidos por jornadas en el campo y junto al ganado tan largas como lo que tarda el sol en hacer su paseo sobre la tierra. Y de nuevo aflora el miedo, con una fuerza paralizante, un tambor acelerado colgando del cuello que va contando los instantes que lo separan de la derrota que está al caer.

27

Bengt Stensson apenas logra seguir la pelea de los jóvenes —aunque tampoco queda mucho por ver—. La cabeza le da vueltas: ha comido y bebido demasiado, y demasiado deprisa, tras un largo ayuno. El vino y la cerveza lo tienen aturdido, y cada vez que alza la jarra siente la espuma subirle a la garganta y cosquillearle el paladar. Presiente que el malestar irá a más y se pregunta si no sería mejor ir de una vez a la letrina para provocarse el vómito.

Para colmo, el tiempo no ayuda: las nubes han ido acercándose y han traído consigo una brisa fría que lo hace estremecerse y encogerse. A su lado, Brita charla en voz baja con el obispo Knut. Nils y Bo han girado sus sillas y siguen atentos la pelea de los mozos. Él intenta imitarlos: al fin y al cabo, luchan para ganarse su aprobación. Se seca el sudor frío de la frente y parpadea para aclarar la vista.

Tal como sospechaba, pronto acabará todo. Quedan cinco o seis en pie; los demás, fuera del círculo, se palpan las heridas o están sentados con gesto sombrío, algunos comprobando si aún conservan todos los dientes. Los guardias, que siguen el combate desde el principio, animan con gritos a sus favoritos.

Él se inclina para ver mejor y la tormenta en su cabeza arrecia: por un instante, la vista se le oscurece. Está a punto de ponerse en

pie para buscar un lugar donde aliviarse cuando oye un golpe seco, tan fuerte que resuena por todo el prado. No es el ruido de un palo contra otro, sino algo más grave, amortiguado por carne.

Se da la vuelta y descubre que uno de los muchachos yace en el suelo, derribado por un golpe en la cabeza. Los demás se han quedado inmóviles, cada uno con el palo en la mano, mirando al caído.

Stina se pone en pie, se inclina sobre la mesa y estira el cuello. Tiene la cara de quien acaba de ver un ejército entero. Antes de que él entienda qué ocurre, ella ya se ha lanzado, derribando la silla. Y entonces la oye gritar:

—¡Måns!

Al principio no lo cree, pero pronto él también se levanta y avanza tambaleante, a punto de caer a cada paso. Cuando llega, Stina está de rodillas junto al caído. Calcula mal y casi la tira de un empujón, pero ella ni lo nota. Su corona de flores rueda por la arena hecha jirones.

Él le arranca la tela de la cabeza al muchacho: quiere pensar que Stina se ha equivocado, que ha visto mal o que se trata de uno de los bastardos que él ha ido regando por ahí. Pero no: bajo el paño ensangrentado aparece el rostro pálido de su hijo. La herida le cruza la frente, abierta y desbordando sangre a cada latido.

Pone la mano sobre la brecha, aprieta para detener el chorro y lanza un grito ronco:

—¡Ayuda! ¡Aquí, maldita sea!

Enseguida acuden sus hermanos y criados; algunos saben cómo contener la hemorragia. Le toman el relevo. Otro alza al muchacho

en brazos y, entre varios, lo llevan hacia la casa. Él los mira impotente, incapaz de hacer nada más.

Entonces las náuseas lo vencen. Se aparta, cae de rodillas y vomita hasta quedarse vacío. Permanece un momento en el suelo, jadeando, hasta que su cuerpo deja de sacudirse. Al volver la cara al cielo, siente caer las primeras gotas de lluvia.

De regreso, oye chisporrotear los braseros apagados por el agua. Agita los brazos y conduce a los invitados que aún están sentados hacia el refugio de la torre. Cuando el último está bajo techo, su ropa está completamente empapada, pero él apenas lo nota.

28

Todos se apretujan en la gran sala de la torre. Después de la lluvia, el aire tiene un olor inconfundible: el de la lana empapada de las ropas —un tufo agrio parecido al de un establo—, el de los cuerpos ajenos. Las brasas rescatadas se reparten en nuevos braseros, y en torno a cada uno se forma un corrillo de invitados.

Los anfitriones no están, y nadie pregunta por ellos: todos recuerdan la visión del muchacho caído, pálido como un muerto, y temen la respuesta.

En ese vacío, Kari Sture toma las riendas. Sabe qué hacer y a quién recurrir. Da un codazo a su marido para que, en nombre del señor de la casa, circule entre los invitados. Ordena a los criados rescatar lo que la lluvia no ha estropeado en el salón, hace traer los platos que aún quedaban en la cocina y manda subir toneles de vino para animar a la gente. Pone ollas al fuego y hace colocar mesas y bancos. Quiere salvar lo que pueda de aquella desdichada fiesta de San Juan.

Fuera, la lluvia golpea el techo del torreón con tanta fuerza que muchos prefieren callar antes que gritar para hacerse oír. Los más cercanos a la familia intentan mantener un tono festivo para los invitados llegados de lejos, pero los esfuerzos carecen de convicción.

Nadie se engaña: la sala entera está a la espera. Cada vez que se abre la puerta, todas las miradas se vuelven hacia allí.

Bengt Stensson tarda en regresar. Cuando lo hace, cruza la sala en silencio y se dirige al tonel de cerveza. Coge una jarra cualquiera, la llena hasta que rebosa espuma y la vacía de un trago. Sólo entonces se gira hacia los presentes.

—Todo está bien. El golpe fue fuerte, pero la herida parece peor de lo que es.

Un murmullo de alivio recorre la sala. Nils y Bo abrazan a su hermano. Muchos de los invitados, que llevaban un buen rato de pie, se sientan por fin, agotados.

Nils deja la mano en el hombro de Bengt.

—¿Qué demonios le dio al muchacho? ¿Por qué pelear con la plebe, y además disfrazado?

—Dios sabrá —responde Bengt, suspira y se golpea el muslo con el puño—. Dios sabrá. Pero os digo una cosa, hermanos. Apenas he tenido que levantarle la mano a Måns en su vida. Ni recuerdo la última vez: tendría seis o siete años, rompió un cuenco prohibido y se llevó un manotazo en la mano, nada más. Pero esta vez no pienso pasarlo por alto. Tiene diecisiete, sí, pero se llevará una buena zurra, de las que no se olvidan. Y si me canso, otro seguirá. Mañana mismo cortaré yo la vara de avellano.

Tiene la mirada oscura, fija en nada, mientras Nils y Bo se miran entre sí en silencio. Luego llenan las jarras y brindan. Bengt respira hondo, se endereza y levanta la voz hacia la sala:

—¡Qué os pasa! ¡Al diablo la lluvia! Es San Juan y mi hijo vive. Alegrémonos. Comed, bebed: la noche es joven.

Abre los brazos como si pudiera contagiar su ánimo a todos. Pero la sala permanece callada. Hasta que una voz solitaria rompe el silencio.

Es Knut Stensson, el hermano ciego. Sentado junto a un brasero, comienza a cantar. No lo hace a menudo; lo ven poco y suele quedar olvidado en sus tinieblas. Pero todos recuerdan su voz y lo que sabían de niños: que su mundo de sombras podía ser fuente de belleza. Su memoria es legendaria: conoce todas las canciones, desde nanas hasta baladas, y sabe darles el giro justo para que transmitan emoción. Su voz sigue siendo fuerte, más profunda que antes. La melodía trae recuerdos de la infancia en Ekhult, cuando compartían techo, la vida era estrecha pero segura y el mundo parecía esperar lleno de promesas.

Knut canta la primera estrofa solo. En la segunda, sus hermanos lo siguen en el estribillo. Palabras repetidas que, según el contexto, siempre cambian de sentido.

En un rincón están los músicos, quietos y cabizbajos desde hace rato. Durante el banquete apenas han podido tocar antes de que los mandaran callar; después, con la lluvia, no se han atrevido a empezar. Un aire alegre habría parecido insensible, y uno triste, de mal agüero.

Ahora, el más veterano se levanta, toma su zanfona y se acerca a Knut. Escucha una estrofa, tantea las cuerdas suavemente hasta dar con la nota justa. Knut posa una mano en su hombro, como para asegurarse de que la música es real y no sólo un recuerdo en su mente. El músico hace girar la manivela, y la rueda arranca la melodía. Se suman los demás: primero el tambor con un ritmo suave, luego la guimbarda, más tarde la flauta.

El canto crece. Cada vez más gente se une al estribillo. Los alemanes lo intentan, aunque las palabras se les hacen difíciles. Uno de los de la Liga Hanseática se levanta y le tiende la mano a Kari Sture; ella arrastra a Bo, ésta a Brita, y pronto forman un corro de baile. Se mueven mesas y bancos para abrir espacio. Las voces se multiplican, el coro retumba.

El último músico, hasta entonces indeciso, sonríe al fin: infla la bolsa de su gaita y se suma con trinos vivos. El baile se anima, la sala entera late al compás. Los que no bailan marcan el ritmo con jarras sobre las mesas. Bengt carga el tonel al hombro y reparte cerveza a todos los que la piden.

Entonces la puerta se abre y aparece Måns, con Stina a su lado. Lleva la cabeza vendada. Se lo ve pálido, pero en sus ojos hay más desafío que arrepentimiento. Bengt deja el tonel en manos de otro, cruza la sala abriéndose paso, lo abraza, alzándolo, y lo sube a la mesa central para que todos lo vean. Marca el ritmo con palmas y le grita que baile.

El coro estalla, más fuerte que nunca. La fiesta parece renacer... hasta que Karl Stensson cae al suelo, rígido, espuma en los labios, víctima de un ataque epiléptico. Sus hermanos se lanzan sobre él: lo inmovilizan y, con práctica antigua, le abren la boca a la fuerza para meterle una astilla entre los dientes y evitar que se muerda la lengua.

La música titubea, pero no se detiene del todo. Ahora, sin embargo, la alegría se mezcla con un poso de temor.

29

La noche trae calma tras la tormenta. El resto del año, el clima no suele ser tan caprichoso, pero el día de San Juan siempre se ha considerado distinto: un momento en que los límites entre el mundo de los hombres y las fuerzas que lo rodean parecen moverse. Ahora el cielo se abre, el viento barre las nubes y deja al descubierto un millar de estrellas.

Los invitados se retiran en pequeños grupos a los alojamientos preparados: a los más distinguidos se les han dado cuartos propios, mientras que los de menor rango se acomodan en jergones de heno en el granero. En el patio, criados y mozos encienden antorchas para guiar a cada uno hasta su cama. Stina escucha sus risas y conversaciones y piensa que, a pesar de todo, la fiesta de este solsticio de 1434 ha salido bien, pese a que nunca antes habían invitado a tanta gente.

De pie en la escalera de la torre, despide a todo el mundo deseándoles buenas noches. Tan sólo quedan unos pocos cuando Kari Sture se acerca. Ella le pasa un brazo por los hombros.

—Sin ti no lo habríamos conseguido. Me temo que te he hecho sacrificar tu propia diversión. Gracias por todo, Kari, y perdóname.

La otra la toma de la mano, junta su frente con la de ella y suspira con satisfacción.

—Si dices eso es que no me has visto bailar.

Stina sonríe.

—Bueno, ya ha terminado. Y bien está lo que bien acaba.

Kari bosteza y se frota los ojos.

—Quizá no se haya acabado del todo. Con la ayuda de Dios, aún espero darle un gustito a mi marido.

Se despiden, y Stina queda sola, apoyada en la puerta. Oye a Kari tararear una melodía desconocida mientras se aleja. Por detrás oye pasos, y luego un carraspeo: no necesita volverse para saber que es Bengt.

—Querida esposa.

—Querido esposo.

—¿Y Måns? ¿Está ya en la cama?

—No. Ulf, que ha visto heridas así en Schleswig, dice que no conviene dormir tan pronto después de un golpe fuerte en la frente. Cree que no hay peligro, pero prefiere no arriesgarse. Finn lo mantiene despierto: han bajado juntos al lago a achicar los barcos hasta el amanecer.

—Me parece castigo suficiente.

Ella no contesta. Percibe la inquietud de su marido en el modo en que se balancea de un pie a otro.

—¿Ha dicho algo?

—No.

Se cruza de brazos.

—Me culpo a mí misma. Debería haberlo notado. Hay algo que lo turba desde hace tiempo. Habla en sueños, ¿sabes? A veces me levanto por la noche y lo oigo murmurar. Me acerco, pero nunca me quedo: siento que escucho algo que no está dirigido a mí.

Bengt asiente.

—Lo sé. A mí también me ha pasado. Y como tú, nunca quise quedarme. Ahora me arrepiento: quizá así habríamos evitado esta desgracia. No cargues con toda la culpa: la mitad es mía. Aunque sé que eso consuela poco.

—Hagámoslo mejor de aquí en adelante.

Él baja la cabeza en señal de acuerdo. En el silencio que sigue, le pone una mano en el brazo y ella se sorprende de sentirse tan cerca de su marido después de tanto tiempo. Pero de pronto nota la presión más fuerte y el aliento cargado de cerveza.

—Stina mía, hace tiempo que estamos distantes. ¿No podríamos compartir cama esta noche?

Los hombros de ella se tensan. Bengt, aún lo bastante sobrio, se aparta antes de que ella conteste. Rasca con el pie la arena que ha traído de fuera.

—Bueno, entonces dormiré con la lechera. ¿No te importa, verdad?

Stina ladea la cabeza y lo deja en silencio un momento.

—Y a ella ¿alguna vez le has preguntado si le apetece?

Más tarde, sola, sigue allí, viendo cómo el fuego se apaga hasta quedar en rescoldos. Entonces aparece Nils Stensson y la saluda apenas con un gesto, sin romper la tensión que aún pesa entre ellos desde la última vez que hablaron.

Ella decide que no se irá a la cama, sino al lago.

30

El lago está tranquilo. Sólo unas ondas en la superficie delatan las corrientes que se mueven en lo hondo, donde la vista no llega. La luna flota a un palmo del horizonte, borda de plata los bordes de las nubes y se refleja en el lago.

Finn y Måns están inclinados en sus barcas, cada uno con un achicador en la mano. El agua, que les llega hasta las rodillas, reluce bajo la luna como «plata fundida de los troles».

Nils se acerca siguiendo el chapoteo, pero éste se interrumpe en cuanto sus pasos hacen crujir las tablas podridas del embarcadero: saben que ha llegado.

Deslumbrado por el brasero, tarda en acostumbrarse a la oscuridad y distinguirlos. Finn es el más alto, Måns lleva en la cabeza una venda blanca que, bajo la luna, parece una corona. Buena señal.

Ambos permanecen en silencio, balanceándose en las barcas, esperando a oír qué lo ha llevado hasta allí. Nils busca con la vista un cubo, encuentra uno colgado de una cuerda, salta al bote de Måns y se arrodilla para mantener el equilibrio.

—Sobrino.

—Tío.

—Aún no me llama el sueño. Puedo echaros una mano.

—Me han dicho que esto no es sólo un castigo: también sirve para mantenerme despierto cuando lo que más quiero es dormir. Cuanto más dure, mejor.

—Entonces tampoco te importará que charlemos un poco.

Nils se sienta en la popa y echa un par de cubos al agua sin entusiasmo.

—No has luchado mal, aunque haya acabado como ha acabado. Está claro que llevas tiempo practicando.

Måns lo mira un instante, deja su cubo a un lado y se sienta frente a él.

—No lo suficiente.

—¿Con su ayuda?

Nils señala a Finn y Måns asiente.

—Con otro maestro quizá habrías aprendido más. Pero un amigo que guarda tus secretos, pudiendo sacar provecho de ellos, vale mucho más que cualquier maestro.

Måns mira a Finn, que sigue achicando, cada vez con más brío, como si quisiera que el ruido del agua tapase la conversación.

—¿Qué pretendías, Måns? —pregunta el tío—. Has puesto demasiado en juego. El precio que has pagado no pasa de lo que puedes soportar, pero esa cicatriz en la frente la llevarás siempre. Para tus padres, que te quieren más que a nada, nunca volverás a ser el mismo.

Måns baja la vista como un chiquillo enfurruñado al que le ha salido mal una travesura, pero luego se endereza y lo mira con calma y seriedad. Ya no parece un niño.

—Quizá ha llegado la hora.

Nils retoma el cubo y sigue achicando sin prisa.

—Puede que tú y yo no seamos tan distintos, aunque nuestra juventud haya sido opuesta. Tú tienes sólo una hermana; yo estaba rodeado de hermanos. Uno puede sentirse atrapado de muchas formas. A mí me sobraba gente: casi nunca estaba solo. Y sin embargo, encontré libertad en esa muchedumbre, porque en la fila de hijos de Sten Bosson yo era el sexto. A ti te pasa al revés: te sobra espacio, puedes escabullirte a entrenar con la espada sin que nadie lo note, pero eres hijo único: cargas con todo el amor de tus padres, y con el futuro de la familia. Algún día todo esto será tuyo. —Nils deja el cubo en el regazo y se inclina hacia él—. En Ekhult, padre nos decía que el poder nace de la tierra como si fuese un fruto invisible. Dime, Måns: ¿sabes cómo me llaman a mis espaldas?

El muchacho duda antes de contestar.

—Nils sin Tierra.

Él asiente con una sonrisa torcida.

—Creen señalar un destino que yo no he elegido. Pero escúchame: el poder no nace de la tierra. Es como una criatura con voluntad que se entrega a quien quiere, y cuando escapa de manos de uno va a refugiarse en las de otro.

Måns guarda silencio, atento, y Nils siente en el estómago un cosquilleo leve, como un aleteo: una promesa de futuro. El chico escucha sin desconcierto, paciente, esperando a que el sentido de las palabras se aclare por completo.

Nils pasa la mano por el agua y deja que le resbale entre los dedos. Luego forma un cuenco, recoge un poco y contempla la luna reflejada antes de soltarla.

—Me han dicho que manejas bien al halcón.

—Es un azor.

—Y vive bien, ¿no? Hermoso, limpio, seguro en su jaula. Pero sólo vuela cuando su amo se lo permite. Ciego tras la caperuza, con un cascabel en las zarpas. Cada vez que prueba la libertad, lo llaman de vuelta con un trozo de carne, y él obedece. Tiene buena vida, no puede quejarse... pero dime, ¿qué crees que preferiría?

Måns responde sin vacilar.

—Volar libre.

Nils deja el cubo y se pone en pie abriendo las piernas hasta que la barca recupera el equilibrio. Entonces salta al embarcadero.

—Dudo que te den muchas alabanzas delante de tus padres, así que déjame dártelas yo: has sido valiente, Måns. Has luchado con el corazón. Unos años más, y ninguno de esos muchachos te habría hecho frente.

Se despide con un gesto.

—Buenas noches, sobrino. Quédate despierto toda la noche. Mañana veremos si estar en vela ha merecido la pena.

31

El sol se filtra entre las hojas de verano, mezcla de verde y dorado. Bengt Stensson avanza con cuidado, procurando no delatarse al pisar ramas secas o la hojarasca del otoño anterior. Tras cada paso se detiene, aguza el oído y alerta los sentidos al máximo. Sabe que los ciervos están cerca, aunque aún no los ve. Conoce bien la manada: casi podría distinguir a cada animal. No suele cazar, pero alguna vez ha contemplado al viejo macho en lo alto de una colina, recortado contra la luz del amanecer o del crepúsculo, con su cornamenta majestuosa como una corona de rey. Lleva años al frente del grupo, y sigue siendo bastante fuerte para imponerse a los jóvenes que lo desafían en otoño, cuando los bramidos y el choque de los cuernos resuenan por el bosque.

Lleva la ballesta de Nils, a la que se ha acostumbrado enseguida. Los virotes de su armería se han adaptado a la nueva arma; los transporta en una aljaba forrada de musgo blanco para que no tintineen. Nils y Bo han organizado la batida con parte del séquito del obispo, y los criados de la casa, que conocen el bosque como la palma de su mano, cierran el cerco. Él los oye a lo lejos: golpes de varas contra los arbustos, ramas agitadas, señales para espantar la caza. Mejor ocasión no va a tener.

El olor lo alcanza: fuerte, penetrante, mezcla de vida y de miedo. Hay excrementos recientes, huellas profundas en la tierra húmeda, mechones de pelo en las ramas. Son animales grandes y numerosos, pero se mueven como sombras; apenas se dejan ver hasta que casi tropiezas con ellos.

Se queda quieto, escucha. Y entonces percibe una respiración agitada. Al poco, distingue a una cierva tumbada en el borde del claro. Joven, sin cría aún. Tal vez este otoño la tenga. Sus ojos oscuros, bajo largas pestañas, parecen casi humanos. Pero él la deja atrás: no es ella la presa que busca.

Da un rodeo, despacio, con paciencia de cazador. Al fin los árboles se abren: hay hembras a decenas, y sobre todas ellas se yergue el macho, que agita la cornamenta, indeciso. La amenaza lo rodea por todas partes y no sabe hacia dónde mirar.

Bengt vuelve a comprobar la dirección del viento: su olor no debe delatarlo. Reza en silencio y avanza paso a paso. Levantar la ballesta le parece un esfuerzo titánico, como si tuviera entre las manos un arma extraña. El sudor le nubla la vista, el corazón casi se le escapa del pecho. Se obliga a recordar cómo se dispara. Cuando por fin está listo, tiene la impresión de que el ciervo lo percibe: que la muerte ya lo ha señalado. Durante unos segundos, se queda paralizado ante la grandeza del animal, tan pesado como un caballo de guerra, con el cuello más ancho que la cintura de un hombre y una cornamenta interminable. Por primera vez, el cazador siente miedo: si falla, ese macho puede embestirlo y matarlo.

Un ruido rompe la tensión y él se tambalea. Cree que ha perdido la oportunidad. Un pájaro rojo cruza el claro. El macho da un paso, luego otro, se tambalea y se derrumba. Él baja la ballesta, atónito:

el raíl está vacío; la cuerda, flácida. Ha sido su propio disparo, aunque no lo recuerda. El virote ha atravesado el ciervo de parte a parte. La sangre brota a chorros con cada latido. El animal pierde fuerzas, gira sobre sí mismo y cae de costado.

Él entra en el claro, ignorando a las ciervas que huyen. Se arrodilla junto al viejo macho y posa la mano en su cuello tenso mientras el corazón late todavía. Ve la herida de entrada en el pecho, pero la de salida en el lomo es mucho peor. Los ojos del ciervo se apagan; exhala su último aliento bajo la mirada atenta del cazador.

Él se queda inmóvil, con lágrimas de pena y de respeto en los ojos, hasta que los batidores irrumpen en el claro y sus hermanos lo levantan entre gritos de triunfo.

32

Seis hombres se juntan alrededor de una camilla para el rey del bosque, las patas atadas alrededor de un abedul recién talado y pelado, lo bastante largo como para dar cabida a todos bajo la gran carga. No se ven capaces de llevar al ciervo entero hasta Göksholm, sino que hacen parada en la granja más cercana. Bengt Stensson demora el despiece, se entristece de tener que ver cómo la presa de su vida es despojada de su belleza. Primero todos los presentes tienen que ver, tocar, poner los dedos en cada punta de la cornamenta, grabar el momento lo suficiente en la memoria como para poder dar testimonio a hijos y nietos. En el bosque, todavía están buscando el virote que ha salido volando, para colgarlo en un lugar de honor de regreso en Göksholm.

Encienden una hoguera para hacer brasa en el patio entre las casas de madera. El granjero saca la bebida que tiene para ofrecer y manda a alguien a la granja vecina para conseguir más mientras la gente que sabe se centra en despellejar y despiezar, vaciar, conservar todo lo que se puede consumir. Allí hay comida para alimentar a la gente de la casa y los invitados durante una semana o dos. Se van a hartar de comer carne de venado; de hecho, tendrán que salar la mayor parte para el invierno. También la carne de consumo inmediato hay que colgarla para que alcance el mejor

sabor, pero primero un banquete para el equipo de caza con los pedazos que se pueden comer frescos. El ambiente no podría ser mejor. A Bengt le duele el hombro por todas las palmadas y abrazos, tiene las mejillas sonrosadas de tanto halago; la voz, afónica de tanto contar el gran disparo, una y otra vez, una saga que poco a poco va dando con los mejores versos, las pausas más acertadas y la melodía correcta, una que sabe seguirá repitiendo hasta el día de su muerte. Y será más tarde, cuando todos estén saciados y la emoción se haya posado en la sangre que se ha acelerado, en la noche de verano, junto a la brasa tintineante de la hoguera, que Nils y Bo intercambiarán una mirada, se levantarán para sentarse a ambos lados de su hermano y Nils tome la palabra como sólo él sabe.

33

Hacia el mediodía, Bengt Stensson busca a Stina por Göksholm, reticente y arrastrando los pies. Se ha acicalado tras volver y vuelve a oler como un gran señor, pero echa de menos los aromas de sangre, humo y musgo de la caza. Ella lo escucha con paciencia mientras él le cuenta lo sucedido, pero siente que las palabras no suenan igual al relatárselo sólo a ella que cuando lo hacía ante un auditorio de amigos. Es como si el ciervo se encogiera en su recuerdo, como si la hazaña quedara empequeñecida. La pesadumbre que ya llevaba consigo se acentúa.

—Quiero hablar de Måns.

Por primera vez en toda la conversación, consigue captar la atención de Stina. Ella incluso se echa un poco atrás ante la mirada que le lanza.

—He estado pensando, Stina mía. ¡Cómo hemos querido a ese chico, tú y yo, desde el instante en que llegó al mundo, como un regalo caído del cielo! No le hemos negado nada. Otros envían a sus hijos a casas ajenas para que los eduquen con mano más dura, o al sur, más allá de las fronteras del reino, para que aprendan de la vida. Nosotros no lo hemos hecho, y no me arrepiento. Durante diecisiete años, Göksholm ha sido suyo. Lo que quiero decir es que

su educación ha sido tan buena como cualquier otra, pero quizá ha llegado el momento de que vea más mundo.

Ella no deja escapar ni un gesto que revele lo que siente; permanece inmóvil, mirándolo con ojos fríos, en silencio. Él siente que se le enrojecen las mejillas y maldice su debilidad; su voz tiembla cuando prosigue:

—Mira lo que ha hecho. Ya no es un niño. Está entrando en la juventud.

Stina se cruza de brazos.

—Eso no lo has pensado tú solo. Alguien te ha puesto esas palabras en la boca.

—No por eso son menos ciertas.

Bengt suspira; nunca ha sido lo bastante astuto para guardarle secretos. Agacha la cabeza y reconoce lo evidente.

—He hablado con Nils y Bo. Quieren mandar a Måns al norte, con Engelbrekt.

Stina se queda sin palabras, atrapada en un silencio distinto.

—Tú misma lo sabes, Stina: lo que piensa uno, también lo piensa otro. Muchas familias, como la nuestra, han sido marginadas por los caprichos de Erico; están tan hartas como nosotros de doblar la espalda para alemanes y daneses. La nobleza se agrupará en torno a la bandera de los montañeses, unirá sus fuerzas con la esperanza de recuperar lo que les ha sido arrebatado. Pero podemos sacar ventaja. Nils ha estado en el norte y se ha visto con Engelbrekt. Måns irá con él, y Nils asegura que Engelbrekt no lo rechazará, aunque quisiera. Un escudero de azul y dorado a su lado: Måns Bengtsson de Göksholm, descendiente de los reyes de Näset, de Helga Birgitta y del propio san Erik... eso le da a Engelbrekt

Engelbrektsson la dignidad que le falta y lo convierte, de la noche a la mañana, en algo más que un simple sedicioso. Y nosotros, a cambio, tendremos oídos en las carpas y salones donde se celebren los consejos, y quizá también un voto...

Stina sigue sin mostrar emoción alguna, ni siquiera la cólera que él había temido.

—Nils sólo tiene elogios para Måns. Sabe que es testarudo, pero nadie que aspire a la grandeza carece de esa cualidad. No es un adulador empalagoso, sabe guardar silencio, tiene coraje, y con los años ganará sensatez. Nils cree que Måns y Engelbrekt podrían entenderse, si el destino lo quiere.

Stina se da la vuelta sin decir una palabra. Los brazos, que tenía cruzados, suben hasta sus hombros, como si se abrazara a sí misma. Se aleja hacia los edificios de la finca dejando a su marido de pie, llamándola con la voz rota, afónico tras la jactancia de la víspera.

34

Kari Sture no tarda en ir a ver a Stina; llama a la puerta que ella ha cerrado tras de sí.

—Cuñada, no te quedes aquí sola, con el sol espléndido que hace. Vamos a dar una vuelta lejos de todo y de todos.

Cruzan juntas el puente levadizo y siguen el camino que va a dar al bosque, donde las sombras les ofrecen frescor. Stina conoce bien el terreno. Enseguida toma senderos tan estrechos que sólo unos pies acostumbrados pueden recorrer, hasta llegar a un claro donde se abre un prado rebosante de flores en verano. Kari se detiene en la linde y suspira ante tanta belleza. Pero Stina ha visto algo más: avanza entre flores y espigas hasta un rincón donde la vegetación está aplastada alrededor de un muñeco de ramas erguido sobre una estaca.

—Hacía mucho que no venía. De niña me escapaba aquí. Tenía que haber imaginado que Måns lo haría suyo. Aquí ha practicado.

Kari se acerca y observa las extremidades de madera del muñeco, marcadas por el filo y la punta de la espada.

Stina señala hacia el bosque y le tiende la mano.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Al pie de una cuesta las espera un arroyo: una lengua de plata pura que atraviesa el bosque. Stina suelta a Kari, se agacha y recoge

agua con las manos para beber.

—Bebe. Es buena. Nace en la montaña, más arriba.

Kari la imita y comprueba que tiene razón: es fresca, dulce, sabe a tierra. Se moja la cara y se sienta con Stina en un tronco bañado por un rayo de sol. Espera a que ella hable.

—Las cosas habrían ido mejor si hubiese practicado más.

—¿Qué pasa con Måns, Stina? ¿Por qué lo habéis retenido tanto tiempo aquí, tú y Bengt?

Stina cierra los ojos, vuelve el rostro hacia el sol y exhala despacio.

—Yo tenía once años cuando enterramos a mi padre. Una dolencia le creció en el pecho aquel invierno y la tos lo fue desgarrando lentamente hasta arrancarle sangre que escupía en un cuenco. Perdió el apetito, dormía cada vez más; todos sabíamos que estaba en su lecho de muerte. Sólo una cosa le preocupaba: mi matrimonio, mi seguridad. Eligió a Bengt Stensson, de azul y dorado, de buena familia y con oro suficiente, pero me dejó claro que la decisión final era mía. Bengt tenía doce años entonces, era un crío que intentaba parecer más alto de lo que era. Corriente de aspecto, corriente en el habla. —Señala el arroyo, donde el curso se acelera—. Éramos lo bastante jóvenes para jugar a solas. Lo traje aquí. Dio un grito al ver el agua, se olvidó de ser un pequeño gran señor y volvió a ser un chiquillo. Se descalzó, se arremangó y quiso tallarme un barquito de corteza. Con tanto afán y nervios, lo hizo mal: demasiado fino, el mástil demasiado pesado, la vela de arce mal puesta. El barco volcó enseguida. Él se enfadó, se cansó del bosque y quiso volver, callado y avergonzado. Tuve que enseñarle el camino, porque no lo recordaba bien.

»Cuando Bengt volvió a casa, me llevaron con mi padre. Tenía el rostro vencido por el peso de la enfermedad, pero al verme se le iluminó. No me hizo falta que me preguntara nada. ¿Sabes qué le dije, Kari?

—¿Qué?

—Que Bengt Stensson era el mejor y más diestro de todos los niños que había conocido, y que no deseaba nada más que casarme con él.

A Kari se le escapa una risita.

—Lo siento.

Stina se encoge de hombros.

—Nos comprometimos a casarnos cinco años después. Así, mi padre pudo morir con una sonrisa. No volvimos a vernos hasta que estuvimos delante del altar. Bengt ya era un joven, aunque no había cambiado tanto. —Mira la nube de insectos sobre el arroyo—. A mi padre le habría encantado tener un hijo, pero sólo me tuvo a mí, y me tocó hacer de hijo e hija. Yo deseaba darle el hijo que no había tenido. Pensé que, si llegaba, sería como recibir a mi padre de nuevo, en otra carne. —Sobre sus cabezas pasa una paloma espantada por un ave rapaz, o quizá por un mal presagio—. Pero los hijos no llegaban. Tardamos años, aunque cumplíamos con nuestro deber, cosa que para mí no siempre era motivo de alegría. Al fin, germinó una semilla. Yo estaba segura de que sería el hijo deseado, pero nació una niña.

»Bengt estaba casi siempre ausente, al servicio del rey Erico, yo me quedaba sola con la pequeña. Comía tanto que mi pecho se secó pronto y hubo que buscar nodrizas. Nunca estaba tranquila conmigo: lloraba toda la noche. Y yo, cuando ya no podía más, me escapaba

de la alcoba a llorar de vergüenza: yo, que siempre había logrado todo. Nadie me reprochaba nada, pero el silencio bastaba. Preferí volcarme en la gestión del castillo y lo hice bien: cuentas en orden, graneros llenos, tierras productivas. Todos sabían que, aunque herr Bengt fuera el *lagman*, era yo, Kristina de Göksholm, quien llevaba la casa. Habría querido sentir ese amor incondicional que todo lo perdona, pero Dios no me lo concedió. No con aquella niña.

Su voz se vuelve un susurro mientras recuerda la primavera en que Bengt volvió de buen humor tras firmar la paz con los condes de Holstein. Fueron dos meses de armonía, pero pronto la guerra regresó, y con ella su soledad. Sin embargo, aquella vez la lujuria dio fruto: el día de la Epifanía, parió por segunda vez. Y por fin llegó el hijo. Desde que lo sostuvo en brazos y lo miró a los ojos, supo que todo sería distinto.

Bengt habría querido llamarlo Sten, como su padre, pero cuando hubo que llevarlo al cura, ella eligió otro nombre: Måns, como su propio progenitor. Así devolvía la vida al único hombre al que había amado de verdad.

—Deberías haberlo visto de niño, Kari —dice con un hilo de voz—. Era un príncipe de cuento, merecedor de todo nuestro amor. Un consuelo y un orgullo. Cuando estaba en Vadstena, pensaba en él como un tesoro.

Kari le pone una mano en el hombro.

—Pero Måns también es otra cosa, Stina. No es sólo vuestro: tiene voluntad propia. Lo viste en San Juan; lo ves aquí, en este claro. ¿Cuántas horas le han hecho falta para aplastar toda esta hierba? ¿Cuánta determinación para plantarse con un palo ante muchachos

mayores? Sus alas ya rozan los muros de la jaula. Tarde o temprano tendrás que dejarlo volar.

Stina aparta el rostro para ocultar sus lágrimas.

35

De nuevo sola, Stina avanza como si lo hiciese en medio de una bruma y con tapones en los oídos. El mundo le parece lejano, por muy cerca que esté. En lo alto del torreón, encuentra asiento en un tablón encajado entre dos piedras, y allí se queda largo rato, perdida en sus pensamientos. Apoya la palma y la oreja contra el muro calentado por el sol: piedra empapada en la sangre de los suyos; de su padre, de su abuelo y su bisabuelo, todos bajo el escudo del león y la flor de lis. Siempre los ha sentido a su lado, dispuestos a calmarla con una muda promesa de solidez y permanencia: una mentira en la que, necia, ha creído hasta hoy. Quienes le inventaron yacen en sus tumbas, pero las piedras siguen allí, tan imperturbables como si nunca hubieran salido de la tierra, indiferentes a los hombres y a sus tormentos. La torre es grande e inmutable, pero su pequeña vida se tambalea: todo lo que hasta ahora le parecía estable se desmorona.

Al final se levanta, baja hacia las viviendas y las barracas de alrededor, observa a su gente atareada. La fiesta de San Juan ya ha pasado, y todo lo que se sacó debe ahora recogerse con parecido esfuerzo. Por todas partes hay ajetreo; cada cual ocupado en lo suyo. Todos parecen saber qué hacer, menos ella. Un grupo de hombres —los más aptos para las faenas pesadas, los que suelen

martillear el hierro, talar árboles, acarrear piedras— desmonta el pabellón en el prado. El más corpulento se llama Lars. Muchos lo creen mudo, pero ella sabe la verdad: simplemente no le gusta la cháchara. Lo ve arrancar un poste tan pesado como él mismo con la pura fuerza de sus manos, volcarlo a un lado y pasar, como si nada, al siguiente. Ella nota que él la ha visto con el rabillo del ojo mientras trabaja, pero lo ve esperar y luego acercarse al abrevadero, donde bebe y se enjuaga el sudor de la cara, antes de lanzarle una mirada furtiva. Ella, por su parte, le dirige un leve movimiento de cabeza, imperceptible para los demás. No hace falta más para que él lo entienda. Ambos vuelven a lo suyo.

Es tarde cuando ella llega a su cabaña. Lars vive apartado por elección propia, en la choza que él mismo se ha construido en la linde del bosque. Ella conoce bien el camino: le basta con la claridad de la noche de verano para llegar hasta allí. Una lámpara que brilla en la ventana se apaga en el momento en que ella pasa las uñas por la madera de la puerta. La oscuridad es parte de su acuerdo: antaño quizá fruto de la vergüenza; hoy, de la convicción de que lo que se roba a un sentido se entrega con creces a los demás. A tientas pueden olvidarse de las apariencias y ser ellos mismos. Ella se despoja del manto y de la túnica. Ninguno de los dos habla: él no sabría, ella no quiere. Se suelta el pelo y lo sacude por la espalda. Lo oye delante, extiende la mano y toca su carne tibia. Está desnudo. Es más joven que ella, pero de otra clase: salido de un mundo extraño al suyo. Endurecido por el trabajo, tiene los músculos tensos como las ramas verdes. Él posa sus grandes manos en sus caderas, busca su pecho. A través de caricias se dan forma uno al otro en la oscuridad. Él le borra los años, la vuelve más joven

y más deseable de lo que jamás se sintió. Exhala olor de trabajo, de tierra y de madera, de esfuerzo bajo el sol y la lluvia. Ella pasa la mano por su vientre llano hasta encontrar su miembro, ya presto. Se acuestan en el suelo, sin más lecho que las ropas tiradas. Allí se entregan a un juego de formas cambiantes que dura toda la noche, tan viejo como el tiempo y, sin embargo, nuevo cada vez, y de sus labios brotan sonidos en una lengua más antigua que la de los hombres.

El alba la sorprende en la sauna, sola en la penumbra apenas iluminada por las brasas. Muchas noches ha pedido que le encendieran el fuego para tener un refugio cuando el sueño no llegaba. Hace años que nadie ve esa costumbre como algo extraño. Sobre las piedras calientes tiembla una palangana en la que ha calentado un poco de agua para lavarse. Se quita el olor de Lars y también el de su propias secreciones. Vierte el agua que queda sobre las piedras y el vapor le limpia aún más la piel. Afuera todos duermen, incluida la criada que le ha preparado la sauna. Y ella llora unas lágrimas nuevas, lágrimas de una suerte desconocida. Por primera vez, no ha buscado el cuerpo de Lars tan sólo por placer, sino para confirmar una sensación. Ya no necesita a los hombres, no como antes. Antes buscaba en ellos una legitimación que la arrancaba de sí misma. Ahora ya no volverá a sangrar nunca más. ¿Es una herida que, cerrada, puede cicatrizar por fin? Ha temido ese momento desde hace mucho y, una vez que ha llegado, se descubre capaz de acogerlo: trae consigo nuevas posibilidades, le permite imaginarse distinta, alguien a quien ella misma puede dar forma, en

lugar de dejar que otros la moldeen. Todo cambio arrastra muchas cosas, y quizá la libertad esté entre ellas en este caso.

Se queda un buen rato en el banco de la sauna y, cuando le viene a la mente Ingegerd Knutsdotter, ya no le parece tan temible, sino sólo otra mujer con sus propios tormentos: también encadenada al mundo de los hombres, incapaz de sustraerse a él ni siquiera siendo monja. Sus ansias de amar le arruinaron la vida y, cuando murió, su amargura era tanta que parecía desbordar la tumba. Pero ya no está, y Nils Stensson tiene razón: basta con mostrar la impotencia de la maldición, y estallará como un trol bajo el sol. Lo que nació de la nada volverá a la nada.

Piensa en Måns, primero y último siempre. Su hermoso niño, golpeado con un garrote, marcado para siempre por una cicatriz. Incluso en su rebeldía descubre un motivo más para adorarlo. Kari tiene razón: debe ser él mismo, salir a buscar su propia suerte en el mundo que lo espera. Igual que ella.

Ya seca y vestida, entra en el aposento de su marido y se sienta al borde de la cama, aguardando a que despierte. Lo oye roncar, agitarse en sueños. Tras un buen rato, por fin parpadea y pregunta, desorientado, con voz apenas audible:

—¿Stina?

Qué pequeño le parece ahora, desnudo entre el revoltijo de mantas. Y sin embargo es el padre de su hijo: Måns prueba que tomarlo como marido fue la decisión correcta.

Bengt se incorpora con esfuerzo, se sienta a su lado, desnudo como está, y se aclara la garganta.

—Estoy inquieto, Stina. Creo que tienes razón: esta mañana les diré a mis hermanos que, cuando tengan sus propios hijos, sean

ellos los que los manden al norte para llevar a cabo sus planes. Me engatusa, saben bien cómo engatusarme: la ballesta, el ciervo, la cerveza...

—Måns irá al norte, con Engelbrekt.

Él la mira pestañeando mientras sus palabras toman sentido. Luego cierra los ojos, deja escapar un profundo suspiro, y dice en tono de súplica:

—¿Ése es tu deseo, Stina? ¿Estás segura?

36

Knut Bosson lleva desde San Juan en vela. Ha pasado las noches dando vueltas en la cama sin pegar ojo. Aunque con la edad duerme menos, nunca había vivido algo parecido. No son calambres ni ganas de orinar: es la inquietud que le clava agujas en el vientre desde que sus sobrinos lo hicieron partícipe de sus planes.

Bo Stensson se parece tanto en carácter y aspecto a su padre que podría ser su fantasma. Bengt comparte ciertos rasgos, pero los disimula mejor. En cuanto a Nils, es el peor: una sierpe. Tiene algo extraño y peligroso, algo que él no entiende y contra lo que no sabe protegerse.

Lo nombraron obispo hace más de cuatro décadas, el mismo año en que enterraron a Helga Brígida. Costó seiscientos sesenta florines —ningún obispo llega al cargo sin pagar—. Parte de esa suma se la adelantaron otros, aunque tuvo que pagar mucho de su propio bolsillo. Pero una vez que tuvo el báculo en la mano, tuvo también las llaves de los cofres de la Iglesia. ¿Y qué otra opción le quedaba sino echar mano de ellos para saldar sus deudas? Sólo mucho más tarde comprendió que ésa había sido desde el principio la intención de su padre y de su hermano: que empezara su carrera con esa malversación para que no tuviera la tentación de ser fiel a la Iglesia.

Las tierras del obispado estaban cerca de la costa, y hubo que gastar una fortuna en baluartes y trincheras para defenderlas de los Hermanos de las Vituallas, a menudo con dinero obtenido a medio camino entre el préstamo y el saqueo. Después, invitada por Sten Bosson y sus cómplices, llegó la reina Margarita, la más astuta de los ladrones, dispuesta a saquearlo todo y a todos, empezando por la Iglesia.

Así quedó atrapado entre dos fuerzas poderosas: por un lado, el clero, que veía cómo las limosnas partían hacia Dinamarca y lo amenazaba con la horca; por otro, los suyos, aliados de Margarita y ansiosos de obtener su parte del botín.

Ésa es la historia de su vida, que ya dura setenta y cinco años. Hace tiempo que no se cruza con un hombre de su edad. Aprendió a no firmar nada, a no prometer nada, a no inclinarse tanto hacia un lado que luego no pudiera alegar cercanía al otro. Y le ha funcionado. Los viejos conspiradores —el viejo Bo Grip, su padre y su hermano— han muerto uno tras otro, junto con sus sueños grandilocuentes. Pero eso no lo consuela: envidia incluso a los muertos, porque ellos, aunque cayeron, vivieron con convicción. Él, en cambio, con todas sus precauciones, se ha quedado con la incertidumbre.

Ahora le toca a la siguiente generación soñar con grandezas y codiciar la corona. Él maldice haber sobrevivido a los suyos: a veces desearía estar muerto también, frío y en paz bajo la tierra. Pero siente algo más que lo asusta: una punzada de ambición. Tiene la impresión de que quizá esta vez las cosas podrían salir bien. Tal vez los de azul y dorado logren imponerse con su ayuda. Qué cara

pondrían Bo Bosson, Sten Bosson, Bo Grip e incluso Margarita al encontrárselo en el otro mundo si eso llegara a suceder.

El miedo, sin embargo, lo atenaza. Sabe adónde ha llevado el orgullo a otros: a la ruina y a una muerte vana. Los jóvenes disponen de años para enmendar errores; él no. Sabe que le queda poco tiempo y, aunque la idea le resulte insoportable, el tiempo que le resta es todo lo que posee, y cada instante cuenta.

—He venido a daros las gracias en mi nombre y en el de los míos.

El obispo Knut ha subido hasta el torreón para despedirse venciendo la cuesta y las escaleras con las rodillas doloridas.

En los últimos días ha pasado muchas horas reunido con sus sobrinos, deliberando. La conclusión es que hay que armar a todos los hombres de la familia y enviarlos adonde sean más útiles, prever cada posible desenlace, decidir qué corresponde a cada cual, qué mensajes habrá que mandar llegado el caso y de qué manera.

Él, por su parte, volverá a su sede de Linköping, donde tiene su fortaleza y su diócesis, y desde donde espera que el resto de la Iglesia se pliegue a su voluntad. Y no lo ve imposible: de los siete obispos del reino, es el más anciano y el de mayor rango. Además, el rey Erico ya le ha allanado parte del camino: ha rechazado que el cabildo de Uppsala nombre como arzobispo al deán de la catedral, porque prefiere imponer a un hombre de su confianza y así extender su poder de lo terrenal a lo espiritual. Ambas partes han colmado al papa de súplicas para que falle a su favor, y Knut sabe que es él quien tiene la llave... y que su apoyo se pagará caro.

Lo difícil ahora es moverse sin dejarse ver, arriesgarse sin quedar expuesto. Nada está decidido aún. El rey Erico podría descubrir la

traición y castigar con dureza a los desleales, y, si él puede elegir, prefiere morir de peste antes que bajo el hacha del verdugo.

Carraspea, y procura mostrar una seguridad que en realidad no siente:

—Confío en que todo saldrá bien para nosotros.

Bengt resopla, acostumbrado al papel de escéptico.

—Menos mal que alguien tiene confianza.

—Antes de marcharme, quiero contarte algo —dice Knut bajando la voz y cogiendo a su sobrino del brazo—. Y no sólo me dirijo a ti como sobrino mío que eres, sino como el *lagman* que administra justicia en Närke. Hace tiempo mandé un hombre al norte con un encargo que preferiría no detallar. Se llamaba Olof Jönsson, y debía llegar a Linköping antes de San Juan. Llevaba consigo una gran suma: todo lo que había recaudado en su recorrido.

A Bengt se le despierta la curiosidad, como siempre que se habla de dinero.

—¿Y de cuánto estamos hablando?

—Del equivalente a mil marcos en peniques, örtug y otras monedas que circulan aquí mientras las nuestras van a parar a las arcas del rey en Copenhague.

La cifra deja a Bengt pensativo. Se pregunta qué pretexto habrá puesto esta vez su hermano para arrebatarle tantísimo dinero a la gente.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de la cantidad?

—Viajar solo con tanto dinero es peligroso, por eso le pedí a Jönsson que dejara un mensaje en cada iglesia por la que pasara, de modo que pudieran enviármelo en cuanto saliera algún viajero fiable hacia el sur. Así, si ocurría algo, yo sabría dónde empezar a buscar.

Pues bien, ayer llegó uno de esos mensajeros con la última carta, fechada en San Juan. Pero de Olof Jönsson no hay rastro. Si todo hubiera ido bien, habría llegado mucho antes que la carta.

—¿Y desde dónde se envió esa última carta? —pregunta Bengt.

—Desde un lugar llamado Askersund. Yo mismo pasé por ahí, pero no tenía motivos para preocuparme, y el párroco era tan pesado que preferí marcharme enseguida.

Bengt se frota la barba, desconfiado.

—¿Y ese tal Jönsson? ¿Es de fiar? Con un tesoro así cualquiera se sentiría tentado. Quizá mandó su última carta desde Askersund y luego tomó otro rumbo.

Knut le lanza una mirada fría.

—Me conoces de toda la vida. Crecí entre Bo Grip y tu padre, dos de los hombres más astutos de este reino. ¿Te he dado alguna vez motivo para que me creas ingenuo? —No espera respuesta—. Tomé todas las precauciones. No le habría encargado algo así a alguien de quien no pudiera fiarme.

Bengt asiente.

—Entonces, puede que se haya tropezado y esté en una posada con una pata entablillada.

—¿Y eso le habría impedido enviarme un recado? No. Te digo que Jönsson ha desaparecido. Partió de Askersund y no llegó a Motala. En medio hay bosque extenso y sin ley. A él no lo echo de menos: puedo reemplazarlo, pero el dinero es otra cosa. Podríamos usarlo para equipar tropas y sobornar a delegados reales.

Bengt se acaricia la barba.

—Veré qué puedo hacer.

—Pero júrame que esto quedará entre nosotros. Ni siquiera tus hermanos deben enterarse de nada.

Aunque reticente, Bengt asiente con la cabeza. Luego hace una cruz con los dedos y la besa.

—Bien —dice Knut—. Me despido. Pero ¿dónde está Måns? Soy el más viejo de nuestro linaje aún con vida, y quiero decirle unas palabras antes de enviarlo a la boca del lobo.

Caminan junto a los muros de la torre hasta que lo encuentran. Knut le posa una mano nervuda en el hombro.

—¿Conoces el viejo cuento, querido Måns? Tres nobles se pierden en un bosque y encuentran tres muertos: «Tal como sois ahora, fuimos nosotros. Tal como somos nosotros, seréis vosotros.» —Hace una pausa y mira al muchacho. Es muy guapo: ha heredado lo mejor del padre y de la madre. Pronto aprenderá lo que significa que los otros se aprovechen de ti, como les sucede a todos los que poseen algo que los demás codician. La rueda de la vida sube y baja: a veces eres víctima, a veces verdugo, lo que te impide incluso señalar con el dedo a los otros. Suspira, humilde, ante la crueldad de la vida, y después continúa—: Tú y yo tenemos cosas en común. A mí también me arrojaron al mundo a los dieciocho años. Viajé al sur y más allá, y allí vi la guerra. Recuerdo el hedor de un prado donde se había combatido días antes: muertos por todas partes, la tierra infestada de urracas y carroñeros. Vi a dos hombres entre los cadáveres. Uno llevaba un odre de agua para los moribundos y una cruz para que la besaran antes de morir. El otro buscaba oro, arrancaba anillos de los dedos. A veces se topaba con alguien aún vivo, con las manos hinchadas. Entonces sacaba el cuchillo y de un tajo se las cortaba. Los gritos no parecían importarle. —Suspira—. La

guerra, sobrino, muestra lo mejor y lo peor del hombre: saca a la luz todo lo que llevamos dentro. —Acerca la mano arrugada a la herida de Måns y roza la costra seca con un dedo; el moratón empieza a amarillear. La cicatriz le endurece el rostro y lo hace parecer más resuelto que hace apenas unos días—. El mundo es grande —añade —. No es bueno ni malo: es indiferente y peligroso. De joven, uno se siente elegido y protegido, pero es sólo vanidad. Unos aprenden a arreglárselas y a dominar la vida; otros se pierden. Si Dios existe, se limita a mirar en silencio. No te fíes de nadie, ni siquiera de los de tu sangre. Cada uno se tiene tan sólo a sí mismo. Me duele decírtelo justo ahora, pero es mejor aprenderlo pronto que tarde. —Baja la voz y su aliento agrio roza la cara de Måns—. En San Juan hiciste una tontería. Tuviste suerte de que el precio no fuera mayor. Pero desde entonces hay cosas más importantes en juego. No pronuncies mi nombre ante Engelbrekt Engelbrektsson. Si hablan de Göksholm, que quede claro: yo nunca he estado aquí ni formo parte de estas intrigas. Me mostraré cuando yo lo decida. Quisiera que tu palabra bastara, Måns, pero no te conozco: no sé qué rama del tronco azul y dorado eres. —Hace una pausa por si el chico quiere decirle algo, pero éste se queda en silencio—. Ese muchacho, Finn Sigridsson, estuvo con tu madre en Vadstena, donde nos encontramos. Sé que es para ti como un hermanastro: quien te enseñó a esgrimir y que ha tragado más de una vez por ti. Sé que lo aprecias. El caso es que yo perdí algo muy valioso en el mismo camino por el que Finn pasó aquellos días. Si me traicionas, haré recaer la culpa sobre él: unas monedas encontradas en su catre bastarán. Ante los jueces, con la presión adecuada, no es difícil obtener una confesión, y luego cae el hacha. Tu silencio le salvará la vida. ¿Lo entiendes?

Måns vuelve a quedarse callado, pero luego asiente y aparta la mirada.

—Sí. Lo entiendo.

Knut le aprieta el hombro afectuosamente: está cansado del mundo y de lo que ha tenido que hacer, y que hacerse, para sobrevivir.

—Despídete de una vez de la infancia: en cuanto dejes Göksholm empezarás a ser un adulto. Mírame bien: si no te gusta lo que ves, en cada cruce elige el camino que te aparte de terminar como yo. Y reza para que nunca te arrastren de vuelta. Ojalá tengas más suerte que yo en la vida.

37

—¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Bengt Stensson está sentado en su sitial, ornamentado de arriba abajo con tallas que narran una historia tras otra de linaje y riqueza para quien pueda acercarse lo suficiente. Es el mejor asiento de la casa, situado en la sala mayor. Él permanece muy erguido, sus brazos descansan en sendos apoyabrazos y tiene las piernas separadas.

Finn Sigridsson siente que el pánico lo invade porque no sabe con certeza de qué falta lo acusan. Seguramente todos saben que ha tenido parte en la desobediencia de Måns, pero a él le preocupa otro delito, y una parte de él ansía confesarlo, igual que quien, asomado al abismo, se siente tentado de saltar.

El remordimiento lo consume. Evita irse a dormir hasta estar completamente agotado, porque si se desvela regresa de inmediato al escenario de su crimen: lucha de nuevo y acaba encontrándose bajo la mirada fija del cadáver. No se le ocurre otra salida que la confesión, pero no quiere pagar con la vida. Mientras guarda silencio, Bengt se inclina hacia delante y dice:

—Cuando os encontré a ti y a tu hermana parecíais más perros que personas. Estabais en los huesos, cubiertos de harapos, y apenas os comunicabais con gimoteos y ladridos. El hambre y el frío

casi os habían vuelto locos. Antes de abandonar la aldea busqué la casa de vuestra madre y encontré la puerta atrancada y las ventanas aseguradas. Debía de ser una mujer muy resuelta: debió expulsaros en cuanto se vio en la ingle la primera pústula enrojecida, y así os salvó la vida. Nunca supe su nombre, y a tu hermana le presté el de Sigrid, tomado de mi propia estirpe. Os encontré y me apiadé de vosotros; os di un nombre y un lugar en la sociedad. Tu hermana prefirió elegir otro en cuanto la edad se lo permitió. Y ahora es tu turno: así agradeces todos mis desvelos. Enseñas a mi hijo el arte de la espada a mis espaldas, para que pueda jugarse la vida, en vez de venir a mí de inmediato y poner fin a esa tontería.

Finn siente una mezcla de alivio y decepción. Inclina la cabeza para que herr Bengt no lo advierta y crea que es vergüenza lo que siente. Éste se ha puesto en pie y pasea nervioso de un lado a otro con las manos cruzadas a la espalda.

—Más de uno te habría molido a palos antes de echarte de la casa, o de meterte en un calabozo y arrojar la llave al lago...

Sigue hablando, pero él apenas lo escucha. Es culpable de lo que se le imputa, aunque no tenía otra opción. Aun así, con tal de no sentir la culpa que lo atormenta, aceptaría sin chistar el castigo de herr Bengt. Bastante le ha dado ya el destino, cuando lo suyo habría sido morir de hambre. Los años en Göksholm son un regalo que jamás habría imaginado recibir, y que ese tiempo llegue a su fin no lo sorprende: más bien le asombra que haya durado tanto. Ahora que su hermana ha muerto, no dejará nada tras de sí en el destierro o en la prisión. Pronto lo olvidarán y no será molestia para nadie.

Ve a Bengt Stensson acercarse en silencio y cierra los ojos ante el golpe que cree inevitable. Pero el tiempo parece haberse detenido:

la bofetada no llega. Una mano se posa suavemente en su mejilla y una voz distinta lo reprende:

—No digo que lo que has hecho esté bien, Finn Sigridsson. Pero no puedo castigarte por ser más leal a mi hijo que a mí. Måns parte al norte y tú irás con él. No imagino mejor compañía. Que le sigas siendo igual de fiel hasta el fin de tus días.

Levanta la cabeza, mareado, mientras su señor añade:

—Måns llevará consigo una espada digna de su rango. Ojalá aprenda a usarla antes de verse obligado a desenvainarla otra vez.

Se tambalea hacia la puerta. El alivio de haber salido indemne se mezcla con la rabia de tener que seguir callando su culpa, pero Bengt Stensson lo detiene con un grito y enseguida agrega:

—Una cosa más, Finn. El obispo Knut echa en falta a un hombre desaparecido entre Askersund y Motala. Un tal Olof Jönsson. ¿Oíste hablar de él en tu camino?

Finn se aclara la garganta, busca saliva para humedecer la boca seca y poder responder:

—Se hablaba de un salteador que atacaba a los caminantes solitarios, un ladrón y asesino. Lo llamaban Tor el Extraviado.

38

El bosque resplandece alrededor de Göksholm: copas envueltas en bruma bajo el sol que seca la lluvia nocturna. Más acá, Måns ve el puente que cruza el foso —con nubes de mosquitos revoloteando— y se imagina los tablones de madera dando paso a losas de piedra, que a su vez se disuelven en arena y tierra. El camino nace ancho y luego se estrecha, convertido en una cinta pálida que serpentea entre el verdor y se pierde bajo la sombra de los árboles.

Está ansioso por recorrerlo, pero aún le quedan despedidas: su padre y Brita, primero; después la servidumbre entera, que lo ha conocido desde siempre. Cada una es especial a su manera, la intimidad de una vida resumida en apenas unos instantes. Quien más quien menos le ha dado de comer a escondidas, soplado una rodilla pelada, ayudado a montar a caballo o acompañado al bosque. Todos tienen algo que decirle, pero tantas palabras lo abruman: apenas las escucha.

Y ahora, su madre, como surgida de la nada. Le echa los brazos al cuello y lo estrecha con fuerza, como para contener su propio temblor. A punto de llorar, le susurra al oído:

—Te he retenido a mi lado demasiado tiempo. Te he privado del mundo por puro egoísmo. Estuvo mal.

Él la abraza con la misma fuerza, pero ella se suelta y le toma el rostro entre las manos trémulas.

—Aun así, ahora sólo quisiera tenerte conmigo un poco más.

Lo mira a los ojos, pálida, antes de soltarlo y darse la vuelta. Se aleja rápido, con la cabeza gacha. Si antes lo abrazaba a él, ahora se abraza a sí misma.

Abajo, junto al puente, esperan tres caballos: uno para él, otro para Finn y el tercero para la carga. Los tres han sido escrupulosamente cepillados, llevan las crines trenzadas, y las bridas y arneses, engrasados y relucientes.

Finn ha montado ya. Lleva la espada en el pomo y va vestido con prendas que nunca le había visto. Luce apuesto y vigoroso.

Él, consciente de que lo miran, pone el pie en el estribo, monta y se demora unos segundos antes de volverse a contemplar lo que ha sido su mundo durante diecisiete años.

Su padre alza los brazos y lo despide con vítores. Luego se acerca, evitando mirarlo a los ojos. Tiene la quijada tensa: contiene el llanto. Aun así, él alcanza a ver una lágrima antes de que descargue un fuerte azote en el costado del caballo.

Aferra las riendas para no caer; oye los cascos golpeando la madera del puente y, cuando al fin calma al animal y mira atrás, ya no alcanza a ver a nadie.

La torre de Göksholm se ha empequeñecido a cada paso. Por delante se abre el mundo. Cambia de parecer, clava los talones en los flancos del caballo para que vuelva a galopar y grita de alegría al viento que le acaricia la cara.

Pero esa libertad dura poco, porque junto al camino lo espera Nils Stensson, también a caballo. Siente un pinchazo de decepción.

—No sabía que ibas a acompañarnos, tío.

Nils ríe.

—Acércate a Engelbrekt, Måns. Sé atento, ponte a su servicio, pero sin lisonjas: se notan enseguida. Procura seguir siendo tú mismo allí donde él crea que puedes ser más útil. Tu fuerza está en lo que eres. No te habríamos enviado si no pensáramos que eso basta.

»Gánate su confianza y conócelo. Quédate cerca cuando converse con los suyos, escucha y recuerda bien lo que oigas. Tú eres nuestro puente: el que debe mostrarle que nuestro linaje está en condiciones de ocupar la primera fila entre sus aliados. He hecho que te empaquen unas ropas que yo mismo escogí de entre las tuyas, y cuyo esplendor refleja lo mejor que tenemos que ofrecer. Póntelas en vuestro primer encuentro. ¿Me entiendes?

—Sí, tío.

—Bien. Y ahora, esto.

Levanta un saco que llevaba en el regazo y revela su contenido. Acerca el caballo lo suficiente para entregarle a Måns la jaula.

—¿Qué hago con ella?

—Creo que lo sabes mejor que nadie.

—¿Sabes cuánto le costó a mi padre?

Nils ladea la cabeza.

—¿Te parece un precio demasiado alto?

Måns vacila un momento, pero abre el pestillo de la jaula y anima al azor a salir. El ave avanza con cautela hasta su brazo, alterna una garra con la otra y gira la cabeza sin descanso. Hay incertidumbre en sus ojos y en el cuello que retuerce buscando miradas. De pronto percibe algo más allá del alcance humano; sus ojos se oscurecen, la

vacilación se disipa y Måns aprovecha el instante: impulsa el brazo y lanza el pájaro al aire.

El azor se enfrenta al viento, halla el equilibrio y gana velocidad. Ya no suena ningún cascabel que delate su rumbo. Se aleja primero sobre el prado y luego por encima de los árboles.

Se oyen cascos al galope en la linde del bosque. Måns mira hacia el camino, pero enseguida vuelve a buscar al azor con la vista. En vano: un instante antes era apenas una mota en el cielo, ahora ha desaparecido. Vuelve al camino e intenta distinguir quién se acerca. El jinete frena en seco al verlos en medio del paso. Va cubierto de polvo, con el cansancio del viaje marcado en el rostro.

Nils lo saluda con la mano; el hombre frunce el ceño y dice:

—Traigo un mensaje para herr Bengt, y es urgente.

—Si son noticias del norte, dínoslas primero. Soy Nils Stensson, hermano de herr Bengt, y éste es Måns, su hijo.

El mensajero vacila un instante antes de hacer una reverencia rígida.

—Los hombres de Dalecarlia marchan hacia Borganäs.

Por un momento, Nils se queda sin palabras.

Måns ha visto a pocos hombres tan capaces de guardarse sus intenciones, pero en ese instante su tío se delata. Expectación y alegría, duda, preocupación: todo se dibuja en su rostro. Sin embargo, cuando su caballo patalea impaciente al notar su preocupación, vuelve a dominarse. Entonces, todo lo que él ha visto se desvanece de golpe, como la línea de luz que desaparece tras una puerta cerrada. Sólo queda una sonrisa y una carcajada.

—Este año Engelbrekt está impaciente. El año pasado tomó Borganäs, pero sólo al final del verano, y luego marchó sobre

Västerås, donde se conformó con las promesas del Consejo en nombre del rey. Ahora ha decidido empezar la campaña antes, siguiendo las mismas rutas. No tenemos tiempo que perder.

Chasquea la lengua y espolea a su caballo.

El mensajero se queda quieto, indeciso por cuestión de rango: Måns es joven, pero hijo de Bengt Stensson. Prefiere no arriesgarse y espera a que él asienta y le dé permiso para seguir hacia Göksholm.

Entonces Finn se acerca.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Måns mira el camino por donde su tío se ha adelantado como si fuera otro distinto al de siempre y pudiera dar fe de las noticias llegadas de lejos.

—La guerra ha comenzado.

Finn se hace visera con la mano para protegerse del sol. Los prados, vastos y vacíos, yacen en un gran silencio. Måns y él están solos, y el mundo, lleno de todo lo que existe y cargado de promesas, se abre ante ellos.

Måns le dirige la sonrisa torcida que él conoce bien: la que aplaza las preocupaciones. Le responde del mismo modo.

—Cabalguemos. A ver quién llega primero a la linde. Suelta al caballo de carga, nos seguirá por sí solo.

Y así parten, uno pegado a los talones del otro, con el sol en la cara, inmersos en el verano.

TERCERA PARTE

Pleno verano, 1434

39

Sander Beck se rasca las ingles. Ha estado sudando desde hace horas, y la tela áspera le ha hecho rozaduras. Siente los muslos entumecidos bajo el peso de su barriga, el cuello le arde bajo el yelmo, el hombro bajo la lanza. Tiene los pies hinchados y las botas le aprietan. Resopla con la boca abierta; cuando el camino sube, la vista se le nubla. Las nubes pasan sobre su cabeza y, aunque teme que sus súplicas sean escuchadas, desearía un chaparrón que lo refrescara. El sol lo atormenta y en la sombra lo asaltan los mosquitos.

—*Wasser. Bitte Wasser*.

«Agua, por favor.»

No aguanta más: extiende la mano y pide el odre que todos comparten. Bebe con cuidado —maldito quien derrame una sola gota en el polvo— y se queda atrás. Tardará en alcanzar al grupo. Maldice su barriga y el peso del odre.

Nota las miradas de Svarte Vins, siempre furioso como un perro pastor cuando alguien se retrasa. Ese gruñón sigue a Johan Vale desde el pueblo miserable donde nació, igual que él lo hace desde Angeln.

Su padre había huido hacia el norte para escapar de un frente que cada semana cambiaba de daneses a alemanes. Sander lo maldice:

ese viaje sólo lo empujó más y más lejos, hasta el reino extraño de lengua infantil donde se encuentra. Sólo en las ciudades encuentra algo de gente instruida, aunque amontonada y bulliciosa.

Vale, aventurero que conoció al rey en un peregrinaje hasta donde crece la pimienta, se ha hecho rico allí durante unos años. Los demás son daneses y alemanes con distinta suerte. Él querría ahorrar lo suficiente para volver al sur con dinero, pero es débil: no se resiste a un buen vino, a una buena comida, a una mujer pagada por fingir que lo encuentra atractivo.

Detesta los bosques. Hombre de llanura, preferiría caminos despejados, pero allí no queda más remedio que internarse entre árboles. En verano es peor: la noche nunca cae del todo. En su infancia, la oscuridad era completa, un refugio. Allí, en cambio, la penumbra lo deja expuesto. El sueño, que nunca se le había resistido, se le hace casi imposible: lo despierta la luz, se retuerce en el catre, se siente expuesto.

Al borde del bosque, se detiene un momento, respira agitado y observa las sombras. Las copas cerradas parecen dientes. Siente un escalofrío: eso es Laglösaköping, la Tierra sin Ley. No teme tanto a los hombres como al propio lugar: la podredumbre en la nariz, los ruidos de pasos invisibles, ramas que arañan la piel.

«*Scheisse. Gott geht mit mir*», piensa: «Dios está conmigo, joder.»

Se persigna y aprieta la lanza buscando consuelo.

Ellos son una docena de hombres, pero no sólo se oyen sus pasos en el bosque. Algo cruje, revolotea. Recuerda historias. ¿No dicen que el norte está cerca del infierno? Hay muertos que regresan, troles envidiosos de los hombres. La presión se le hace insoportable. Cojeando, alcanza a Herman, un tipo taciturno de Schleswig.

—*Herman, wartet mal. Hört du das? Wie weit ist es noch?*

«Herman, espera. ¿Oyes eso? ¿Cuánto falta para llegar?»

El otro gruñe y se encoge de hombros: también él está agotado.

Un grito desde la vanguardia. Svarte Vins ordena alto. Algo ocurre en el camino.

Él avanza con recelo y descubre dos abetos atravesados bloqueando la senda. No es un accidente: no ha soplado ningún viento capaz de eso. Apenas lo piensa cuando nuevos troncos caen a su espalda, cerrando el paso. El suelo retumba, luego silencio.

En los taludes aparecen hombres. Llevan palos, guadañas, cuchillos, pero también arcos y ballestas.

Él comprende que va a morir. El miedo lo golpea en oleadas: primero la certeza de lo inevitable; luego la rabia por la injusticia; al final, el pánico que lo arrasa todo. El corazón parece querer salírsele del pecho. Se le revuelve el estómago.

Uno de los hombres da un paso al frente.

—Buenas tardes, muchachos.

Reconoce rostros: Anders, Jonas, Sven... agricultores que antes les habían dado techo y hoguera. Ahora sus caras son de piedra. Entre ellos, un hombretón corpulento y barbudo levanta la voz:

—Soy Harald Esbjörnsson, nacido en Norberg, y os digo: basta ya de que nos rompamos la espalda mientras otros engordan. Se acabó.

Otro hombre —alto, delgado, pálido— se adelanta también. Sus ojos claros no muestran compasión.

—Engelbrekt Engelbrektsson viene en camino.

Un murmullo recorre al grupo. El hombre prosigue:

—Cuando los escépticos hablaron contra él en el consejo, apeló al juicio de Dios. Hizo poner al rojo vivo una espada y luego la tomó con sus manos desnudas sin quemarse.

Un tercer hombre vocifera desde atrás:

—Si Engelbrekt acampa dos noches seguidas en el mismo lugar, allí donde reposó la cabeza brota una fuente, y quien bebe de ella queda curado de todos sus males, y...

Pero un cuarto hombre, medio oculto, lo interrumpe:

—¡Y menos mal que nunca se queda quieto, de lo contrario ya tendríamos el agua bendita a la cintura!

Las risas recorren la fila.

Él intenta forzar una sonrisa, pero le arden los labios resecos y agrietados.

Harald vuelve a alzar la voz:

—Hoy termina nuestra hospitalidad. Engelbrekt viene, y con él Dalecarlia entera. La Tierra sin Ley está de nuestro lado.

El hombre pálido apunta con su ballesta y sentencia:

—¡Matadlos a todos y dejad los cadáveres aquí! Primero vendrán las cornejas, luego los cuervos y finalmente los lobos. No quedará nada.

Él siente el calor de sus propios orines correrle piernas abajo. Cae de rodillas en el charco, baja la cabeza y cruza los brazos sobre el pecho esperando el flechazo.

—*Ich bin Sander Beck. Gott steh mir bei. Gott steh mir bei. Mein Name ist Sander Beck.*

«¡Soy Sander Beck! ¡Que Dios me ampare! ¡Que Dios me ampare! Me llamo Sander Beck.»

40

El viaje a caballo lleva primero al este a Måns, Finn y Nils Stensson, que encabeza la marcha. El lago los acompaña a la derecha, visible a ratos entre árboles y colinas, con su olor presente en las ráfagas de viento del norte. Cada vez que el camino se acerca a la orilla, encuentran chozas de pescadores medio derruidas. La poca gente que avistan se mantiene a distancia, huidiza como los animales del bosque: el galope de los caballos anuncia desde lejos que son jinetes de alcurnia, señores en monturas cuidadas, y pocos esperan nada bueno de ellos. Desde lejos se distinguen rostros vigilantes, pero nunca lo bastante cerca como para dirigirles la palabra; y, si se aproximan, ya no queda nadie.

Al caer la tarde, a medio camino de Strängnäs, encuentran una granja grande. Los mozos dan agua a los caballos y los atienden. Siguen todavía en tierras de Göksholm, y Måns es conocido de sobra: no necesita mostrar el sello que lleva al cuello. Nils Stensson, por su parte, se gana al granjero con halagos bien medidos. El hombre lleva años arrendando tierras a herr Bengt y todavía le quedan cuatro de los siete comprometidos. Está acostumbrado a recibir en su casa a los hombres de Göksholm cuando cae la noche.

Esa noche los atienden con esmero. En la mesa sirven pescado del lago —un lucio cocido en caldo de especias— junto con embutidos y

jamón curado. El granjero comparte un rato la comida con ellos antes de dejarlos solos. Måns cree reconocerlo: quizá fue uno de los que vio en la mesa de Bengt en San Juan. Nota cómo sus ojos se detienen en la cicatriz de su frente, ya cerrada y pálida.

Para dormir, la familia les cede sus propios catres, cubiertos con sábanas de lino. Han barrido el suelo con ramas de abedul y ahumado la estancia con enebro para mantener alejados al mosquito y a otros insectos. Al alba los reciben con pan recién hecho y las alforjas repletas, más de lo que necesitan para el camino. Antes de partir, el granjero se acerca a despedirse: lleva la caperuza de fieltro en la mano y su calva incipiente brilla al sol bajo el pelo ralo.

—¿Me harían el favor de acompañarme un momento, antes de marchar?

Los guía más allá de la casa solariega hasta una despensa levantada sobre pilares para mantener alejadas a las alimañas. Una escalera sencilla lleva arriba; la puerta está abierta. Entra primero y les advierte varias veces que se agachen para no golpearse la cabeza. No hay ventanucos en las paredes de madera, y Måns tarda en acostumbrarse a la penumbra. De todas formas, apenas hay nada que ver: panes de centeno en forma de discos atravesados por un palo, racimos de embutidos colgados de una viga, un par de jamones y un barril de cerveza.

El hombre habla con voz insegura, como si hubiese ensayado su discurso pero lo olvidara al llegar el momento:

—Si la visita ha sido de su agrado, los señores podrían... les estaría muy agradecido si se lo hicieran saber a herr Bengt.

Nils lo observa un instante. No responde con palabras, pero asiente con la cabeza para dejar claro que ha entendido el mensaje.

Una hora más tarde, Nils Stensson detiene su caballo en un cruce de caminos. Allí, un grueso poste clavado y apuntalado con un montón de piedras marca la frontera. Señala una hendidura profunda tallada en la madera.

—Aquí terminan las tierras de tu padre, y aquí también se separan nuestros caminos. El mío sigue hacia el sur, tú continúa hasta Västerås, Måns. Allí encontrarás a Engelbrekt al frente de sus hombres. Los muros del castillo son gruesos: el asedio llevará tiempo. Seguro que allí nos volveremos a reunir, tú, tu padre y yo.

Måns se aparta el flequillo sudado de la frente y observa el paisaje.

—¿De quién son ahora estas tierras?

Su tío se incorpora en la silla y ahuyenta con la mano los insectos atraídos por la sangre caliente.

—Son tierras del rey Erico. Su delegado real tiene la sede en Gripsholm y desde allí recauda los tributos.

—¿Tío? —pregunta Måns mientras mira dos mosquitos que se han posado en su brazo para alimentarse.

—¿Sí?

—¿La gente vive mejor con mi padre que con el rey?

Nils suspira, se reclina en la silla y deja que los mosquitos sigan a lo suyo. Tarda un momento en contestar.

—Tu padre no es de los que condenan a granjeros y agricultores al hambre. Le conviene llevarse bien con ellos; pensar no sólo en el presente, sino en el futuro. El día que lo reemplaces, sabrán quién eres y cómo te has formado, sabrán qué esperar de ti. En cambio, los delegados extranjeros no conocen al pueblo, no hablan nuestra lengua y nunca se quedan. Un día se marchan al sur con las alforjas

repletas de plata, dejando caballos cojos de tanto peso. Les da igual que la gente los maldiga y que los niños del campo no crezcan como deberían porque solamente han comido pan hecho con corteza de árbol.

—¿Y por qué se quedan los agricultores y arrendatarios? El reino es grande y hay poca gente. ¿No preferirían cultivar sus propias tierras?

—Con nosotros tienen protección.

Un mosquito con el vientre hinchado de sangre levanta el vuelo desde el brazo de Måns.

—¿Protección contra quién?

Nils guarda silencio unos segundos, y luego suelta una risita.

—Contra alguien más fuerte, que podría haberles quitado todavía más.

—Tío... ¿por qué el granjero nos ha llevado a ver la despensa?

Nils sonríe al recordarlo.

—Porque es un hombre listo, Måns. Piensa en lo que pasó ayer: de repente recibe en su casa al hermano de herr Bengt y a su hijo. Entiende que no es sólo un deber atenderlos, también una oportunidad de mostrarse ante quienes mandan en las tierras que cultiva. Por eso nos dio un banquete como los que en su granja solamente se ven en bodas o funerales, para que nos marcháramos satisfechos. Pero tampoco quería que creyéramos que vive en la abundancia: por eso nos ha llevado a la despensa vacía, para que viéramos el sacrificio. Él y los suyos tendrán que pasar el invierno con menos, pero espera que le contemos a tu padre lo que ha hecho por nosotros y que, algún día, se le recompense. Y eso está bien. Te conviene que en tus tierras viva gente así de despierta.

Nils se rasca una picada de mosquito en la sien, donde las venas corren cerca de la piel.

—Aunque siempre hay que andar con ojo. Ese granjero ha jugado un juego arriesgado porque, igual que nos ha dejado un buen sabor de boca con su diligencia, podía haber sido al revés. Un granjero astuto podría tener dos despensas: una medio vacía para mostrársela a los señores y otra bien surtida, escondida en el bosque, con lo que guarda a escondidas... Pero bueno, ese hombre no es asunto mío. Con la gente siempre hay líos. ¿Entiendes ahora por qué no tengo tierras propias que administrar?

Nils mira alrededor, hacia atrás, por donde han venido, y hacia delante, el camino que deben seguir.

—A simple vista no hay diferencia entre estas tierras y las del rey: los árboles son los mismos, igual que las piedras. Y en todas partes se repite lo mismo: lo poco que le sobra al débil se lo quita el fuerte. Así es el mundo: están los que rezan, los que trabajan y los que combaten. Cada uno en su lugar. Si Dios quisiera que fuera de otro modo, lo habría hecho distinto.

Finn lo oye todo, por mucho que Nils le hable sólo a Måns. Las últimas palabras le hacen dar un respingo en la silla de montar, y tiene que empuñar las riendas con delicadeza para calmar al caballo, que se ve contagiado por su inquietud. La voluntad de Dios. Son las palabras de su madre, las últimas que pronunció. Se estremece bajo el sol, deja que el caballo camine hasta cruzar la frontera de las tierras del rey mientras Nils Stensson se despide.

—Hasta la vista, Måns Bengtsson. «Destino y esperanza.»

41

La rueda de la vida suele girar siempre sobre las mismas huellas, pero para Stina —de león y flor de lis— nada es ya como antes. Todo le parece lejano: las voces suenan distantes, las personas están apartadas. Se refugia en las muchas tareas que ha hecho suyas, ocupaciones grandes y pequeñas con las que mantiene en orden la finca. Pero es como si estuviera partida en dos: su cuerpo se mueve de un lado a otro, cumpliendo con su papel, mientras su alma permanece inmóvil, observando desde fuera, con la boca abierta en un grito que nadie oye.

Por las noches la atosigan sueños en que aparece Ingegerd Knutsdotter convertida en un cadáver reseco lleno de gusanos y ratas. Señala el lienzo empapado de sangre de su lecho de parto y se burla. Ella se despierta sofocada y sudorosa, patea la manta para apartarla y se sienta en camisón junto al ventanuco abierto, buscando alivio en la brisa. La noche es el reino de la desesperación. Quizá aquella vieja monja que rezaba ante la puerta en el convento se inventara la maldición: «... vuestro amor acabará bañado en sangre.» O quizá, después de todo, esas palabras encierren un poder verdadero, capaz de obrar en el mundo sin necesidad de manos humanas. Tal vez Ingegerd Knutsdotter sea ya un fantasma, con los huesos podridos extendiéndose más allá de la tumba. Y, sin

embargo, Brita nació sana, igual que Måns, y ella misma sobrevivió a esos partos. Ese pensamiento la consuela.

Sin embargo, la rueda de la vida, que debería seguir su curso de siempre, parece haber descarrilado para ella.

Los granjeros y agricultores de Göksholm se preparan para la cosecha, y ella también. Su marido quiere saber de antemano cómo de abundante será este año para vendérsela por anticipado a los comerciantes de Örebro y tener dinero en la mano cuando empiece la guerra. A ella le corresponde negociar los precios, lo que implica recibir a cada comprador y soportar sus fórmulas de cortesía, aunque ambos sepan que la conversación se reduce a cuántas monedas más o menos vale cada gavilla. Lo detesta. Le parece un juego fútil, un baile en torno a lo irrelevante por mera cuestión de apariencias.

Sin embargo, uno de ellos es distinto. Habla despacio, como alemán que es, pero domina la lengua del reino. Si su deferencia hacia ella es fingida, es mejor actor que la mayoría: le ofrece la mejor silla de la casa y abre las ventanas para que corra el aire en cuanto nota su sofoco. Tiene una esposa joven, encinta de su primer hijo. Aunque está en los últimos meses y su barriga es grande, es ella quien sirve el vino en lugar del criado, como muestra de respeto. El marido le acaricia el vientre cuando pasa junto a él, y ambos intercambian una sonrisa muda antes de que la mujer se retire. Entonces la charla se aparta de los marcos de plata y del precio del centeno, y deriva hacia los hijos que esperan en esa casa y los que nacieron en la de ella.

—Señora Kristina, ¿se encuentra usted bien? ¿Se le ha ido el vino por el otro lado? —pregunta de pronto el mercader alarmado.

Ella, de improviso, ha visto con claridad la respuesta al enigma «... vuestro amor acabará bañado en sangre». Ninguno de sus dos hijos es fruto del amor, por lo que pudieron nacer sanos. Pero ahora quiere a Måns, y lo quiere tanto que casi le estalla el corazón con sólo pensar que está lejos. Su hijo se ha convertido en una presa fácil.

42

Strängnäs hierve de vida y apesta a pescado. Los mercaderes se agolpan en las calles, gritando a voz en cuello para ser los primeros en comprar o vender lo que llega del interior y de la costa. Otros regatean para llevar madera y hierro hasta Estocolmo, donde se pagan mejores precios. Tras los muros del convento se oye la misa de los monjes, y la sombra de la catedral lo cubre todo.

Encuentran unas caballerizas donde son bien conocidos el nombre de herr Bengt y el camino a Göksholm. Allí dejan los caballos, y se quedan solo con las sillas y los arneses. Un mozo conduce el caballo de carga, agotado por el peso, hasta el puerto, los ayuda a encontrar un barco y hasta regatea por ellos, fingiendo indignación de entendido ante la primera suma que les piden.

El barco tiene la cubierta abierta y mide apenas cinco brazas de largo por dos de ancho. Lo tripulan sólo tres personas: un hombre en la proa, otro en la popa —que lleva el timón— y un chiquillo de unos diez años que se acurruca junto al mástil. Supersticioso, el timonel escupe al agua, entrelaza las manos y, con la mirada, los invita a rezar.

—Tenéis suerte, muchachos: el viento sopla a favor. Si aguanta, llegaremos a Västerås al anochecer.

Una larga vara los empuja hasta que izan la vela, zurcida y parcheada, pero sin agujeros. Apenas llega arriba, se hincha con fuerza: el viento del sur los empuja con brío y pronto el agua borbotea contra la traca. Måns y Finn apenas están acostumbrados al agua, salvo a las barcas de Göksholm en días de calma chicha. Se aferran por instinto a la madera, con los nudillos blancos, pero el buen humor de los marineros los tranquiliza. El timonel tararea mientras vigila la vela y el rumbo.

Al poco rato, el hambre se deja sentir.

—Si a los señores no les importa, ¿podría uno de ustedes relevar a Leif en la proa? No es un trabajo pesado: navegamos en aguas profundas, pero de vez en cuando a las balsas madereras se les escapa algún tronco y hay que vigilar. Si chocamos con uno, podría ser peligroso.

Se turnan en la guardia. Finn y Måns comparten con la tripulación la abundante comida que les dio el granjero. Los marineros lo agradecen sin reservas, y el ambiente se vuelve aún más alegre. El apetito insaciable del grumete provoca las bromas.

—Dicen que hasta el mar tiene fondo, pero Bjarne no tiene.

El sol desciende sobre el lago. Los olores que al principio eran nuevos —brea, cáñamo, madera mojada— se vuelven familiares, casi reconfortantes. El barco los acuna en cabezadas breves hasta que el timonel, mirando bajo la vela, señala hacia proa. Allí se recorta la torre de la catedral y, junto a ella, la mole vigilante del castillo. El puerto está protegido por pilones que obligan a los barcos a entrar por un canal fácilmente defendible desde el muro. El timonel levanta la mano a los guardias, que no responden, pero tampoco impiden el paso. Con destreza, los marineros dejan caer la

vela y el barco avanza con la inercia. El grumete salta al muelle con un cabo y lo amarra al bolardo.

Ya atracados, el timonel se quita la gorra e intercambia con ellos la misma mirada que al zarpar. Juntos rezan un Ave María y descargan la mercancía.

—Os agradecemos las vituallas. No solemos tener viajes tan fáciles. Que Dios os dé la misma suerte en vuestro camino.

En el embarcadero los espera un hombre con ropa de delegado real. Les pregunta por el precio del pasaje y les exige la parte que corresponde a la corona. Después los examina de pies a cabeza.

—El conde Hans me ha encargado que nadie de buena cuna quede abandonado en el muelle. ¿Me acompañan los caballeros al castillo? Soy Melker, y funjo como delegado real cuando el conde no está, aunque mis tareas son pocas ahora mismo. Sea como fuere, estoy seguro de que a su señoría le encantará recibirlos en persona. Tendrán comida y alojamiento.

Finn y Måns se miran. Comparten el mismo pensamiento: no han llegado a una ciudad sitiada. El castillo sigue intacto, y dondequiera que esté Engelbrekt con su ejército, no es allí.

43

Días de agitación. En medio del frenesí, herr Bengt casi olvida comer y cumple con sus obligaciones sediento. Tiene que hablar con todos los miembros de su alianza, de un modo u otro. Si estalla la guerra, cada cual querrá proteger lo suyo. Con una mano, Bengt Stensson exige que le paguen lo que le deben; con la otra, pide prórrogas a sus acreedores. Firma nuevos préstamos, empeña cuanto tiene de valor, confiando en que cada moneda se multiplique. Nunca había tenido una visión tan completa de sus propiedades: granja por granja, campo por campo. Algunas tierras se extienden hasta donde alcanza la vista desde lo alto de un árbol; otras son pedazos dispersos de antiguas herencias, recuerdos de linajes tan lejanos que ya nadie vivo sabe contarlos. Hectáreas, acres, medidas que llenan los papeles y su cabeza.

A veces, desde la azotea de Göksholm, ha mirado hacia abajo y sentido el vértigo del abismo, como si una voz le susurrara que abriera los brazos y se lanzara: que el viaje haría que el golpe valiera la pena. Ahora siente lo mismo: está apostando muy alto, y si los dados caen mal, lo perderá todo. Sólo le quedará maldecir la lengua zalamera de Nils Stensson y su propia necedad.

El pánico lo asalta por momentos. Tiene ante sí la obra de generaciones: la de su padre, su abuelo, su bisabuelo, y otros más

hundidos ya en la niebla del tiempo. Todos dejaron más tierras a sus herederos de las que recibieron. Ésa es la tentación y la esperanza. Y el lema familiar, «Destino y esperanza», le sirve de consuelo.

Mientras tanto, hay que enviar mensajeros. Los siervos de confianza parten a reunir fuerzas. Todo jinete que deba servicio armado al rey a cambio de exención de impuestos ahora debe presentarse, no en beneficio de la corona, sino del linaje. Y hay que reclutar a muchos más: hijos de agricultores y granjeros llamados en las plazas, en los púlpitos de iglesias sostenidas con el dinero de la familia. Hay que convencerlos de que la guerra también les traerá algún bien, después de las miserias que la paz les ha dejado. La guerra, esa rueda de la fortuna que gira más rápido que nunca: con ella, quien arriesga alto puede volver con honor y riqueza imposibles de otro modo. Que nueve de cada diez acaben en los campos, desollados por los cuervos, es un detalle que todos prefieren callar. Ellos ya lo saben, pero cada joven se cree invencible. Esa estupidez, piensa herr Bengt, es un regalo del cielo.

Pasa horas encorvado sobre el ábaco, el papel y el pergamino, sumando y restando, tirándose del pelo. Cuando las cuentas no cuadran, monta a caballo y visita él mismo a los granjeros: quiere ver cada jamón, cada odre de cerveza, cada barrica de manteca que se pueda vender en la ciudad. Promete renunciar a parte de sus derechos en años futuros con tal de sacar ahora dinero contante. Después vuelve a su aposento con nuevas cuentas que rehacer.

—Maldito Satanás, no es suficiente.

La ira le sube como un fuego que lo aturde y lo deja sin aire. Golpea la mesa con los dos puños, barre papeles y hojas. El tintero

cae al suelo con estrépito. Jadea, la vista nublada, hasta que poco a poco se calma, hundido en una decepción oscura como el carbón.

Llaman a la puerta. La voz de Bengt sale rota, sin la autoridad que quiere fingir:

—¿Qué?

En la rendija asoma el rostro pálido de Brita. Baja la vista de inmediato para no robarle a su padre más dignidad de la que ya ha perdido. Bengt no recuerda la última vez que la miró de verdad. Desde que volvió de Vadstena, se mueve como un fantasma por la casa, siempre seria, siempre preocupada.

—A madre le pasa algo.

Él debería haberlo previsto. Durante un tiempo pensó que Brita podía ser de ayuda acompañando a su madre. Ahora ve que no. Sólo viene a cargarlo con sus ansiedades, cuando él ya está al borde. Al pensarlo, se da cuenta de que tampoco ha visto mucho a su esposa. Alguna vez la ha divisado de lejos, en lo alto de la torre, oteando de un lado a otro; pero cuando subía para reunirse con ella ya no encontraba a nadie. Por las noches ha oído pasos arrastrados en los pasillos, pero estaba demasiado cansado para ir tras ellos. Ella ha evitado las comidas, y él, con tantas ocupaciones, también ha terminado comiendo deprisa o fuera de casa. Ahora recorre con la vista el desorden que él mismo ha causado y su irritación crece. Ella debería estar allí: entiende esos números mejor que él y habría sabido aconsejarlo. De haber estado presente, los papeles no habrían volado de la mesa y todo habría estado mejor ordenado desde el principio.

—¿Qué?

Brita titubea:

—No lo sé con certeza. Se mueve, hace lo que le toca, pero despacio. Es como si no estuviera del todo aquí. Como si caminara en sueños.

Bengt suspira. Brita siempre se preocupa de más. Si algo la define es su capacidad de darle importancia a lo que los demás apenas perciben.

—Måns se ha marchado y ella necesita tiempo para adaptarse, nada más. El tiempo lo curará.

Se vuelve hacia Brita y ve que se ha ruborizado. De nuevo, se siente dejada de lado. Esas mejillas enrojecidas son el reflejo de sus carencias como padre. Se acerca y le alza la barbilla, pero nota cómo ella tensa el cuello y maldice su torpeza: es un gesto inútil, propio de una niña, no de la mujer en que se ha convertido. Todo ha ido demasiado rápido.

—Tu madre tiene suerte de tenerte, Brita. Hay pocas cosas que ella haga que tú no sepas hacer ya.

Ella asiente en silencio y él se pone a pensar en Måns. Ahora está solo, rodeado de mujeres con esas preocupaciones invisibles que, hasta donde él entiende, siempre estarán fuera del alcance de los hombres.

44

Al acercarse, Måns al fin comprende lo que su tío Nils Stensson le había dicho sobre el castillo de Västerås. De lejos parece una fortaleza discreta, pero conforme avanzan, los muros van revelando su verdadera magnitud. Es una construcción sencilla, sin adornos, y esa sobriedad engaña. Ya delante de las puertas, aún abiertas a pesar de la hora, se disipan todas las dudas: la muralla es enorme y está coronada por almenas que protegen a los arqueros. Sobre el umbral, un entramado de vigas esconde trampillas listas para volcar piedras, virotes o perolas de brea hirviendo sobre cualquiera que logre derribar las puertas.

Dentro los recibe un patio amplio. La muralla lo rodea por tres lados, reservando el cuarto —el más largo— para la residencia principal, de piedra y de cuatro pisos de altura.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse los caballeros? —pregunta su guía, Melker Göts, hombre del delegado real, volviendo medio rostro hacia ellos mientras camina siempre un paso por delante.

Måns se aclara la garganta. Ha estado preparando la respuesta desde que dejaron el muelle:

—Sólo una noche, si hay sitio y si el conde Eberstein tiene a bien acogernos. Nuestro camino sigue al norte, hasta Nidaros, para rezar ante la tumba de San Olaf.

Melker asiente brevemente, con la cortesía justa.

—Vemos pasar a muchos con el mismo propósito. Se puede ir a caballo hasta Köping y Munktorp, y es posible que, si le resultan ustedes simpáticos al conde, les preste monturas: nunca falta quien las devuelva después.

Una escalera los conduce desde el patio hasta la vivienda. Dentro reina la penumbra: las aberturas en el muro son la única fuente de luz —no hay antorchas encendidas—. Con un gesto, Melker los invita a subir un piso más.

—Veamos si alguien de la familia puede darles la bienvenida a los caballeros.

El salón está casi vacío. Sólo hay una muchacha sentada en un banco, inmóvil, las manos sobre las rodillas. Parece esperar. Lleva un vestido sencillo de lino blanco, bordado en los dobladillos, con mangas tan largas que casi le cubren las manos. Su cabello rojo, trenzado con cintas blancas, le da un aire extraño en la penumbra. Al verlos, se sobresalta, desconcertada al principio, hasta que se levanta. Melker le hace una reverencia breve; él, con fastidio; ella, ruborizada.

—Hebbla es hija de Albrekt Bydelsback, delegado real en Bergen y compatriota del conde Hans. Está con nosotros para completar su educación.

La muchacha se acerca con paso vacilante.

—Hebbla, aquí tienes a Måns Bengtsson de Göksholm, de azul y dorado, y a Finn, su paje.

Ella hace una genuflexión y baja la vista. Su cabello brilla como cobre, y sus ojos verdes contrastan con la palidez del rostro. Cuando

habla, su voz revela acentos de distintos reinos, aunque es fácil de entender.

—¿Va usted a sacarme por fin de aquí, Melker Göts?

El hombre ríe con incomodidad.

—Måns Bengtsson sólo está de paso, rumbo a Nidaros. Disculpad a Hebbla: vive en su propio mundo y tiene por costumbre decir lo que otros callarían. Hebbla, haz de anfitriona mientras voy a ver si el conde está en disposición de recibirlos.

Melker se retira y Hebbla permanece quieta un instante, pero enseguida invita a Måns a sentarse en el banco que acaba de dejar. Él la sigue, mientras Finn se queda junto a la puerta. Ella se acomoda la túnica bajo los muslos con cuidado, doblándola en pliegues, y al cabo de un instante se vuelve hacia Måns.

—¿Puedo ver tu mano?

Él vacila, pero Hebbla se adelanta, y al fin le tiende la suya. Sus dedos son largos y fríos. Sostiene la mano de Måns con delicadeza, como si fuera frágil, la gira despacio. Él, de pronto consciente de la mugre acumulada en la piel, baja los ojos avergonzado.

—Has pasado mucho tiempo con las riendas —murmura ella.

Sus dedos suben por el antebrazo y rozan viejas cicatrices.

—¿Un halcón sobre guante demasiado fino?

—Un azor.

Con la yema de los dedos palpa sus callos y su respiración se altera. Lo mira con ojos inquietos.

—Has luchado.

Aparta con suavidad el cabello de su frente y contempla la cicatriz.

—A nadie se le debería permitir arruinar algo tan hermoso.

Luego vuelve a la palma y traza las líneas con un dedo.

—Mi abuela me decía que aquí está el camino de la vida, entre la muñeca y el pulgar. Y aquí, la del amor. Mira cómo se cruzan tras el primer cuarto de vida. Quizá el amor llegue pronto. Quizá antes de que termine el verano.

Lo mira fijamente, sosteniendo la mirada hasta que Måns, incómodo, aparta los ojos.

—Aquí me odian —dice ella en un suspiro—. Por eso os he preguntado si veníais a llevarme por fin. Cuando mi madre murió, mi padre me confió al conde Hans y a Ermegård, su esposa. Los tres éramos de sangre alemana, nos entendíamos bien. Pero Ermegård murió y el conde se volvió a casar, esta vez con una danesa. La hija del conde era como mi hermana, pero Lina, la nueva esposa, la envió a Vadstena. Yo me he quedado porque el conde lo prometió. Antes nos reíamos juntas de la malicia de Lina, inventábamos motes para ella, pero ahora estoy sola. —Se inclina hacia él y le susurra—: A veces despierto de noche y encuentro los postigos abiertos para que entren los vapores malignos. Quiere que muera. —Se estremece, se abraza a sí misma como si la recorriera un viento frío. Después, se le endulza la voz—: De niña mi madre me cantaba tonadas de caballeros y princesas. Yo soñaba con qué canción hablaría de mi vida. Y me ha tocado la de la madrastra malvada. En esa canción, los niños lloran lágrimas de sangre sobre la tumba de su madre, hasta que ella regresa de la tierra para ajustar cuentas con la nueva esposa. —Entona un verso despacio, como si aún lo oyera en labios de su madre—: «Dejé atrás los edredones de pluma, / y a mis hijos los acuesto en paja bajo la luna. / He llorado, sí, pero nadie viene nunca por mí.» —Una lágrima se desliza por sus pecas.

Se la enjuga con la manga bordada—. Perdóname. Me pregunto qué canción será la tuya. Ojalá sea hermosa.

Un ruido de cerrojos la interrumpe. Finn se aparta de la puerta, y Melker Göts entra sonriente.

—Acompañadme, caballeros. El conde os recibirá en la mesa. Señorita Hebbla, siempre un placer.

Måns vacila: no ha podido responderle ni una palabra a la joven. Hace una reverencia rígida y Finn lo imita. Hebbla lo sigue con los ojos, verdes y húmedos.

—Adiós, Måns Bengtsson, de azul y dorado. Ha sido poco tiempo, pero me alegra haberte conocido. Vuelve algún día a verme.

45

Ya ha caído la tarde y Bengt Stensson ha bebido demasiado, y demasiado deprisa. Cruza el patio con pasos inseguros bajo el calor del crepúsculo, de camino a la mesa donde ha estado haciendo cuentas. Vacila un momento frente a la torre de piedra, mira hacia la casa señorial y se pregunta si no sería mejor encaminarse esa noche al lecho de su esposa. Quizá la necesidad haya limado las aristas de Stina y ella lo reciba con buena voluntad, con besos y caricias. Sacude la cabeza: no está lo bastante borracho como para engañarse con esa ilusión. Y aunque fuera posible, tampoco valdría la pena en el estado en que se encuentra. Sube las escaleras a trompicones, apoyándose en la pared.

En su aposento todo sigue como estaba, pero envuelto ahora en penumbra. Intenta recoger los papeles esparcidos por el suelo, pero la espalda se lo impide; acaba por dejarse caer en la silla, buscando algún pensamiento de consuelo en medio de la borrachera. Quizá Nils tenga suerte en su misión y regrese con el tesoro desaparecido del obispo. Pero conoce a su hermano: cada moneda irá a parar donde a Nils le convenga, y él no recibirá más que excusas. Y lo más probable —se dice— es que no vean ni una sola: seguro que el recadero del obispo ya anda en paradero desconocido, derrochando el botín.

Suspira con la vista perdida en el suelo. Una pelusa de pluma flota atrapada en un charco de tinta, su centro aún brillante en medio de las orillas secas. Ese detalle lo arrastra a otro recuerdo: un barquito de corteza que talló la primera vez que vio a Stina. Qué fácil era entonces ganarse su admiración. Un torbellino lo hundió en el arroyo, pero su destreza había quedado demostrada y el corazón de Stina, conquistado.

Y de pronto, como un mazazo invisible, siente el corazón desbocado. Aprieta los reposabrazos de la silla, temeroso de que la revelación se le escape antes de poder darle forma con palabras. Recuerda lo que le había dicho Nils: los corsarios del rey Erico ya persiguen barcos de la Liga Hanseática desde Göksholm hasta el Kattegat. Y entiende: ahí está la solución, ahí la salvación. Lo que hace un instante era un futuro oscuro como tierra bajo tormenta, se ilumina con el amanecer de la esperanza. Se pone en pie, hinchado de triunfo, y suelta un bramido que retumba en la estancia: por fin una idea capaz de traer riquezas y, además, un respiro lejos de esta casa llena de mujeres y preocupaciones.

A la mañana siguiente se levanta temprano. El buen humor atenúa la resaca. Cambian los papeles: esta vez es él quien toca la puerta de Brita y entra sin esperar respuesta.

Ella está todavía adormilada; él, despejado y ya vestido para el viaje a caballo.

—Cabalgaré hacia el este, Brita. No me esperéis de vuelta en varias semanas. Díselo a tu madre de mi parte. Y si llega algún mensaje para mí, hacédmelo llegar a Ekhult con mi hermano. —Le da un beso en la mejilla antes de que pueda contestar—. Sé que

Göksholm queda en buenas manos: las de tu madre. Y lo que se le escape a ella, tú lo sabrás atrapar.

Y dicho esto, parte.

46

—¿Pueden los caballeros esperar aquí? Voy a preguntar si el conde está listo para recibirlos.

Melker entreabre una puerta lo justo para colarse y la cierra con el mismo sigilo, dejando a Finn y a Måns a solas en la penumbra del pasillo. Finn aprovecha el momento para acercarse un paso y murmurar:

—Lo mejor sería no quedarnos demasiado con el conde. Engelbrekt no se fiará de nosotros si lo primero que oye es que hemos estado bajo el techo que quiere reducir a cenizas.

—Lo sé —responde Måns—. Pero no se rechaza así como así la hospitalidad de Hans av Eberstein.

Tardan en volver a ver a Melker. Cuando por fin regresa, anuncia:

—El conde los recibirá ahora.

Los conduce a una antesala. En la pared cuelga un tapiz con el escudo de Eberstein: un león rampante de plata, zarpas y lengua rojas, corona de oro sobre fondo azul. El conde está sentado en el lado largo de la mesa: un hombre bajo y rechoncho encaramado en una silla de respaldo alto. Debe de tener unos cincuenta años y va vestido con ostentación. A sus pies descansan media docena de mastines enormes, musculosos, de mirada oscura. Delante de la

mesa, el suelo queda despejado: espacio para clérigos, suplicantes o bufones. El conde intenta sin prisa rascar el tuétano de un hueso.

Melker se inclina hacia Måns y le susurra:

—¿Qué tal su alemán?

—Lo justo.

—Entonces déjeme a mí: el conde no soporta que se hable mal su lengua. Yo nací aquí, pero mi linaje es alemán; el conde prefiere servidores de esa estirpe. Ya le he dado vuestros nombres.

Cuando Hans von Eberstein termina de comer, levanta la cabeza. Melker hace una reverencia y comienza a traducir:

—Su excelencia Hans Ludvig, conde de Eberstein y señor de Neugarten, delegado real del rey Erico en Västerås, Gripsholm y Oppensten, les da la bienvenida. Su excelencia dice conocer a su padre —se dirige a Måns— y a varios de sus tíos, aunque son tantos que no siempre acierta con los nombres. También a Sven Sture, suegro de su tío Bo, y recuerda a su abuelo Sten, con quien coincidió más de una vez en la mesa de Bo Grip. Y ya que hablamos de familia, el conde sabe que habéis visto a su hijastra y os pide disculpas por ello. La chica ha llegado a él por culpa de sus pecados, aunque la condena le parezca injusta.

Eberstein escupe una sarta de improperios contra las mujeres y concluye que preferiría que tuvieran la inteligencia de los perros: un cachorro aprende para toda la vida con un azote, mientras que una mujer aguanta palos sin volverse nunca más sabia. Le desea mejor suerte a Måns y lo anima a aprender de sus errores.

Måns se inclina en una reverencia y Finn lo imita. El conde parece adormecido por la comilona y dispuesto a despedirlos cuando Måns hace acopio de valor y le dice:

—¿Ha oído vuestra excelencia rumores de inquietud entre los dalecarlianos?

El conde levanta la cabeza, mastica pensativo y le lanza un hueso a uno de los perros antes de responder:

—Primero quiere saber lo que usted ha oído.

—Mi tío Nils Stensson volvió del norte en el solsticio de verano. Había oído rumores, y recordó que el año pasado, por estas fechas, la gente de Dalecarlia marchó primero sobre Borganäs y luego sobre Västerås.

Hans von Eberstein se acaricia la barba y asiente.

—El conde llegó aquí el año pasado para reemplazar a Jösse Eriksson, justo después de aquellas quejas. Dice que son ustedes afortunados de no haberlo conocido en persona.

Cuando Måns asiente, Eberstein suelta un discurso cada vez más largo y acelerado. Melker apenas logra seguirlo. Se despacha con insultos hacia Jösse Eriksson —«... un danés oportunista, sin honor ni razón»— y recuerda que aceptó el cargo a regañadientes, pero le debía obediencia al rey. Pronto comprendió que su predecesor había sido un necio: avaricioso, cruel, incapaz de gobernar, odiado por los de Dalecarlia.

El conde se levanta con agilidad sorprendente, se pasea con las manos a la espalda; los mastines lo imitan, nerviosos.

—Escucha bien, Måns Bengtsson —traduce Melker, enrojeciendo de pies a cabeza—. Pronto heredarás las tierras de tu padre y aprenderás que un delegado real puede exigir mucho, pero no todo. Siempre hay que dejar a los súbditos unas pocas monedas, lo justo para un caballo, unas cuentas de vidrio, alguna mejora de su casa. Así, comparándose con el vecino, se creen ricos y distinguidos.

Agradecen que las puertas de las murallas se cierren cada noche y que las picas de los soldados velen por su seguridad, convencidos de que la prisión que ellos mismos han pagado es lo que los mantiene libres. Se vuelven esclavos agradecidos. —Se inclina sobre Måns hasta que su aliento a vino y especias lo golpea en la cara—. Pero estas tierras siguen siendo salvajes. Los suecos, apenas a unas generaciones del paganismo, recurren a los dioses antiguos en cuanto falla la cosecha. Los montañeses se esconden en el bosque y nadie sabe qué hacen allí: seguro que conspiran o fornican con cabras. Si se rebelan, el levantamiento brota donde nadie se lo espera. Yo habría apretado aún más los aplastapulgares. —Finalmente se aparta—. Si los dalecarlianos vienen, que vengan. Aquí los recibiremos como merecen. Son pocos, y ni fuertes ni astutos. Este castillo no se rinde. Las despensas están llenas, el pozo es hondo. El invierno los matará de hambre antes de que a nosotros nos falte lo necesario para un buen banquete.

Con esa sentencia, Hans von Eberstein se retira con paso solemne. Sus perros lo siguen en fila. Melker aguarda inclinando la cabeza en reverencia hasta que salen, y entonces suspira aliviado.

—Lo que queda en la mesa es vuestro. Coman, beban. Yo me uniré, si no les incomoda, y luego les mostraré sus aposentos.

Sacia primero la sed y, ya suelto de lengua, le confiesa con tono de desahogo a Måns:

—La muchacha es especial, espero que no lo haya incomodado. Para su madrastra ha sido un tormento. Habría sido mejor que la criaran en otra parte. El conde está en una situación difícil: Hebbla no se adapta, es terca, y demasiadas veces hay que recurrir a la vara. Dio su palabra de darle un hogar, pero también quiere

complacer a su esposa. No es fácil ser buen padrastro. —Tras arrancar con los dientes un trozo de cartílago, añade—: Puede sonar seguro, el conde Hans, pero sé que la inquietud lo roe. Si hoy se ha exaltado, es porque ha tocado usted justo el tema que lo desvela cada noche. Jösse Eriksson se fue a Dinamarca, pero si llegan represalias, será él quien pague por los excesos de su antecesor.

47

Orm odia el mar. Odia las olas, la humedad, las algas, el viento en aguas abiertas y la traicionera calma chicha. La mayoría ha olvidado el nombre de su padre y lo llama Orm el Salado, por los años en cubierta y los mechones de pelo blanco. En cualquier disputa sobre corrientes, timón o cabos, acuden a él: su respuesta siempre es la acertada, aunque se guarde sus sentimientos. Porque detesta todo eso: ha visto a demasiados hombres ahogarse y a otros devueltos irreconocibles por las olas. La mar no tiene compasión: sólo espera su momento para engullir. Él lleva cincuenta años burlándola con astucia y suerte, y siente que ya lo reclama con impaciencia, como si no quisiera dejarlo descansar bajo tierra, sino mantenerlo medio hundido, frío y callado, con la carne hinchada.

Los jóvenes lo buscan para que les cuente historias, y él les da gusto: les habla de sus tiempos con Sven Sture y los Hermanos de las Vituallas, del saqueo de las ricas cocas de la Liga Hanseática, de Visby cuando era la capital de los piratas, donde el que tuviera monedas se paseaba como un rey. Los embelesa con palabras y cerveza hasta que aceptan remar en su barco. Y en silencio, para sí mismo, repite siempre lo mismo: «Mar: llévatelos a ellos, no a mí.»

Pero tampoco sabe vivir sin el mar. En tierra firme se inquieta. Porque el mar le da lo que ninguna otra cosa: fuerza, orgullo, la

sensación de estar vivo.

Su barco es pequeño, de remos, sin mástil ni vela, pero él conoce cada arrecife y cada ensenada del archipiélago. Antes, la vida era distinta, pero la reina Margarita aplastó al rey Alberto y, con ayuda de los Caballeros Teutones, acabó con los Hermanos. Desde entonces, la Liga Hanseática navega tranquila de Estocolmo al sur, cargada de plata a la ida y hierro a la vuelta. «Sus naves son lentas y pesadas como las cerdas», piensa él mientras su barco, rápido como una daga, se pudre en la playa. Le han prometido su parte del botín, pero la paciencia mal pagada no llena la barriga.

Skällvik es la aldea que ha hecho suya, a falta de otra. Es muy aburrida. Cuando el tedio pesa, bebe y va a confesarse. Le divierte ver al cura veinteañero estremecerse cuando le cuenta atrocidades de piratas que él ni siquiera vivió, sino que conoce de oídas. Aunque también confiesa sus propios pecados: sangre, violaciones, hombres de la Hansa arrojados al mar con plomo en el zurrón. Entonces todo eso le daba risa, pero ahora sus miradas lo persiguen en sueños, y la absolución de ese joven sacerdote no lo alivia.

—Orm.

La voz lo pone en pie de inmediato. Es Bengt Stensson. No debería estar allí. Eso lo alarma: teme que algo vaya mal, pero enseguida siente el cosquilleo de la expectativa. Se saludan con un buen apretón de brazos y él percibe que su señor también está tenso. Lo observa sentarse en el tronco y señalarle un lugar a su lado.

—¿Siguen pasando barcos de la Liga Hanseática?

Orm asiente con la cabeza.

—Rara vez transcurre una semana sin que cruce una coca. Y si viene del sur, es fácil calcular los días que tardará en regresar: son tan pesadas que la menor ola amenaza con entrarles por la borda.

—¿Y has visto barcos con otros pabellones?

—¿A qué te refieres?

—Dragones, leones, coronas... los colores del rey Erico.

Orm niega con la cabeza y escupe en la arena.

—Ni uno. No desde la paz.

Bengt se acaricia la barba incipiente. Ya sospechaba que su hermano exageraba, o que los montañeses mentían: el rey no persigue a la Hansa.

—¿Aquí hay mujeres que sepan coser?

—Sí.

—Pues que borden cruces rojas sobre fondo amarillo. La enseña danesa nos vale.

Orm guarda silencio, expectante. Bengt fija la vista en el horizonte, como si ya esperara ver una vela.

—Reúne hombres para remar y pelear. Haz lo de siempre: busca a hijos de pescadores, promételes oro y mujeres. A los escrupulosos, asústalos. Cuando tengas suficientes, que embreen el casco y cojan ritmo con los remos. Después, id a por las cocas de la Hansa. Pero bajo la bandera del rey Erico, no bajo la mía.

Orm se mece, como si ya navegara, Bengt le da un codazo.

—Di algo.

—Viva el rey Erico.

—Pienso seguir por la costa para hablar con otros sobre este asunto. Pero antes descansaré un par de días y me refrescaré un poco la garganta. Los que somos sensatos y entendemos que nadie

sabe lo que traerá el futuro, celebramos las victorias por adelantado. ¿Vienes?

—Dame un momento. Te alcanzo.

Los pasos de Bengt se pierden cuesta arriba, en dirección al bosque, y Orm queda solo frente al mar, con la mirada fija en el oleaje. Siente que el mar lo observa también, y en su rumor le parece oír tentadoras promesas: plata, riqueza. Pero también oye su risa, hambrienta y voraz: la mar no lo quiere bien, ni a él ni a nadie. Un escalofrío le recorre la espalda; se persigna. Antes de seguir a Bengt Stensson, le promete en silencio entregarle otras vidas a cambio de la suya: hombres más jóvenes, adornos para su trono en las profundidades, cuerpos desnudos que podrá hinchar y corromper a su antojo.

48

Finn entorna los ojos hacia el fondo del camino. Le parece distinguir el perfil de un bosque, una sombra alargada y temblorosa sobre la tierra caliente. Señala con el dedo y Måns tira de las riendas. El caballo, todavía inseguro con su nuevo jinete, titubea.

Los caballos de ambos llevan la marca del delegado real. Son bestias acostumbradas a cambiar de manos, pero pocas veces a las de alguien que prefiera acariciar antes que golpear. En todo caso, los mismos gestos adquieren significados distintos según el jinete, así que a veces se confunden, reducen el paso cuando se les pide trotar, giran a la derecha cuando se les manda a la izquierda...

Måns se hace visera con la mano y mira en la dirección que Finn señala.

—¿Cuánto queda hasta Köpingshus? —pregunta.

Finn observa la altura del sol, calcula las horas de marcha y procura recordar lo que sabe de esas tierras.

—No debe faltar mucho. Seguro que está detrás de esos árboles. —Vacila antes de formular la pregunta que lo roe por dentro—: ¿Por qué piensas que Engelbrekt fue hacia allí?

Måns se desata la cinta del cabello, se sacude la melena y, tras apartarse el flequillo, vuelve a ajustársela.

—Puede que el mensajero llevara noticias falsas y que en Göksholm reine aún la paz. Quizá nos hayan mandado en vano. O puede que los hombres del rey resistieran en Borganäs y sofocaran la revuelta todavía en pañales. O tal vez Engelbrekt eligiera seguir hacia Västerås pasando por Köpingshus. En cualquier caso, no podemos quedarnos esperando junto al conde Eberstein.

—¿Y por qué iba a ir a Köping? Allí los montañeses no tienen cuentas pendientes, sino con el delegado real de Västerås.

Måns tarda en responder.

—Sólo se me ocurre una razón. Pero primero veamos qué hay.

El viento cambia. Se nota primero en las copas de los árboles: las hojas se agitan. Los dos aferran las riendas, listos para calmar a sus caballos antes de que se espanten. Poco después, lo perciben también en la piel: una bocanada caliente y húmeda. Cruzan miradas. Finn trata de otear el horizonte por encima de los árboles, en vano.

—¿Lo notas?

—Sí: humo. Algo arde ahí delante.

Pronto alcanzan la linde. El sendero, recto y ancho, los lleva bajo la sombra de las ramas. Finn se siente incómodo, aunque calla: intuye que su desasosiego se debe a otro bosque, entre Göksholm y Vadstena.

El camino serpentea entre árboles de copas altas y cada vez más tupidas. Esquiva rocas y montículos, pasa junto a robles tan viejos que desafían a las hachas. Tras un paso angosto hallan un abeto caído que bloquea la ruta. Se detienen, buscan un rodeo.

—Quedaos donde estáis.

Finn se vuelve.

Tras ellos ha aparecido un hombre corpulento, ancho de hombros y pecho, con barba espesa y cabello ondulado asomando bajo la caperuza. Tiene las manos en la cintura. No parece ir armado, pero Finn sospecha que hay más hombres ocultos, con arcos listos para disparar.

—¿Qué hacen dos muchachos en el bosque al atardecer? ¿No habéis oído el nombre de esta región? La llaman Laglösaköping: Tierra sin Ley.

Måns hace girar su caballo y le acaricia el cuello para calmarlo.

—Nos dirigimos a Köpingshus.

—Vuestros caballos llevan la marca del delegado real de Västerås. ¿También vais a visitar a Johan Vale?

—Cenamos en su mesa, aunque no por voluntad propia. Nos prestó caballos, pues los nuestros quedaron en la orilla sur del Mälaren. No son gran cosa, pero dudo que el conde Eberstein nos los hubiera dado si hubiera sabido a dónde nos dirigíamos.

—¿Y a dónde os dirigís?

—Buscamos a Engelbrekt Engelbrektsson.

—El nombre me suena. Dadme ahora los vuestros.

—Måns de Göksholm, hijo de Bengt Stensson. Nuestro escudo es azul y dorado. Y éste es Finn Sigridsson, de la casa.

Incómodo, el hombre se quita la caperuza y se rasca la cabeza.

—Desmontad, chicos. Tendréis que llevar los caballos de las riendas.

Obedecen. El hombretón les abre paso y retroceden por el sendero hasta una maraña de ramas que oculta un desvío. De entre los árboles surgen otros hombres, todos armados. El bosque se abre en un claro circular, convertido en campamento: la hierba pisoteada,

hogueras rodeadas de piedras, refugios hechos con varas y ramas de abeto. El fuego alumbra a decenas de rostros que los observan.

Su anfitrión los invita a sentarse junto a la hoguera. Se inclina para mover los troncos entre las llamas lanzándole miradas a Måns, que cruza las piernas con calma.

—Pareces tranquilo, Måns de Göksholm. ¿Qué te hace pensar que no somos simples bandoleros dispuestos a desplumaros y dejaros en la cuneta?

—Si lo fuerais, tendrías presas más fáciles cerca de tu casa. Tu acento te delata: mi padre ha tenido dalecarlianos a su mesa.

El hombretón suelta una carcajada.

—¿Y qué te dice mi acento?

—Me habla de montañas y bosques, minas y hornos donde se funde el hierro. Del fin del pillaje de los delegados reales.

El otro deja de reír, lo observa en silencio y dice:

—Soy Harald, hijo de Esbjörn. Estos hombres son campesinos, igual de agobiados por el yugo que nosotros en el norte. Se han unido a la causa. Yo soy de Norberg, como Engelbrekt, y estoy aquí en su nombre.

—¿Dónde podemos hallarlo?

Harald niega con la cabeza.

—No aquí, ni esta noche. Pero comed con nosotros. Uno de los nuestros ha cazado un corzo, y la carne promete.

—Traemos sobras de la mesa de Hans Eberstein —dice Måns—. Repartidlas, aunque ya os advierto que su criado cocina mal.

—No creo que les importe, mientras su opresor sea quien pague la cena...

Reparten la comida y sirven la carne de corzo. Está tierna: asada pacientemente. Han cocido tortas de harina sobre piedras calientes. Finn disfruta más que en el banquete del conde: son sabores de hogar, aunque no sea del suyo. Nota que Måns piensa lo mismo.

Una vez han terminado de comer, Harald se dirige a Måns:

—Engelbrekt no es un hombre cualquiera. Nunca he visto a alguien con ideas más claras, ni he conocido a nadie por quien me jugaría tanto. Dice que esta vez incluso los privilegiados se unirán. Me pidió estar atento a la gente de bien que pasara por aquí. Aunque no eres exactamente lo que yo esperaba.

—¿Qué esperabas?

—Un caballero ufano, vestido de escarlata y oro, con una barriga prominente y mirada de condescendencia. Tú eres apenas un muchacho. ¿Tienes dieciséis, diecisiete años? Me pregunto si en tu familia sois muy necios o muy astutos.

El cielo se cubre de estrellas. Finn estira las piernas y se masajea la pantorrilla para evitar un calambre. Måns permanece inmóvil, imperturbable.

—¿Qué nos puedes decir de Bergslagen?

Harald medita un instante antes de responder:

—No soy el que más sabe. Otros han nacido y crecido allí. Pero os diré lo que sé.

Describe la vida en las minas: las chozas levantadas junto al yacimiento, los turnos que se reparten al azar, los hornos encendidos sin descanso, las jornadas interminables bajo tierra. El fuego agrieta la roca; al amanecer retiran la ceniza y el carbón. Habla también del murmullo de la montaña, de su cólera invisible, de los hombres que

mueren sin herida alguna y de los derrumbes que sepultan a quienes dudan un instante.

—Suena a que es una vida muy dura —comenta Måns.

—No hay montañés que se una a nosotros porque haya tenido una vida fácil. Déjame que te cuente una anécdota sobre el famoso Jösse Eriksson. Esto sucedió en la aldea donde nací. Había allí un muchacho bastante obstinado, como suelen ser los jóvenes. Digamos que todavía no se había topado bastante con el mundo como para comprender su inmensidad ni lo pequeño que era él en comparación. Había tenido la suerte de casarse con una joven preciosa, con un montón de otros pretendientes. Esa buena fortuna lo ponía nervioso, así que se esforzó por mostrarse digno de ella.

»Desbrozó una ladera que los demás habían juzgado imposible y, con las piedras que sacó del terreno, asentó unos cimientos y levantó una cabaña de troncos cruzados. Al poco tiempo, el campo empezó a dar fruto. El delegado real estaba lejos, y él no tenía prisa por pagar tributo: prefirió comprar un buey para labrar la tierra, prometiéndose que pagaría más cuando su cosecha fuera mejor. Cada vez que aparecía un soldado, procuraba recibirlo con amabilidad y conversaba con él hasta convencerlo de volver al sur con el recado sin cumplir.

»Llegó el invierno, largo, pero no tanto para un hombre joven con una bella esposa en una cabaña. Ella se quedó embarazada. El caso es que, un día de primavera, él se fue al bosque a revisar unas trampas que había puesto y, al volver, encontró su granja llena de gente. El propio Jösse Eriksson, el delegado real, estaba allí con sus hombres. Como hacía buen tiempo, alguien —sin preguntarle— había sacado la mesa de la cabaña y la había colocado en la hierba,

al borde del campo. Del fuego recién encendido subía el olor de la carne, y los vecinos se habían congregado en silencio, rodeados por los soldados como ovejas acorraladas por perros.

»Eriksson estaba sentado solo a la mesa, como invitado a un festín en su propia casa, y con un gesto le indicó al joven que se acomodara a su lado. Pronto sirvieron la comida. La carne era del buey que él mismo había comprado para arar: lo habían colgado de un árbol junto a la granja, despellejado, y los mejores trozos estaban asándose sobre las brasas colocadas en un hoyo abierto en el suelo. Comió de aquella carne, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

»A mitad de la comida, uno de sus hombres —un danés que chapurreaba sueco— le explicó lo que se esperaba de él: Jösse Eriksson opinaba, dijo, que era una lástima tener un campo nuevo y dejarlo en barbecho por culpa de tanta hospitalidad. Entonces sacaron a su esposa. Llevaba a los hombros el pesado yugo del buey, arrastraba el arado detrás, y le habían atado un bocado entre los dientes como a un animal de tiro.

»Ella empezó a tirar de la reja, firme al principio. Nadie supo nunca qué le dijeron para obligarla a obedecer. No era faena para una mujer —ni siquiera para un hombre fuerte—, y menos aún para una mujer encinta. Mientras tanto, manos ásperas sujetaban al marido en su asiento por mucho que gritara, que rogara, que prometiera.

»Ella logró abrir dos surcos antes de perder al hijo. Los soldados miraron hacia Jösse, pero éste se limitó a hacer un gesto con el dedo, y ellos la pusieron de nuevo en pie, con la falda empapada en

sangre, para que siguiera arando sobre el hijo que acababa de perder.

»Al cabo, el delegado, ya saciado y aburrido del espectáculo, reunió a los suyos y partió, convencido de que el mensaje había calado en cada uno de los presentes.

»Sólo entonces aquel joven pudo correr hacia su esposa y abrazarla. Los vecinos se quedaron a terminar lo que quedaba del buey: dejar perder semejante manjar habría sido un pecado. Y él no los culpó, porque, a diferencia de él, ellos sí habían pagado los impuestos exigidos, y hacía tiempo que pasaban hambre. Vio cómo salaban la carne con sus lágrimas.

»Cosas así empujan a los hombres a Bergslagen. No extraña que la chispa nazca en las minas, donde también llegan las garras del delegado real.

—¿Y tu esposa, salió viva de aquello? —pregunta Måns.

Harald se vuelve a mirarlo con cara de sorpresa, pero luego contesta:

—No sé si describiría su existencia como «vida». Pero en fin, sólo Dios sabe.

Finn se estremece y nota que Harald tiene los ojos arrasados en lágrimas.

—Ahora ya sé cómo son los de tu linaje —lo oye decir.

—¿Cómo? —pregunta Måns.

—Astutos.

Al amanecer, Harald les señala el camino a Köpingshus.

—No está lejos. Podéis cabalgar hacia allí y verlo con vuestros propios ojos. Y luego, si aún queréis dar con Engelbrekt, tomad la ruta ancha hacia Västerås, no la del bosque. Si os dais prisa, lo alcanzaréis antes de que caiga la noche. Decidle que habéis hablado conmigo.

Obedecen sus indicaciones, y el olor a madera quemada se intensifica con cada curva. Del fuerte no quedan más que muros ennegrecidos, abiertos al cielo. No hay nadie a la vista.

Måns da media vuelta en su montura.

—Si ardió Köpingshus, también habrá ardido Borganäs. Ahora comprendo lo que persigue Engelbrekt.

—¿Qué?

—Ya no es un alzamiento contra un delegado real. Quiere el reino entero.

49

Stina, de león y flor de lis, yace en la cama, boca arriba, en la penumbra de su aposento. Tiene los ojos muy abiertos, pero no mira el techo, sino otra cosa: a Måns.

Su barco ha chocado contra una roca. Un viento traicionero ha lanzado olas por encima de la borda y él ha caído al agua. Agita los brazos impotente contra la marejada mientras la ropa empapada lo arrastra hacia abajo.

Entre las algas se esconden dedos nudosos que brotan del fondo y tiran de él: son las manos de Ingegerd Knutsdotter. Su risa maliciosa asciende en forma de burbujas hasta la superficie.

O bien está en una ciudad, perdido. Alguien lo lleva con engaños hasta un pasaje tan estrecho que las casas casi se tocan. De pronto, unos hombres corpulentos bloquean la salida por ambos lados. Sus ojos brillan de codicia al ver su morral y sus ropas. Se acercan paso a paso mientras él gira la cabeza de un lado a otro, buscando una vía de escape. Pero no la hay. Unas manos sucias le tapan la boca, un abrazo le aprisiona los brazos y una hoja de navaja le atraviesa el esternón hasta la guarda, apagando el corazón que aún latía joven y fuerte. En las sombras, Ingegerd se frota las manos.

O bien una avispa clava su aguijón en el costado del caballo y el animal se desboca. Él cae de la silla y se golpea la frente contra una

piedra afilada. Cuando Finn desmonta para socorrerlo ya es tarde: la vida se le ha escapado, su cuerpo yace inerte como un muñeco de trapo. En la linde del bosque, Ingegerd sostiene el nido de avispas entre las manos; su piel seca y muerta no siente los aguijones.

Stina aprieta los párpados con fuerza, intentando ahuyentar las imágenes, pero sólo empeoran. De la oscuridad emergen palabras oídas aquel verano interminable: «La maldición gana fuerza cuanto más se la nombra», dijo la vieja monja, y ella fue tan necia que escuchó.

Por culpa de esas palabras ha seguido el mismo camino que Nils Stensson, el oportunista que puso en riesgo la vida de su esposa y de su hija nonata para demostrar que la maldición no existía. Seducida por promesas ajenas, envió a su único hijo al mundo cruel. Ha sido soberbia: quería ver a Måns cerca del poder y a su propio linaje enaltecido como antaño, junto al del hombre con quien la casaron.

Pero ahora se arrepiente; tanto, que se siente atrapada en un torbellino de pensamientos que giran siempre en torno a lo mismo y no sirven de nada. En el centro de ese torbellino está ella, con la mente y el cuerpo paralizados.

Måns, Måns. En sus visiones ahora le supura pus de una herida que parecía insignificante, pero la infección avanza bajo la piel; sufre espasmos en la espalda y en la mandíbula, las fiebres lo consumen y la muerte llega sin remedio.

O bien una rama se quiebra y le abre la cabeza. O alguien lo invita a beber leche en una aldea donde acecha la peste.

Ella reza, reza con más fervor que nunca. Está acostumbrada a que sus plegarias reciban sólo silencio por respuesta, pero cualquier

creyente sabe distinguir un silencio de otro. Y ahora, por primera vez, oye el mutismo de un Dios que le ha vuelto la espalda: un Dios cansado de esa mujer que envejece y que se ha perdido en su propia locura.

50

La realidad confirma lo que les ha dicho Harald Esbjörnsson: apenas han dejado atrás Köpingshus, encuentran el rastro del ejército. Son demasiados para caber en un simple sendero, así que lo han ensanchado. Aun así, el avance es lento: a menudo la marcha se estrecha en bosques y humedales donde no hay manera de ampliar la senda, y todos deben ponerse en hilera y esperar a que pasen primero los de delante.

Tras una colina descubren los restos de un campamento: la hierba alta está aplastada allí donde se sentaron o se tumbaron los hombres. Hay montones de piedras ennegrecidas por hogueras recientes. Måns apoya la mano en uno: aún está tibio. Las brasas debieron de apagarse durante la noche anterior. Le pide a Finn que lo ayude a desvestirse y que le vierta agua del odre para lavarse un poco, sobre todo la cara y el pelo. Luego se pone la ropa que ha llevado de Göksholm: un jubón azul oscuro con hilos de oro; una boina a juego, adornada con perlas y una pluma; unos zapatos tan primorosamente confeccionados que las costuras son invisibles; el sello con las armas de su linaje colgando de una cadena al cuello; una daga en su vaina labrada sujeta al cinto. Y adelante, listo.

Enseguida alcanzan a los rezagados: adolescentes y ancianos, cojos, hombres con ampollas en los pies. Finn esperaba ver heridas

de guerra, vendas ensangrentadas, heridos en camillas improvisadas, pero no hay nada de eso.

—¿Engelbrekt Engelbrektsson?

La pregunta es más una clave que una duda. Nadie los detiene, sólo señalan hacia delante. A veces queda un murmullo entre quienes se apartan para dejarles paso. La fila avanza cada vez más despacio: son muchos los que comparten el camino, y a menudo tardan en darse cuenta de lo que ocurre tras ellos. Los caballos se inquietan entre aquella multitud con sus olores y gestos desconocidos.

A medida que avanzan, Finn va observando los rostros: hombres de todas las edades, e incluso algunas mujeres. El polvo del camino ha puesto un velo gris sobre caperuzas y ropas, borrando los colores originales. Todos cargan algo a la espalda: zurrones, sacos, cestos... El cansancio es evidente: andan encorvados, arrastran los pies. No todos llevan armas pero, entre bastones que ayudan a la marcha, distingue arcos y lanzas toscas, con las puntas endurecidas al fuego.

El camino enlaza aldeas como cuentas en un cordel. Más allá se ven granjas y cabañas rodeando iglesias. Las campanas doblan por Engelbrekt, pero no las han hecho sonar los párrocos, ni siquiera los campaneros, sino los dalecarlianos, que llaman al pueblo a reunión.

En los atrios, hombres fornidos proclaman el evangelio de la revuelta. Y la gente escucha. Los hijos solteros, los padres cuyos descendientes ya están casados, alzan por fin la cabeza. Les brillan los ojos. El llamado resuena: «Acompañadnos hasta Västerås. Llamemos juntos a la puerta del castillo y digámosle al delegado real lo que tanto tiempo hemos callado. Invitémoslo a probar nuestro pan de hambre, hecho con harina mezclada con corteza de abedul.»

Y el pueblo responde con un clamor. Los vecinos se reúnen en las plazas, cuentan a los que se han sumado, llenan zurrones con provisiones. Desempolvan las armas viejas y las cuelgan de nuevos cinturones. La fila crece en cada poblado. Muchachos y niños se escapan al bosque para unirse a escondidas, pese a la prohibición.

Finn y Måns siguen adelante hasta alcanzar la vanguardia, donde se reúnen hombres de otra talla: corpulentos, anchos de espaldas, algunos a caballo. Allí sí los interrogan: preguntan sus motivos, exigen el nombre de Engelbrekt antes de asentir. Abundan las armas: ballestas, mazas, hachas, picas, lanzas, yelmos de acero como los del rey.

El sol declina cuando los que van en cabeza dan el alto. El aviso corre hacia atrás. Todos se apartan para montar campamento: pequeños grupos encienden fuegos con pedernal y recogen ramas. Las hogueras salpican los prados y empujan la penumbra hacia el bosque. Por fin los caballos pueden trotar, hasta que, tras una curva, aparece una torre rodeada de cabañas. En la entrada hay hombres de guardia. Les piden nombres y motivos, luego les señalan la iglesia: blanca, pequeña, con hastiales escalonados.

La nave está llena de gente que habla en voz baja, iluminada por velas. Ante la puerta de la sacristía, un hombre impide el paso: todos deben presentarse. La mayoría recibe una negativa, espera un rato decepcionada y se marcha. La cola es larga, y cuando llega el turno de Måns, el día toca a su fin.

—Soy Måns Bengtsson, de Göksholm, hijo de Bengt Stensson, de la casa con escudo partido en azul y dorado. Éste es Finn Sigridsson, criado de la familia. Busco a Engelbrekt Engelbrektsson.

El dalecarliano examina la indumentaria de Måns de arriba abajo, pide paciencia con un gesto, entorna la puerta y transmite en voz baja el mensaje. Tras escuchar la respuesta, asiente y los deja pasar.

La sacristía es pequeña y austera. Una casulla vieja cuelga de un palo en la pared. El aire está cargado de calor y olor a cuerpos. Cinco hombres conversan en voz baja sentados en un banco. Måns los observa buscando a Engelbrekt.

El que se levanta es el último que esperaba: no el del centro, sino uno en la punta que ni siquiera participaba en la charla, sino que miraba absorto una pared. Es el más bajo de los cinco, más joven de lo imaginado. Es apenas más alto que él, y viste ropa gastada. Lleva el pelo, color centeno, hasta los hombros, y flequillo recto, como otros dalecarlianos. No tiene barba y sus ojos azules miran con una curiosidad penetrante. No hay nada en él que sugiera poder, pero en cuanto se pone en pie el silencio se impone.

Él se inclina como le han enseñado, sombrero en mano, y se presenta.

Todos lo miran. Engelbrekt lo examina en silencio.

Él se acuerda de su tío Nils Stensson, tan convencido siempre de tener razón. Ahora comprende que estaba equivocado. Ha sido un error presentarse con aquellas galas: cada hilo dorado, cada cuenta bordada, le arde en la piel bajo la mirada azul de Engelbrekt. El silencio se prolonga hasta que, por fin, Engelbrekt se decide a hablar:

—Tu tío estuvo en Norberg no hace mucho. Pensé que volvería a ver a los de azul y dorado en Västerås o en Örebro. ¿Por qué te envían a ti a mi encuentro en mitad del camino?

Måns baja la mirada, pero mantiene firme la voz:

—Me dijeron que podías necesitar un escudero.

Los del banco sonríen; Engelbrekt no. Sólo lo mira en silencio, como si hubiera puesto su propuesta en una balanza.

Por fin niega con la cabeza:

—Mantenerte con vida sería una carga demasiado grande. Vuelve a Göksholm. Dos hombres te escoltarán.

Måns busca qué responder. Uno de los del banco, apenas mayor que él, con el pelo castaño y mirada burlona, carraspea y escupe en el suelo. Luego cruza los brazos y, sin quitarle los ojos de encima, le dice a Engelbrekt:

—Corrígeme si me equivoco, ¿no habías dicho que te hacía falta un mozo de cuadra? Alguien que cepillara tu caballo, le encontrara establo, avena y agua, y que limpie el estiércol al amanecer.

Måns se sonroja y Finn, a su lado, tiembla de rabia contenida. Está a punto de levantarse. La voz le sale ronca:

—¿Así recibís en el norte a los aliados?

Nadie responde. Engelbrekt deja que el silencio se alargue. Måns mira al burlón: su gesto de triunfo lo invita a marcharse humillado. Pero busca los ojos de Engelbrekt, le sostiene la mirada y dice:

—Cuidaré de tu caballo lo mejor que pueda.

Los del banco reaccionan con sorpresa; uno incluso silba entre dientes.

Måns siente clavada la mirada del burlón, pero lo ignora: sólo existen él y Engelbrekt. Éste abre la boca, pero él se adelanta:

—Déjame hacerlo. Lo haré bien.

Engelbrekt lo mide unos instantes y luego asiente.

—Bien, Måns Bengtsson, si ésa es tu voluntad. Pregunta a Ehrling, el de la puerta, dónde están las caballerizas. Allí hay mucho que

hacer, y ya es tarde.

Como en un sueño, Måns se despide con una reverencia. Maldice la capa que ondea a su espalda, cosida para bailes y salones, limpia ahora por última vez.

51

—¡Señorita Brita!

Un grupo de criados sin aliento la busca en el patio, junto a la tahona.

—Un buey se ha quedado atrapado en el barro. No sabemos qué hacer.

Ella los mira con cara de desconcierto. ¿Qué puede hacer ella, si los que tratan con ganado a diario ya se han quedado sin recursos?

—Buscad a mi madre.

—Ya lo hemos hecho, señorita, pero no la encontramos —responde una criada, mientras los hombres miran al suelo—. Aquí no hay nadie más que usted. ¡Venga, deprisa!

Ella se recoge las faldas para seguirles el paso. Cruzan el puente y bajan hacia el lago. El agua ha inundado un prado y lo ha convertido en un lodazal. A lo lejos se oye el bramido del buey; pronto ella distingue los cuernos agitándose entre los juncos. El animal está hundido casi por completo, aunque en un costado aún se ve la marca del hierro de Göksholm.

Los agricultores rodean en silencio al animal esperando a que ella les diga qué hacer. Ella siente que se hunde a cada paso. Finalmente se detiene y ordena mientras se quita los zapatos:

—Los más fuertes, id a buscar listones de madera y troncos para hacer un camino. Traed cuerdas, correas, todo lo que encontréis, y animales de tiro.

Al principio dudan, hasta que el más fornido asiente y grita:

—Ya habéis oído a la señorita. Vamos, rápido.

Todos se apresuran, dejándola sola con el buey, cuyo bramido le retumba en los pies descalzos. Se acerca despacio, ayudándose con las manos, mientras el animal pone los ojos en blanco y sacude los cuernos. Ella le tiende la mano y, tras varios intentos, logra acariciarle el hocico. Lo calma con un tarareo.

Cuando vuelven los demás, tienden una pasarela y le arrojan un lazo que ella misma ata a los cuernos. Alistan caballos en tierra firme y tiran. El buey brama, forcejea, sacude la cabeza. Una y otra vez el lazo se suelta, una y otra vez lo coloca de nuevo.

Cuando por fin se queda en su sitio, se rompe: hay que volver a empezar. Los tendones del cuello del animal se tensan como si fueran a partirse.

Pasa una hora, dos, tres... El sol ha descendido, tiñendo de rojo el horizonte. Ella se aparta, exhausta. Necesita un respiro. Nadie la mira, ocupados en el buey, y entonces descubre a sus pies un mazo y un punzón de hierro. No los acaban de llevar: han estado allí desde antes de que ella llegara. El viento frío la cala, pero el frío que siente dentro es peor.

Vuelve junto a los hombres, que siguen intentando tirar del buey.

—Parad.

Todos la miran en silencio; hasta el buey calla.

—No me buscasteis para que os dijera qué hacer. Ya sabíais que esto no funcionaría. Sólo queríais mi permiso para sacrificarlo.

El silencio basta como respuesta.

—Hacedlo.

Lars, el más corpulento, recoge el mazo. Otro sujeta el punzón. El buey sigue callado, como si entendiera que por fin lo van a librar de su agonía.

Cuando cae el golpe, el silencio es absoluto. Ella se cubre el rostro, incapaz de ocultar la vergüenza, pero las miradas de los otros no son de reproche, sino de compasión.

Aun así, les da la espalda y echa a correr, cegada por las lágrimas.

52

Cada establo se parece al anterior, piensa Måns: olor a heno y paja, a tierra húmeda, al sudor de los animales; hedor agrio de los charcos en el suelo y las boñigas secas. En Göksholm era igual, pero allí nunca lo vivió tan de cerca.

Con el tiempo, se ha ido acostumbrando a la rutina. Cabalga con los que van en cabeza, encargados de anunciar a la siguiente aldea lo que se aproxima, a veces para calmar los ánimos, a veces para encenderlos. A él le toca buscar el mejor establo: en buen estado, próximo al campamento —si está lejos, su tarea se complica—. Negocia con agricultores y granjeros, aunque muchos no le cobran nada: comprenden enseguida la conveniencia de quedar bien con quien cuida al caballo del jefe del ejército. Aun así, él insiste en pagar por el forraje: le parece justo.

Al anochecer va a buscar a *Tizón*, un frisón negro como la noche, de siete palmos y medio de alzada, orgulloso y con carácter. Ganarse su confianza no es fácil, pero se van entendiendo. El animal sabe que, donde está él, hay comida, agua y descanso. Le lleva el forraje más jugoso y agua fresca del pozo, que aprovecha para lavarse la cara y el pelo, o para enjuagar su camisa. Se seca al sol mientras lo cepilla, primero con un cepillo grueso para quitar barro de cascos y patas; después, con otro más fino para alisar el pelaje. Ha

descubierto que le gusta que le canten: mientras tararea, siente los músculos del animal relajarse bajo sus manos. Aprende dónde el cepillo le hace cosquillas y dónde conviene tener cuidado para evitar coces.

—Te vuelves más diestro cada día —le dice Finn.

Él lo sabe mejor que nadie. Aunque es joven, sabe distinguir la adulación de la verdad, y esas palabras le suenan sinceras. *Tizón* brilla como el terciopelo; bajo el pelaje, los músculos se perfilan con orgullo.

—La práctica hace al maestro.

—Sabes bien que yo podría hacerlo por ti —propone Finn.

Él niega con la cabeza.

—Pues déjame al menos ayudarte —insiste—. Yo me ocupo del otro lado.

—Esta tarea me la han confiado a mí. Si te la cedo, creerán que tenían razón sobre mí.

Finn mira incómodo la ropa de Måns, antes lujosa y ahora manchada y gastada.

—No estoy hecho para quedarme quieto mientras otros trabajan. Dame algo que hacer.

—Tráeme unas ramas de abedul y luego me ayudas a lavarme el pelo.

Finn obedece.

Al paso de los días va encontrando sus propias ocupaciones: busca un sitio donde dormir, prepara la cena, mantiene la lumbre encendida. Cada tarde hierve hojas de abedul en un balde con agua y piedras calientes; cubre el borde con una tela y ayuda a Måns a

reclinarse. Luego le lava el pelo y le deshace los nudos mientras el otro cierra los ojos, rendido.

Ambos se van integrando entre los jinetes de la vanguardia. El recelo inicial ha dado paso a la indiferencia. Como el dinero no siempre sirve —muchos prefieren el trueque—, cuando Finn consigue carne o pan lo comparten en la hoguera y así ganan voluntades. Pero lo que más cuenta es lo que todos ven: Måns saliendo exhausto de la cuadra mientras los demás descansan, y al día siguiente Engelbrekt cabalgando en un *Tizón* espléndido, limpio, enjaezado, con la crin y la cola trenzadas.

Västerås está cerca. Måns se levanta antes del alba, bebe agua para despertarse pronto, va a buscar a *Tizón* y lo entrega preparado. Finn ya tiene listos los otros caballos. Juntos se adelantan por el camino Real, que a menudo se ensancha hasta los diez codos que marca la ley, y hacen apartar los carros que vienen de frente. Detrás, el ejército acelera: cada día recorren más leguas. Y cada tarde la misma rutina: establo, caballo, trabajo hasta bien entrada la noche. Es agotador, pero da fruto: *Tizón* se deja hacer cada vez más, y su belleza aumenta. Måns tararea mientras el corazón del animal late tranquilo bajo sus manos.

Una voz lo sobresalta:

—No esperaba encontrarte aquí a estas horas.

Casi se le cae el cepillo. En el umbral, Engelbrekt Engelbrektsson. Se agacha, pasa bajo la puerta y se acerca a *Tizón*. Le acaricia el cuello, le ofrece una golosina. El animal se le arrima, confiado, y Måns retrocede en silencio.

—A veces me gusta venir a ver a *Tizón*. Es fácil cansarse de la compañía humana. Paso el día oyendo hablar, o hablando yo mismo

hasta quedarme ronco.

—¿Quieres que me vaya?

Engelbrekt niega con la cabeza.

—No estaré mucho rato.

Abraza a *Tizón*, le rasca tras las orejas, le acaricia el hocico. Con los ojos cerrados, se deja llevar por ese lenguaje de resoplidos y chasquidos que sólo jinetes y caballos entienden. Cuando vuelve a abrir los ojos, clava la mirada en Måns.

—Pasado mañana llegaremos a Västerås.

—Eso me han dicho.

—¿Has visto alguna vez una batalla, Måns Bengtsson?

—No —reconoce Måns con las mejillas ardiendo. Se le escapa una pregunta—: ¿Y tú?

Engelbrekt lo observa en silencio. Luego acaricia una última vez a *Tizón* y se aparta.

—Soy de linaje noble, como tú, pero sin criados que hicieran el trabajo en mi lugar. Cabalgué con los hombres del rey Erico en Schleswig. Fue un caos: gritos, confusión, lanzas que podían herir lo mismo a un amigo que a un enemigo. Sólo pensábamos en sobrevivir. Los jefes repetían sin descanso que había que matar hasta al último hombre, pero nunca lo conseguimos: siempre llegaban más. —Suspira—. Cuando terminó aquella campaña, no quería ver a más hombres morir desangrados en charcos de lodo y mierda. Bajé al sur, donde pensé que sabrían guerrear mejor. No me equivoqué: me uní a la cruzada contra Jan Hus. Asediamos Domazlice. Los refuerzos husitas eran seis mil. Muchos de los nuestros huyeron nada más oír su grito de guerra. Los demás resistieron, confiados en que Juana de Arco vendría con san Miguel a

rescatarnos, pero ya había muerto en la hoguera. En su lugar, llegaron ellos: una tormenta de escudos, hombres sin miedo, con espuma en la boca, convencidos de que morir era subir al cielo. Traían artillería de fuego: tubos de hierro que disparaban plomo con estruendo y reducían a un hombre en un instante. Y carros blindados que se cerraban en círculo para dar cobertura. Nos pasaron por encima como a un campo de espigas maduras. Pocos salieron con vida: yo fui uno. —Hace una pausa—. Pero no regresé con las manos vacías, Måns Bengtsson. —Deja que el silencio pese en la cuadra—. De Bohemia traje el secreto de la guerra. Si tienes paciencia y nos sigues pasado mañana, verás cómo los montañeses toman un castillo.

Le da una palmada a *Tizón* y se marcha sin despedirse.

53

A Brita se le multiplican las tareas cada día. Su madre se levanta por las mañanas, pero se mueve con desgana, y a mediodía ya desaparece: primero se sienta un rato aparte, donde la puedan ver; luego, cuando alguien la busca, su puerta está cerrada.

Ella ha dejado de llamarla: tiene claro que no obtendrá respuesta. Quisiera pensar que duerme, pero sabe bien que simplemente no quiere estar allí.

Por las tardes cena sola, rodeada de una servidumbre que le sobra. No soporta tanta atención, tantas miradas, y en cuanto puede se encierra también en su habitación.

Las cuentas de Göksholm ya no caben en el despacho de su padre y acaban sobre su mesa. Se acerca la cosecha, la época más intensa del año, y aunque las herramientas se guardaron con cuidado, el invierno las ha deteriorado: el cuero está roído, el hierro, oxidado. Hay que repararlo todo, o comprarlo nuevo, y nunca hay dinero que baste. La servidumbre llega con preguntas, y ella casi nunca tiene respuesta. Simplemente toma nota, y aplaza las decisiones. Nota las mismas miradas que cuando hubo que sacrificar al buey. No la condenan, pero confirman lo que ella misma teme: que no está a la altura.

Se queda despierta hasta muy tarde. El cansancio no basta: las dudas sin resolver la asaltan en el duermevela y la despiertan de golpe. Y al día siguiente, peor.

Una noche, otra cosa la arranca del sueño: siente un peso encima, a alguien sentado sobre ella en la oscuridad. Piensa que es un error, que alguien se ha metido en su cama pensando que estaba vacía. Pero intenta moverse y comprende que no: aquella presencia sigue allí. La aplasta adrede. Intenta gritar, pero la voz no le sale; apenas puede mover los labios. Reúne fuerzas y levanta los brazos para empujar... pero no toca a nadie. Está sola.

Al cabo logra incorporarse, abrazarse a sí misma, recuperar el aire. El corazón le late con violencia, suda frío. Poco a poco distingue los muebles en la penumbra: la silla, la mesa. No hay nadie. Se echa a llorar. No entiende qué ha pasado.

Cuando consigue ponerse en pie, va al cuarto de su madre. Sabe el camino de memoria. Abre la puerta en silencio y entra de puntillas.

—¿Madre?

Nadie responde. Nadie respira. Las sábanas están frías. Corre al cuarto de su padre: también vacío. Aunque es una noche templada, tiembla. Del abandono nace el miedo, y va de un aposento a otro hasta llegar al de Måns. Allí encuentra a Stina, de león y flor de lis, acostada en la cama de su hijo con la cara hundida en las sábanas que aún guardan su olor. Duerme tan profundamente que no despierta ni cuando ella se tiende a su lado.

Se queda despierta hasta el alba, cuando por fin se calma y vuelve a su habitación. Ya teme la siguiente noche. Tiene que hacer algo.

54

Nils Stensson disfruta del camino libre. Nota el viento en el pelo, el sol en la cara y la promesa de horizontes abiertos. Cabalga hacia el sur con las riendas sueltas. El caballo es joven y sano, igual que él. Apenas se cruza con gente, y se divierte con la impresión que causa: un jinete siempre obliga a apartarse. Lo saludan con cautela, sin saber si es burgués, hombre del rey o de la Iglesia. Viste con discreción, pero el porte y la montura hablan por él.

El camino está gastado por siglos de pasos. De vez en cuando aparece una iglesia modesta, con techos bajos y bancos apretados. Las aldeas que la rodean son pobres: casas ruinosas, vigas hundidas como si un gigante hubiese usado las cumbreras de asiento. Al mediodía calma el hambre con pan y manzanas ácidas; bebe de un odre que se entibia poco a poco, aunque lo mantenga a la sombra.

Al caer la tarde llega a Kumla, más grande, con una iglesia más esbelta y una torre de piedra. No tarda en encontrar la casa del párroco. Él no está, pero el ama de llaves, al oír su nombre, le abre las puertas, lo sienta a la mesa y hace que lo atiendan como a un señor. La carne es tierna y bien especiada, la cerveza excelente, el pan aceptable. Come a placer, pide otra jarra y se abandona al descanso tras la jornada de caballo.

Una de las criadas que le sirve es rubia y bonita. Le pregunta su nombre («Lovisa»), y por un momento se imagina llevársela a la cama.

Cuando termina de comer, manda llamar al ama de llaves. La deja sudar bajo su mirada antes de hablar.

—Dime, ¿hospedasteis este verano a un eclesiástico que venía del norte rumbo a Linköping? Se llamada Olof Jönsson.

Ella asiente.

—Nos dijo que era un enviado del obispo Knut.

—Descríbemelo.

La mujer abre los ojos, como si le pidiera lo imposible. Al fin, con gesto de impotencia, señala la puerta.

—Pregúntale mejor a Lovisa. Ella...

—¿La criada? ¿La rubita menuda? ¿El tal Jönsson se la llevó a la cama? —Ríe por lo bajo—. Qué buen ojo. Y alguno de los mozos se encargaría de su caballo, ¿no? Que vengan ambos: la criada y el mozo.

Nils espera, llenando su jarra una vez y otra. Por fin entran: la muchacha hace una reverencia, el mozo inclina torpemente la cabeza. Los dos se quedan de pie con las manos juntas delante y los ojos clavados en el suelo.

—Lovisa, ¡así que compartes cama con los huéspedes de la casa! ¿Tenía algo de memorable Olof Jönsson? Aunque supongo que te dijo que se llamaba Olaus Jonae, ¿no? Un poco de latín siempre ayuda a conquistar a las muchachas.

La sangre le sube a las mejillas, y su silencio, tanto como su vergüenza, bastan como respuesta. Nils la exprime con preguntas hasta sacarle todo cuanto puede: cómo vestía y hablaba el enviado

del obispo, su cabello claro con flequillo, la cicatriz en el hombro, la marca de nacimiento en la cadera, incluso cómo gemía en la cama y hacia qué lado se curvaba su virilidad. Cuando ya no le queda nada más por arrancar, pasa al mozo, y pronto sabe del caballo tanto como del jinete: el pelaje, la alzada, el temperamento, las bridas y las alforjas.

Satisfecho, los despide y los ve salir cabizbajos. Vuelve a llenarse la jarra y, apenas se cierra la puerta, suelta una carcajada que le arranca lágrimas. Se imagina al párroco regresando a un hogar envenenado por silencios y ríe más fuerte, ríe hasta que le duele la barriga.

55

Måns sale de las caballerizas más tarde de lo habitual. *Tizón* está saciado y reluciente; él, en cambio, hambriento y cansado. El frescor de la noche lo reconforta tras la faena. Al día siguiente, Västerås, y luego un destino incierto: no quiere que lo sorprenda sin estar preparado, si de él depende. Por eso ha alargado la jornada. Nadie que comande un ejército debería avergonzarse de su montura. Ahora *Tizón* se entrega al breve sueño de los caballos sobre la paja que él le ha preparado. Se retira sin hacer ruido, sabiendo lo fácil que es despertarlo y lo malhumorado que se pone.

Alguien lo espera. Primero cree que es Finn. Levanta la antorcha improvisada que le han prestado: un cuerno en el que brilla una astilla embebida en sebo. La luz revela al mismo hombre que lo señaló el otro día desde el banco: pelo y ojos negros, en los que brilla un odio sin disimulo.

—Tú no engañas a nadie. Cualquiera que tenga ojos puede verte tal como eres.

Måns calla y ese silencio basta para irritar al otro, que avanza un paso y se endereza abriendo el pecho y los brazos, haciéndose grande para intimidar.

—¿Te crees que Engelbrekt es un idiota y los que lo seguimos aún más? El alzamiento está en marcha. Dentro de poco todos los

grandes señores correrán a ponerse bajo nuestras banderas, pisoteándose entre ellos por figurar más cerca, como siempre. Tu linaje es viejo y astuto: por eso te han enviado a ti. No vienen en masa, mandan a un muchacho: una navaja que se abre paso donde no cabe una espada. Todo esto huele a Nils Stensson, ¿me equivoco? Yo lo vi con Engelbrekt, estuve cerca cuando hablaron por primera vez. Tiene una lengua de plata, pero bífida desde la punta hasta la raíz. —Señala las caballerizas—. Que sepas limpiar caballos no cambia nada. Dime, Måns Bengtsson, ¿en qué se distinguen tu padre y tu abuelo de los daneses y alemanes que hoy matan de hambre al pueblo? Sólo en el idioma. Vosotros sólo queréis lo mismo que ellos: ocupar el sitio de quien manda ahora. Sois sanguijuelas, y no pararéis hasta sorber la última gota de sangre.

Måns se esfuerza por mantener firme la voz:

—Tú sabes mi nombre, pero yo no conozco el tuyo.

El otro ríe con amargura.

—¡Nombres! Tú eres Måns, tu padre es Bengt, el suyo fue Sten. Escudo partido en oro y azul. El nombre es lo único que tienes, porque sin él no eres nada. Para mí las estirpes no valen, la tuya menos que ninguna. Sois una plaga en estos campos desde hace generaciones: rapiña, rentas, despojo. Todo bajo la máscara de ley y tradición. Creéis que os basta con la fuerza del enemigo de vuestro enemigo. Pues no: tenemos la nuestra. Con Engelbrekt, el mundo se refundará.

Avanza otro paso y Måns vuelve ligeramente la cara porque su aliento le golpea la cara.

—Soy Erik Puke, y te digo que te vayas. Monta esta misma noche, vuelve a Göksholm y quédate allí mientras dure la tormenta. No eres

uno de nosotros. Nunca lo serás. Cuando vuelen flechas y choquen las espadas, te mearás en los calzones y llamarás a gritos a tu madre, pero nadie te oirá, nadie irá a ayudarte. Morderás el polvo bajo una piedra o el casco de un caballo. Y después no habrá honores, sólo una fosa común. ¿Por qué morir como mozo de cuadra, si has nacido para señor de castillo?

¿Es una prueba?, se pregunta Måns. ¿Palabras dictadas por Engelbrekt para tantearlo? No: la cólera de Puke es demasiado auténtica. ¿De dónde viene ese odio contra su linaje? Hace memoria para ver si existe alguna conexión familiar, rivalidad heredada o asunto de sangre que lo explique, pero no encuentra nada.

Un resoplido lo saca de sus cavilaciones. *Tizón*, inquieto, asoma la cabeza. Lo olisquea y apoya el hocico en su cuello: reclama una golosina. Ya no está solo. Agradecido, acaricia el morro del caballo: aunque sólo sea mozo de cuadra, lo es de Engelbrekt, y está bajo su amparo. Alza la vista hacia Puke y asiente.

—Creía que no tenía amigos, pero parece que mi vida te importa lo bastante como para desvelarte esta noche. Te agradezco el consejo.

La mano de Puke se alza, crispada de ira. Pero se congela en el aire: Finn aparece entre los árboles con la daga en el costado. Silencio. Al cabo, Puke baja la mano.

—Un caballo y un perro faldero. Eso es lo único que tienes. Veremos cuánto te duran.

Dos pasos atrás, y vuelve a fundirse en la noche.

Finn lo sigue a cierta distancia. El perfil de Puke se recorta apenas contra el resplandor del horizonte. Cuando se han alejado de las cuadras, acelera y lo alcanza.

—Eh, tú.

Puke se gira, callado. Finn se aproxima hasta quedar a un paso de él. Habla bajo, firme:

—Acércate otra vez a él y lo pagarás caro.

Puke suelta una carcajada.

—¿Me amenazas en mi propio campamento? Tú no sabes quién soy.

Finn da ese último paso. Siente el aliento del otro, ve el destello en sus ojos.

—Me da igual tu nombre, y también quién venga a socorrerte.

No espera réplica. La ira le nubla la mente. Lo agarra por el cuello de la camisa, tira de él y le asesta un cabezazo: frente dura contra nariz blanda. El chasquido húmedo basta: Puke se desploma hacia atrás como un tronco recién cortado. La sangre le brota a borbotones.

—Ahora ve y cuenta lo que quieras —murmura Finn—. Que viniste a increpar a un mozo de cuadra y te respondió su criado, o que tropezaste y diste con la cara en una rama. A ver quién te cree.

Se ajusta la boina para tapar la marca en la frente y se aleja sin mirar atrás.

56

Askersund es más pequeño que Kumla. Aun así, Nils Stensson encuentra una posada. Es pobre y de techo bajo, pero dentro no hace frío y dan de beber.

La tarde va cayendo, la gente sigue aún en el campo o en el bosque, ocupada en sus faenas mientras dura la luz. El posadero no oculta su fastidio: no le apetece atender a un solo huésped, pero ve que Nils no es un hombre cualquiera y no se atreve a pedirle que se marche.

Él simplemente no le hace caso: bebe y come bien, paga en moneda sonante. Luego pide dos jarras a la vez, le ofrece una al posadero, deja una pieza de plata sobre la mesa y empieza a preguntar: describe al hombre, describe el caballo. Ve cómo el posadero alarga la mano y recoge la moneda antes de responder:

—Claro que me acuerdo. Pero el nombre que me dio no fue el que dices: se hacía llamar Olaus Jonae. Llegó con un caballo cojo, igual al que has descrito. Había pisado mal una raíz cerca del límite de la parroquia. Me preguntó dónde podía conseguir otro. Eso es lo que recuerdo.

Nils deja otra moneda en el sitio de la anterior.

—¿Y qué le contestaste?

—Sólo hay un granjero en la zona con recursos para resolver un problema así: Karl en Vallen. Tu Olof seguramente quería un intercambio y algo de dinero, pero Karl es un zorro viejo: le sacaría provecho incluso al mismo demonio. Seguro que apretó la pata herida, le dictó sentencia de muerte al animal y se ofreció a pagar un par de monedas por la carne. Así que Olof volvió aquí doblado bajo el peso de sus alforjas y terminó quedándose cuatro noches. Buscaba transporte hacia el sur, pero no tuvo suerte, y cada vez estaba más impaciente. Nadie tenía sitio en la carreta ni caballos a la venta. A falta de otra cosa, intentó buscar un compañero con quien compartir la carga, demasiado pesada para él solo. —El posadero le ha cogido gusto a hablar y se levanta para llenar las jarras de nuevo sin pedir nada a cambio—. Yo mismo lo oí probar con uno y otro. Al principio iba con halagos, pero no le servían de nada. Después cambió de táctica: empezó a advertir de Tor el Extraviado, un temible salteador que ronda por Tiveden y no sólo roba a los viajeros solitarios sino que les corta la nariz y las vergüenzas. Alguno debió de morder el anzuelo, porque ya no se quedó una quinta noche.

Una visita a Karl en Vallen confirma lo contado. En el cercado pasta el caballo que el mozo del cura describió: un pío robusto y rechoncho, cara castaña y lomo claro, la cruz a diez palmos del suelo. Ya no cojea. El granjero ha hecho un buen negocio gracias a su astucia, a sus artes de veterinario y a que Olof Jönsson no entendía de caballos. Nils decide exigirle todo el dinero de la venta, no porque lo necesite, sino por justicia, por darse el gusto y porque puede hacerlo.

57

En las afueras de la ciudad, los árboles crecen más ralos y los caminos se ensanchan. Måns contempla Västerås por segunda vez: la primera fue al llegar del sur y desde el agua; ahora, desde el norte y en tierra firme. La ciudad es la misma. Ve el campanario de la catedral y la muralla del castillo, y nota que el corazón le da un vuelco. Ambos se yerguen con orgullo, con la suficiente alteza como para disuadir a cualquiera que venga con malas intenciones. Recuerda el alemán exaltado de Hans y la traducción de Melker Göts: el castillo no se puede tomar con la violencia de que es capaz la plebe. Ante la imagen que tiene ahora delante, esas palabras le parecen inequívocas.

Pero algo ocurre: al otro lado del llano que se abre frente a la ciudad, la fila se cierra. Mientras marchaban, extendidos en línea a lo largo del camino desde Laglösaköping, era imposible calcular el tamaño del ejército; ahora, en cambio, afluyen gentes desde cada sendero del bosque y sus alrededores, y en el camino real no queda ni un palmo de suelo libre. Intenta contarlos, pero es imposible: puede que un centenar de personas se apelotonen en cada espacio diminuto. Si en todas partes la densidad es la misma, el campo ya alberga varios miles, y siguen llegando más. Desde pequeño ha oído la historia de la gran muerte que llegó del sur y despobló las aldeas,

dejó las casas vacías y el país desierto, pero ante él hay más hombres y mujeres de los que jamás pensó que existieran en todo el reino. Cada aldea del camino se habrá sumado al grito de los montañeses y a la marcha. Ha visto antes a la gente reunida, en la misa y en los días de mercado en Örebro, pero esto es otra cosa: una sola criatura hecha de muchas, unidas por un mismo propósito.

Han descansado en una cuesta, esperando al mediodía, pero ahora una onda recorre la fila: ruido de arneses y de pies que golpean el suelo. Ha llegado la hora. Él hace como los demás: tensa la silla y acomoda las riendas. Entre la muchedumbre aparece Harald Esbjörnsson, al que no había vuelto a ver desde que se separaron junto a las ruinas de Köpingshus. Se acerca y lo saluda con un gesto de cabeza.

—Hola, Måns Bengtsson. Veo que encontraste a Engelbrekt. Alabado sea Dios.

Él tiene la garganta seca y no logra emitir sonido alguno, pero Harald no espera respuesta: da un paso más y le pasa un trozo de carbón por las mejilla. Después, hace lo mismo en su propio rostro.

Måns ve que el resto de los montañeses a su alrededor hacen lo mismo.

—El carbón no viene de la mina, pero podría haber venido de allí, porque la leña es la misma aquí que allá. Si piensas estar con nosotros bajo el parapeto, conviene que se vea claro con quienes estás.

Acto seguido, pies en los estribos. Todos montan. La vanguardia se pone en marcha. Måns debe esperar un buen rato hasta que le llega el turno. Poco a poco descienden por la cuesta y se internan

entre los que van a pie; la multitud abre sus filas para dejarles paso. Los gritos empiezan, rítmicos:

—¡Engelbrekt! ¡Engelbrekt!

Delante de él, el castillo se empequeñece a medida que se acercan. Los muros parecen más bajos; la defensa, más débil. Juntos son demasiados, más de los que nadie podría resistir. Son un gigante que avanza a zancadas de siete leguas. Cada vez más cerca.

—¡Engelbrekt! —Oye gritar.

Se vuelve y ve a Finn. Con sorpresa, se da cuenta de que ha sido él quien ha levantado la voz. Cruzan el llano en dirección al castillo, que se acurruca en el rincón donde el río desemboca en el lago, listo para caer por las rocas con un simple manotazo. La cresta del muro parece desierta: no llueven flechas ni piedras sobre las filas. A diez brazas de las puertas hacen alto, pero el empuje de la retaguardia los obliga a avanzar un poco más.

Él ha quedado cerca de Engelbrekt, y alcanza a ver su blasón en el escudo de madera: un triángulo de medias flores de lis. Está inmóvil sobre *Tizón*, sereno y callado, indiferente a cuantos lo rodean y estiran los brazos hacia él, impasible a sus demandas. Él recorre el tumulto con la mirada y nota que, por más que se agiten, todos los ojos vuelven siempre a Engelbrekt, como radios que apuntan al centro del círculo.

En la bóveda de la iglesia de Mellösa está pintada la rueda de la fortuna, que muestra el trayecto de cada ser bajo la voluntad de Dios: nace pequeño y escuálido en lo más bajo, asciende paso a paso, alcanza por un instante la cima y luego engorda con los dones de la vida hasta que su propio peso vuelve a poner en movimiento la rueda y lo hace descender; el eje cruje mientras otra figura sube al

otro lado hasta ocupar el lugar que él ha dejado hace un momento. En el prado, esa imagen cobra pleno sentido: Engelbrekt es el eje de esa rueda que marca la suerte de todos.

La fuerza que lo rodea, tan vasta como extraña, causa maravilla. Måns siente que el aire se espesa a su alrededor, el vello se le eriza en los brazos y la nuca. Se pregunta: ¿será que esto brota de Engelbrekt cual agua de manantial que calma la sed? ¿O es la multitud quien lo genera y usa al caudillo como instrumento? Ambas cosas parecen igualmente ciertas. Le acaricia el cuello a su yegua y le susurra palabras de sosiego al oído.

Unos ayudan a un montañés a erguirse sobre la silla de su caballo; lo sostienen de las piernas mientras otros tranquilizan al animal. El hombre levanta los brazos hasta que se hace el silencio. Su voz es poderosa, su grito resuena por los alrededores:

—¡Engelbrekt!

Todos responden a coro:

—¡Engelbrekt!

Nueve veces retumba ese nombre antes de que el tipo se detenga finalmente y vuelva cabalgando a filas. Todos permanecen callados, y el silencio resulta sobrecogedor tras el griterío que lo ha precedido. Aguardan a saber qué. Entonces se oye el chirriar de los cerrojos, los travesaños que se descuelgan de sus herrajes, el lamento de las bisagras bajo el peso de los tablones de roble.

Entre las grandes puertas, con un soldado a cada lado, aparece Melker Göts, pálido como si la batalla ya estuviese perdida y la última gota de sangre, derramada. Alrededor de Engelbrekt se abre espacio para que Göts pueda acercarse y tenderle el pesado manojo de llaves. Pero Engelbrekt no tiene intención de desmontar, y cuando

el ayudante del conde se da cuenta, se esfuerza en mantener la compostura y le entrega las llaves desde el suelo. Luego inclina la cabeza y se retira. Los hombres de Engelbrekt se apresuran a abrir un pasillo hacia el lago, donde ya aguarda un barco atracado.

Entonces, en el portal aparecen a caballo el conde Hans von Eberstein y su esposa. Ella, con el rostro oculto tras un velo, vuelve la vista hacia lo alto del muro, hacia el hogar que abandonan, con desprecio en los ojos. Los sigue la servidumbre. La apariencia del conde impone: en su manto y sus ropajes refulgen los hilos de oro, lleva el cuello erguido y la barbilla en alto, como si su cabalgata no fuese más que un paseo para lucir la prestancia de su montura y mostrar a la plebe su superioridad. Pero tiene que pasar junto a Engelbrekt, y allí un montañés se adelanta y frena el caballo agarrándolo del bocado.

Hans von Eberstein y Engelbrekt cruzan miradas, como iguales, apenas un instante. Luego, el conde hace lo que toca: baja la vista y flexiona el cuello en lo que puede tomarse por una reverencia. Apenas inclina un palmo la barbilla que antes llevaba tan alta, pero basta, y todos lo ven: es el gesto de un mundo que se desmorona.

El júbilo estalla. Empieza por los más cercanos y corre como una ola hacia las últimas filas. Con el rostro encendido como una llama, el conde clava los talones en los costados de su caballo y lo lanza al trote hacia el lago. El séquito lo sigue, entre mofas y abucheos de la multitud. Tras ellos, el pasillo vuelve a cerrarse.

Cuando los caballos giran para buscar su lugar, Engelbrekt vuelve a quedar cerca de Måns.

—Ahora ya has visto cómo hacen los montañeses para tomar un castillo —le dice mientras sus ojos azules refulgen.

58

Los árboles flanquean el camino de Nils Stensson tras vadear el río en Åmmeberg, donde un molino solitario moja su rueda como último bastión de la humanidad. Más allá, la tierra se vuelve salvaje. Las sombras de las ramas zumban de mosquitos y otros insectos; Nils pasa un largo rato espantándolos con aspavientos hasta que, resignado, se contenta con soplar a los que se le arriman demasiado. Su caballo padece lo mismo: sacude la crin, azota el aire con la cola en vano.

Cuando el sendero sube lo bastante para que el viento acaricie su cara, se detiene e intenta abarcar con la vista la extensión del bosque, pero es inútil: se pierde en todas direcciones. Un olor a rancio le llega de algún charco podrido. El estómago se le encoge. Ansioso por dejar atrás aquel lugar, pica al caballo y lo apremia al trote.

Motala, por fin. Donde antes no había nadie, ahora bullen gentes. Atraviesa la parte norte y cruza el río por el vado pedregoso. Afloja las riendas para que el caballo beba y refresque los cascos mientras él agradece la brisa que le seca la túnica empapada.

Repuesto, sigue el sol hacia el oeste, en dirección al campanario. Allí se alza una finca del obispado, una de tantas que han caído en manos de su tío, y él ya saborea la idea de anunciarse en el umbral,

reclamar comida y, con suerte, una cama blanda. Pero primero prueba en la iglesia: tal vez esta vez sí encuentre al sacerdote. La suerte lo acompaña. En el pórtico se cruza con un clérigo bajo y regordete, ya vestido para marcharse a casa.

Se deja bendecir y luego dice su nombre seguido del de su tío, que es la llave maestra: basta oírlo para que lo colmen de atenciones. Deja que el cura parlotee un rato y luego levanta la mano:

—Olof Jönsson.

El otro calla en seco. Se pone en alerta y arquea una ceja inquisitiva.

—¿No sabes quién es?

El cura niega con la cabeza, agitando la papada. Pero de pronto comprende y se le enciende el rostro.

—Ah, ¡Olaus Jonae! Claro, claro. Me dijeron que debía esperarlo para San Juan, pero aún no ha llegado.

—Venga, padre, demos un paseo.

Caminan entre las tumbas del atrio.

—¿Cuánto dinero cree que llevaría consigo?

El otro se seca el sudor.

—Mucho, si lo que iba a recaudar aquí sirve como referencia.

—¿Y eso cuánto era?

El cura vacila. Calcula cuánto puede rebajar la cifra sin delatar la tajada que pensaba quedarse.

—En dinero contante, veinte marcos y algo más. El obispo tendrá motivos para estar satisfecho.

—¿Y la gente, no se quejaba por tener que pagar?

—Todo el mundo está contento. Saben que las cosas del alma son mucho más importantes que el cuerpo.

Nils reprime la impaciencia. Quiere saber más, pero el hambre y el cansancio le traban la lengua. Se arriesga:

—Perdone, padre, pero nunca he entendido a qué responden esos pagos. Le agradeceré que me lo explique.

El cura se queda helado.

—Se hace tarde, y me esperan en una casa —responde—. Vuelva mañana y le explicaré todo lo que quiera con gusto.

Claro: al volver encontrará la iglesia cerrada y al cura escondido como una rata hasta que le confirmen que ha abandonado el pueblo. Finge un bostezo.

—Como quiera, padre. No tengo prisa.

De camino hacia la verja a través del cementerio, pasan junto a una fosa abierta con una lápida de piedra preparada a un lado, y entonces él actúa: una zancadilla precisa y un empellón de cadera bastan. El sacerdote se va de bruces al hoyo con todo su peso. Es demasiado profundo para que pueda salir sin ayuda. Él se asegura de que no haya nadie alrededor y se sienta en una lápida a escuchar las súplicas que suben del fondo. Luego se levanta y acerca la lápida arrastrándola. Le cuesta, pero acaba poniéndola de canto junto al borde. El cura alza las manos regordetas en un gesto inútil.

—¿Me explicas lo que te he pedido o te dejo caer esta cosa sobre la cabeza? No creo que nadie te eche de menos. En invierno se reirán al calor del fuego: «Nuestro cura, tan bonachón, tropezó en el cementerio y cayó en una tumba con tan mala suerte que la lápida se deslizó y le partió el cráneo.»

Desde el fondo de la fosa se levanta una voz ronca y vencida:

—Se trata de indulgencias.

—¿Qué?

—Son cartas de indulgencia. En el sur existen hace tiempo, con la aprobación del papa. Aquí aún no habían llegado.

—¿Y para qué demonios sirven?

—Son un contrato con Dios: el pecador compra el perdón con dinero, en vez de tener que hacer penitencia.

Nils queda mudo. La idea lo golpea como agua helada. Calcula: a cada alma se le ofrece librarse de días de sacrificio, ayuno y miedo. Si la Iglesia es lista —y lo es— admitirá pagos a plazos. Beneficio puro, sin coste, porque el precepto divino obliga a los hombres, no a Dios. Pobres y ricos, todos pagarán. Su tío podrá hundir las manos en los cofres hasta el codo y aún sobrará para dorar iglesias.

Su silencio aterra al cura, que intenta recobrar autoridad:

—El obispo envió a Olaus Jonae al norte con las cartas, para que se copiaran en cada iglesia. Fue tan lejos como llega la luz del Señor, y de vuelta iba recogiendo el dinero ya reunido.

Nils silba bajito.

—Más del que Knut jamás soñó, y sé que suele soñar en grande —comenta.

—Como he dicho antes: si mi parroquia sirve de ejemplo, probablemente sí.

—Es un peligro viajar con semejante tesoro. Estuvo en Askersund, pero aquí ya nunca apareció.

—¿Y si se quedó el tesoro?

—Lo dudo, por cómo actuó en Askersund. Lo que no entiendo es por qué tanto secreto, si todo el mundo acabará sabiendo qué es este asunto de las indulgencias.

El cura tiembla.

—Las órdenes del obispo eran que no les contáramos nada a los grandes señores. Supongo que el obispo quiere que esto eche raíces entre la plebe en primer lugar. Cuando aprendan que los pecados se compran con dinero, ya será tarde. De otro modo, muchos habrían frenado la Iglesia antes de que creciera demasiado. —Luego, con voz esperanzada—: ¿Le gustaría ver una de las cartas? Si me ayuda a salir, le mostraré la copia que guardamos.

—No hace falta. Ya me la imagino. ¿Lleva el sello de Knut?

—Sí, Jonae traía un sello con el escudo y lo estampaba en cada carta.

Nils medita un instante. Después, aparta la losa y la deja caer sobre la tierra.

—Ya tengo lo que quería. Te agradezco la sinceridad.

—¿Ni una cuerda, ni una escalera?

Él se pone en pie.

—Me cuesta entender que uno vea un papel así y su fe no se resquebraje. Ganaréis mucho hoy, y mañana seguramente más; pero quizá el obispo esté sembrando tempestades. Te haré este favor: pasa aquí dentro esta noche y reza. Tal vez encuentres a Dios entre paredes de tierra más fácilmente que bajo tus bóvedas encaladas. Incluso podrías decir una misa por el obispo Knut: le hará falta ahora que cree rozar las puertas del paraíso.

Desde abajo se oye un suspiro.

—Como su merced disponga.

59

Todos desmontan. El alivio es enorme entre los montañeses: se dan palmadas en los hombros y sonríen —en sus rostros tiznados, los dientes relucen como puñales en la noche—. Están en el mismo lugar que un año atrás. Entonces, éste fue el final del camino: el Consejo, en nombre del rey, hizo promesas suficientes para negociar una retirada, aunque luego no se cumplieron. Nadie se atreve aún a cruzar la bóveda de la puerta, como si intuyeran que al otro lado empieza un destino más grande de lo imaginable. Västerås no es Köping ni Borganäs, ni un fuerte improvisado de troncos y piedras en tierras agrestes: es un castillo en plena ciudad, uno de los grandes del reino, el último bastión del poder real en el norte. Aquí llegan todos los tributos y aranceles para que el delegado se quede con su parte antes de enviar el resto hacia Estocolmo y Copenhague, a costear guerras lejanas.

Instado por los suyos, Engelbrekt se adelanta unos pasos, pero enseguida queda inmóvil, con la cabeza hundida entre los hombros como si llevara sobre la nuca todo el peso de la muralla. Nadie se mueve; la duda flota en el aire: quizá éste sea el punto donde su determinación se quiebre y aún pueda volver atrás. Entonces alza la cabeza y avanza con paso firme. Cruza el umbral y, en ese instante,

ya es señor del castillo. Los vítores estallan como un trueno, un júbilo que parece infinito.

Finn se vuelve hacia Måns, curioso por ver su reacción. Pero lo que descubre no es alegría, sino preocupación, casi pánico.

—¿Qué ocurre?

—Hebbla Albrektsdotter —responde Måns, y a continuación sale corriendo, esquiva a los que se apiñan en las puertas y alcanza a Engelbrekt.

—Mi señor, una palabra rápida.

Engelbrekt no responde, ni parece oírlo. Mira sin ver. La respiración se le agita, las mejillas se le enrojecen. En su semblante hay admiración, pero también temor. Måns le toma el brazo y lo siente rígido como un palo. Lo sacude y Engelbrekt parpadea como un sonámbulo al que despiertan.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—El conde Eberstein tenía a su hijastra bajo custodia. No la he visto salir con el séquito.

—¿Y?

—Temo que algo le haya ocurrido.

Ya se acercan otros: Erik Puke con su nariz torcida y gesto hosco, acompañado de un hombre mayor de barba blanca que le pone una mano tranquilizadora en el hombro. Engelbrekt se frota las mejillas tiznadas y toma una decisión.

—Mal comienzo sería que nos culparan de la desgracia de una niña. Adelántate y lleva contigo a tu paje. El castillo está abierto, como pactamos ayer.

Måns no responde. Con Finn tras él, sube corriendo las escaleras. Empuja la puerta entornada: dentro, cofres apilados bajo un libro de

cuentas, plata a raudales. No se detienen; pasan de largo.

60

—¡Madre!

Kari Sture hace un último esfuerzo por retener las cifras en la memoria antes de que se disipen: sabe que su hijo no se rendirá.

—¡Madre! —insiste el chiquillo, resopla y empuja el ábaco; las cuentas ruedan a un lado.

«Habrá que empezar de nuevo», piensa ella.

Debería enfadarse con Nils por la interrupción —él sabe que no debe hacerlo—, pero no puede.

El chico tiene siete años y es alto y muy delgado, a pesar de las delicias que ella le procura siempre que puede. Es consciente de su falta, pero cruza los brazos sin una pizca de arrepentimiento. Nunca se parece tanto a su abuelo como cuando decide salirse con la suya. Ella suelta una risa.

—Tienes una invitada.

En estos días de idas y venidas, de calma antes de la tormenta, no es raro.

—¿Y ahora quién es?

—Mi prima.

—¿Quién?

—Al menos eso me ha dicho.

Kari se apresura. A su alrededor, Ekhult se despliega en una hilera sinuosa de edificios anexos, un laberinto de troncos y listones que para ella es un recordatorio constante: mientras otras han parido diez hijos, ella sólo ha tenido uno... y no parece que vayan a llegar más.

La recién llegada es Brita Bengtsdotter, de Göksholm, y a ella se le eriza el vello de los brazos: las buenas nuevas pueden esperar, las malas siempre reclaman urgencia. Y la sola figura de Brita basta para despejar dudas: está demacrada, exhausta, cubierta del polvo del camino, sus ojos parecen llenos de inquietud. Ella la toma de las manos, la atrae hacia sí y la abraza. Por un instante desearía estar de nuevo ante sus cuentas, en ese mundo de cálculos a salvo de la malicia terrenal.

—Brita. ¿Qué ocurre? Habla.

Los labios de Brita se aprietan para contener el temblor y los ojos se le humedecen. Justamente a ella, que rara vez deja entrever sus emociones. Kari vuelve a abrazarla hasta que siente que se ha calmado y su respiración se ha hecho más serena. Entonces, ella le susurra apenas al oído:

—Algo le pasa a mi madre, y mi padre no está. No sé a dónde ha ido. No sé qué debo hacer.

Gracias a Dios: nadie ha muerto.

—Ven, siéntate. Cuéntamelo.

Dieciséis millas ha cabalgado Brita. Partió por la tarde y atravesó la noche estrellada para llegar con la mañana. Kari hace una mueca al pensar en esas horas a caballo, en lo que significa recorrer sola un

camino oscuro. Muchas cosas pueden sucederle a una mujer si se cruza con forajidos allí donde nadie ve ni oye nada.

Escucha lo que Brita le cuenta y suspira en silencio por la fragilidad de las criaturas nacidas en tierra firme. Ella es de otra pasta: se crió sobre cubiertas que se mecían con el oleaje y sus ojos han visto mucha cosas: ahogados, combates, el agua teñida de rojo cuando los marineros ensangrentados caían al mar. Todavía recuerda la toma de Visby por las fuerzas alemanas. Tenía entonces cuatro años. Recuerda las miradas vacías de sus compañeros de a bordo, las cabezas empaladas en fila desde la muralla hasta la playa. Muchos de aquellos hombres la habían llevado a caballito o le habían pasado dulces a escondidas; ahora la observaban sin verla, con reproche y envidia porque ella seguía con vida y a ellos se les había arrebatado. Esas miradas todavía vuelven en sueños, aunque ya no la alteran: aprendió pronto lo mal que pueden ir las cosas.

Quizá, con el tiempo, esa rama débil que también es ahora su familia aprenderá lo mismo. Puede que por eso Brita Bengtsdotter, que de tonta no tiene nada, parece leerle el pensamiento.

—Discúlpame por las molestias, por haber venido hasta aquí. Sé que a alguien como tú debo de parecerle ridícula, pero no tengo nadie más a quien acudir.

La que se avergüenza en realidad es ella. ¿No es acaso el bienestar de los seres queridos el único precio digno de cualquier sacrificio? Ojalá los que vengan detrás no tropiecen con los charcos de sangre que ella misma encontró en su camino. Le pone una mano en la mejilla a Brita intentando transmitir una ternura que nunca le sale fácil, pero lo hace torpemente. Prefiere cortar en seco y dar un consejo práctico:

—Hablé con tu madre en San Juan y ya entonces noté que no estaba en paz. Cargaba demasiado, sobre todo por la pérdida de la hijita de Mara, pero también por el peso de la edad. —No menciona a Måns. Sabe que ella también es culpable: la idea de enviarlo con Engelbrekt fue de Nils, pero éste habló primero con Bo, y ella comparte todas las decisiones de su marido. No había nadie mejor que ella para convencer a Stina. No mintió, pero habló pensando en el linaje, no en la verdad. Y Stina aceptó sin sospechar el precio. Ahora, al imaginar que alguien hubiera hecho lo mismo con su propio Nils, se ve a sí misma cabalgando hacia Göksholm con la daga en la mano. Sólo le queda una salida—: Tienes que darle a tu madre otra ocupación. Algo que la aparte de la pena. Algo que no sea Göksholm.

—Pero ¿qué? ¿Y dónde?

Kari se lleva la mano a la cara. Sabe que su consejo se queda corto: no tiene respuestas, sólo culpa. Y tampoco hallará sosiego hasta intentar deshacer lo que ella misma ha causado. Maldice en silencio, con palabras de sal y viento, como las que Sven Sture bramaba desde la proa de su barco.

Comparten una comida breve e incómoda, marcada por la sensación de no haber zanjado los asuntos. A Kari le cuesta hacer de anfitriona. Se culpa a sí misma mientras toquetea la comida, ve que Brita también deja el plato prácticamente intacto.

Brita Bengtsdotter no tarda en partir de nuevo. Recorre el mismo camino sobre un caballo prestado, inquieta por si su ausencia se nota en casa y causa alarma entre los siervos. Dieciséis millas más,

tras apenas unas horas de descanso. No quería compañía, pero Kari les ha ordenado a dos de sus mejores hombres que la sigan a suficiente distancia para no ser descubiertos, aunque lo bastante cerca para protegerla si es preciso. Y les advierte que los despellejará y los bañará en salmuera si no son capaces de mantener el ritmo de la muchacha.

61

El instinto guía a Nils Stensson de regreso por el mismo camino. Ahora la luz cae de otro modo: por la mañana le daba en la cara, al mediodía en la coronilla, al atardecer lo sigue a la espalda. Esta vez avanza despacio, deja al caballo ir al paso y observa los bordes del sendero, el estado de las ramas. Sabe adónde se dirige: la colina donde, en la ida, le alcanzó un vaho nauseabundo del bosque. Podía ser cualquier carroña —ciervo, alce, corzo—, pero el hedor delataba un cuerpo grande, del tamaño de un hombre o más.

A medida que avanza, la intranquilidad lo muerde. Busca con cuidado la cuesta que recordaba, desmonta y guía al caballo hasta la cima. Lo deja pastar en el trébol y se interna. El bosque es viejo, sombrío, y pronto pierde el rumbo. El suelo encharcado le traga las botas hasta las rodillas; a cada paso, los zapatos rezuman agua con un burbujeo burlón. Se maldice en silencio, cansado de buscar una aguja en un pajar de ramas y barro.

Entonces oye el viento en las copas, esta vez en la dirección correcta. Apresura el paso. El olor lo golpea sin aviso, dulzón y graso, un demonio invisible que le corta la respiración. Se encoge, con arcadas, pero se obliga a avanzar. El zumbido lo guía: un enjambre de moscas que zumba como un bordón. Los árboles se abren y aparece un roble enorme, con un círculo de tierra desnuda

bajo su copa. A su alrededor, el aire es un torbellino de insectos; cornejas negras levantan el vuelo y se posan más allá, vigilándolo.

Reza por encontrar una pezuña, cualquier resto de una bestia, pero lo que asoma es un pie calzado: un hombre yace allí desde hace días, hinchado y abierto en canal. La piel reventada desde dentro deja ver músculos grisáceos, la nariz y las orejas cercenadas, los pantalones desgarrados en torno a un pie; el vientre, hundido y devorado hasta mostrar las costillas tensas como un tambor.

Nils improvisa tapones de hojas para la nariz. Se acerca. Algo brilla en el cinturón. Alarga la mano y, tras dos intentos, arranca lo que buscaba: un sello de hierro. Entre símbolos eclesiásticos distingue las armas de su linaje —en su versión sin colores—: un escudo partido, con el campo superior liso, señal de oro, y el inferior rayado en ángulo, señal de azur.

Se queda mirando el objeto, pensativo.

—Buenos días, Olof Jönsson —murmura—. Si hubieras sido desleal, habrías vivido más.

62

Sobre los lugares construidos para albergar vida pero abandonados se posa pronto un velo de mal augurio. Rastros humanos sin personas son un testimonio silencioso de la desventura que las expulsó. Finn y Måns corren por los pasillos de piedra; sólo oyen el eco de sus pasos, como si los persiguieran fantasmas. Las antorchas están apagadas; las paredes, húmedas y frías; las sombras se amontonan bajo las bóvedas. Suben y bajan salas, alcobas y escaleras, por todas partes hay señales de una retirada apresurada. Nada parece saqueado: el conde comprendió que ningún carro podría salir intacto del castillo y prefirió dejarlo todo atrás. Candelabros, tapices, muebles... todo como si los criados hubiesen salido un momento y fueran a volver.

El desánimo se apodera de Finn, pero Måns no se detiene. Al llegar al final de una escalera se ven obligados a parar, doblados, respirando hierro en la boca. Desde abajo ya llegan voces: los montañeses empiezan a inventariar los bienes, cofres arrastrados sobre piedra. Delante de ellos, una puerta cerrada. Måns palpa la cerradura: tiene la llave puesta. La gira, empuja la madera... y retrocede.

Ella está sentada en una palangana, abrazada a las rodillas. El cabello rojo, suelto, le cae hasta la cintura y es su único manto. La

palidez de la piel parece aún mayor entre los rizos. Tiembla en el agua helada. No hay ropas, ni telas, ni calor en la estancia.

Måns hace un gesto a Finn para que busque prendas.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu ropa?

Hebbla murmura, sin levantar la vista del agua:

—Lina, la danesa... ha dicho que debía bañarme antes de partir, que sería la última ocasión hasta Opensten. Ha ordenado preparar la palangana. Me he dormido. Cuando he querido salir, ya no estaba mi ropa y la puerta estaba cerrada. Desde la ventana he visto al conde marcharse con su gente. Lina me ha sonreído al irse... sabía lo que hacía.

Un destello verde entre los rizos húmedos cuando lo mira.

—El conde tenía otras preocupaciones. Ayer, cuando vinieron los dalecarlianos, juraba en alemán cada vez peor. No creo que notara mi ausencia. Lina esperaba que me encontraran así, como soy... y que corriera la misma suerte que ella por las noches. De haber perdido la virginidad, mi futuro sería aún más difícil.

Finn regresa jadeando, los brazos llenos de ropa. La deja y se retira sin decir palabra. Hebbla se deja cubrir los hombros, sale despacio de la palangana, llora en silencio, oculta el rostro en la tela.

—Le he pedido a Dios que fueras tú quien viniera. Nunca me había escuchado, hasta hoy.

La dejan vestirse. Afuera, el castillo cobra de nuevo vida con los pasos y las voces de los hombres.

—Hablaré con Engelbrekt —dice Måns—. Hará que alguien te lleve a Göksholm. Allí mis padres cuidarán de ti. Encontrarán la manera de devolverte con los tuyos. Aquí, en el norte, empieza la guerra.

Finn acompaña a Hebbla a comer algo. Cuando la deja a salvo, va en busca de Måns. Lo encuentra esperando hablar con Engelbrekt, quien como siempre está rodeado de gente. La espera se alarga y, justo cuando parece que por fin llega el turno de Måns, otro se abre paso con aire de urgencia. Es el hombre de cabello blanco y espeso que había visto junto a Erik Puke.

—La gente te reclama —le dice a Engelbrekt.

—¿Y ahora qué quieren? —pregunta éste.

—Tu bendición: muchos han traído a enfermos y lisiados hasta las puertas del castillo para que tú los toques y los cures.

Engelbrekt lo mira incrédulo.

—¿Qué locura es ésa?

—¿Y cuándo el pueblo ha sido de otra manera? —contesta el otro, inclinando la cabeza—. Puede que sea una necedad creer en esas cosas, pero sería aún peor traicionar la confianza que depositan en ti. Tómala como viento en nuestras velas.

—Sería una blasfemia —replica Engelbrekt—. Yo no soy ningún santo y mis manos sólo curan las heridas de batalla.

—¿Y la fe no es también voluntad de Dios? Bendice a éstos con la misma autoridad con que maldices a Erico.

Engelbrekt se queda sin palabras, lívido.

—Ven conmigo —añade el canoso—. Piensa lo que quieras, pero acompáñame. Sin la gente no lograremos nada.

—¿Y cuando los cojos tengan que marcharse igual que han venido, apoyados en sus muletas?

El tipo suelta una carcajada.

—Se ve que nunca has peregrinado. En Vadstena, al que busca la bendición se le dice lo que anhela oír y su fe hace el resto. Arroja el

bastón, fuerza el pie malo y finge no sentir dolor. Se guarda para sí la vergüenza de haber fingido y acepta el papel de protagonista de un milagro. Y todos vitorean al Señor... ¡y también a ti!

Lo toma del brazo y lo conduce a las puertas. Un rugido de voces los envuelve. Finn y Måns sólo pueden esperar. Pasa más de una hora. Cuando Engelbrekt Engelbrektsson regresa, está pálido y le tiemblan las manos.

63

La tarde llega a su final cuando Nils Stensson alcanza Askersund sobre un caballo sudado, con millas y millas al galope a sus espaldas, cada una traducida en escozor en nalgas y muslos. Entra en la posada caminando con las piernas abiertas y hace caso omiso del silencio que se extiende entre los comensales. El posadero está de pie junto al mostrador, y él lo agarra por la oreja y lo aparta del grifo del barril tan rápido que éste vuelca y la bebida comienza a correr por el suelo. El chorro atrae a los sedientos como moscas a la miel —o a las heces—, obedeciendo a una ley no escrita que nadie necesita aclarar: si el dueño deja abierto el barril, mejor beberlo que dejarlo perder.

Él, por su parte, saca al posadero por una puerta que da a la parte trasera de la casa, iluminada apenas por la poca luz que se filtra por los huecos que hacen las veces de ventanas. Una vez allí, lo empuja contra la pared más cercana No quiere oír sus lamentos: está cansado y el agotamiento le embota la mente y lo pone de muy mal humor. Un ángel le susurra al oído que podría conseguir lo mismo, y más deprisa, con medios pacíficos; pero él no tiene paciencia para escucharlo. A todo hombre le hace falta, de vez en cuando, reafirmar su peso en un mundo donde hay gente que queda tendida en los claros del bosque, carne para las alimañas. Le da un sopapo

al posadero para hacerlo callar y otro más para vengarse del dolor que el primero le ha dejado en la palma de la mano. Espera a que se someta, recupera el aliento y siente cómo su corazón se calma, pone al hombre en pie y levanta un dedo en el aire mientras se recompone lo suficiente para formular su pregunta:

—La última vez que vine, me hablaste de un salteador en Tiveden.

El posadero abre mucho los ojos, pero no parece entender de qué le habla. Niega con la cabeza.

—Mi señor, aquí y en los alrededores reina la paz. El año pasado vinieron los hombres del delegado real y castigaron a unos facinerosos que, para no pagar sus rentas, se refugiaron en el bosque, donde se dedicaban a cobrar «aranceles» a los viajeros que no podían defenderse. Clavaron sus cabezas en estacas y las expusieron a la entrada de la ciudad. Después de eso, ¿quién iba a atreverse a delinquir?

—¿Y lo que me contaste de Olaus Jonae?

—¿De quién?

—De Olof Jönsson, el hombre con el caballo cojo que se hospedó aquí cuatro noches. Dijiste que consiguió ayuda para llevar su pesada carga camino al sur sólo cuando empezó a hablar de un salteador de caminos.

El posadero ha bebido más de lo que parecía: se mantiene en pie por puro hábito, piensa Nils. Siente que le vuelve la rabia. Considera la posibilidad de tirarlo al suelo y clavarle el tacón hasta hacerlo responder, pero opta por ser más razonable.

—La última vez te di una moneda por cada respuesta. Ahora recuperaré una por cada excusa.

El semblante del posadero se oscurece con esa amenaza, como sólo el dinero puede lograr cuando consigue atravesar la neblina de la cerveza y llegar al juicio.

—Ah, sí, sí: el salteador que, además de robarte, te corta la nariz y el pito. Tor el Extraviado.

Nils asiente fervoroso.

—Sí, ése era su nombre.

La cara del posadero se ilumina. Sonríe, mostrando los dientes ennegrecidos. Entonces se lanza un resuello que se convierte en carraspeo y, enseguida, en una carcajada tan fuerte que recuerda los ladridos de un perro que ha dado con una pista. En pocos segundos ya no puede mantenerse en pie y acaba cayendo a cuatro patas. Él le suelta una patada en el costado que lo hace rodar de espaldas, pero sin resultado: el tipo sigue riendo, convulso, rodando por el patio entre espasmos.

Al final Nils desiste y abre los brazos en un gesto de impotencia, como si se rindiera ante un juez invisible. Encuentra un banco bajo, o más bien una tabla dispuesta sobre dos cestos, se sienta y se frota el rostro polvoriento mientras observa al posadero revolcarse entre carcajadas.

Cuando el tipo por fin se calma, él espera aún un instante antes de tenderle una mano. Lo ayuda a incorporarse y lo invita a sentarse a su lado en el banco. Ahora, al menos, parece más sobrio.

—¿Te has quedado a gusto?

—Eso creo —responde el posadero.

—¿Y?

—¿Vas a pegarme otra vez?

—Mira...

—Estoy bebido, de otro modo me habría acordado más rápido. De todas formas, sólo Dios y su hijo Jesucristo son infalibles, ¿no?

—Cierto.

El posadero está a punto de soltar otra carcajada, pero la detiene al sentir un dolor en el costado; se lleva una mano al esternón.

—Creo que me he roto una costilla de tanto reír.

Él no ve motivo para recordarle la patada que él mismo le ha dado. Agita la mano para instarlo a seguir.

—Tor el Extraviado no existe, nunca ha existido: el propio Jönsson se lo inventó, y me consta que la historia iba mejorando cada vez que la contaba, hasta que encontró a alguien que se la creyó. Ya le he dicho que, desde que vinieron los hombres del delegado, aquí nadie se atreve a asaltar a nadie.

64

Måns deja que sus pesados párpados se cierren. Por un momento, la piel que los rodea le escuece, pero esa sensación pronto deja paso a la amable oscuridad. Deja reposar la nuca en el borde de la palangana, sobre un trozo de tela doblado varias veces, y su cabello flota en el agua tibia que Finn ha ido a buscar. Pronto, los olores del establo se diluyen bajo el aroma fresco de las hojas de abedul.

Siente cómo Finn le echa agua en la coronilla y empieza a lavarle el pelo con manos prudentes, y enseguida nota cómo su ceño fruncido se alisa: las preocupaciones se alejan. Está exhausto, le duele el cuerpo, pero se olvida: su conciencia pierde agarre, se despega de la realidad y se deja arrastrar hacia un duermevela. El tacto de las manos de Finn se vuelve de pronto más suave. Es un placer. Se deja flotar entre la vigilia y el sueño, en un espacio donde cuesta distinguir un pensamiento de una ensoñación. Oye a *Tizón* resoplar y clavar los cascos en su cuadra, pero no se inquieta: el semental está saciado y limpio.

Han recorrido ya la mitad del camino hasta Uppsala, pero desde Västerås su impresión de toda aquella experiencia ha cambiado. Antes sólo veía a gente marchando; ahora comprende mejor el poder de un ejército, la magnitud inconcebible que adquieren tantas voluntades cuando se reúnen, afiladas como lanzas. Y más con un

líder como Engelbrekt: el eje que mantiene esas voluntades unidas. Måns nunca ha visto a un rey: el trono está en Dinamarca; la corona es una realidad distante cuya influencia se hace sentir a través de delegados reales como Hans von Eberstein o Jösse Eriksson, hombres que ahora le parecen pequeños, pese a sus aires de majestad.

Engelbrekt es otra cosa: alguien a quien la gente reverencia. Se hunde más en el aturdimiento del sueño y, de repente, su mente cambia de rumbo. En la penumbra aparece Göksholm; su tío engatusándolo con bellas palabras; el obispo Knut amenazándolo entre susurros. Entre sueños, murmura por fin las objeciones que en su momento calló.

Tizón relincha de nuevo. El agua se ha enfriado y las caricias han cesado. Finn lo ha dejado dormirse. Sin abrir los ojos, coge una tela para secarse; se recoge el pelo mojado y se incorpora hasta quedar sentado. Abre los ojos con un suspiro y se da cuenta de que Finn no está. En su lugar, bajo el resplandor del farolillo hay otra persona: Engelbrekt Engelbrektsson. Erguido en la silla, las manos sobre las rodillas, la mirada serena.

—Måns Bengtsson.

Su voz es tranquila.

Él relaciona por fin los relinchos de *Tizón* y el tacto de aquellas manos, más suaves.

—¿Me has lavado tú el pelo? —pregunta.

—¿No era culpa mía que lo llevaras sucio? —responde Engelbrekt. —Se inclina un poco y apoya los codos en los muslos—. Te he tratado peor de lo que debía. Algo tenía que hacer para remediarlo. Además, acepta mis disculpas.

Måns no sabe qué decir; lo deja que hable:

—La culpa no es sólo mía: aquí muchos desconfían de los desconocidos y prefieren no arriesgarse. Al principio, más de uno pensó que no aguantarías, que antes de ocuparte de un caballo preferirías volver a Göksholm. Pero se equivocaron. Te has ocupado de *Tizón* y hasta conseguido ganarte su confianza. Es un animal orgulloso y sensible: nunca antes había dejado que le trenzaran la crin.

»Después marchaste con nosotros a Västerås sin saber lo que nos esperaba. Te pusiste en primera fila y, si hubieran llovido flechas, habrías quedado totalmente expuesto. Y luego viniste a verme, no por ti, sino preocupado por el bien de otra persona. Algunos malpensados interpretaron tu gesto como si tu única intención fuera valerte de ella para enviarle un mensaje a tu padre: noticias de lo que habías aprendido entre nosotros, de nuestros propósitos. Hubo una disputa al respecto. Ya conoces a Harald Esbjörnsson; no sé cómo lograste ganártelo, porque no ha querido contarme, pero intercedió por ti: no quería que registraran en vano a una muchacha. No le hicieron caso, pero tenía razón: no había ningún mensaje escrito, nada que pudieras haberle hecho aprender de memoria.

En el establo reina el silencio; sólo *Tizón* se agita con nerviosismo, sensible al ánimo de los hombres.

—Erik Puke dice que tu familia te envió para ganarte mi confianza y asegurarse mi favor. Y no creo que se equivoque: Bengt Stensson de Göksholm no habría mandado a su único hijo sólo por temor a que me ocurriera algo en combate. Y, sin embargo, no me has dado motivos para desconfiar de ti. No consigo descifrarte, Måns Bengtsson: te enviaron con un propósito, pero nada de lo que haces

lo demuestra con claridad. —Engelbrekt ladea la cabeza y suelta una pregunta que había pensado antes, pero que había evitado formular —: Oí que gritabas mi nombre, como otros, ante las puertas de Västerås. ¿Por qué?

Måns se encoge de hombros.

—No lo sé.

Engelbrekt señala con el dedo la cicatriz en su frente.

—¿Y esa cicatriz? Apenas se nota, pero se siente si pasas los dedos por encima. Se ve que no es antigua. ¿Cómo te la hiciste?

—Fue un palo que no vi venir. Luché en San Juan contra la voluntad de mis padres.

—¿Y por qué? —pregunta Engelbrekt.

—Quería demostrar que Göksholm se me había quedado pequeño.

Engelbrekt sonríe.

—El año pasado estuve ante Borganäs, cuando tomamos la fortaleza por primera vez. Desde el tejado dispararon una flecha a ciegas, justo contra mí, al caer la tarde. En el último momento adiviné su sombra, retrocedí sin pensarlo, y la punta me rozó la frente. Aún conservo la cicatriz, en el mismo sitio que tú. —Aparta el cabello sobre la sien, dejando ver la marca roja—. Alborotadores los dos, y marcados con el mismo sello.

Se pone en pie y se estira, cansado de tantos días a caballo. Luego da el primer paso hacia la puerta, pero Måns lo detiene.

—Déjame explicártelo: te lo has ganado. Mira: los malintencionados dicen que la reina Margarita y el rey Erico han sido devorados por la ambición. Tal vez sea cierto, pero yo lo veo de otro modo: son tan humanos como cualquiera, sólo que el nacimiento y la suerte los colocaron en tronos recubiertos de oro y púrpura.

»Margarita era brillante, más que la mayoría de los hombres que la rodeaban. Pero era mujer, y en este mundo eso nunca vale lo mismo que un hijo varón. Para ser reconocida tuvo que luchar el doble, y en esa lucha afiló su ingenio y su voluntad. Llegó a dominar todo lo que se propuso.

»Erico, en cambio, fue un rey por descarte. Le dieron un trono vacío, le cambiaron el nombre y lo arrancaron de sus raíces. Todo lo que había sido desapareció de golpe. Podría haber sido un soberano capaz, pero vive obsesionado con una guerra en el sur que no puede ganar.

»¿Tú serías mejor, Måns? ¿Podrías asegurar que ninguno de tus defectos costaría la vida a los demás?

Måns baja la cabeza.

—No sé qué responder.

—No importa. Lo cierto es que tanto Margarita como Erico cometieron un error decisivo: el reino que intentan gobernar es más grande de lo que pueden abarcar. Pretenden dirigir Dinamarca y Suecia desde Copenhague, y para ello han entregado el poder a daneses y alemanes cuyo único interés es llenarse los bolsillos. Ningún reino puede sostenerse así. Tarde o temprano, alguien se levanta. Si no hubiera sido yo, habría sido otro.

Måns recuerda Köpingshus calcinado y el humo acre de aquel día. Y también lo que él mismo le dijo a Finn aquel día.

—Quieres el reino entero.

Engelbrekt sonríe apenas.

—Dicho así suena desmesurado, pero mira la realidad: salvo Kalmar y Estocolmo, ningún castillo tiene guarnición suficiente. En la mayoría, los defensores apenas pasan de unas docenas; no pueden

resistir. El reino fue nuestro desde el momento en que el pueblo se levantó en masa.

»Primero iremos a Uppsala. La sede arzobispal está en disputa y nuestra llegada decidirá la elección. Con la Iglesia de nuestro lado, ganaremos terreno. Después, Estocolmo: no podremos tomarla, pero sí neutralizarla. Hans Kröpelin la gobierna en nombre del rey Erico; lo conozco y creo que aceptará un pacto. Luego avanzaremos hacia el sur, señorío tras señorío, hasta la frontera con Escania. —Hace una pausa. Parece estar muy cansado. Parpadea y continúa—: Todo esto es obvio para quien quiera verlo. Pero te confesaré algo más: yo quiero el reino entero... sin derramar una sola gota de sangre. —El semental se agita en sueños. Engelbrekt se levanta, lo acaricia en el lomo y prosigue—: Lo comprendí en Schleswig, entre los husitas. Escucha: la guerra no pertenece a nadie; cuando crece, se convierte en un monstruo que devora todo a su paso. Un ejército demasiado grande acaba saqueando graneros, vaciando despensas, obedeciendo sólo a sus instintos más bajos. Yo haré lo contrario: llevaré al sur sólo a unos pocos; los demás regresarán a sus casas. Reclutaré en cada región a la gente que defienda su propio suelo. Así nadie arrasará lo que es suyo ni lo de sus vecinos. Y ha funcionado: en Västmanland derrotamos a los hombres de Johan Vale, y pude contar a nuestros muertos con los dedos de una mano. —Se vuelve con la mano aún apoyada sobre la grupa del caballo—. ¿Me acompañarás al sur, Måns Bengtsson, de azul y dorado?

Måns se ciñe la tela húmeda a los hombros; el viento de la noche le eriza el vello.

—Sí. Te acompañaré.

Engelbrekt asiente, casi con alivio.

—Entonces escucha: el primer envite será rápido, como un juego de verano. Hay que concluirlo antes del invierno. Sólo un insensato guerrearía en el frío, cuando hasta las flechas se vuelven más letales. Pero con la primavera regresará el rey Erico a reclamar lo que perdió, y entonces evitar un baño de sangre será mucho más difícil.

65

Bengt Stensson cruza el patio y se aparta lo justo para que la torre de Göksholm le tape el sol. Ya está de vuelta en casa, aunque nadie parece darle mayor importancia: su esposa sigue en cama y su hija anda tímida como una corza, pero a él ya le está bien. Ya habrá tiempo de hablar. Se ajusta el cinturón y se arregla la túnica: aún no va vestido como corresponde, pero está demasiado impaciente por recibir al mensajero como para cambiarse. Camina a paso vivo sintiendo que el reflujo le quema la garganta. Tal vez por fin haya noticias de Måns: ya va siendo hora de que el chico recuerde la tarea que se le encomendó y demuestre que es digno de confianza.

La estampa que lo espera en el patio lo frena en seco, como si hubiese chocado contra un muro.

—¿Qué se supone que es esto?

Es un hombre del norte, un dalecarliano corpulento con una larga barba. Hasta ahí, nada raro. Pero junto a él hay una muchacha pelirroja de unos dieciséis años. El dalecarliano carraspea y se presenta:

—Me llamo Harald Esbjörnsson, y vengo de Västerås. Engelbrekt Engelbrektsson me ha ordenado que traiga a Hebbla Albrektsdotter, aquí presente, para entregarla a Bengt Stensson de Göksholm.

Herr Bengt cambia el peso de un pie a otro para aliviar la espalda.

—¿Y por qué?

—Hebbla pertenece a la casa de Bydelsback, aliados cercanos de Bo Grip, como lo fueron los Bensson. La habían puesto al cuidado del conde Eberstein para educarla, pero se quedó en el castillo cuando lo abandonaron. Su hijo Måns ha querido protegerla y por eso estamos aquí.

A Bengt se le nubla la vista ante lo que acaba de oír.

—Lo que dices es imposible. Engelbrekt no ha podido tomar Västerås. Ni siquiera la Orden Teutónica, en sus mejores tiempos, habría logrado someter esa fortaleza; habría resistido años.

—Bastó un día. Yo mismo estuve allí. Si no me cree, envíe un jinete a Opensten, donde el duque Hans se ha replegado; él mismo se lo contará. Eso sí, que no haya niños presentes si entienden el alemán: las maldiciones que lanza no son para sus oídos.

—Pero ¿cómo...?

Harald señala a Hebbla Albrektsdotter.

—Engelbrekt me confió una misión, pero no me dio permiso para hablar abiertamente ante quienes aún no han probado su lealtad. Nadie le ha prometido nada a la muchacha, así que si se niega a recibirla...

Hebbla estira un poco el cuello e interrumpe:

—Dios vio que la causa de Engelbrekt era justa y atendió sus plegarias igual que ha atendido las mías.

Bengt se frota los ojos cansados.

—Válgame Dios...

Se queda un rato inmóvil, pensando en el viejo Albrekt, y de pronto se da cuenta: conviene que la chica permanezca en Göksholm como invitada de honor. Su padre es delegado real en

Bergen, y podría resultarle útil si la revuelta pierde fuerza. Su hija puede ser la garantía de que se dejará convencer.

—Bien, Harald Esbjörnsson, da tu encargo por cumplido. Me ocuparé de que la muchacha vuelva a su casa... cuando convenga.

El montañés asiente apenas y, acto seguido, se vuelve hacia Hebbla e inclina la cabeza.

—Aquí nos separamos. Te deseo suerte.

—Y yo a ti.

Harald se vuelve de nuevo hacia Bengt.

—Herr Bengt, una cosa más.

Lo toma del brazo y lo lleva un poco más allá, para asegurarse de que nadie los oye.

—Engelbrekt Engelbrektsson le envía saludos y pide verse con usted y los suyos en Vadstena a mediados de agosto.

Bengt nota que la borrachera se le pasa de golpe, como si se hubiese tirado al lago en una mañana fría de otoño.

—¿Ha dicho de qué se trata?

—Del futuro.

—Entiendo. Pero ¿algo más?

—De feudos.

Brita ve a su padre alejarse con el montañés. Por su postura corporal, adivina que están tratando cosas muy importantes, y entiende que la ocasión de hablarle de su madre se le ha escapado de Nuevo.

Se acerca a la muchacha pelirroja que se ha quedado en medio del patio y se presenta:

—Soy Brita, hija de herr Bengt.

Hebbla Albrektsdotter la examina un instante, buscando parecidos.

—Eres hermana de Måns, ¿verdad? Pero él es mucho más guapo.

Brita se sorprende de lo poco que le duelen esas palabras: no le suenan ofensivas, sino a sinceridad sin cálculo.

—¿Has visto a Måns? ¿Está con Engelbrekt? —le pregunta, y la ve asentir en silencio—. ¿Podrías acompañarme a la habitación de mi madre? Desde que mi hermano se fue ya no es la misma. Cada día pregunta si ha llegado algún mensaje, y cuando respondemos que no se da la vuelta contra la pared y se pasa así el día entero y la noche. Estoy segura de que querrá escuchar cualquier cosa que puedas contarle. ¿Aceptarías, para darle un poco de consuelo?

Los mechones rojos de Hebbla se agitan al asentir.

—Llévame con ella.

Al caer la tarde llega Nils Stensson. Como siempre, aparece como si lo empujaran los vientos que anuncian grandes novedades. Bengt deja que pase por la caseta de baño; después lo espera junto al fuego, con comida y bebida.

—Engelbrekt quiere reunirse conmigo en Vadstena —le dice.

Nils enseña los dientes y se frota las manos.

—Eso nos conviene. Te acompañaré.

Se quedan un rato callados con la vista fija en las brasas, donde ambos parecen ver lo mismo: castillos, señoríos, tierras... y quizá hasta el perfil de una corona. Cuando el calor se vuelve insoportable, Bengt se echa atrás.

—¿Y los mil marcos? ¿Qué hay de eso? —pregunta.

—Encontré a Olof Jönsson, el enviado de Knut, muerto en el bosque —responde Nils—. Eso sí: ni rastro del dinero. Pero la historia es curiosa, aunque hace falta estómago para oírla. Para lograr que alguien lo acompañase, el tal Jönsson se inventó a un bandolero, Tor el Extraviado, que les cortaba la nariz, las orejas y el miembro a sus víctimas. Y quien fuera que lo asesinó le hizo exactamente eso.

Bengt suspira, pensando en el dinero perdido.

—Demasiado bueno habría sido dar con ese tesoro.

—¿Sabes de dónde provenía el dinero?

Él niega con la cabeza.

—El tío Knut no me lo dijo.

—Ha empezado a vender indulgencias: dinero contante y sonante a cambio del perdón de Dios.

Bengt se tambalea en el asiento, aturdido ante el filón que entrevé. Knut Bosson: un zorro suelto en el gallinero. Intenta calcular los beneficios y, en ese ejercicio, todo lo demás se le borra, salvo un mal presentimiento que asoma en el fondo. Decide pensar en otra cosa: ya tiene bastantes asuntos sobre los hombros.

Stina percibe una presencia junto a la cama. Apática, deja rodar la cabeza sobre la almohada; ese simple gesto le causa dolor: tiene el cuerpo rígido y debilitado. Al descubrir quién es, parpadea sorprendida: una joven de ojos verdes y cabellos de fuego.

No la conoce y se alarma, hasta que, a espaldas de la visitante, reconoce a su hija Brita.

—Madre, ésta es Hebbla Albrektsdotter. Ha estado con Måns.

Ella hace el esfuerzo de incorporarse y parpadea con fuerza.

—¿Está con Engelbrekt? ¿Se encuentra bien?

Hebbla se sienta en el borde de la cama.

—Estaba perfectamente cuando nos separamos.

La voz de Stina se quiebra:

—¿Volverá pronto?

Hebbla intercambia una mirada con Brita antes de responder.

—No. Marcha al lado de Engelbrekt, más cerca que nadie. Irán donde Dios disponga para expulsar a los injustos del reino.

Brita observa cómo a su madre se le nublan los ojos y cómo se deja caer otra vez entre las mantas, sin fuerzas siquiera para despedir a la joven. Cómo se vuelve de costado y les da la espalda.

No puede hacer otra cosa que acompañar a Hebbla fuera del aposento. Comprende que su intento de animar a su madre ha tenido el efecto contrario: ha disuelto la vana esperanza que aún la sostenía.

En cuanto a Stina, siente de nuevo el peso en el pecho, como un abrazo invisible; la respiración se le corta y el corazón le late desbocado.

CUARTA PARTE

Finales de verano, otoño e invierno de 1434

66

Ya es agosto. El verano aún perdura, pero se acerca a su fin. Cada ráfaga de viento trae consigo el frío que llevan meses sin sentir y los aromas del otoño inminente. Måns está en un terreno elevado, distinto al anterior. Ha cambiado la ropa de Göksholm por prendas más apropiadas para marchar con un ejército: una camisa y unos calzones de lino, deslucidos por el sol y aún con olor a hierba; unas calzas de lana ceñidas con cordones a la cintura y, sobre ellas, un jubón ajustado, atado por delante. Botas de cuero blando, prácticas para montar. Se ha echado encima un manto recortado en tres cuartos de círculo, lo bastante amplio para cubrir los hombros y dejar libre el brazo derecho. Lleva la boina prendida al cinto: prefiere dejar su melena a merced del viento. Engelbrekt Engelbrektsson está a su lado; ambos permanecen quietos, cobijados por los caballos mientras pastan.

—Ese Styke de allí tampoco quiere rendirse —dice Engelbrekt.

Cruza los brazos y observa el agua y el castillo en la orilla opuesta: Ringstadaholm, donde Henrik Styke ejerce como delegado real en nombre del rey Erico. Måns sigue su mirada. Murallas grises en un islote en mitad de la corriente; un atacante no podría poner pie en tierra sin recibir piedras y flechas desde el parapeto. El apellido Styke le resulta familiar.

—Su padre navegaba con Sven Sture —explica Måns—. Kari, la hija de Sven, está casada con mi tío; se crió entre cubiertas con los Hermanos de las Vituallas. Me han contado historias de ellos desde que tengo memoria.

Engelbrekt gruñe. Hasta ahora todo les ha ido bien, salvo con estos dos. Uppsala está tomada; hoy ha caído Örebro. En Estocolmo reina la paz: los burgueses están a salvo tras las murallas, las rutas hacia el mar funcionan, pero las de tierra siguen cerradas. Erik Puke, con su nariz torcida, ha partido al norte para tomar Faxeholm y las provincias de la punta del reino. Åland tomada; Gripsholm calcinada. Sólo aquí no se ha cumplido todavía la profecía de Engelbrekt.

Son hermanos: Albrekt Styke en Nyköpingshus y Henrik Styke en Ringstadaholm, ambos con el escudo partido en plata y azul y tres aros rojos, de estirpe alemana, y decididos a mantenerse donde están.

—Perdí los estribos cuando fui a hablar con él —confiesa Engelbrekt—. Rara vez me sucede y me repatea más que las palabras que cruzamos. Los hombres no deberían pelear como niños. Aquí, el rey y sus consejeros ya lo han hecho sobrado. La campaña empieza a pasar factura, y solo hemos visto el principio. Si quiero que esto nos favorezca, debo aprender a hacerlo mejor.

—¿Qué le dijiste? —pregunta Måns.

Una fila de gansos atraviesa el cielo en punta de flecha; Engelbrekt sigue su paso con la mirada.

—Juré que sacaría a Henrik Styke de su castillo, tirándole de los pelos, antes de que acabase la semana.

Se quedan inmóviles un rato hasta que Måns no puede contener la risa. Su carcajada tintinea en la ladera y provoca miradas abajo, en

el campamento. Engelbrekt aguanta unos segundos más, pero al final también se ríe. Cuando callan, Engelbrekt vuelve a mirar el agua y el bosque.

—Seguro que de tu padre y tus tíos has aprendido la astucia de la guerra. ¿Cómo lo harían ellos para tomar el castillo? —pregunta.

Måns se protege los ojos con la mano y entorna los párpados para mirar hacia abajo; no ve nada que no haya visto antes.

—Fuego. Se acercarían lo suficiente para prender una antorcha en el baluarte y después en los tejados.

—Es el plan de un carnicero —corrige Engelbrekt—. Yo quemé Borganäs y Köpingshus después de tomarlos. Esas chozas sólo servían para alojar soldados por la noche. Necesitaremos fuertes como éste cuando las tornas cambien y el reino sea nuestro y el rey Erico esté donde ahora estamos nosotros.

Señala las aguas que corren:

—De todos modos no podemos atacarlo a brazo. El agua lo protege por todos lados; el puente es estrecho y fácil de defender. No tenemos barcos, y aun si los tuviéramos serían blanco fácil desde la muralla.

—Queda esperar —dice Måns—. Seguro que, en algún momento, Henrik Styke preferirá oír una propuesta a que le ruja el estómago.

Engelbrekt se frota la barbilla y frunce el ceño.

—Primero resistió Nyköpingshus; ahora, Ringstadaholm. No me gusta. Las palabras se contagian y darán valor a otros que, en otra situación, se habrían rendido. La gente que nos sigue espera recompensa por su fe. Pronto iremos a Vadstena; cuantas más victorias tengamos, más oído tendrán los grandes señores. Dejar Ringstadaholm al azar no sería grave, pero podría ser semilla de algo

mayor. No. Prefiero cumplir mi promesa al delegado. Ayúdame a pensar. No pienses como los demás: piensa en lo que nadie ha previsto. ¿Cuál es el punto más débil del castillo?

Callan y estiran el cuello para buscar ángulos que obliguen a la fortaleza a mostrar sus grietas. Måns se incorpora para ver lo más pequeño.

—El pozo está apartado de la torre de piedra, al otro lado del patio.

—Lo veo —dice Engelbrekt—. Si logramos separar a los hombres del agua, la sed puede ser una aliada.

—Si pudiéramos disparar por encima de la muralla... —propone Måns.

—Justo lo que pensaba. Mira. —Engelbrekt señala al otro lado del río, hacia los árboles—. Allí hay pinos en abundancia. Cortaremos los necesarios para construir una balsa que soporte una estructura de madera. Lo bastante alta para que nuestros tiradores puedan asomarse por encima del muro.

Måns aparta el cabello de los ojos con un gesto.

—¿Es otra artimaña de Jan Hus? —bromea.

—De él aprendí que la cabeza vence a la fuerza. He oído historias parecidas. Pero recuerda lo que te dije: asegurar la victoria antes de librar batalla. Me repugna derramar vidas por la terquedad de Henrik Styke. Con lo que sabes ahora, ¿qué harías?

Måns piensa un momento y señala un prado en la orilla, justo delante del castillo, dentro del campo visual de la torre pero fuera del alcance de las flechas.

—¿Y si montamos la balsa y la estructura allí, donde puedan vernos? Tardarán en entender lo que hacemos, pero su imaginación

hará que nuestras obras parezcan mucho peores de lo que son.

Engelbrekt asiente.

—Aprendes rápido.

—Ojalá Dios aprendiera lo mismo que tú —responde Måns con sorna—, que siempre dices no poder obrar milagros y sin embargo una y otra vez demuestras que te equivocas.

Engelbrekt recoge las riendas de *Tizón*, que pacía plácidamente, y juntos bajan por la pendiente hasta reunirse con sus hombres.

Engelbrekt llama «torreta» a la estructura de asedio que pretenden erigir sobre la balsa sólida. Pronto topan con un carpintero entre los hombres del ejército: al primer vistazo al plano grabado en la tierra, las arrugas de su rostro se iluminan como una antorcha. Con el frenesí de un mozalbete, camina alrededor del diseño señalando juntas y esquinas con un bastón, formula preguntas, asiente al oír las respuestas y da instrucciones. Después corre a hablar con la cuadrilla contratada —hombres con hachas, curtidos en el bosque y en el capricho de los pinos—, y pronto se oyen hachazos entre los árboles. Uno tras otro bajan troncos al agua, rodando por la cuesta que han allanado a toda prisa, para reflotarlos hasta el prado de la orilla.

Se necesitan pocas herramientas. Tallan ranuras sencillas en los troncos, que luego encajan unos con otros y quedan bloqueados por su propio peso, como si hubieran nacido así. Alzan cinco plantas en poco tiempo; en la cima está el carpintero, abrazado a un tronco con las piernas, con la plomada en una mano y la vara en la otra, midiendo la altura respecto a la torre del castillo. Asiente satisfecho.

Una vez botada en el agua, la estructura será bastante alta no sólo para dominar el patio, sino para que los tiradores puedan asomarse y saltar por encima del parapeto hasta los tejados.

Pasados dos días, Henrik Styke iza un yelmo en la punta de una lanza por encima del muro como gesto de negociación. Pide cinco días de tregua para organizar su retirada y, sobre todo, para cerciorarse de que no llega ayuda. Engelbrekt le concede un sí.

—¿Måns? —pregunta Engelbrekt.

—¿Sí? —responde Måns.

—No puedo quedarme a ver cómo tomamos el castillo. Parto a Vadstena. Ringstadaholm es nuestro: al norte de la frontera danesa no hay rescate posible, y si Styke cambia de idea, usaremos la torreta. El ejército se queda hasta que el castillo pase a otras manos. Los que partimos no somos más que tres docenas. ¿Vendrás con nosotros?

—¿Hace falta pedirlo? —contesta Måns.

—Allí encontrarás a tus parientes: tu padre, sus hermanos, el tío de tu abuelo, el obispo.

Måns aparta la mirada y se pierde un instante en sus pensamientos.

—¿Qué pasará en Vadstena?

—Sin la nobleza no habrá victoria —responde Engelbrekt—. Los necesitamos de nuestro lado. Y con el respaldo del Consejo, la revuelta gana legalidad; ante la gente, eso pesa: la ley escrita protege frente al descontrol.

Måns se cruza de brazos y se ciñe el manto, mira más allá de los árboles: prados, bosque y más bosque hasta el horizonte. Luego vuelve la vista a Engelbrekt.

—¿Qué reino espera al otro lado de vuestra victoria?

—Los suecos necesitan de nuevo su propio rey, como lo fue Erik el Santo: un hombre honrado que vele por su pueblo. Señores al servicio de la Corona para cuidar castillos, recaudadores elegidos por su fama para llevar la renta necesaria a la Corona, pero ni un céntimo más. Con un rey así, nadie tendrá poder absoluto, como los alemanes o los daneses; no serán caballeros bandoleros que sólo buscan su propio beneficio.

—¿No querrías ceñirte tú la corona?

Engelbrekt niega en silencio.

—No. Yo no. Otro, alguien mejor. No tengo ni las ganas ni la razón para el trono. Quizá sí tenga el juicio para encontrar a quien deba llevarla.

—¿Te refieres a mi linaje? —pregunta Måns, inseguro.

—Nadie puede gobernar solo, responde Engelbrekt.

Måns abre la boca para replicar, pero se detiene. Mira al viento, parpadea.

—¿Y si estamos hechos de la misma madera? —dice al fin—. ¿Y si no somos mejores que los daneses y los alemanes?

Engelbrekt se acerca, pone voz baja para dar peso a lo que va a decir.

—Me he hecho esa pregunta mil veces. ¿Qué reino nos espera? ¿Por qué luchamos? Ese fantasma me asedió en noches interminables. Me lancé a liderar una revuelta sin tener respuestas; fingí una determinación que no sentía. Hace unos meses no podría haberte respondido. Ahora sí.

—¿Por qué? —insiste Måns.

—Porque te conocí a ti —contesta Engelbrekt—. Un árbol que saca un brote como tú no puede estar podrido. Si hay uno, habrá más. Hay esperanza.

Engelbrekt fija la mirada que Måns intenta evitar y la retiene.

—Ven conmigo a Vadstena. Ayúdame. Allí empieza el camino hacia el reino que debemos lograr.

67

Bengt Stensson detiene su caballo en cuanto divisa gente. Vadstena está abarrotada: centenares de personas. Probablemente la ciudad no veía una multitud semejante desde el regreso de los restos de santa Brígida. Es plebe: hombres y mujeres de cuerpos curtidos por el trabajo, críos mezclados con adultos. El bullicio recuerda al rumor del arroyo que hace girar la piedra del molino. Bengt nunca ha temido al pueblo, pero tanta gente junta lo incomoda; sus criados lo perciben y se ciñen a su alrededor sin necesidad de órdenes: seis hombres con sus galas de fiesta, espada al cinto y lanza en la silla, sombreros de metal bruñidos hasta brillar como charcos al sol.

Alza la barbilla y señala la torre del Consejo. Luego pone rumbo hacia ella, esforzándose por irradiar dignidad. Nota las miradas cuando pasa, y no son las de siempre. El poder está en el número: si se decidieran a tirarle del caballo, podrían pisotearlo hasta matarlo, con siervos o sin ellos. Hace tiempo que no reparaba en lo frágil que es el hielo bajo sus pies —y bajo todo lo que considera suyo— ni en lo profunda que puede ser el agua.

Llega a la torre sudoroso y con la cara enrojecida; lo dejan pasar por una bóveda hasta el patio, donde puede desmontar. Ya está lleno de caballos: animales orgullosos con vistosos arreos. Sin pensarlo, empieza a buscar colores y escudos. Ve un pendón con un

barco rojo sobre campo de oro y otro que recuerda al suyo, aunque partido en palo en lugar de en faja; el nenúfar de los Sture; un escudo cuartelado en tres colores, propio de los señores de Eka. Y el suyo: de azur y oro, partido en faja, bien visible en los caballos que reconoce como propios.

Bo ya está allí, junto al obispo Knut, y eso lo anima. Prefiere encontrarse con parientes antes que estar solo. De inmediato ve a su hermano mayor, inquieto junto a la pared del patio, con los brazos cruzados.

—Hermano.

—Hola, Bengt. ¿Todo bien contigo y los tuyos? —pregunta Bo.

Él hace una mueca.

—Stina no está bien. No quiere levantarse de la cama. Apenas la veo. Supongo que echa de menos a Måns. No es fácil para un hombre entender lo que atormenta a las mujeres.

—El tiempo curará la herida —responde Bo—. Kari no lo pondrá fácil el día que Nils abandone el hogar. Por fortuna quedan muchos años para eso.

Él asiente y mira alrededor en busca de más caras conocidas.

—¿Llevas mucho rato aquí?

—Una hora. Los obispos están arriba, dando vueltas y hablando como viejas cotorras: Knut, Sigge de Skara, Thomas de Strängnäs. Si oigo mencionar a Dios una sola vez más en esa charla, mandaré que me vuelvan a bautizar. Ya han llegado rumores: gente que llegó con Engelbrekt antes que nosotros. Nils Gustafsson de Rossvik ha acompañado a Engelbrekt desde el principio; ahora Nils está en el castillo de Västerås como muestra de agradecimiento.

Él siente un dolor al imaginar el castillo y sus riquezas en otras manos: las tierras altas que rodean los yacimientos donde el hierro y el cobre brotan como agua de manantial.

—Supongo que eso demuestra la ventaja de apoyar a Engelbrekt. Hay más castillos por ocupar, aparte del de Västerås, y algunos son más grandes y más ricos. ¿Y nuestro propio Nils? ¿Ha venido? —pregunta.

Su hermano niega con la cabeza.

—Sólo el diablo sabe dónde anda ese zorro. —Le pasa un brazo por los hombros, lo acerca y baja la voz—: Estamos de acuerdo en lo que queremos: apoyaremos a Engelbrekt. Pero no lo hagamos evidente. Él nos necesita y lo sabe. No nos vendamos baratos; procuremos que el precio a pagar sea alto. Mostremos cierta reticencia. Al obispo le parece bien.

La sala del Consejo ocupa la planta más alta de la torre. Es un espacio amplio, sin columnas que lo dividan. El alto ventanal va de pared a pared, y ahora, con los postigos abiertos, inunda el espacio de luz. Cuando Bengt y Bo entran, los presentes bajan la voz hasta quedar en silencio. Bengt busca miradas y saluda con la cabeza a quienes reconoce. La mayoría son vecinos o parientes en uno u otro grado. Un puñado también forman parte del Consejo, como él. Camina hacia su tío, ataviado con la gala propia de su rango, aunque tan pequeño y enjuto como siempre, apestoso a vino y con la actitud de quien está dispuesto a echar a correr ante la primera petición de dinero.

—Tío Knut. Que la paz sea contigo.

—Y contigo, sobrino.

—Veo que han venido los dueños de todos los dominios de Närke, Södermanland y Östergötland que no pertenecen a la Corona. Pero ¿quién demonios es ése? —pregunta Bengt señalando a un joven de mentón ancho y nariz chata.

—Es Karl Bonde de Fågelvik, hijo de Knut Bonde. Tengo la impresión de que es el único que ha venido sin invitación, lo que ya dice mucho. No te fíes de su edad.

Bengt frunce el ceño.

—Lo he visto antes, aunque entonces no era más que un mocoso. No ha mejorado con los años. Puse mi sello junto al suyo en un testamento y ya me cayó mal. Es de los que todo lo ven y lo oyen, y nunca dicen lo que piensan.

—¿A quién me recuerda? —pregunta el tío.

—A Nils —responde el sobrino con una mirada cómplice—. Y, hablando del gran hombre, ¿dónde está?

—No debe de tardar. Ahora que estamos reunidos, Engelbrekt hará su entrada triunfal, si lo que cuentan los curas del norte es cierto.

Knut no tarda en ver confirmadas sus palabras. Afuera, el murmullo cambia de tono y crece: las voces graves de los hombres se entrelazan en coro con los alaridos agudos de las mujeres y las risas y llantos de los niños. Silbidos y gritos se suman al estrépito creciente. Los grandes señores se agolpan ante el ventanal para ver cómo la multitud se abre dejando libre la escalinata. Knut estira el cuello como un buitre y juega con la distancia de sus anteojos. Luego se inclina hacia Bengt y le susurra con voz de anciano medio sordo:

—Pronto sabremos si tu hijo nos ha sido útil.

Delante del ventanal, los dedos señalan y las voces cuchichean. Todo el mundo quiere distinguir al líder entre los montañeses.

—¿Es el del caballo pío?

—¿Reconoces el escudo?

—Dicen que le saca una cabeza al más alto.

Resulta difícil distinguir cuál de los jinetes manda. Se acercan cada vez más, hasta que el ángulo de la muralla impide seguir viéndolos desde el ventanal. La sala queda en silencio; cada ruido que llega de abajo aumenta la expectación. Se oyen pasos en la escalera, un tropel que anuncia la llegada de muchos hombres. Entran los montañeses y, mientras los presentes escrutan cada rostro en busca de una figura destacada, Engelbrekt Engelbrektsson avanza unos pasos al frente, solo.

—Es más bajo de lo que esperaba —murmura alguien, y se oye una risa contenida.

Los grandes señores se dispersan en dirección a sus lugares formando un amplio círculo, como en un baile ensayado. Frente al ventanal permanecen los tres obispos, con Knut en el centro por ser el decano. Por eso mismo, él toma la palabra:

—Te damos la bienvenida, Engelbrekt Engelbrektsson de Norberg. Has conseguido mucho y te estamos muy agradecidos. Que la luz de Dios ilumine a todos los que estamos reunidos en este momento tan urgente.

Engelbrekt permanece callado, esperando a medio camino del círculo. Knut carraspea y continúa:

—Los delegados reales extranjeros huyen de vuelta a sus tierras. Los castillos suecos vuelven a manos suecas. Tú y los tuyos habéis

prestado un gran servicio al reino. Te has ganado tu lugar entre nosotros. Pero ahora, habida cuenta de la fuerza demostrada, ha llegado el tiempo de tomar otras medidas. Tenemos que negociar con el rey Erico para obtener el mejor acuerdo posible; y quien mejor sabrá hacerlo es el Consejo del reino, formado por hombres de casta que saben dirigirse a un rey en la lengua que él domina. Ha llegado el tiempo de la pluma, terminado el de la espada.

—O de la horca, más bien —susurra alguien que se oculta bien para que nadie lo identifique.

Engelbrekt espera un momento y cruza la sala hasta plantarse ante el obispo Knut. Thomas de Strängnäs y Sigge de Skara dan un paso al lado; Engelbrekt posa una mano en el hombro del prelado.

—Ven, quiero mostrarte algo.

Lo conduce al ventanal. A sus pies, la gente se agolpa hasta donde alcanza la vista. Engelbrekt saluda con la mano y la respuesta hace vibrar la tierra; la torre parece tambalearse. En la escalinata del Consejo, dalecarlianos de su comitiva enarbolan a la multitud en un clamor tonante:

—¡Engelbrekt! ¡Engelbrekt!

Él baja la mano hasta el cuello de Knut. Puede que desde la plaza pueda parecer un gesto cordial, pero para el timorato obispo es una garra de hierro que lo aprieta con fuerza creciente. Trata de afirmar los talones en el suelo, pero aquella mano lo empuja cada vez más cerca del ventanal, hasta el borde. El abismo se abre bajo él. Sólo el brazo de Engelbrekt lo sostiene. Entre los vítores, Engelbrekt habla lo bastante bajo para que solamente el obispo lo oiga:

—He oído hablar de ti, Knut Bosson, de azul y dorado. Una vieja víbora con mitra, obispo desde hace más tiempo que nadie, incapaz

de entender cómo la Iglesia puede culpar a Judas por haber cobrado treinta piezas de plata por su trabajo. —Lo empuja aún más hacia el vacío y el otro oye crujir las costuras del cuello de su ropa bajo la tensión—. El padre de mi abuelo era sastre en Uppsala y honraba su oficio. Me pregunto si las puntadas que te sostienen serán tan firmes como las suyas. —Un poco más, de puntillas sobre la muerte segura —. Cobró por su oficio, y cosió lo bastante como para que mi abuelo comprara su parte de una cabaña minera en Norberg. Mi generación es apenas la tercera entre la nobleza. No tengo grandes hazañas que exhibir comparadas con las tuyas. Pero mira abajo: «Destino y esperanza», así reza vuestro lema. Me pregunto cuál sería tu destino si dieras este salto al vacío. ¿Dónde caerías si te suelto? Ahí... —señala—... en el cuarto o quinto peldaño desde abajo; quizá primero golpearas la barandilla de piedra. O quizá no: quizá el suelo te tuviese tanta consideración que amortiguaría la caída, de modo que aterrizaras como si cayeras sobre piel de oso y colchón de lana.

Knut agita las manos en busca de un asidero y olvida los anteojos que aún sostiene. Se le escapan y caen al vacío, hasta estrellarse justo en el lugar que Engelbrekt había señalado. El repiqueteo de los cristales apenas se oye entre los vítores, pero Knut distingue cómo las esquirlas se esparcen por la piedra y relucen un instante en su último destello.

—Aunque lo dudo mucho —prosigue Engelbrekt—. Estoy convencido de que te romperías todos los huesos. Y nadie movería un dedo: el mundo seguiría igual sin ti. Pero no creas que desprecio a tu linaje. —Se inclina y acerca la boca a la oreja de Knut—. Sé que amenazaste a Måns Bengtsson, por eso no me importaría dejarte caer, pero sigues siendo su pariente: llevas su misma sangre, de

modo que vivirás. Eso sí: la próxima vez que hables aquí, espero escuchar otra melodía distinta a la de hace un momento.

Con eso, Knut vuelve a tener ambos pies sobre el suelo. Engelbrekt lo acompaña de vuelta a su sitio en el círculo y se coloca junto a él. Luego se dirige a los reunidos:

—Dios va primero en todas las cosas, y entre los hombres de Dios de este país no hay nadie que merezca más respeto que Knut Bosson de Linköping. Antes de compartir mis pensamientos he querido contar con su bendición. Ya la tengo. Toda obediencia al rey Erico por parte de vosotros debe cesar de inmediato, aquí y ahora. Vamos a redactar una carta que lo deje por escrito para que todos los que estén de nuestro lado puedan firmar con su sello. Pese a su edad, el obispo ha decidido hacer cuanto esté en su mano para la protección del reino y para arrebatar al rey Erico el mando del castillo de Stegeborg y su provincia.

El sudor frío le corre por debajo de la camisa y del hábito a Knut Bosson mientras los pensamientos se le arremolinan en la cabeza, cada uno acompañado de su propio temor o esperanza. Ha pasado la vida siendo lo bastante listo como para no elegir nunca un bando sin asegurarse antes de dónde iba a pisar. Ahora lo han convertido en traidor a ojos del rey Erico, en rebelde al nivel del propio Engelbrekt. Pero el cargo de delegado real viene con un salario elevado. Recibirá uno de los castillos que antes fueron de Johan Vale y, antes aún, daneses. La gente allí ha sufrido, así que con reducirles un poco los tributos lo alabarán como a un salvador. Y, aun así, podrá enriquecerse. Saldará viejas deudas y tendrá prenda de sobra para nuevos préstamos. Sin embargo, vacila. Una mirada a los reunidos basta para decidirlo: ve envidias, muecas de disgusto mal

disimulado por la fortuna que se les escapa. Junta las manos sobre el vientre, inclina la cabeza con solemnidad.

—Alabado sea Dios.

Uno tras otro, los nobles estampan su sello en la carta dirigida al rey Erico, mientras Engelbrekt, de pie al lado, observa cada firma. Traen un barril de cerveza, lo abren y reparten jarras. El ambiente cambia: los de fuera ya no parecen una amenaza, sino aliados. La tensión se transforma en alivio. Los que acaban de renunciar a su lealtad han perdido la elección, pero serán recompensados igual. En la cola para firmar se oye un eructo, seguido de risas.

—Jamás pensé que un ejército de campesinos me secuestraría para obligarme a aceptar un castillo como delegado real.

Bo y Bengt se cruzan una mirada sombría cuando Knut Bosson pasa junto a ellos para esperar su turno. Bo lo agarra del brazo.

—Parece que hemos llegado tarde a la fiesta, y hay más comensales de los que esperábamos. Si hay que sentar a tantos, faltará comida.

En los ojos de Knut no ven comprensión, sino la embriaguez del nuevo rico.

—No habléis antes de tiempo. Dudo que salgáis de aquí con las manos vacías.

—Para ti es fácil: tú ya tienes tu parte asegurada.

Los hermanos esperan su turno en silencio. Cuando el lacre se endurece, Engelbrekt se inclina sobre el pergamino para leer el sello.

—¿Bengt Stensson de Göksholm?

—Sí.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

Se apartan hacia el barril de cerveza. Engelbrekt sirve una jarra rebosante y se la tiende a Bengt, que bebe con ansia mientras él lo observa sobre el borde de la suya.

—Täljehus ha caído. Es un fuerte importante, y más que lo será. Allí se necesita un hombre diligente. ¿Eres tú, herr Bengt?

Bengt se atraganta con la cerveza, tose y trata de recuperar el aliento. Engelbrekt le da unas palmadas en la espalda.

—¿Debo tomar eso como un sí?

Bengt asiente. Luego, Engelbrekt estira la mano y sellan el acuerdo.

—En Tälje nos espera una labor crucial. No podemos dar por seguro que tomaremos Estocolmo, ni me gusta la idea de gastar vidas en un empeño condenado al fracaso. Pero el hierro del norte es demasiado pesado para moverlo por tierra: sólo el agua sirve. Mientras Estocolmo bloquee el paso entre el Mälaren y el mar, la Liga Hanseática nos negará sus monedas. Y esas monedas son imprescindibles. Mientras Estocolmo siga en manos del rey, nos tendrá cogidos por el cuello.

—La ciudad está donde está.

—Lo mismo ocurre con Tälje. ¿Conoces la zona?

Bengt niega con la cabeza.

—He ido a misa en la iglesia y me he pasado por ahí algún día de mercado, poco más.

—Al norte del pueblo está el lago Maren, que desemboca en el Mälaren. Al sur hay una ensenada que conecta con el mar. Sólo media milla separa el lago del mar. Quiero que tales el bosque y excaves un canal, lo bastante ancho y profundo para transportar nuestras cargas. Recluta a cuantos hombres necesites.

Bengt frunce el ceño. Las ideas se le agolpan como una avalancha. ¿Es un plan brillante o una locura? Si consiguen abrir un canal capaz de arrastrar el hierro hasta el mar, Estocolmo quedaría arruinada sin necesidad de guerra, devastada no por armas, sino por miles de paladas. Quien controle aquel paso podrá cobrar pontazgo a discreción. Bengt intenta calcular las cifras, pero son demasiado grandes. Más fácil pensar en la distancia: media milla. Le suena corta, pero se imagina el trayecto de Göksholm a Mellösa, casi una milla entera con sus curvas. Y ahora, todo a mano, piedra tras piedra, tierra a tierra. Un escalofrío le recorre el cuerpo.

—Necesitaré ayuda. No tengo experiencia en algo así. Lo más parecido que he hecho ha sido cavar mi foso.

—A lo mejor yo puedo ser de utilidad.

La voz es amable. Bengt se vuelve y se encuentra con Karl Bonde, con un gesto casi encantador en su cara chata, lo que lo hace aún más feo. La sangre le hierve, pero Karl se inclina hacia Engelbrekt.

—Soy Karl, hijo de Knut, de Fågelvik, barco rojo sobre amarillo. No he podido evitar escuchar. Desde que heredé mi finca no he hecho otra cosa que cavar: campos anegados, cimientos húmedos. Abrí canales, dragamos la cala, no tenía calado ni para un bote. Las tierras de Tälje son iguales que las mías, junto al mar. Con humildad, creo que soy el hombre adecuado para esta obra, si a herr Bengt no le parece un agravio.

Bengt da un paso adelante, como para proteger un castillo que ya siente amenazado.

—Te recuerdo bien, Karl Bonde. El que parece olvidar eres tú: los jóvenes hacen mejor en callar cuando hablan los mayores, sobre todo en asuntos que no les conciernen.

El escalofrío vuelve: los ojos de Karl son de reptil, capaces de ocultar todo tras una cortina de buenos modales. Un enemigo peligroso. Aun así, baja la cabeza con fingida humildad.

—No era mi intención ofender, herr Bengt. Sólo ofrecer mis servicios en favor de lo que, desde hoy, nos concierne a todos.

Bengt quisiera hacer con él lo mismo que Engelbrekt ha hecho con el obispo: llevarlo al ventanal y mostrarle la vía rápida de bajada. Pero antes de hablar, Engelbrekt les pone una mano en el hombro a ambos.

—Aquí somos todos aliados. Karl Bonde, para esta tarea mi elección es Bengt Stensson. Pero no pienses que carezco de trabajo para ti ni que no aprecio tus conocimientos. Tu momento llegará. Si todos mostraran tu predisposición, el reino sería nuestro antes de una semana.

Karl Bonde hace una leve reverencia y se retira al grupo de señores.

Bengt suspira aliviado: ha frustrado el primer asalto contra su nueva posesión. Retoma la conversación.

—Estábamos hablando de Täljehus.

Måns está de pie pegado a la pared donde nadie lo ve, escondido detrás de las espaldas anchas de los montañeses, la caperuza bajada hasta media frente. Qué rápido ha cambiado el ambiente. Las promesas de tierras y plata son como una brisa repentina sobre la pocilga que se lleva todo el hedor que hace un momento saturaba el aire. Grandes señores que hace un momento se veían enfurruñados, de pronto están conversando llenos de expectativas,

pero con los brazos cruzados y mirada alerta, pues todos anhelan las partes del mismo todo, y aquello que se le entrega a uno es de lo que tienen que prescindir los demás. Ve a Karl Bonde apartarse de Engelbrekt, deja que él y su padre sigan conversando. A su lado oye una voz que reconoce de sobra.

—Míralo, paseándose otra vez en busca de piel menos protegida en la que clavar los colmillos venenosos. Espero que los demás calcen botas altas.

Nils Stensson, bajo una capa gris de polvo del camino. Debe de llegar directo de la silla de montar.

—Me parece que las cosas nos están yendo bien, Måns. Stegeborg va para Knut. A Bo le han prometido el castillo de Stäkeholm, por lo que he podido oír. Enseguida sabremos qué le ha tocado a Bengt, pero tan contento como lo veo ahora no lo había visto desde el día que tú llegaste al mundo. No puedo interpretarlo sino como que tu tiempo con Engelbrekt ha hecho que el azul y dorado le caiga en gracia. Ninguna familia ha salido tan beneficiada como la nuestra.

—¿Y tú? ¿Tú qué quieres?

Nils se ríe.

—Yo seguiré siendo Nils sin tierra por una temporada. Pero espero contar también con un rato a solas con el caudillo del pueblo, igual que todos los demás.

Måns ve a su tío buscar a Karl Bonde con la mirada, y cuando lo encuentra, sus comisuras se petrifican.

—Tío, hay una cosa que quiero preguntar. Hay alguien muy próximo a Engelbrekt, un tal Erik Puke. Ya la primera vez que oyó mi nombre me lanzó miradas como dagas. Me ha detestado desde el primer momento, y yo no le he hecho nada. ¿Tú sabes por qué?

Nils se frota el mentón.

—Puke es hijo de Nils de Rossvik, cuyo blasón lleva una barca y una estrella. Su padre fue el primer noble en ponerse del lado de Engelbrekt y, en recompensa, ocupa ahora el cargo de delegado real en el castillo de Västerås. Pero Puke es un bastardo. Tomó el apellido de su madre, y también su escudo, con un ala negra, pero no tiene derecho a llevarlo. En cuanto a Nils, acabó por casarse, y nada menos que con tu prima Birgitta, a quien dudo que conozcas: su madre murió en el parto y desde entonces no hemos vuelto a verla.

Nils Stensson nota una ola de frío que se extiende por su abdomen al darse cuenta de lo que acaba de decir sin pensar. Se le viene a la cabeza su Margareta, entre sábanas ensangrentadas. Se persigna discretamente.

—¿Y un hombre mayor, corpulento y de pelo blanco? Lo vi en Västerås. Salió con Engelbrekt para que éste bendijera a la gente después de haber tomado el castillo.

—Rossvik no se separa de Puke, aunque todo el mundo entiende que no hay que preguntarles qué parentesco guardan. Puke se comporta como si también fuera un gran señor, y los hay quienes parecen tenerle alta consideración.

Nils estudia a las personas de la sala con ojos entornados, saluda con la cabeza cuando se cruza con algún conocido.

—¿Sabes qué es un *puke*?

Måns niega con la cabeza y Nils sonríe.

—Un duende con poderes al servicio del Maligno. Quizá debería habértelo dicho antes de que partieras de Göksholm, pero cada hombre debe andarse con cuidado a la hora de elegir a sus

enemigos. Cuantos menos, mejor. El país es pequeño y los rencores pueden cobrarse un precio caro.

—La elección no fue mía.

A distancia, la voz de Karl Bonde, estridente al reír. Nils aprieta los dientes mientras Måns lo mira.

—¿Predicas con el ejemplo?

—Puestos a elegir, yo habría escogido siempre a Bonde. No por la facilidad de vencerlo, sino por el dulzor de la victoria en sí.

Nils Stensson deja que las palabras se asienten antes de continuar.

—¿Dónde está Puke? No lo veo aquí.

—Engelbrekt lo ha enviado al norte, a tomar Faxeholm.

Nils Stensson frunce la frente, sorprendido al principio, pero luego enarca una ceja.

—¿Engelbrekt está al corriente de vuestra enemistad?

—Puke no se ha esforzado en mantenerla en secreto.

Su tío se ríe, alarga una mano, le da una palmadita a Måns en la mejilla.

—Me parece que has conseguido cumplir con tu tarea mejor de lo que jamás podría haber deseado. Me retiro, Måns, voy a hablar con otros. Cuídate. Continúa como hasta ahora. Conociendo a tu padre, es probable que se olvide de mencionarlo, pero todos estamos muy orgullosos de que el crédito de nuestra familia se haya puesto en las manos adecuadas.

Måns se mantiene al margen hasta que la reunión llega a su fin. Todos han estampado su sello en la carta dirigida al rey Erico. Salen de la sala uno tras otro, con el rostro marcado por sentimientos

encontrados. Måns ve marcharse a su padre junto a su tío Bo: parecen ausentes, como si caminaran en otra dirección. Él había pensado acercarse, hablar de los meses pasados, pero al verlos ya no se siente capaz. Percibe en ellos una mezcla de preocupación y triunfo. Ahora son traidores, como todos los demás, sus nombres han quedado fijados con lacre, y aunque han recibido recompensas por adelantado, nadie sabe qué traerá el futuro ni en qué punto de la rueda de la fortuna se hallará cada uno. Måns los deja salir al patio y montar a caballo, evitando hablar con ellos. Le parecen distintos.

Cuando se da la vuelta, una mano lo agarra del brazo como una zarpa.

—Al final me has traicionado igualmente, muchacho.

Es el obispo Knut, encorvado y bajo, pero capaz de moverse con sorprendente presteza cuando lo necesita. Le tira del manto y lo acerca.

—¿Acaso no fui claro cuando hablé del precio de la infidelidad? Tenías que mantenerme al margen. No ibas a mencionar mi nombre a Engelbrekt. Y, aun así, él lo sabía todo.

Måns libera el manto de un tirón.

—He cumplido mi palabra, pero me arrepiento de ello. Ojalá le hubiera hablado de ti a Engelbrekt. Pero no lo hice.

Los labios arrugados de Knut buscan palabras, incrédulos.

—Lo que Engelbrekt sabía sólo lo habíamos hablado tú y yo. Aquel día no había nadie más. ¿Quién, si no, pudo contárselo?

—Yo no le he dicho una sola palabra a nadie.

Knut ha escuchado miles de confesiones. Conoce las medias verdades, los rodeos, las trampas de los culpables que buscan

perdón barato. Pero en Måns no percibe ni un rastro de fingimiento.

—¿Lo juras por la Trinidad, Måns Bengtsson, aun al precio de tu alma?

—Lo juro.

No hay duda. Knut Bosson no sabe qué pensar. El muchacho dice la verdad. Pero si no ha sido él, ¿quién, entonces? ¿Qué oídos ocultos han llevado las palabras hasta Engelbrekt? Un escalofrío le recorre la espalda bajo la capa pluvial. En tiempos así, nada es peor que un traidor desconocido, sobre todo si guarda intenciones ocultas. Que el hijo de su sobrino sea inocente debería aliviarlo. Pero al mirarlo sólo ve ofensa en los ojos y el rubor de una acusación injusta.

Knut suspira, abrumado por su conciencia.

—Es obvio que me he equivocado, Måns. Perdona a un anciano que, tras una vida larga, aún no ha aprendido lo suficiente.

El muchacho sólo asiente brevemente. En su rostro no hay pliegues donde esconder sentimientos: hace un momento mostraba la verdad sin disfraz; ahora, desprecio. Y con ello se va. Måns desciende corriendo las escaleras para unirse a la muchedumbre de montañeses.

68

Kari Sture llega a Göksholm al galope, cruza el puente delante de su séquito y hace una mueca de depredadora al hombre que se planta en el camino para preguntarle el motivo de su visita; el pobre debe apartarse para no ser arrollado. Desmonta ante los edificios de la finca señorial y deja las riendas caer al suelo, segura de que alguien se ocupará del caballo. Una criada con un cesto queda patidifusa ante su llegada; le hace una reverencia y baja la vista.

—Busco a Brita Bengtsdotter —le ordena la otra—. Señálame el camino.

La criada, lo bastante lista, obedece sin chistar y señala la escalera. Cuando se encuentran, Kari la observa con dureza: los bajos de su falda están llenos de barro, tiene tinta en los dedos, está pálida y con ojeras.

—Tengo un consejo para ti: consigue un carro para llevar a tu madre; prepara cuanto haga falta para partir. Nos vamos al este.

—Pero la cosecha... —tartamudea Brita.

—Traigo conmigo a un hombre que no sólo sabe llevar cuentas, sino también dar órdenes; entiende rápido y calla a tiempo. Si Dios le hubiera dado además una buena dote, no se me habría ocurrido casarme con mi marido. Os lo presto: se encargará de Göksholm mientras estés fuera. Le he dejado claro que si malgasta una sola

moneda, su próximo techo será una cabaña en el norte, al otro lado del mar.

—¿Adónde vamos?

Ve el asombro dibujado en el rostro de Brita y saborea en silencio el placer de haberla sorprendido. Desde que Bo le habló de lo ocurrido en Vadstena, tuvo claro cómo aprovechar la ocasión para saldar su deuda.

—Te lo explicaré todo —añade—. Pero ahora confía en mí y haz lo que te digo. Que prendan el fuego en la caseta de baño.

Deja a Brita organizando la partida y sube hasta la habitación de Stina. La puerta está cerrada, igual que los postigos de las ventanas, aunque ya no es propiamente de mañana. Ella lo abre todo de par en par y los rayos del sol caen sin clemencia sobre una maraña de sábanas. Stina jadea en su lecho, arrancada del sopor por la intensa luz. Su cuñada se sienta en el borde de la cama, agradecida por la brisa de finales de verano que palia el olor a cerrado. Aun así, percibe un aroma persistente que le pica en la nariz: *aqua vitae*, transparente como el agua pero con sabor a fuego; el aguardiente que los monjes destilan del vino y que calma dolores cuando se toma con medida. Hay botellas por la habitación, la mayoría vacías; de la restante queda apenas un chorro. Stina ya la busca con la mano; Kari se la entrega.

—Termínatela. No beberás más alcohol por mucho tiempo.

Le echa una capa sobre los hombros y la acompaña hacia la caseta de baño, donde arden leños en el hogar y las piedras se han recalentado para vaporizar agua. Tras un rato de calor, Kari le vierte una jarra de agua fría por encima pese a sus quejas.

—¿Se te ha despejado la cabeza o traigo más? —bromea.

Stina agita el pelo malhumorada y ella no puede evitar reír.

—Pareces un gato que se ha caído al estanque. —Se sienta en el banco de madera y echa agua sobre las piedras; la caricia del vapor llena el aire. Luego la mira con seriedad y añade—: Tienes que venir conmigo a Tälje. Tienes que hacerlo por Måns.

69

El obispo Knut sigue lleno de alegría mientras se aleja de Vadstena. Su carro rueda con facilidad por el camino real, su delicada lumbar no lo atormenta. El sol brilla, tiene una bota de vino a su alcance para refrescarse. En su cabeza, el castillo que acaba de caer en sus manos. Stegeborg. Lo conoce bien. Una majestuosa edificación de piedra, con torre y fuerte donde el río Slätbaken más se estrecha. Antiguamente, las tierras y el agua ya correspondían a la sede episcopal de Linköping, pero el rey Alberto de Mecklemburgo se adueñó de ellas por su ubicación y erigió un castillo junto al agua donde antes sólo había habido una finca con empalizada. Se pueden decir muchas cosas malas de los alemanes, pero construir saben hacerlo. En Stegeborg, Knut estará cómodo cuando llegue el invierno, caliente y a salvo, mientras otros tiñen la nieve de rojo en el sur. El estrecho de fuera está bien protegido, el fondo está lleno de troncos puntiagudos que mandan a pique cualquier mercader que intente esquivar el pontazgo. Ahora ese dinero será para Knut, igual que los aranceles de Söderköping.

El sol sube y el día se va calentando. El camino lo lleva al sur, a casa, a Linköping, donde tendrá que dirigir el traslado de hombres y bienes. Donde el bosque se cierra sobre las cunetas el aire se vuelve denso y pesado, sin que las ramas brinden sombra alguna a cambio,

pues el sol los ilumina de frente. El trayecto está siendo más lento de lo que debería. Los peregrinos que se dirigen al convento se esconden tras cada recodo, y cuando comprenden que se están cruzando con el mismísimo obispo, en lugar de hacerse rápidamente a un lado lo retienen con su veneración. El sudor rezuma por debajo de su camisa, la embriaguez ya no le brinda bienestar, sino que, más bien, le entorpece el pensamiento. Está rodeado de su gente, que sigue ataviada con todo lo que se han puesto con afán de brillar al máximo en Vadstena. Una mancha de sol se refleja en un yelmo pulido y se le clava en el ojo. Lo ha costeado él, tanto el yelmo como todo lo que llevan encima, y no son sólo cosas hermosas a la vista, sino mercancía de calidad, cotas y yelmos y armas afiladas, todo lo necesario para hacerle los honores en un eventual campo de batalla. Pero en vez de eso, lo que se lleva es un castillo, y todos sus gastos han sido en vano. Dinero caro, prestado a cambio de importantes empeños. Knut da un trago de vino, se le antoja demasiado tibio como para tragárselo, lo escupe con asco fuera del carro.

Cuanto más piensa en ello, más le molesta la reunión que se ha celebrado en Vadstena. La tierra y los bienes que se le han dado no le son ningún favor. Son cosas que le correspondían desde un buen comienzo. Al recuperarlos ahora, sólo se ha hecho justicia, pero sin la renta que correspondería a tan larga espera. ¿Quién es Engelbrekt Engelbrektsson para otorgar aquello que les pertenece a otros? Que amenace con violencia es una cosa, tampoco cabría esperar otra cosa de un simple montañés al que apenas lo separan tres generaciones de la nobleza, pero que se atreva a llevar la voz cantante entre mejores es un auténtico insulto. Dirigir un reino no tiene nada que ver con picar piedra en una montaña, eso lo

demuestra el hecho de que sea tan tonto como para creer que la benevolencia de la plebe es suficiente para convertirlo en rey. A Knut Bosson le escuece la nuca con el mero recuerdo de su zarpa. Malhumorado, cambia de parecer, da un trago largo de vino caliente, se deja mecer por el vaivén del carro hasta que se queda dormido.

Se despierta con el cosquilleo de las moscas en el labio y un dolor en la espalda, intenta en vano encontrar una postura que lo libre de la aflicción. Nota la cabeza pesada, el sabor en la boca es horrible. Pero la cabezada le ha traído claridad. La propiedad de los antiguos obispos iba mucho más allá de Stegeborg. Knut piensa aplastar dos piojos con una misma uña: mandará a los hombres a los que ha armado caramente a recuperar todo lo que debería ser suyo. La isla de Rönö y los alrededor, todas las granjas y bienes, todas las tierras. Así mitigará parte del daño que ha tenido que soportar. Lo que el caudillo del pueblo piense cuando se entere le da lo mismo. Para entonces, Engelbrekt Engelbrektsson estará muy lejos, incluso puede que ya haya sido abatido por las flechas de los soldados, y aunque todo le salga bien, difícilmente podrá costear enfrentarse al rey en el sur y, al mismo tiempo, al más alto cargo de la iglesia a su espalda. Knut se pregunta con quién podría contar como aliado en su empresa. Ni Bo ni Bengt, ni Nils, pues desde este momento ellos son perros falderos de Engelbrekt, hasta el día que aquél ya no les sirva para sus propósitos. Pero Knut tiene otros parientes, porque si hay algo que su hermano Sten sabía hacer era compensar el voto de castidad del obispo. ¿Quizá alguno de los sobrinos despreciados, uno de los gemelos a los que el resto de los hermanos culpan de haber causado la muerte de su madre? Sí. Es una vía factible, un camino empedrado de lingotes de plata. Knut Bosson no puede evitar juntar

las manos dando una palmada, con la que sus nudillos inflamados se resienten.

70

Finn no se aleja nunca de Måns. Hace él solo lo que haría una servidumbre entera, aunque solamente tenga un amo al que atender, y está satisfecho con la tarea. El sueño se burla de él: si se acuesta demasiado pronto, no consigue quedarse dormido, y si llega tarde al campamento y se arropa exhausto de cuerpo y mente, se despierta demasiado pronto. Y cuando consigue dormir, una mara —ese espíritu que oprime el pecho y roba el aliento— lo cabalga en sueños, y despierta empapado en sudor, con el corazón repicando contra las costillas como si quisiera escapar. Y luego le resulta imposible volver a dormirse.

En esas noches suele acercarse al lecho de Måns para asegurarse de que todo está en orden y lo encuentra murmurando en sueños, tal como hacía de niño.

Los pensamientos se le arremolinan. A la vergüenza y a la culpa se les suma algo peor. Ese verano ha visto a más señores feudales que en toda su vida, y no son como los había imaginado. Cuando los ojos se habitúan al resplandor de collares e hilos de oro, la majestad se desvanece: no parecen distintos a cualquier otro hombre. Cuerpos torpes envueltos en galas suntuosas. Seres mezquinos y

codiciosos tras una fachada elegante. Se pregunta si todos los grandes señores serán así. Y si su hermana Ylva ya lo había presentido cuando renunció a Göksholm, cambiando placeres y deberes por cosas más sencillas. Ella nunca acudió a confesarse ni temió a Dios: se reía de él y de sus plegarias.

Siempre que puede, entra en las iglesias del camino y pasea bajo las bóvedas sagradas, aguardando una revelación que nunca llega. Los sacerdotes y eclesiásticos, inseguros del rumbo que tomará la ira del pueblo, se han retirado de los templos —con sus bellos retablos — y permanecen lejos. Sólo dejan las puertas abiertas, para que cada cual rece si lo desea. Antes, él creía sentir la fuerza de las reliquias. Ahora, el fantasma de Olof Jönsson le susurra dudas al oído, y su fe ya no alcanza para acallarlo. Contempla astillas de cruz y huesos sacros sin poder distinguirlos de la inmundicia del suelo.

La trayectoria del sol le dice que van hacia el este y el sur. Él sigue a Måns; Måns sigue a Engelbrekt. Cuando sopla viento de cara y arrastra las voces, alcanza a oír retazos de conversación entre el ruido de los cascos de los caballos:

—¿Qué sucede? ¿Va todo bien? —pregunta

—Esta mañana ha llegado un mensajero de Örebro.

—¿Y?

—El delegado real y yo acordamos seis semanas de tregua. Si en ese tiempo nadie acudía a rescatar a Mattis Kettilberg, abandonaría el castillo voluntariamente. A estas alturas ya sabe que no puede contar con refuerzos, pero quiere dinero a cambio de su retirada.

Finn esquiva una piedra en el camino y recupera la posición para escuchar a Engelbrekt.

—Necesitamos Örebro —continúa éste—. Ya hemos tomado o quemado los fuertes pequeños, pero en los grandes castillos: Kalmar, Estocolmo, Örebro, Axevalla, los delegados reales siguen resistiendo, seguros en sus torres. Sin embargo, Kettilberg exige mil marcos, y yo no los tengo. Podría conseguirlos cobrándole impuestos al pueblo, o podría asaltar el castillo y esperar a que los muertos de nuestro lado formen una montaña lo bastante alta para superar la muralla. En ambos casos saldríamos perdiendo. Kettilberg es astuto: se enteró de lo de Vadstena. Sabe que ahora cuento con el respaldo de la nobleza, y que ellos podrían prestarme dinero. Karl Bonde, por ejemplo, es rico como un trol y no me negaría nada. Pero ¿qué interés me impondría? Sería como dejar la puerta del gallinero entreabierta para el lobo. Todos los grandes señores de Vadstena advertirían enseguida el apuro en que me encuentro. Me tienen por uno de los suyos, y no hay nada que los encandile tanto como la riqueza. Estarán convencidos de que me he estado enriqueciendo desde Norberg hasta aquí; y cuando descubran que tengo las manos vacías, se volverán más atrevidos. —Engelbrekt se vuelve y se cruza con la mirada de Måns—. Por primera vez desde que partí de Norberg, no sé qué hacer.

71

Bo Stensson tiene el estómago revuelto. Durante la noche ha tenido un reflujo atroz, y se ha levantado con un horrible sabor de boca. Tras semanas preparando el ataque, por fin llegaba el día, pero tenía un mal pálpito.

Ahora, apenas empezar, ya percibe señales de que sus temores no eran infundados.

Está en la colina, en retaguardia, lejos del alcance de arcos y ballestas, pero se ha vestido de hierro de todos modos: presentarse sin armas habría dado mala imagen. Sin embargo, lo detesta. La calva le escuece bajo el yelmo, la cota de malla le oprime el estómago y las botas rígidas le hieren los pies. El cinturón —cargado con espada, daga y bolsa— se le clava en las caderas. Por debajo, su ropa está ya empapada de sudor, y no por el esfuerzo, pues todavía no ha blandido un arma, sino por el malestar y la espera. Siente el vientre apretado, con un nudo que no cede. Dentro, un bulto duro como una piedra, que fermenta sin moverse, lo hace jadear y soltar eructos ácidos. Se le ha prometido el castillo si consigue tomarlo. Se engaña pensando que, de haber actuado solo, todo le habría salido mejor. Hay otros dos comandantes. A uno de ellos, su pariente Nils de Hammersta, lo tolera más o menos bien; sin embargo, a Karl Bonde lo ahorcaría con sus propias manos si pudiera. Escurridizo

como una anguila, sabe adular y enfrentar a unos con otros hasta salirse con la suya, de modo que al final nadie entiende del todo cómo ocurrió. O promete una cosa y hace otra. No obstante, su astucia ha dado esta vez un fruto podrido: el asedio se hunde antes de empezar. Ahora la cuestión es cuántas vidas habrá que sacrificar para poder fingir que han hecho todo lo que podían.

Las largas jornadas de planeación del ataque siguen frescas en su memoria: sólo sirvieron para fraguar un acuerdo endeble, porque todos sabían lo que estaba en juego. Aunque a él se le había prometido el castillo, esa determinación podía cambiar en cualquier momento: quien aportara más hombres o resultara decisivo en el combate podría reclamarlo como su derecho, y en último término, quien entrara primero podría hacerse fuerte dentro y rehusar abandonarlo.

El caso es que ni Hammersta ni Bonde aceptaron que fuera él quien dirigiera la ofensiva, como futuro delegado real, así que acordaron atacar desde distintos flancos al mismo tiempo. Se construirían balsas de troncos que, a la señal, se lanzarían contra los muros del castillo, levantado al fondo de la cala.

La maniobra ha dado inicio al amanecer, pero, apenas empezar, la balsa en la que iban sus hombres ha escorado y varios de ellos han caído al agua. Por fortuna no era una zona muy profunda, y la mayoría ha logrado ponerse de pie; sin embargo, cuando por fin han alcanzado la balsa, ésta ha encallado en una piedra o en un banco de lodo, y ahora flotan inmóviles en mitad de la cala, atrapados por la corriente, sin posibilidad de avanzar ni retroceder y a merced de sus escudos frente a unos arqueros, apostados en la torre del

castillo, que ya han tanteado la distancia y han comprobado que es buena.

Por el momento, sólo unos pocos han caído atravesados por flechas, pero él sabe por qué: en la torre saben que esa balsa no irá a ninguna parte y guardan las saetas para quienes aún representan un peligro. Una vez resueltas las amenazas más urgentes, podrán ensañarse con ellos hasta atravesar a todos los que no prefieran ahogarse.

Él sabe que al delegado real danés lo llaman Lage Röd, Lage el Rojo, por el color de su pelo; y comprende que, si la matanza de sus hombres se consuma, antes de que acabe el día podrá darle, gracias a la sangre de los vencidos, un nuevo sentido a su apodo.

Unos gritos lo sacan de sus pensamientos: vienen de la balsa de Hammersta, en otro punto de la cala. La corriente ha empezado a desgarrarla. Las dos secciones aún siguen unidas, como una tijereta a punto de partirse, y por eso el navío se ha vuelto ingobernable. Varios hombres caen por la grieta abierta entre alaridos, chapoteando unos segundos antes de hundirse bajo el peso de sus armas.

Preso de la cólera, se arranca el yelmo y lo arroja cuesta abajo con todas sus fuerzas. Desearía que sus hombres hubiesen sido menos diligentes la noche anterior, cuando cortaron las cuerdas que mantenían unidos los troncos. Su orden era clara: debilitarlas lo justo para retrasar la maniobra, no tanto como para provocar que la embarcación terminara hundiéndose. Pero las prisas y el exceso de celo hicieron que los cuchillos cortaran más de la cuenta.

Todas las esperanzas recaen ahora en Bonde, el único cuya balsa ha conseguido llegar hasta la empalizada de troncos que protege el

frente del castillo. Sus hombres se han enganchado a ella con garfios y la utilizan para resguardarse de las flechas que silban desde las torres.

Pero los soldados de Lage Röd acuden de inmediato y, entre las rendijas de los troncos, clavan sus lanzas contra los invasores. Él hace una mueca al ver cómo las puntas atraviesan cuerpos indefensos, empujados hacia delante por sus propios compañeros que se amontonan detrás y no pueden retroceder. La brisa arrastra sus bramidos con retraso, como si vinieran de otro lugar.

El día es bochornoso y el aire, húmedo. El fuego que transportaban en la balsa ya debe de haberse apagado en medio del desorden. Desde la colina distingue las chispas de un yesquero en un intento desesperado de encender nuevas llamas, pero sin éxito.

Poco después cesa todo intento de ataque. En la balsa junto a las murallas, los supervivientes se encogen tras los cadáveres de sus compañeros, intentando quedar fuera del alcance de las flechas. Esperan a que los arqueros bajen de las torres y disparen a través de la empalizada, a apenas unas brazas de distancia. Por el momento se les concede un respiro: los tiradores deciden ocuparse primero de la balsa atascada en el barro.

Las saetas no tardan en abrirse paso. El agua se agita con cada impacto, delante, detrás, por todos lados. Al principio, cada acierto va acompañado de gritos de júbilo desde las torres, pero pronto no hay fallo posible.

En la balsa, los hombres aúllan de pánico: sonidos que cuesta reconocer como humanos si se escuchan con los ojos cerrados. Son chillidos de puercos en la matanza, de zorros atrapados en un cepo. Presos del terror, algunos empiezan a destrozar a hachazos la

embarcación bajo sus pies. Logran arrancar un tronco con la esperanza de cabalgarlo hasta la orilla. Unos pocos lo consiguen, pero enseguida son demasiados: el tronco rueda sobre sí mismo y los lanza al agua. Durante un instante alcanza a ver sus brazos aferrados en fila, como cuentas de un rosario que se hunde. Luego el aire se acaba y los cuerpos desaparecen, tragados por su propio peso.

Cuando vuelve a mirar, ya no queda nadie sobre la balsa. Más abajo, la sangre ondea en la corriente como una larga banderola. Los pechos de los muertos, aún ceñidos con armaduras nuevas, están manchados y perforados. No puede evitar calcular lo que costó todo aquello, para ningún provecho.

Un poco más arriba siguiendo la bahía, divisa a Bonde ya montado en su caballo. Se retira deprisa, seguramente para ser el primero en contar la historia de la derrota y repartir culpas a su antojo. Él maldice no haber pensado lo mismo. Debería haberse vestido con ropa ligera de montar, como Bonde, en lugar de cargar con una armadura inútil.

Se vuelve y echa a correr colina abajo en busca de su caballo mientras todavía queda tiempo.

72

El camino las hace descender por una cuesta embarrada en dirección a un tramo de bosque. Kari Sture no puede ocultar su frenesí: han podido vislumbrar fugazmente el castillo, más grande que Göksholm y bien protegido en un islote; rodeado de agua, como corresponde a todo buen castillo. Kari las ha exhortado a seguir; Stina ya es capaz de montar por sí sola, si bien a regañadientes todavía. Kari llega primero a la linde del bosque, seguida de Brita, y desmonta y ata las riendas a un árbol.

—Dejaremos a los caballos aquí. El suelo es cenagoso y está lleno de raíces. Iremos mejor a pie.

Brita echa un vistazo por encima del hombro. Su madre las sigue a paso lento, la cabeza gacha por el cansancio. Kari le guiña un ojo.

—Pronto se pondrá mejor. Sólo tenemos que conseguir avivar una pequeña llama en el rescoldo que lleva dentro, y verás que enseguida un fuego prenderá en ella. Ven, nos adelantaremos. Recordémosle que las piernas también sirven para algo.

Brita sigue a Karin, que se mueve por el bosque como un caudillo, aparta las ramas con mano acostumbrada. Es como si los árboles se doblaran hacia atrás muertos de miedo, conscientes de que cualquier intento de frenarla no hace sino alimentar su rabia. Más adelante, la luz cambia: las sombras verdes empalidecen, el ramaje

se vuelve más ralo. Hace un día gris, con llovizna, un heraldo del otoño. En cuanto salen de la arboleda, Brita se queda inmóvil, intentando comprender lo que está viendo. Se desata un poco la caperuza del manto para ver mejor.

Detrás del bosque se abre una hondonada en cuyo centro hay una multitud de hombres con palas y picos, tan manchados de tierra que parecen troles escapando del subsuelo. Donde la tierra es más baja han cavado una zanja profunda, una herida marrón entre la vegetación verde. Algunos llevan carretillas, otros cargan sacos y recipientes llenos de tierra húmeda para echarla a modo de terraplén a ambos lados de la zanja. No han llegado lejos, ni muy hondo. La tierra se desprende de los bordes, obligándolos a ensanchar el canal para que no vuelva a llenarse. Al mismo tiempo que Brita formula su pregunta, oye a su madre salir del bosque con respiración pesada. Por un instante, se queda igual de muda ante la imagen.

—¿Qué es esto?

Kari señala a lo lejos, hacia el agua azul del fondo.

—Bengt Stensson puede quedarse con el castillo de Tälje con una condición. Engelbrekt Engelbrektsson había pedido que cavaran una zanja, desde la playa del sur hasta la cala del norte, lo bastante grande como para reflotar el hierro del norte y cargarlo en los barcos de la Hansa.

Stina todavía está recuperando el aliento al lado de Brita; se apoya en un abedul. Tras oír las palabras de Kari, se acerca, se lleva una mano a la frente para darse sombra y ver mejor. Kari Sture se vuelve para mirarla.

—Bengt Stensson ha conseguido este cometido gracias a Måns. ¿Por qué, si no? Todos los grandes señores del reino habrían

cambiado de escudo por algo así. Si Bengt fracasa, se quedará sin nada, y todo lo que Måns ha hecho habrá sido en vano. Y ya va por buen camino.

Stina empieza a hablar, pero se echa a toser; tiene que relajarse para recuperar la voz. La tiene desacostumbrada, suena afónica y ronca.

—¿Qué distancia?

—Media milla.

—¿Para cuándo?

—Cuanto antes terminen, más contento se pondrá Engelbrekt.

Stina se acerca, sale a la luz, entorna los ojos para ver a los hombres en su labor.

—Tal como lo están haciendo ahora, no terminarán nunca.

Kari enseña unos dientes afilados con una sonrisa de regocijo.

—Lo sé. Se pueden decir muchas cosas buenas de tu marido, pero poner a otros a trabajar de la mejor manera posible, eso no ha sabido hacerlo nunca.

Hace una pausa antes de continuar.

—Ojalá hubiese alguien en la familia mejor preparado para gestionar toda la credibilidad que el hijo ha ganado.

Stina se ha cruzado de brazos, se pasea de un lado a otro por delante de las otras dos.

—Es astuto, ese montañés. Si el agua llega a correr por aquí ya no necesitará Estocolmo, ni él ni nadie. Quedaría reducida a una muralla inútil, una isla solitaria, con los hombres del rey como náufragos en un castillo que no sirve para nada.

Kari lanza una mirada a Brita a espaldas de Stina, enarca una ceja. El rescoldo empieza a humear. Brita ve a su madre hacer un intento

de enderezar la espalda encorvada, pero, cuando los dolores se lo impiden, jadea y apoya las manos en las caderas.

—Yo lo haré. Si no, no lo hará nadie.

Empieza a cruzar el prado y bajar la pendiente. Brita la llama.

—¿Adónde vas?

—Mañana tengo que encontrar más hombres, y mejores. Pero ya puedo decirles ahora que dejen de ensanchar la zanja y que caven hacia delante. Queda media jornada hasta que se queden sin luz. No hay que desaprovecharla.

Kari se ríe, un sonido inusual, y rodea a Brita con el brazo, impidiéndole que siga a Stina.

—Deja que vaya. Deja que recuerde la fuerza que tiene. Verás que tiene de sobra.

La mano de Kari le aprieta el hombro.

—Ha funcionado. Se han avivado las llamas, y mi cuñado saldrá bien escaldado, tanto él como cualquiera que sea tan torpe como para interponerse en su camino. Brita, tú te quedas, ¿verdad? ¿La ayudarás? Sé que las cosas no han sido siempre fáciles entre vosotras, pero algún día ella se dará cuenta de que no podría arreglárselas sin ti. Que sepas que hay más gente que lo tiene claro desde hace tiempo.

Brita abre la boca para contestar, pero vuelve a cerrarla. Le basta con asentir en silencio.

73

Jonas Jonsson se sostiene sobre la pierna izquierda. Pronto tendrá que cambiar, porque el muslo ya le tiembla por el esfuerzo y siente el pie entumecido. Sólo piensa en calor mientras el frío le sube por las piernas, le adormece la carne y le agarrota las rodillas. Intenta evocar veranos en la hierba, el sol sobre la piel desnuda, el resplandor de la lumbre y el chisporroteo del fuego en una casa bien aislada, pero le cuesta recordar. Entonces se le escapa un gemido: teme perder incluso los recuerdos, como si las garras del delegado real Otte Stut pudieran arrebatarle también los pensamientos en pago por los impuestos que debe.

El agua corre por todos lados, clara y heladísima. Es su tercer día en el Suplicio Pequeño: una roca que apenas asoma entre el torrente del río. No muy lejos está el Suplicio Grande, más grande como indica su nombre. Allí estuvo al principio Anders de Backa, un tipo ruin que nunca le cayó bien, siempre dispuesto a hablar mal de quien no podía oírlo. Pero en los Suplicios sólo se tenían el uno al otro. No había mucho que decir, pero reconfortaba compartir el destino y el tormento, saberse visto y comprendido. Bastaba con un saludo, una pregunta, una respuesta. Eso sí, siempre a gritos, porque el estruendo del río lo cubría todo.

Por desgracia, Anders no aguantó mucho en el Suplicio Grande. Y, en el fondo, no había de qué sorprenderse. La mayoría de los condenados empezaban firmes sobre ambas piernas, luego, cuando el frío se volvía insoportable, cambiaban de una a otra, hasta que acababan sentados en la roca... y entonces el agua se los llevaba. Todo sucedía tan rápido que, si uno pestañeaba, se lo perdía: de pronto la roca quedaba vacía, como si nadie hubiese estado allí, y el condenado ya estaba muy lejos, arrastrado por la corriente, gritando sin voz.

El primer día incluso habían bromeado:

—¡Mira qué bien, un baño refrescante! ¿Tienes algo de beber? —había dicho uno.

—Qué descanso estar por fin sin una pala o un pico en las manos —había respondido el otro.

Pero a las pocas horas Anders ya estaba sobre una sola pierna. Al mediodía se sentó. Luego el sol se hundió y dejó el mundo a oscuras, y cuando salió la luna, su resplandor plateado iluminó una roca vacía: Anders de Backa había caído en silencio al río. Él, que nunca se mordía la lengua. Mejor habría sido callarse que hablar de más contra Otte Stut.

Por enésima vez, Jonas Jonsson se examina con dureza. ¿Podría haber hecho algo distinto? ¿En qué encrucijadas eligió el camino equivocado que lo llevó hasta las piedras del suplicio en el Gullsprångsälven, frente a Amneholm?

Su mayor error fue creer que el delegado real lo escucharía. Pero ¿acaso un hombre del rey no debería comprender que nadie puede pagar más de lo que la tierra da? Con esa esperanza se presentó, cargado de deudas, ante Otte Stut. Fue en vano: el delegado no

quiso ni oírlo. Se limitó a responderle algo en danés cuyo significado se le escapó; no obstante, su expresión bastaba: ya había oído los mismos ruegos demasiadas veces, conocía bien la situación imposible de tantos agricultores... y no le importaba.

De hecho, necesitaba agricultores en los Suplicios: hombres obligados a mantenerse a la pata coja sobre las rocas, gritando su desesperación hacia la orilla en vano, como garzas roncas. Esos lamentos servían de advertencia a los demás y hacían más fácil cobrar los tributos.

Jonas levanta la vista hacia la fortaleza: Amneholm ocupa toda la isla sobre la que se alza, como si flotara con todo su peso en la superficie del agua. Una empalizada de madera rodea la torre de piedra. Ha oído los rumores, como todo el mundo: el año pasado los dalecarlianos acudieron a Västerås para quejarse del poder de los delegados reales, pero los convencieron de volver atrás llenándolos de promesas que después no cumplieron. Este año tendrán que regresar, pero en mayor número, más furiosos y desconfiados. Quizá lleguen incluso hasta Amneholm, llevando justicia a las víctimas del delegado.

Cambia de pie con cuidado de no resbalar. Buscando calor aprieta la pierna que acaba de levantar contra la otra, pero tiene la pantorrilla helada y dura como un tronco. El movimiento, además, despierta un dolor dormido. Aspira entre los dientes. Teme la noche que se acerca, aunque quién sabe si aguantará hasta entonces. Ya pasó la anterior a oscuras, sin Anders de Backa, y cada vez le parece oír más nítidamente su voz, llamándolo desde el fondo del río:

—¿Qué tal las piernas, Jonas Jonsson? ¡Salta tú también! Aquí abajo se está más cómodo... Estoy solo, Jonas Jonsson; ven

conmigo y que nuestros cadáveres les sirvan de comida a los peces.

Tiene mucho frío, pero por dentro se le ha encendido un calor malsano: una fiebre que empeora con cada hora. Le hace ver cosas que nunca había visto. El río se llena de rostros que lo miran desde las profundidades y que antes no eran más que piedras. No son rostros de seres humanos, sino de espíritus del agua, de trols y otras criaturas sin nombre. Puede que él esté aterido, pero sin duda conserva algo de calor en el cuerpo, y estas criaturas lo codician. Le susurran desde la corriente, prometiéndole todo lo que desee —descanso, amor, oro— si accede a seguirlas a sus salones helados, donde la luz nunca entra. Pero él aún tiene fuerzas para negar con la cabeza. Finge que no está llorando y murmura una oración:

—*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum.*

¿Qué ocurre? Hay gente en la orilla. No alcanza a oírlos por encima del rugido del agua, pero su cólera es evidente. Agitan armas improvisadas y antorchas cuyas estelas rojas se reflejan sobre la corriente. Han improvisado escudos de ramas entretejidas recubiertas de cuero para protegerse de los arqueros mientras apilan haces de leña contra la empalizada allí donde el puente conecta con la isla. Acaban de prenderle fuego, y las llamas se aferran a la madera seca, lamen los postes, corren por la corteza y por los nudos de resina, y se propagan. Con piedras, impiden que nadie sofoque el incendio.

Distingue rostros conocidos entre la multitud: su hermana Maja y su cuñado Ulf, los hijos de ambos y sus propios hijos. Su padre, Anders de Backa. No, son visiones: su padre murió hace tiempo y Anders se hundió en el río. ¿Será todo alucinación? ¿Es la fiebre, mostrándole lo que más desea ver?

Se frota los ojos y reza de nuevo, consciente de que quien ve a los muertos probablemente está cerca de unirse a ellos.

Alza los brazos y, con un grito débil, les muestra su aprobación a los que atacan. Desearía que alguien lo viera y echara una barca al río, pero todos están ocupados, nadie tiene tiempo. Cae la noche, pero el incendio de la fortaleza ilumina todo como si fuera de día. Alrededor de la hoguera se reúnen más figuras: hombres corpulentos con los rostros ennegrecidos, un jinete que da órdenes con un aro de fuego sobre la cabeza y un muchacho con cara de ángel a su lado. Y cada vez se suman más muertos a la multitud, cadáveres que él sabe llevan mucho tiempo enterrados, casi sin carne en los huesos, que también han querido reunirse a la luz de las llamas, mostrando sus dientes desnudos como si sonrieran.

Él está exhausto y helado, pero es incapaz de apartar la vista de lo que ocurre. Las sonrisas de los muertos son contagiosas: él también sonríe; allí, sobre su roca, pensando en Otte Stut y en la rueda de la fortuna, que ha dado la vuelta: lo pusieron en el río para que el delegado real presenciara su aniquilación y, sin embargo, está presenciando lo contrario. Pero la pierna le tiembla, la vista se le nubla, el mundo entero se desdibuja bajo el resplandor del fuego. Entonces, con todo el cuidado que puede, se sienta sobre la roca para ver mejor.

74

El fuego devora Amneholm, y las llamas dejan tras de sí un lecho de brasas que rematan la faena. El castillo ya ardía antes de que llegaran, porque la revuelta es más grande que el ejército de Engelbrekt: ha crecido hasta convertirse en una criatura con vida propia, que se mueve más rápido que el pie humano y los cascos de los caballos. Cuando alcanzaron la orilla del río, la plebe ya estaba en plena acometida, armada, con la fortaleza bajo asedio y la empalizada encendida. El delegado real había huido tiempo atrás, dejando atrás sólo a unos pocos soldados, que prefirieron entregarse —tosiendo, con los ojos enrojecidos— antes que asarse vivos en unos salones convertidos en hornos. En el islote reina la devastación. La torre de piedra se tambalea sobre vigas humeantes; las piedras, al rojo, silban con furia al precipitarse al agua. Otro castillo menos en el camino hacia el sur.

La gente se agolpa junto al río. Su cólera se ha calmado: ahora vuelven los rostros hacia el calor que emana desde el otro lado del agua como si fuese el del sol primaveral tras un largo invierno. Las llamas se reflejan en ojos donde la ira se ha transformado en asombro. Más arriba, en la ladera, los montañeses han levantado su campamento. Al despuntar el día alistarán a quienes quieran seguir al ejército hacia Axevalla, y luego partirán de nuevo.

Måns visita a *Tizón*, no por deber, sino porque disfruta de la compañía del semental; le acaricia el pelaje, le da buen forraje. Desde la orilla le llegan cantos y el sonido de una giga; encienden nuevas hogueras, ya no para destruir sino para dar luz y calor. Preparan un lecho de brasas para asar la carne abandonada por el delegado real, vacían los barriles de cerveza que han logrado rescatar. Un estruendo anuncia que se ha venido abajo una bóveda; desde la playa, un clamor jubiloso responde. Varios pies despejan un rincón de tierra para preparar el baile.

Måns deja al caballo y se mezcla con la gente. Muchos lo han visto al lado de Engelbrekt y lo recuerdan; otros necesitan sólo una mirada fugaz para percibir que es algo distinto, algo especial. Hombres y mujeres se apartan a su paso, le rozan el hombro con los dedos o tocan el borde de su manto. Lo miran con veneración, como si fuera una aparición descendida entre los vivos.

Una parte del fulgor de Engelbrekt es ahora suyo. Muchos le sonríen, y él devuelve la sonrisa, comparte su alegría. Una anciana lo toma de la cintura, lo arrastra a bailar; él ríe y da los pasos con gusto. Bailan un rato entre la multitud; al despedirse, ella le besa la mano.

En la ribera oscura, allí donde no llega la luz del fuego, hay una silueta solitaria, morena entre rubios, vagamente familiar. La curiosidad lo lleva hacia ella, hasta que reconoce de quién se trata. Erik Puke, ni más ni menos, recién vuelto de su campaña en el norte para reunirse otra vez con los hombres de Engelbrekt. Måns se detiene, callado, dudando; pero algo delata su presencia, porque Puke gira la cabeza y lo ve. Está borracho: el cuerpo rígido, los brazos colgando, la cabeza floja sobre el cuello laxo. Baba en la

comisura; ha escupido o vomitado y no se ha molestado en limpiarse.

—Tú.

Su voz suena cansada, la rabia apenas audible. Puke se deja caer en cuclillas, tantea los cantos del río con las manos para apoyarse, pierde el equilibrio y se desploma de espaldas hasta quedar tendido.

—Acabo de llegar. He reducido Faxeholm a cenizas, he tomado Åland. Norrland está conquistada desde aquí hasta las tierras salvajes. Todo lo que me encomendaron lo he cumplido, y más aún. ¿Mi regreso no merece una celebración? Pero cuando busco a Engelbrekt, está contigo, y a mí me dicen que espere.

Reprime una arcada.

Ahora la voz le sale ronca de odio, como nacida del veneno que chapotea en su estómago.

—¿A qué has venido, Måns Bengtsson? Mi padre cría un hijo que ocupe mi lugar, y tú apareces ante Engelbrekt para arrebatarme todo su favor. ¿Qué pasa con el azul y dorado? ¿Qué os he hecho para que me paguéis con tanto mal?

Una risa amarga lo sacude.

—¿Sabes qué, Måns Bengtsson? Yo creía que Engelbrekt me dio Norrland porque era el mejor hombre que tenía. Pero ¿sabes lo que me cuentan? Que me mandó para apartarme de ti. Mi nariz torcida no podía ocultarse, y todo salió a la luz. Fui desterrado bajo el pretexto de la misión, y aunque vuelva cubierto de gloria, me recibe con una mirada como si fuera un gato sarnoso llegado al portal con una musaraña muerta como ofrenda.

Aún tendido, sacude la cabeza; las piedras crujen bajo su peso.

—Vete. Déjame en paz. Vuelve con Engelbrekt, seguro que ya te echa en falta.

Mientras Måns regresa al campamento, Erik Puke se gira para vomitar. La voz que lo despide, quebrada por el esfuerzo, lo alcanza a la espalda:

—Al infierno tú y los tuyos, Måns Bengtsson. La última palabra aún no está dicha, y será la mía, tan seguro como que Faxeholm yace en cenizas. Cualquier día veremos cómo casa el rojo con el azul y dorado.

Puke logra incorporarse, se tambalea en busca de sus hombres, los que lo conocen y están dispuestos a escucharlo, diga lo que diga.

Bebe más de lo que debería, da rienda suelta a su corazón sin pensar. Palabras venenosas, mal sopesadas.

75

—¡Alto! ¡¿Qué hacéis con esa piedra?!

Desde el talud, Stina interpela a dos recién llegados que acaban de sacar del suelo un pedrusco y ya se dan la vuelta para seguir con otra cosa. Se quedan quietos, con los brazos colgando, sorprendidos. Miran a su alrededor y ven que el trajín se ha ralentizado: una docena de hombres se ha vuelto hacia Stina, todos con la cabeza inclinada. El respeto es evidente. Los dos nuevos, atentos, bajan también la mirada y esperan a que la señora continúe.

Ella suelta su vestido, que sostiene más por costumbre que por otra cosa: el bajo ya está empapado de barro, imposible de mantener limpio, los dibujos bordados se han perdido bajo la costra seca. Recorre con la vista a los presentes, como asegurándose de que todos escuchen lo que va a decir. Tiende una mano, y de inmediato un hombre se adelanta para ayudarla a subir al bloque recién desenterrado. Otro da la voz:

—¡Parad todos! ¡Venid a escuchar a la señora Kristina!

Los hombres acuden con paso ligero. Stina señala a los recién llegados:

—¿Vuestros nombres? Decídmelos, os aseguro que no los olvidaré.

Responden en un murmullo, tímidos:

—Anders, del lago.

—Vidar Bytta...

—Estáis acostumbrados a apartar las piedras y amontonarlas para que no estorben al arado. Aquí no: aquí cada piedra debe rodarse hasta el borde, como parte de un muro semienterrado. Sobre esa base pondremos después los troncos y los apuntalaremos para que nada se derrumbe. Un muro que contenga la tierra.

Mira a su alrededor y elige a dos hombres a quienes conoce y en quienes confía:

—Jens, Mikael. Enseñadles cómo se hace.

Ambos inclinan la cabeza y responden a coro:

—Sí, señora Kristina.

A un lado, Brita observa la obediencia de los hombres y comprende que hay un respeto que se impone por la fuerza, pero otro que sólo se da de manera voluntaria.

Confían en su madre. Con la señora Kristina al mando, las labores se organizan y el trabajo avanza. Y aunque ninguno de los que cavan tenga nada que ganar con su éxito o su fracaso, todos perciben la diferencia. Cada día avanzan unas brazas más. La hija de la señora Kristina mide ella misma el progreso con una vara de un codo, apunta la cifra en su tablilla de cera y, al terminar la jornada, cuando va a rendir cuentas a su madre, siempre hay algún hombre que encuentra un pretexto para mantenerse cerca y escuchar.

Por la noche cenan en el mismo terreno desbrozado durante el día: los primeros hombres en hacerlo desde tiempos inmemoriales. Mientras la carne se asa sobre el fuego abierto, todos comentan lo conseguido:

—Hoy, siete.

—Ayer fueron cinco, pero había piedras más grandes.

—Mañana haremos nueve.

—¿Y cuánto queda?

Se ayudan con astillas apiladas: cada una vale por diez brazas.

—Tres mil brazas y un poco más.

—¿Y cuánto tardaremos en alcanzar el Mälaren a este ritmo?

—Puede que no mucho, pero sólo el diablo lo sabe. Bueno, el diablo y la señorita Brita...

A partir de la séptima braza, por cada una que se avanza toca una jarra más de cerveza por cabeza. Nadie se acuesta con sed: tras una jornada cumplida, la embriaguez —moderada— alivia el alma sin entorpecer la cabeza al día siguiente. Cada tarde cenan hasta saciarse carne de animales sacrificados ahí mismo y colgados a curar en los cobertizos de Täljehus, y pan de la tahona, que se enciende ya a medianoche para que las hogazas se cuezan durante toda la noche.

De toda la región acuden hombres deseosos de trabajar para la señora Kristina. Ella sólo elige a los mejores, los reparte en grupos de cinco bajo las órdenes de un capataz. Sólo gente de fiar, honrada, que trabaja con empeño y sabe guardar silencio. A cada uno se le da una sola oportunidad: a los alborotadores y holgazanes los manda a paseo, enseguida reemplazados por hombres más diligentes. Todos los que logran conservar su puesto saben que cada mancha de barro en la túnica es una marca de honor, un distintivo reservado sólo a los mejores.

Por las noches, mientras los fuegos se apagan, cantan antiguas canciones cuyo origen nadie conoce, pero cuyos versos aprendieron

de niños. Pero pronto reina el silencio: todos saben lo que vale el descanso, y están deseosos de cavar aún más brazas al día siguiente.

—¿Alguna novedad de Måns?

Brita niega con la cabeza igual que el día anterior y el anterior del anterior: igual que todos los días desde que llegaron a Tälje. A veces llegan noticias de Engelbrekt, y ella logra convertirlas en noticias de Måns. Pero nada más. Ningún mensaje, ningún saludo.

—Recemos.

«Ave María...»: terminado el trabajo del día, le rezan a la Virgen, pero Stina ya no sabe estarse quieta: la paz de la plegaria se desvanece en un instante.

—¿Cuánto tiempo falta para llegar a Mälaren?

Brita conoce la respuesta, pero no quiere que su madre piense que está conjeturando. Va a buscar la tablilla de cera con sus anotaciones. Hay demasiadas variables: el terreno puede cambiar de un día para otro, pueden aparecer rocas escondidas, o enfermar los hombres. Ella sólo puede registrar el avance y proyectarlo hacia un futuro incierto.

—Nos quedan dos mil brazas. Vamos más deprisa de lo previsto. Si la tierra no se congelara, en primavera ya habríamos terminado. Pero habrá que parar por el invierno. Éste y el próximo.

Su madre frunce el ceño.

—No es bastante rápido. Necesitamos más hombres. Si encendemos fuego sobre la tierra por la noche, quizá al amanecer

aún se pueda cavar. Así no pasaremos el invierno en Täljehus perdiendo el tiempo.

Siempre lo mismo: más hombres, más ideas, más empeño. Brita la ve enfrentarse una y otra vez a los obstáculos, y siempre hallar salida. La mente de Stina corre como un arroyo imparable: si se topa con una piedra, la rodea. Su padre, en cambio, la habría levantado a pulso hasta romperse la espalda, y luego se habría vengado a cabezazos contra la montaña.

—¿Me dejas ver tu tablilla?

Brita se la da. Stina se acerca a la mesa donde reposan los cálculos. Señala con el dedo.

—Esto está mal. Olof Redig y los suyos han cavado seis brazas, no siete.

Brita lo comprueba y lo ve enseguida: una rayita en el sitio equivocado, fruto del cansancio.

—Sí, esa raya es de la fila de abajo. Los cinco de Jens Eriksson han hecho siete, no seis.

La tablilla tiembla entre las manos de su madre cuando la deja a un lado.

—¿Cuántos errores más has cometido hoy?

—Ninguno. Todas las noches paso las cuentas al papel. Si tú no lo hubieras visto, lo habría notado yo después.

Stina no parece escuchar.

—¿Tengo que hacerlo todo yo misma? ¿Ni siquiera eres capaz de una tarea tan simple? Tus fallos pueden costarnos días, semanas. ¿Y qué pasará con Måns si las aguas no se abren a tiempo?

Los labios de Stina se han vuelto dos líneas blancas; sus mejillas, rojas de ira. El corazón de Brita late con violencia.

—Cuento y recuento. Una vez por semana camino toda la zanja midiendo los pasos y lo comparo con mis notas. No hay error en lo que hago.

—Y, sin embargo, aquí delante tienes uno. Si no sabes contar brazas, ¿cómo voy a confiar en que sabes contar pasos?

La injusticia la golpea. Brita busca palabras y, cuando al fin las encuentra, suenan quebradas.

—Måns también es mi hermano. No eres la única que quiere lo mejor para él.

La respuesta de Stina es un hachazo:

—De haber encontrado marido y criado hijos, quizá entenderías lo que es el amor de una madre.

Las palabras ya están ahí, imposibles de retirar. Brita siente que le han dado un puñetazo en el vientre; se queda sin aire. Y entonces, lo peor: la ira de su madre se apaga en indiferencia. Ni siquiera merece su decepción.

Stina se sienta ante el escritorio cargado de papeles.

—Vete a dormir.

—¿Y tú?

—Volveré a contar todo lo que has contado. A lo mejor termino antes del amanecer.

76

Otra larga jornada a caballo llega a su fin. Siempre hacia el sur, hacia la frontera del reino: ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo. Los bastiones son pocos y mal defendidos; apenas ofrecen resistencia. La gente recibe al ejército con vítores y se postra ante Engelbrekt como si llegara un enviado del Señor que anuncia el paraíso.

Aunque ya no sea mozo de cuadra, a veces Måns visita a *Tizón* por la noche con alguna golosina guardada para dársela en la mano. Hoy la guardia se alarga; espera hasta que Engelbrekt aparezca para hablar con él a solas. Engelbrekt llega de noche, también cargado de zanahorias. Se detiene en el umbral al ver que el lugar ya está ocupado.

—¿Måns?

—Perdona. Quería hablar contigo a solas, sin oídos ajenos.

Engelbrekt asiente.

—Antes deja que le dé a *Tizón* sus zanahorias. Lo olfatea todo; si no se las doy no nos deja tranquilos.

Baja dos taburetes de tres patas colgados en la pared, como los que usan las criadas para ordeñar. Los pone en el suelo frente a frente, se sienta en uno y hace señas a Måns para que tome el otro.

—Que empiece el concilio.

—Se trata de Erik, Erik Puke.

La mirada de Engelbrekt se ensombrece.

—¿Qué te ha hecho ahora?

—Nada más que palabras maliciosas, en el fragor del momento. Pero en Vadstena hablé con mi tío y le pregunté si sabía por qué Puke guarda tanto rencor al azul y dorado.

—¿Y?

—¿Erik Puke es hijo bastardo de Nils de Rossvik?

Engelbrekt duda al principio y luego responde con calma:

—Muchos lo saben, pero nadie lo dice en voz alta. Si tienes dos dedos de frente, no lo uses contra él. Muchos se han arrepentido de llamar espurio a Erik Puke.

—Su padre se casó y tuvo una hija, Birgitta. Es mi prima. El heredero de Rossvik lleva algo de azul y dorado en la sangre.

Måns ve que Engelbrekt no lo sabía; la comprensión le ilumina el rostro.

—Göksholm, la Isla del Cuco, es mi hogar. Puke cree que un cuco ha puesto un huevo en el nido que era suyo. Ahora ese cuco ha venido aquí y ha puesto otro. Tiene motivos para odiarme, aunque yo no le haya hecho nada.

—¿Qué quieres que haga?

—No lo envíes lejos. Hazle ver que ocupa el primer lugar en tu aprecio; demuéstrale que no le quito el sitio.

Engelbrekt se reclina y lo mira largo rato. No contesta de inmediato. *Tizón* resopla a su lado; ya olvidó las delicias. Engelbrekt se levanta y acaricia al caballo.

—Vámonos a dar una vuelta. *Tizón* necesita descanso.

Salen del pueblo hacia el bosque cercano, por una senda lo bastante ancha para que caminen lado a lado.

—Quería preguntarte otra cosa —dice Engelbrekt—. No es intriga ni guerra; es algo más sencillo y, a la vez, más difícil: lo que es justo y correcto. Quiero oír tu opinión.

—Responderé como pueda.

—Es sobre Örebro. Mattis Kettilberg no cede: exige mil marcos y no deja hueco en la muralla. No tengo plata, y no quiero pedir prestado a la nobleza. Pero hay una forma.

Llegan a un claro donde las raíces de los árboles abren un marco para la hierba. Cerca corre un arroyo. Engelbrekt se sienta en un tocón y sigue con la vista el paso del agua.

—He acordado un trato con la Liga Hanseática. Los conozco: tienen dinero de sobra, suficiente para prestarme lo que necesito.

—¿Y?

—Quedaría endeudado, ya no sería libre. No suelen pedir fianzas por un préstamo así; pero temo que esperen favores en el futuro, que intenten encauzar nuestra causa para servir sus propios intereses frente al rey Erico. No podré negarme luego y, con esos cambalaches, el nuevo reino se asentará sobre un terreno pantanoso.

Måns se sienta en la hierba, se rodea las rodillas con los brazos y mira el arroyo. Engelbrekt lanza una piedra que rebota y se hunde.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Toma el dinero y paga el castillo. Lo necesitas para una buena causa. En lo que a deudas y favores respecta, nadie sabe qué traerá el futuro. El tiempo da respuestas.

Engelbrekt suspira y asiente.

—Ahora sabes algo que debe quedar oculto. Mientras estés a mi lado, recuérdamelo siempre. ¿Serás mi conciencia, Måns?

Una brisa remueve las hojas rojizas. Måns aparta un mechón que el viento le ha puesto en los ojos.

—Sí. Siempre.

—Si Puke se queda, entonces déjame que te enseñe a defenderte. Aunque espero que nunca llegues a necesitarlo.

77

Måns alza la espada.

—No tan arriba.

Obedece. Se aparta el pelo de los ojos: mechones húmedos pegados a la frente sudorosa. Los hombros le duelen del esfuerzo de parar y devolver los golpes. A Engelbrekt no se le nota nada. Con apenas unos pasos a un lado o a otro, guía el combate hacia donde a Måns le resulta más incómodo, siempre con el sol a la espalda. Mueve la espada con tanta ligereza que parece no pesarle más que una vara de avellano.

Nada de lo que hace parece costarle. Se inclina sobre una rodilla flexible y alcanza más lejos de lo que debería, golpea desde abajo y obliga a Måns a bloquear de nuevo. Tiembla bajo la camisa desabrochada, los músculos protestan a cada nueva exigencia. Tiene que aferrar la empuñadura con ambas manos para resistir, agradece que el tañido del acero al chocar ahogue los sonidos que se le escapan cuando los dedos se le entumecen. Busca un hueco por el flanco izquierdo de Engelbrekt, pero allí donde esperaba un choque no encuentra más que aire. Se desequilibra y queda expuesto: el filo contrario lo espera a la altura del abdomen, listo para asestar el golpe de gracia.

—Bien, pero demasiado apresurado.

Engelbrekt baja la espada y le deja recuperar aliento. Måns se inclina, manos sobre las rodillas.

—Has tenido un buen maestro.

Él niega con la cabeza.

—Contra ti no tengo nada que hacer.

—Date tiempo. Yo he visto más combates de los que quisiera. Cuando está en juego la vida, las lecciones se aprenden deprisa.

Se le acerca, piernas abiertas, hace girar la espada en un amplio círculo, sólo por oírla cortar el aire.

—Déjame enseñarte algo.

Måns se endereza como puede, pies firmes, el filo en guardia. Extrañado, ve que Engelbrekt deja caer su espada sobre la hierba.

—Atácame, como si fuera de verdad.

—No tienes con qué defenderte.

—En la guerra, estas cosas pasan. Te mostraré cómo se hace. Hazlo bien.

Quedan frente a frente. El viento ondula la hierba espesa de la colina apartada, fuera de la vista del campamento. Donde las suelas no la han tumbado, les llega a la cintura. Måns no aparta la mirada de los ojos de Engelbrekt: un adversario revela su intención en ellos. Engelbrekt permanece inmóvil, los brazos colgando. Ya no hay burla, sólo desafío. El aire se espesa de peligro, y Måns nota cómo su cuerpo responde: la juventud les devuelve fuerza a unos músculos agotados un instante antes. Traslada el peso de un pie al otro, dobla los brazos, se agacha para ocultar el alcance. Alza la espada muy por encima de la cabeza. Se humedece los labios, toma aire, siente la tensión de la cuerda de un arco a punto de soltarse.

Gira sobre sí mismo y descarga el golpe. Pero Engelbrekt ya lo ha visto venir: avanza dos pasos y se le echa encima, a salvo en el interior del arco que trazaba el filo. Le atrapa el brazo bajo el suyo, lo inmoviliza contra el costado con la facilidad de un simple baile.

—Nunca levantes la espada por encima de la cabeza. Tu adversario lo verá venir enseguida. Es fácil esquivar un golpe así sin sufrir daño alguno.

Quedan cara a cara, lo bastante cerca para sentir los latidos del otro. Måns ya no puede sostener el peso del acero. Oye su espada caer al suelo, junto a la de Engelbrekt, y acto seguido sus rodillas ceden.

78

Lluvia fría. Ya es otoño. Bengt Stensson ve cómo la humedad empapa los terraplenes que bordean el canal de mil brazas que sus hombres han abierto entre las aguas dulces del Mälaren y las saladas del sur. Su esposa ha hecho un buen trabajo. Mejor que él. Bengt busca algún atisbo de amargura, pero no lo encuentra. ¿Para qué casarse, si no es para ganar ventaja? Se alegra de poder contar con ella.

La tierra se desmenuza y quiere volver a ser barro, regresar a la tumba de donde la arrancaron con tanto esfuerzo. Pero Stina ha dado orden de talar árboles en abundancia y cortar los troncos en tablones, con los que se han forrado las paredes. Cada dos brazas hay un poste hincado, clavado muy hondo en la tierra. Así las paredes aguantan el empuje del barro que las presiona por detrás. Si se hubiera encargado él, se habría limitado a cavar y cavar, sin pensar más allá, y ahora sería testigo de cómo todo quedaba reducido a la nada. Incluso en un día lluvioso como hoy, los hombres fieles a Stina van de poste en poste, comparan su posición con las marcas en la madera y comprueban que no se deslizan ni ceden, porque si uno falla, los demás tienen que asumir su carga. Bengt la ve a lo lejos, señalando con la mano, pero no alcanza a oír lo que dice.

La tez se le moja al volver la cara hacia las nubes oscuras. Allí arriba espera más de lo mismo. El otoño promete ser frío y húmedo, quizá peor que de costumbre. Tras un verano cálido y despejado, no le sorprendería: al final siempre acaba siendo así. Aunque las obras avancen, Bengt se pregunta por enésima vez si no habría sido mejor estar junto a Engelbrekt frente a las murallas de Estocolmo, con las armas en la mano, en vez de revolverse en el barro de Täljehus. La tarea que le han encomendado es una locura, un esfuerzo que rebasa la razón. Toda esa tierra removida le parece una blasfemia, como la torre de Babel que los hombres levantaron sólo para acabar castigados en su soberbia. Pero pensar en el castillo que le han concedido le da consuelo, ahora como tantas veces. Es una buena casa, y Bengt se siente muy cómodo en ella. El lago está lleno de peces y el bosque de caza; en su mesa nunca falta de nada. De hecho, ha engordado. La ropa vieja le aprieta y ha mandado recoserla, meterle nuevos retales en las costuras que ya no dan más de sí. Stina siempre anda ocupada en sus asuntos, y él tiene que esforzarse para encontrar qué hacer. Tal vez coma más de lo necesario como consuelo.

Da media vuelta para volver a casa, satisfecho de ver que otros se encargan de las labores que le han sido encomendadas. Dentro de poco el suelo estará helado, y todo irá a peor. Su caballo conoce el camino, no necesita de Bengt para seguir la ruta. Igual que su mujer tampoco lo necesita a él.

En el patio hay forasteros que están preparando sus caballos para meterlos en las cuadras. Bengt reconoce los arneses y se apresura a entrar en casa. Se alegra de tener compañía, pero también se inquieta por las noticias que puedan traer. Su hermano no debería

estar allí ahora, y si le sobra el tiempo sólo puede significar que algo ha salido mal. Bo Stensson ya está sentado junto al fuego en el salón principal, soplando la cerveza caliente de su jarra. Se saludan con la cabeza, y Bengt acerca una silla para sentarse frente a él, al calor de la lumbre.

—Hermano Bo.

—Hermano Bengt.

—¿Stäkeholm se sigue resistiendo?

Bo niega con la cabeza, mirando las llamas.

—¿Los tuyos?

Bo vuelve a negar. Bengt no puede evitar un resoplido, un aire que se le escapa entre dientes apretados en una repentina inhalación.

—¿Y Engelbrekt?

—Lo he buscado, pero no es fácil dar con él. Se mueve como el viento. Cabalgué hasta Skövde y encontré parte de su campamento, pero para entonces él ya había partido. Estaba tan lejos como en la provincia de Halland, con todo su ejército.

—Eso es tierra danesa. ¿Acaso quiere tomar Dinamarca? ¿Someter toda la unión? ¿La idea no era recuperar Suecia y restablecer la frontera que Margarita había borrado? Al final incluso Örebro cayó, por lo que he oído, sin batalla y con Kettilberg marchándose a casa como un perro. Hasta un montañés debería saber que toda derrota se encuentra precedida por la soberbia.

Bo sorbe su cerveza y resopla, molesto porque sigue más caliente de lo que quisiera.

—Hay otros que hacen lo mismo, aunque de linaje más noble. Knut ha tomado Rönö, ¿lo sabías? Es un atrevimiento por su parte.

Cuando más tienes, más quieres.

Bengt asiente.

—¿Y bien?

—El motivo de mi visita es otro.

Un sirviente trae bebida para Bengt. Bo guarda silencio y sigue al hombre con la mirada hasta que abandona la sala.

—Se trata de Måns —dice por fin.

Se inclina hacia delante, baja la voz.

—Llegué a Skövde, como te he dicho, y pasé la noche allí. Los hombres de Engelbrekt estaban por todas partes, una muchedumbre. Encontré sitio entre los de Erik Puke. Conversé con los que tenía más cerca, compartí mesa con ellos sin mencionar mi rango, sediento y hambriento como estaba tras la jornada a caballo. Enseguida fui uno más, y la bebida ayudó a soltarles la lengua.

—¿Y bien?

—Lo que oí fue que, al principio, el puesto de Måns no estuvo al lado de Engelbrekt, sino como su mozo de cuadra.

Bengt frunce el ceño, desconcertado.

—¿Qué estás diciendo?

—Ya me has oído. Engelbrekt lo nombró mozo de cuadra para que le cepillara el caballo, se ocupara de la cuadra, limpiara la mierda.

Bengt niega con gesto suspicaz. Bebe un trago, se queda pensativo.

—Aunque hubiera algo de verdad en ello, es tan inverosímil que cae por su propio peso. ¿Por qué Engelbrekt nos recompensaría de esta manera sólo con un mozo de cuadra?

Bo suspira, aparta la vista.

—La cosa es aún peor. Måns no duró mucho en los establos. Se dice que tu hijo y Engelbrekt están más unidos de lo que dos hombres deberían.

Bengt siente un escalofrío gélido en el vientre que le empuja la sangre y el calor hacia arriba, hasta hacerle retumbar los latidos en los oídos.

—Dilo más claro. Dime las palabras exactas, todas y cada una tal como las escuchaste.

—Se dice que Engelbrekt sufrió una herida en Schleswig, en la entrepierna, quizá incluso en el miembro mismo. Que por eso no tiene descendencia, pese a tener esposa en Norberg. Eso se comentaba en Halmstad. Pero después empezaron a decir que su miembro no está tan mal, que lo que pasa es que nunca ha encontrado la lengua adecuada para lamerle la herida. Y que esa lengua sería la de Måns.

Bengt se queda en silencio. Alza una mano en gesto desaprobatorio.

—Palabras maliciosas, nada más. No hay nada de cierto en ello, sobra decirlo.

—Sobra decirlo. Pero quería que lo supieras.

En el hogar, una rama cruje, y la cabaña de leños se viene abajo. Bo se inclina hacia las chispas para meter otro tronco en el fuego.

—Enemigos no nos faltan, hermano, y todos tienen la lengua muy larga. La envidia hace que la gente diga lo que más le gustaría oír. Y Erik Puke debe de tener más motivos que nadie. Engelbrekt ha favorecido al azul y dorado más que a ningún otro color.

Bengt no puede evitar mirar a su alrededor, las paredes del salón, las imágenes de Vadstena aún frescas en su memoria. Todo lo que

les fue otorgado, a él, a sus hermanos, al obispo. Más favorecidos que los demás. Era eso. Era, precisamente, eso. Y ve en los ojos de Bo que su hermano está pensando lo mismo.

79

El otoño se cierne sobre el reino incluso en las tierras más templadas del sur. Nils Stensson termina por rendirse y renunciar al sueño. Está incómodo en el jergón que se ha preparado, mientras a su alrededor se impone el ruido de hombres que, sin esfuerzo alguno, han conciliado lo que a él se le niega. Se oyen ronquidos, sorber de mocos, toses, ventosidades liberadas bajo las mantas... Al cabo, harto de dar vueltas en la oscuridad y de buscar en vano una postura cómoda, se levanta, se alisa la ropa con las manos, se abrocha la chaqueta y se echa sobre los hombros el pesado manto de lana. Luego cruza la sala con cuidado de no pisar a los durmientes ni tropezar con alguna pierna estirada.

Hace ya semanas que duerme con los demás, arrepintiéndose cada noche de su decisión y echando de menos un aposento propio, pero no quiere que se diga de él que es un gran señor como los de antaño. La gente habla, y el reino es pequeño. Incluso entre sus propias filas hay hombres con parientes y amigos en el sur, lo justo para dar alas a un rumor. Prefiere que corra la voz de que es como Engelbrekt Engelbrektsson: un noble que no olvida que todos proceden de una misma raíz. Hasta ahora le ha servido de poco.

Nils ha hecho cuanto ha estado en su mano para animar a los campesinos de Småland a sumarse al alzamiento. Ha escuchado los

discursos de Engelbrekt, los ha aprendido de memoria, pero, por mucho que repita las mismas palabras en el mismo tono, es como si su auditorio tuviera un sexto sentido para intuir la esencia de su ser. Parece que lo ven como lo que es, por mucho que se esfuerce en disimularlo. La idea lo carcome: se trata de gente sencilla, que pasa sus breves vidas en el barro y bajo el sudor, que cree sin dudar lo que el cura les manda creer, que nunca piensa nada que no se haya pensado antes, que muere tan ignorante como ha vivido. Con la mirada tan vacía como la de sus animales domésticos, escuchan a Nils hablarles del tormento del pueblo bajo el yugo del delegado real, de la glotonería de daneses y alemanes a costa de los pobres, de aranceles que él promete rebajar. Cuando guarda silencio para dejar espacio a gritos de asentimiento, no hay respuesta. Sólo miradas cruzadas, hombros encogidos, murmullos, y luego cada cual regresa a lo suyo. No le queda más que montar a caballo y dirigirse al siguiente pueblo. Y allí, lo mismo.

Sale por la puerta y se estremece con el contraste entre el frío de la noche otoñal y el aire caliente de la sala, donde cien hombres duermen apretados. Un guardia, recostado contra la pared, gruñe sin mirar quién es y señala hacia la antorcha que marca la zanja de la letrina. Nils toma la dirección contraria, deambula hasta la costa. La luna lo guía en lo alto.

A su espalda queda la iglesia de Kläckeberga, de la que ha tomado posesión por su cuenta, echando al cura y alojando a sus soldados en la nave central, reforzando las antiguas defensas. No conoce el lugar de antes, pero se nota que esta tierra ya ha visto sangre. La iglesia no se parece a ninguna otra que él haya visitado: muros gruesos, vanos de ventana hechos para arqueros. No nació como

templo sagrado. Las piedras resuenan a combates de otro tiempo. La rodea una hondonada que antaño fue foso, fácil de recuperar. Con cien hombres, Nils podría defenderla contra cualquier ejército. Lástima que sólo sea un campamento provisional antes de llevar a los suyos a Kalmar para tomar el castillo.

Pero no ha conseguido reunir a ningún campesinado en masa, y los refuerzos que Bo Stensson le ha prometido se hacen esperar, pese a que tenían que llegar en cuanto cayera Stäkeholm. Con Bo en Stäkeholm, Knut en Stegeborg, Bengt en Tälje y Nils en Kalmar, toda la costa este quedaría en azul y dorado: cuando el reino se reunificase y el comercio resurgiera, podrían cobrarse aranceles a las cocas hanseáticas una y otra vez, en su ida y vuelta a Estocolmo.

El sendero lo lleva hasta la orilla. El mar reposa, hermoso, y las olas oscilan plateadas bajo la luna. Una nube pasa, deja caer lluvia fría y taciturna, con copos de nieve mezclados. Nils se refugia bajo una rama, sentado en un tronco. La luna desaparece, el cielo se cierra, las gotas arrecian. Maldice entre dientes, se ciñe el manto, el olor de la lana empapada se le clava en la nariz. Sabe que pronto la humedad le calará hasta la piel. Un relámpago blanquea el mar, y el trueno retumba más tarde, extraño para la época del año. Nils se deja caer sobre un pedazo de tierra seca que ha protegido de la lluvia, cruza las piernas, se resigna: la noche será larga.

Otro relámpago desgarra el horizonte, y Nils, de pronto, está de pie, bajo el aguacero que le empapa la ropa. Mira al sur. Sombras en el mar. Fuerza los ojos abiertos, aunque sólo percibe la lluvia y el golpeteo de su propio corazón. Debe de ser una alucinación. Reza para que lo sea.

Un nuevo fogonazo lo ilumina todo: más grande, más cercano, varios destellos seguidos. Y entonces las ve, nítidas. Naves negras, en hilera, proas al norte. No son mercantes. Son buques de guerra, hechos para transportar hombres al campo de batalla. Nils no necesita ver la bandera, ya la conoce: fondo amarillo, cruz roja. El rey Erico.

El rey Erico ha llegado. Demasiado pronto. Más de lo que nadie habría imaginado. Ha venido a recuperar la tierra que amenaza con escapársele de las manos.

80

—¡Kari!

Brita saluda con la mano y grita, aunque está demasiado lejos del trineo cuya marcha lleva un rato siguiendo entre las gotas de deshielo que caen del tejado. No obstante, ve a su prima levantar la mano a modo de respuesta.

Hace buen tiempo, pese a que es pleno invierno y los días son más cortos que nunca.

Kari ha viajado a Täljehus ella sola para celebrar el primer día del año mientras los hombres están fuera. Brita no ve a su padre desde hace semanas: primero estuvo en la costa, junto a sus corsarios, vigilando la llegada de la flota real; luego en Estocolmo, como miembro del Consejo, cuando el propio rey Erico se atrincheró en las islas e invitó a los grandes del reino a negociar. Desde entonces, reina la paz. Y sin embargo, a ella le parece oír por todas partes el rumor de lanzas afilándose.

El trineo se acerca, aventurándose sobre el hielo espeso que rodea la fortaleza. Kari Sture salta de su asiento, avanza entre la nieve con el manto y el gorro de piel de oso y abraza a Brita en la escalinata del castillo.

—Brita.

—Kari.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—¿Y Stina?

—Ha ido al canal, como todos los días desde el verano. Ni siquiera los domingos deja de hacerlo. Yo pensaba acompañarla, pero sabía que venías y me he quedado para recibirte. El trabajo avanza muy despacio: lo que en verano se haría en un día, ahora lleva una semana entera. Mantienen hogueras encendidas noche y día para ablandar el terreno y recalientan los picos de vez en cuando; de otro modo, sería imposible abrirse paso en la nieve helada. En fin, al menos eso la mantiene ocupada, en lugar de pasarse el día en la cama, como antes. Tu idea ha dado resultado.

—¿Y cómo van las cosas entre vosotras?

Brita evita mirarla a los ojos al contestar: prefiere disimular sus sentimientos.

—Como siempre. Ella tiene tres varas de medir: una para Måns, una para el resto de la gente y, finalmente, una para mí. Yo casi nunca estoy a la altura.

Kari frunce el ceño.

—Nunca ha sido fácil adivinar lo que tu madre lleva dentro. Pero créeme: hay más de lo que tú alcanzas a ver. Tenlo en cuenta.

—Lo haré —promete Brita mirando a Kari con gratitud—. Gracias por venir. Me temo que será un día duro para ella y toda ayuda será bienvenida.

Kari sonríe y le acaricia la mejilla con la mano.

—Algún día Stina empezará a hacer lo que corresponde para merecerse a una hija como tú. Pero no te preocupes. Si mis historias de corsarios no bastan, en el trineo traigo recursos de sobra.

Se cambian de ropa y se ponen unos trajes pensados para lucirse; suben al trineo, pasan junto a la zanja y recogen a una Stina renuente, que se cubre con un manto bordado con perlas sobre la ropa que lleva demasiado tiempo usando. El camino las conduce a Tälje y a la misa mayor, celebrada en honor a María, la Madre de Dios: empieza un nuevo año y en el primer día se celebra a la Virgen.

Ocupan su sitio en el primer banco, donde todos pueden verlas: las señoras de Tälje, damas del castillo, cada una reluciente como una joya entre los trajes de invierno del pueblo, teñidos con raíz de rubia en un vano intento de alegrar la lana gris. A su alrededor se apiñan granjeros acomodados, dueños de sus propias tierras, que se deshacen en halagos ante los oídos sordos de Stina.

Brita observa a su madre con creciente inquietud. El sacerdote predica sobre cómo una mujer pecadora y humilde alcanzó la santidad por la gracia de Dios, habla del lazo único de la maternidad y del dolor de María en el Calvario...

Ella vuelve discretamente la cabeza para verla mejor. Su madre tiene la mirada perdida y apagada, los hombros hundidos, los puños apretados.

No abre la boca mientras avanzan en el trineo de regreso a casa, luego se deja llevar a la mesa a regañadientes y, tras la cena, al banco frente al brasero, donde las llamas rugen devorando madera de abedul.

Kari manda traer el barril que ha llevado desde Ekhult, llena un caldero y lo pone junto al fuego. Un aroma intenso llena la sala. Sirve un vaso para cada una.

—Prueba esto, y tú también, Brita.

Brita nunca ha probado nada igual. Es vino dulce caliente y con especias extrañas. Da otro trago en silencio. Kari Sture asiente al notar su asombro.

—Lo sé. —Le da un codazo a Stina—. Te toca, cuñada.

Mientras Stina bebe sin inmutarse, su hija busca algo con que romper el silencio.

—¿Qué están haciendo padre y los demás hombres?

Kari enarca las cejas.

—¿Tu padre no te ha contado nada?

—Hace tiempo que no aparece por casa. Parece que está siempre ocupado en sus negocios y apenas tenemos noticias de él.

Kari les sirve más vino.

—Pues te lo contaré yo. Las intrigas siguen. Tu padre y tu tío están con Engelbrekt, que los ha convocado. Espero que no se mareen de tanto cambiar de bando, porque yo... Pero así es el juego en el que nos hemos metido. Firmaron la paz con el rey Erico en Helgeandsholmen esperando una recompensa, pero ahora Engelbrekt quiere que renieguen de esa obediencia recién jurada y, para ganarse su favor, tiene que prometerles más de lo que ya les prometió el rey. Luego le tocará el turno a Erico, después otra vez a Engelbrekt... y así sucesivamente.

—¿Y cómo terminará todo eso?

Kari señala con la barbilla la sala donde están sentadas.

—Ya habéis conseguido un castillo. Quizá venga más. —Niega con la cabeza, alza su vaso y añade—: Pero olvidemos por un momento a los hombres y brindemos por las madres.

Stina bebe sin apartar la vista del fuego y, por primera vez desde que regresaron, habla con voz firme:

—¿Crees que para la Virgen valió la pena sentarse al pie de la cruz y ver a su hijo desangrarse?

Kari la mira de reojo por encima del vaso.

—¿Qué piensas tú?

—Todo ese dolor... Yo pensaba que el parto era el dolor más grande que se podía experimentar, pero luego los hijos crecen y... y tarde o temprano descubres que tu felicidad depende de quien no puede llevar esa carga sobre sus hombros. Se van, y tú te quedas sola.

Kari apura su vaso y se apresura a rellenar también el de Stina. No quiere que continúe por donde va: un monólogo en el que parece olvidarse de que no sólo tiene a Måns, y que Brita, para colmo, está ahí a su lado.

Stina alza la vista, sorprendida, y se topa con la mirada de su hija, pero enseguida se vuelve de nuevo hacia el fuego y se queda callada.

El humo se acumula bajo el techo y sale despacio por las ventanas. Bajo esa nube, los adornos pintados en las vigas parecen retorcerse como si estuvieran vivos.

—Este lugar es bastante bonito. A mi Bo le prometieron Stäkeholm si conseguía tomarlo. Pero no le fue bien: había demasiados lobos tras la misma presa y no supieron cazar juntos. Hombres... ¿qué harían sin nosotras? Se matarían entre ellos y dejarían el reino en cenizas. Nosotras les ponemos cordura, los calmamos en lo posible, traemos hijos al mundo. Si tenemos suerte, es una niña; y si es un niño, al menos procuramos que no sea peor que su padre. Y, aun así, parece que una maldición pesa sobre ellos.

Stina al fin levanta la vista y busca los ojos de su cuñada.

—«... vuestro amor acabará bañado en sangre.» ¿Habías oído antes esas palabras, Kari?

Su cuñada titubea y se esconde tras el vaso de vino, pero después lo deja junto al de Stina.

—Bo Stensson no sabría guardarme un secreto ni aunque le fuera la vida en ello.

—Encontré la tumba de Karin Stensdotter en Vadstena, donde Mara perdió a su pequeña, y le saqué toda la historia al obispo, un reptil despreciable. Sten Bosson tuvo diez hermanos, suficientes para poblar un reino entero, y aun así su linaje se fue apagando: unos murieron sin hijos, otros no dejaron herederos legítimos, y al final no quedó descendencia que asegurara la continuidad.

—Pero aquí tienes a Brita, y también a tu Måns y a mi Nils. Todos nacieron sanos.

—¿Tú quieres a Bo, Kari? ¿Lo has querido alguna vez?

Kari se sonroja.

—¿Qué pregunta es ésa? —responde, y, en vez de mirar a su cuñada, fija la vista en el fuego que se apaga poco a poco—. Todo el mundo sabe que Bo es un cabrón engreído, y que con los años irá a peor. Y guapo no lo ha sido nunca... cosa que ahora casi agradezco, porque así no tendré que verle perder atractivo además de envejecer. Pero es el padre de mi hijo, y con eso basta. Ni siquiera voy a negar que me gustó concebir a Nils. He conocido hombres mucho peores, con los que podría haber acabado casada, y también otros mejores que, sin embargo, habrían sido peor partido.

—Pues eso lo explica todo: ni tu hijo ni los míos nacieron del amor, y por eso la maldición no los alcanzó al nacer. Pero ahora nuestro

amor de madres los pone en peligro. No deberías haber dejado solo a Nils, ni yo permitir que Måns se marchara...

En el silencio que sigue, Brita piensa con amargura: «Yo estoy a salvo.»

QUINTA PARTE

Otoño, invierno y primavera, 1435-1436

81

Nils Stensson ve los buques regresando una vez más, en esta ocasión a plena luz del día: casi cinco docenas, más que el año pasado. Se encuentra en el mismo sitio que entonces, junto al mismo árbol de la misma playa, a media hora a pie de la iglesia de Kläckeberga. Ha pasado cerca de un año, pero la sensación es de más tiempo.

Recuerda cómo, la primera vez, la flota echó las anclas frente a sus ojos, y cómo los botes de quilla más baja remaban de ida y vuelta hasta las playas de Småland a la luz del alba, para poner a los hombres en tierra. Recuerda que corrió todo el camino de vuelta hasta Kläckeberga, con sabor a sangre en la boca, para reunir a los hombres detrás de las murallas y preparar la defensa. Al día siguiente pudieron ver a los soldados del rey pasando en la distancia: a Kläckeberga no se acercaron en ningún momento porque no querían enfrentamientos con hombres armados. Continuaron su marcha tierra adentro.

Él se pasó tres días esperando atrincherado en su iglesia hasta que los soldados volvieron por el mismo camino y abordaron los barcos que habían estado esperando en la bahía. Envió a oteadores, que lo informaron de que estaba todo despejado: los buques habían partido rumbo al norte sin dejar a nadie atrás.

Durante la siguiente semana siguió el rastro que habían dejado: habían ido de granja en granja y de pueblo en pueblo sacando por la fuerza a hombres y muchachos de sus casas, colgándolos de los árboles por el cuello o los tobillos, quemándolos en los graneros o degollándolos en las plazas, para después dejarlos tendidos donde cayeran. Por todas partes encontró cadáveres abandonados para que hijas y madres los enterraran, ellas mismas convertidas en muertas vivientes.

El mensaje de Erico había quedado grabado en la mente y en la piel del vulgo, en las cenizas de las granjas calcinadas, en las prendas desgarradas de las mujeres: «Ved el retorno del rey, temed su cólera, suplicad por su misericordia, arrepentíos de vuestra deslealtad. Todo volverá a ser como era.»

Después de aquello no hubo más desembarcos: los buques continuaron hasta Estocolmo, donde la autoridad del rey había permanecido intacta. Se convocó al Consejo real en el islote de Helgeandsholmen para parlamentar. Acordaron una tregua de un año.

Los delegados reales seguirían en sus castillos, a salvo, y los líderes del levantamiento —Engelbrekt Engelbrektsson, en primer lugar, pero también Erik Puke—, se someterían únicamente a las leyes suecas. Erico regresó a Dinamarca.

Pero el Consejo había cerrado un pacto imposible de cumplir. Entonces, Engelbrekt convocó a los consejeros a una nueva reunión, esta vez sin el rey, y los convenció de renovar las promesas hechas en Vadstena y de olvidar la lealtad que acababan de jurar. Además, logró que lo nombraran *hövitsman* del reino, es decir, gobernador militar.

Él mismo había estado allí, en persona, para dar testimonio ante el Consejo y ante el propio Engelbrekt de las atrocidades cometidas por los hombres de Erico, y lo había hecho tan bien que Engelbrekt lo recompensó convirtiéndolo en administrador de toda la provincia de Småland.

Por desgracia, nada de eso ha sido de provecho. Durante la tregua, cada bando se ha dedicado a afilar sus armas para el ajuste de cuentas que tarde o temprano habría de llegar. Y ahora el rey ha regresado, como si el tiempo fuese una serpiente mordiéndose la cola.

Hace balance del año transcurrido. Un año extraño. El rey, lo bastante astuto como para comprender que el tiempo era su mejor aliado, confiando en que el frágil hilo que une a montañeses y nobles acabaría por romperse. Engelbrekt Engelbrektsson, en cambio, luchando sin descanso en todas partes por reforzar esos lazos.

El tiempo se le ha hecho más largo de lo que en realidad ha sido, porque ha transcurrido con lentitud. Apenas ha hecho otra cosa que entrenar a sus hombres y afilar las armas, reforzar las defensas de Kläckeberga y hasta modelar una réplica del castillo de Kalmar con todas sus fortificaciones, en previsión de un asedio que nunca llega. Esa espera lo ha desgastado, lo ha envejecido antes de tiempo, lo ha tenido en vela por las noches.

Un año perdido. Un año de juventud que nunca volverá, sin la aventura que la vida parecía prometerle. No ha ganado honor alguno, y su esposa Mara ha debido dejar Vadstena para volver a la finca, donde permanece sola, acompañada únicamente por el fantasma del hijo que no llegó a nacer.

Y no habrá más mientras permanezca en Kläckeberga.

La echa de menos en cuerpo y alma, y la añoranza le sabe amarga por culpa del remordimiento: cada semana que pasa le resulta más difícil convencerse a sí mismo de que el sacrificio que hace es lo mejor para los dos y para su futura descendencia.

Al menos en esta ocasión está más preparado: lleva meses imaginándose este nuevo desembarco. Prende fuego a su almenara para que los barcos lo vean y levanta una rama de abedul coronada con un yelmo. Ha mandado pintar en ella su escudo, azul y dorado. Si el rey no lo reconoce, alguien de los que lo rodean lo hará.

Su paciencia se ha agotado: está harto de esperar en vano y de ocuparse de los asuntos de otros. Ha llegado la hora de hablar directamente con el rey, y en su propio nombre.

Ve cómo una vela se pliega, un timón vira entre las olas, se bota una chalupa y los remos golpean el agua con brío para llegar hasta donde está él. Al poco rato ya va sentado en un banco acolchado, rodeado de marineros daneses empapados, dispuesto a presentarse ante su rey y ofrecerle sus servicios con un celo capaz de hacer olvidar su deslealtad pasada.

82

En los meses pasados, Bengt Stensson ha enviado mensajeros una y otra vez en busca de su hijo, siempre con la misma respuesta. Un jinete sigue el rastro de Engelbrekt y su ejército hasta el último lugar conocido, con la orden de traer a Måns de vuelta a Göksholm para que padre e hijo puedan hablar. Pero cada emisario regresa solo, con idéntico mensaje: Måns Bengtsson no quiere volver. Se queda donde está.

Él no tiene a nadie con quien compartir su rabia ni la inquietud que lo carcome. Nils Stensson permanece en su Kläckeberga olvidado de Dios; Bo, allí donde las migajas de la mesa de Engelbrekt prometen más; Stina, en Täljehus, tan hundida en la tierra y el barro que nadie la distinguiría de una campesina durante la siembra.

El canal avanza despacio a través de un suelo ingrato: unas veces demasiado encharcado, otras demasiado duro. A su lado se ha abierto un camino ancho, de la playa del norte a la del sur, para arrastrar con bueyes y hombres el hierro llegado del norte hasta los barcos de la Hansa anclados ante Tälje. Es una ruta comercial precaria, pero más vale eso que nada. Para Orm el Salado y sus corsarios resulta un trabajo fácil desde que Bengt les reveló el trayecto de las cocas. Aunque la facilidad trae consigo un riesgo: si

no quieren que Engelbrekt descubra que ha puesto un zorro a vigilar el gallinero, los abordajes deben hacerse con cautela. Por cada barco que capturan, dejan pasar intactos otros cuatro, y al que toman solo le imponen un peaje discreto antes de dejarlo seguir. Sin revelar nunca el origen de los corsarios. Sólo eso ya basta para robarle el sueño a Bengt Stensson. Al menos la plata le sirve de consuelo.

El verano se le ha hecho largo. Estancias en Täljehus, en Göksholm, y otras veces lejos de ambos. No se le puede llamar paz a lo que hay desde que Engelbrekt fue nombrado *hövitsman*, sino una espera interminable a la réplica del rey. A todos les pasa factura. Para distraerse, Bengt visita a amigos y grandes señores a una jornada a caballo, comparte mesa con ellos y caza en sus bosques. Todos muestran la misma frente fruncida de preocupación: no saben si conservarán sus feudos, a quién jurar lealtad para sacar más provecho, ni cuál será la manera más rápida de desdecirse cuando el viento cambie.

No tiene sentido encender fuego sólo para las cornejas. Con el otoño, Göksholm está frío, igual de frío dentro que fuera de sus muros. Bengt recuerda el último solsticio de verano: la familia reunida en el gran salón, cantos y bailes sobre los tablones. Le parece tan lejano como si hubiera pasado una vida. Ahora está solo; su familia, dispersa.

En esta época del año, el señor de Göksholm siempre se presenta en la iglesia para ser visto por el pueblo y recordarles su autoridad. Esta vez, él lo espera con ansia: gente a cambio del vacío que le ofrecen los salones desiertos, hambrientos de compañía. Gente sencilla, sin intrigas, con una relación clara para todos: él, señor de Göksholm; ellos, sus vasallos. Con un suspiro que le duele en las

lumbares, deja atrás el castillo, monta con sus hombres y toma el camino hacia Stora Mellösa para asistir a misa.

El cura es más joven que él: un sustituto del anciano que murió. La voz le tiembla de miedo: nunca había predicado ante quien más ha contribuido a esa iglesia. No sabe quién es él, ni tampoco qué palabras pueden costarle caro. Él suspira al ver que ha elegido el camino seguro: un sermón tan anodino que nadie podría ofenderse. Deja de escuchar, deja que su mente vague mientras el otro continúa, monótono.

Lleva un año sin confesarse. Por costumbre, lo hace siempre en Navidad: le parece ideal afrontar los pecados del nuevo año tras haber limpiado los del anterior. Ya toca. Al comulgar, apura el cáliz y obliga al cura a llenárselo una y otra vez hasta que el vino lo embriaga. Después de la misa no necesita abrirse paso: la gente se aparta sola, cabizbaja. En la sacristía, el sacerdote se encoge como si alguien le apretara el cuello con las manos. Él carraspea para recordarle su deber. El cura lo invita, temblando, a sentarse.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

—He cometido adulterio más veces de las que recuerdo con criadas, lavanderas, mujeres casadas... A muchas ni les pregunté el nombre. Una veces aproveché la ocasión y otras tantas las busqué a propósito.

Disfruta ver el sudor brotar en la frente del cura, pese al frío. Observa cómo busca las palabras adecuadas, sabiendo que de ellas depende su futuro y quizá el de la propia iglesia.

—La tentación abruma a muchos hombres —atina a decir—. Es un crimen tan antiguo como nuestra especie.

—También soy avaricioso: tomo todo lo que puedo para enriquecerme. Me adueño de lo ajeno sin miramientos. Lleno mis arcas a costa de todos, incluso de mi familia. Me acuso de lujuria y avaricia... pero también de gula, ira, soberbia, envidia. Me entrego a la pereza mientras otros se dejan la piel, rompo juramentos cuando me conviene.

El cura palidece. Tartamudea, esforzándose en decir palabras de consuelo:

—Para un pecador arrepentido es fácil exagerar sus defectos y no ver lo que está bien. Todos los habitantes de estas tierras agradecen cada día que herr Bengt vele por ellos y los libre del mal. Y es bueno que hayas venido a confesarte, hijo mío, para que tus pecados sean perdonados.

«Hijo mío», piensa él, y se inclina tanto que la cadena de oro que lleva al cuello toca la mesa. Lo mira fijamente.

—¿Incluso si me he acostado con otro hombre, padre?

El cura abre y cierra la boca como un pez recién sacado del agua. Emite un gemido, luego se persigna, junta las manos y se obliga a hablar:

—Esas cosas ocurren, mi señor. Por ignorancia, o cuando los guerreros buscan consuelo en campaña y no hay mujeres, o cuando el Diablo nubla un alma en un momento débil. Pero Dios es amor y el Señor perdona. Para tu penitencia... —cierra los ojos, traga saliva —... veinte padrenuestros y veinte avemarías.

Él se reclina en la silla, hastiado. Niega con la cabeza, piensa en el obispo Knut y en las indulgencias, con las que llegó a reunir más de mil marcos de plata en una sola primavera. Se pregunta si a la larga no será un flaco servicio a la iglesia, porque él mismo ya apenas

puede venerar a un Dios servido por hombres como éste. Y entonces, como un azote, recuerda un nombre mencionado por su hermano: Tor el Extraviado. Ya lo había oído antes.

Se levanta de golpe, vuelca la silla, saca unas monedas y las deja caer delante del cura antes.

—Por tu esfuerzo, padre.

Nada comparado con los mil marcos de plata cuyo paradero por fin empieza a entreverse. Sacude la cabeza, abstraído.

«Finn Sigridsson», piensa. «¿Cometió Olof Jönsson la estupidez de ponerle precio al alma de tu hermana?»

83

Finn ve a lo lejos los colores del mensajero sobre un fondo de nieve húmeda que cubre el paisaje: es otro enviado de herr Bengt, para llamar a Måns de vuelta a casa. Cuando se acerca un poco más, alcanza a identificar al hombre y el caballo. Sale al camino a recibirlos y acaricia el hocico del animal: un potro al que conoce mejor que al jinete. No por nada, él mismo lo cuidaba y cepillaba en las cuadras de Göksholm.

—Johannes, la paz sea contigo. Espero que hayas tenido buen viaje.

—La paz sea contigo también, Finn.

El hombre se quita la capucha y se pasa el antebrazo por la frente para secarse el sudor.

—Me alegra haberte encontrado por fin. Le he preguntado a cada alma con la que me he cruzado dónde acampaba Engelbrekt y todas me han respondido, pero hasta ahora ninguna ha acertado. Herr Bengt no estará contento con el tiempo que he tardado, pero al menos me libro de regresar sin haber cumplido mi cometido.

—Pues yo siento que hayas hecho el viaje en vano: la respuesta de Måns será la misma que en otras ocasiones.

—Pero esta vez el mensaje es para ti, Finn Sigridsson.

Él cambia el peso de un pie a otro, zarandeado por un mal presentimiento.

—Herr Bengt me ha hecho aprenderme su mensaje de memoria. ¿Quieres oírlo aquí mismo?

Finn asiente brevemente: «Mejor así.»

—Herr Bengt dice lo siguiente: «Finn Sigridsson: debes regresar a Göksholm para Navidad y responder por lo que dejaste abandonado en los bosques de Motala. Aunque, si traes a Måns contigo, no se te harán preguntas sobre lo sucedido: quedará olvidado para siempre.»

Cuando el vahído lo invade, reúne todas sus fuerzas para mantenerse en pie. Llevaba tiempo esperando un mensaje así, le había dado mil vueltas en la cabeza y lo había escuchado en pesadillas.

Le sorprende que haya tardado tanto en llegar: asesinó a un hombre cuya ausencia era un desgarro en el tejido del mundo, y el hilo suelto no era difícil de seguir. Pero lo sorprende aún más lo que siente ante la acusación: un alivio casi religioso, como la bendición del sacerdote tras la confesión. El nudo que le atenazaba el estómago por fin se deshace.

A la vez lo atormentan los recuerdos de la infancia: la benevolencia de Bengt Stensson, el tiempo malgastado en su hermana Ylva, una deuda que debía honrar y no supo cumplir. Habría sido mejor que herr Bengt los hubiera abandonado a ambos a su suerte. Ahora le toca volver a Göksholm, presentarse desnudo ante el samaritano misericordioso, pedir perdón y aceptar su castigo. Al menos ahora podrá dejar de mentir, pero el precio será alto: la garganta en un tocón. No merece otra cosa. Prefiere una muerte rápida, antes que una vida de aflicción por los remordimientos.

Ha disimulado mal sus emociones: Johannes ha bajado del caballo y le da palmadas en la espalda como quien cree que se ha atragantado con un trozo de carne.

—¿Qué te pasa, Finn? Parece que hubieras visto un fantasma.

Un fantasma, sí: desde un bosque lejano le llega la risa ronca de Olof Jönsson, brotada de pulmones encharcados y llenos de insectos y acompañada del martilleo de costillas sin carne. Se ríe porque lo vengarán por fin, aunque sólo él lo oye.

Responde en silencio, sólo para sí: «Volveré solo a Göksholm. El lugar de Måns está junto a Engelbrekt: jamás lo he visto tan contento como ahora. Sería ruin que intentara convencerlo de marcharse por mi propio interés. Partiré solo, al anochecer, cuando él no esté en el campamento.»

84

Helgeandshuset, la antigua casa-asilo, recibe por segunda vez al rey y a su séquito. Han vaciado su enorme sala de enfermos: los débiles y los moribundos han sido expulsados para dejar sitio a Erico y a los hombres más poderosos del reino.

Nils lleva mucho tiempo sin poner un pie en Estocolmo: desde el alzamiento, los soldados del rey han vigilado sus murallas y han mantenido cerradas sus puertas. Ahora, para probar el poderío del monarca, los dejan acercarse al castillo, al otro lado del torrente, lo bastante para ver las banderas que coronan los torreones y a los soldados que se apretujan en los parapetos.

El Consejo se reúne una vez más con Erico con la esperanza de alcanzar un acuerdo, unir el reino y zanjar las hostilidades.

Para encaminar las cosas, no han convocado a Engelbrekt, el *hövitsman* del reino. Su ausencia, sin embargo, pesa como un mal presagio. Pese al incipiente invierno, una multitud se ha concentrado a las afueras de la ciudad y el humo de sus hogueras, denso como una neblina, hace toser a los presentes.

Las negociaciones se prolongan más de lo debido porque cada palabra debe traducirse a una lengua que el rey Erico entienda, y viceversa. Dos intérpretes, ante cada parlamento, discuten en voz

baja en busca de la expresión precisa; apuntan con sus plumas, tachan, corrigen. Cada error podría pagarse con sangre.

Nils observa al rey. Ha oído a su hermano hablar de la coronación en el Prado de Mora, del chiquillo asustado y con tantas espinillas en el rostro que hacían olvidar las piedras preciosas que llevaba alrededor del cuello. El hombre al que ve ahora es otro. Cuando conversaron a bordo del buque iba pasando de pálido a verde, nunca lejos de un cubo para vomitar cuando el oleaje se animaba, envuelto en mantas cual enfermo, pero ahora está en tierra firme y en la flor de la vida. Tiene poco más de cuarenta años y uno de esos cuerpos que sólo la opulencia puede moldear. El oro y la plata centellean en su atuendo; una cinta dorada ciñe sus rizos ralos como si fuera una aureola. Cadenas al cuello, un anillo en cada dedo. La mirada es despierta y afilada, y mantiene la barbilla alta para que su fina barba ondee al viento como una enseña. Allí está como pez en el agua: un hombre poderoso rodeado de súbditos. Su mera presencia es suficiente para que las piernas flaqueen y las espaldas se encorven. Mientras espera a ser traducido, deambula a paso lento de aquí para allá delante de los consejeros, orgulloso como un pavo real en época de apareamiento. A su lado, los suecos parecen un séquito pobre y deslucido, tan indigno del cortejo del monarca como el propio salón que los acoge. Nils apenas contiene la risa ante la escena y esconde la sonrisa tras el guante.

El arzobispo Olof Larsson preside la reunión. Precisamente él, que ha ocupado el puesto de un prelado danés y le debe a Engelbrekt Engelbrektsson la mitra y el báculo.

Expone una a una sus tesis: todo lo establecido por el gobernante recién depuesto es tachado y rehecho. Muchos de los consejeros

elevados por Engelbrekt ven ahora concluidos sus cargos.

En cuanto a los castillos del reino, la ley dicta que deben permanecer bajo la autoridad del rey, aunque con la obligación de poner al frente a ciudadanos suecos allí donde no haya ya daneses o alemanes que hayan sobrevivido a la tormenta política.

Las horas transcurren entre exigencias y concesiones, hasta llegar al punto más delicado: para mantener la paz en ausencia del monarca, se nombrarán dos cargos supremos. Un senescal para regir en nombre del rey y un condestable para encargarse de las armas del reino. Todo el poder de Suecia repartido entre dos hombres.

Nils Stensson ha presentado su candidatura como condestable y está seguro de ser elegido. A bordo del buque, frente a las costas de Småland, habló en su favor, hizo las promesas necesarias y, pese a sus náuseas, el rey lo confirmó con un asentimiento inequívoco.

Ha entrado en Helgeandshuset como *hövitsman* de Småland, un cargo que ahora se le retira para otorgarle otro mayor. Pronto será uno de los dos hombres más poderosos del reino.

Desde su sitio, oye que Krister Vasa es elegido como senescal, para sorpresa de nadie. Es un nombre que no alegra ni al rey ni a los suecos, pero ambos lo prefieren, pues ha procurado con esmero no enemistarse con nadie. Es buena señal: Vasa es débil, tanto de brazo como de mente, y una vez Nils sea nombrado condestable podrá doblegarlo fácilmente a su voluntad. Suma su voz a la de otros para celebrar el nombramiento. Toca el turno de la elección del condestable. Oye al arzobispo leer su nombre frente al rey como uno de los que el Consejo recomienda.

—Nils Stensson, del linaje que lleva por insignia un escudo partido en azul y dorado.

Por unos instantes, el rey permanece en silencio. Después niega con la cabeza con un gesto que no necesita traducción alguna.

—Karl Knutsson, del linaje que lleva barco rojo sobre fondo amarillo, llamado Bonde —dice el obispo.

El rey confirma su elección con la cabeza y, en vez de expresiones de júbilo, se levanta un murmullo dubitativo. Nils busca a Bonde con la mirada mientras se apoya en la pared, y cuando lo localiza entre los consejeros, Bonde ya lo ha encontrado a él. Sus ojos burlones le dicen todo lo que hay que decir antes de que abandone su sitio para presentarse ante el rey y dejarse colgar al cuello la insignia que acaba de ganar.

Con ello concluye la reunión. El arzobispo bendice en nombre de Dios las elecciones que se acaban de hacer y les desea paz a todos en el reino que acaba de consolidarse y unirse bajo el rey que lo gobierna por ley.

Erico se prepara para retirarse, primero al castillo y después, a los buques que lo llevarán de regreso a Dinamarca. Pasea la mirada una última vez por los allí reunidos y se detiene un momento en Nils. Llama a uno de los intérpretes y le susurra algo al oído mientras lo señala con el dedo. Mientras el rey se levanta el cuello de piel del manto para cubrirse las mejillas y las orejas y abandona la sala, el intérprete se abre paso hasta Nils, hace una discreta reverencia y le traslada el mensaje del rey:

—En la elección entre dos oportunistas, su majestad se ha decantado por el que ha considerado que le sería más útil.

Fuera, donde por cada gota de lluvia ha comenzado a caer también un copo de nieve, Nils Stensson nota una mano en el hombro. Al darse la vuelta reconoce a su sobrino bajo la capucha del manto. Lo toma por los hombros.

—Gracias a Dios, Måns. Me alegro de que estés aquí. Muéstrame el camino hasta Engelbrekt. Hay que informar al *hövitsman* de todo lo que ha ocurrido aquí. Todos los triunfos que ha conseguido durante dos años han quedado reducidos a nada, y todos los que respaldamos su causa debemos reunirnos para recuperar la tierra que hemos perdido mientras aún estamos a tiempo.

—He venido en su nombre para escuchar, pero la sala estaba demasiado llena.

Nils tiene prisa, caminan a paso raudo en dirección al puente que cruza el torrente de agua, con intención de ir a las caballerizas. En su mente, Nils Stensson pone orden a todo lo que tendrá que decir cuando esté frente a Engelbrekt, y busca el tono más adecuado. Måns le brinda la oportunidad de ensayar.

—Puke y Engelbrekt han sido expulsados del Consejo. Al primero, como compensación, le han entregado el castillo de Rasbo; a Engelbrekt, tras retirarle el título de *hövitsman*, pretenden darle el de Örebro. ¡Como si el caudillo del pueblo fuera a dejarse comprar! Él, que sólo contempla lo mejor para el reino, nunca para sí mismo.

—¿Tío?

—¿Sí?

—Los tributos que paga el pueblo, que fueron lo que dio comienzo a todo esto. ¿Habéis hablado de rebajarlos?

Nils toma nota de la cuestión para acordarse, nota su peso. Ha sido una suerte que se haya encontrado primero con Måns. Le

agradece el recordatorio de los impuestos a la plebe. El tema no ha salido en ningún momento durante las horas en el salón, y él mismo lo había olvidado por completo. Sería inteligente empezar por comentárselo a Engelbrekt antes que nada, y con la misma recriminación que teñía la voz de Måns hace un momento.

85

Octubre va tocando a su fin. Tras la cena, un carro aparece en la linde del bosque. Lleva una lona tensada sobre varas curvadas para resguardar su carga de la lluvia, y avanza, tirado por un caballo viejo, sobre un camino cubierto de hojas otoñales.

En el banco del cochero viajan tres hombres. El conductor —un tipo de barba prominente envuelto en una piel de cordero—, Harald Esbjörnsson y, a su lado, un juglar con atuendo partido, mitad rojo, mitad amarillo, gorra a juego y cascabeles cosidos al calzado. Este último canta acompañándose con un instrumento de cuerda y marcando el ritmo con los pies. Su voz, aguda y potente, ha sido educada para atraer a los oyentes y retenerlos.

Måns conoce la canción, aunque la melodía le suena algo distinta y la letra es una de las más descaradas y graciosas que jamás se oyeron en Göksholm. Como tantos otros, se deja arrastrar tras el carro para descubrir cómo termina la historia del mozo atrevido y la hija del granjero que buscan acostarse sin que el padre lo sepa.

Al llegar al centro del campamento, Harald posa una mano sobre las riendas y señala a Engelbrekt, que conversa con Erik Puke. El barbudo conductor baja de un salto, hace una reverencia exagerada y permanece inclinado hasta asegurarse de haber captado la atención.

—¡Señor *hövitsman* del reino! —dice—. Sus gestas y sus logros han sido muchos: nadie merece tanto un momento de distracción. Y eso es lo que nuestra compañía ofrece. Reúna a sus allegados y deje que presentemos una función a cambio de comida, cobijo y lo que juzgue que merezcamos.

Engelbrekt interrumpe la conversación. Su gesto anuncia una negativa, pero, al ver a Måns junto al carro, asiente con la cabeza. El de la barba responde con una nueva reverencia, aún más exagerada. Puke, que ha seguido la mirada de Engelbrekt, mira a Måns con gesto fiero.

Una palmada basta para dar la señal: el bufón da una patada al suelo y la lona del carro se desliza revelando a más actores, además de barriles, cajas y sacos. Todos se inclinan en una reverencia.

—No os daremos motivos para arrepentiros, mi señor —agrega el barbudo—. Sólo déjenos prepararnos. Comenzaremos cuando el sol quede a medio palmo por encima de la torre del castillo.

Desde el prado donde se alza el campamento se alcanza a ver Estocolmo, en la distancia. En la bahía de Saltsjön se yerguen hileras de mástiles: la flota danesa emprende el regreso. Corren rumores del acuerdo y, entre los acampados, el descontento se refleja en gestos adustos y miradas apagadas. Todo lo conseguido parece ahora en vano, y si esperan algo mejor deberán empezar de nuevo, cuando las fuerzas flaquean. El rey Erico ha elegido bien el momento: justo antes del invierno, como el año anterior, cuando el frío cala más de lo esperado y los hombres añoran el hogar y la lumbre. Nadie quiere arriesgarse a luchar ni a caer herido en tierra helada. Quizá la llegada del carro sea también oportuna: los

juglares, como el rey, saben cuándo sembrar para lograr la mejor cosecha.

Instalan la lona, como telón, entre dos postes. Uno de ellos toma carbón de una hoguera y traza líneas negras sobre la tela. Pronto aparecen montañas, bosques, un castillo en lo alto de un peñasco, un mar embravecido y un camino sinuoso. Aunque todos reconocen el paisaje que los rodea, el dibujo de los juglares lo anima de otra manera: en pleno otoño tiñe la tela con promesas de primavera.

Cuando el sol declina, encienden hogueras alrededor del escenario y los hombres se reúnen en filas apretadas. Comienza la función.

Al principio, cómica. El juglar reaparece disfrazado de señor distinguido que intenta entonar una balada, pero las cuerdas se desafinan, los tornillos se sueltan, él olvida la letra y lo que debía ser solemne acaba en burla. Tras las risas, se quita el manto y, ya en traje de bufón, ajusta las cuerdas en un instante y arranca una tonadilla sobre un caballero que cena sopa de col y muere al día siguiente asfixiado dentro de su armadura. Un gran aplauso lo despide.

Le siguen un malabarista que hace volar saquitos de grano con una destreza imposible de seguir con la vista, y unos gemelos que se suben a hombros el uno del otro, saltan, se sostienen con una sola mano y quedan tan quietos que parecen de piedra.

Con la noche cerrada, la compañía guarda silencio. Su líder toma la palabra:

—La función está a punto de terminar —anuncia el barbudo—. Pero, antes de irnos, os ofrecemos un cuento para arrullar vuestro

sueño: la historia del caballero Kristian y la bella Ysolde, de mundos distintos y amores imposibles, sometidos al destino.

Aparece Ysolde, con peluca rubia: la princesa ideal. El bufón se transforma en un caballero valeroso enfrentado a un rey viejo y amargo que reclama la mano de la joven, que le había sido prometida.

El telón pintado cobra vida: castillos, mares y caminos se iluminan con los gestos y palabras de los actores. Todo parece más real que la propia realidad.

Kristian es herido en combate y, en su lecho de muerte, ya cegado por la fiebre y la debilidad, pide saber de qué color son las velas de los barcos que han llegado al puerto. Deberían ser blancas si Ysolde viaja en ellos, negras si no. Pero la propia Ysolde, quien está a su lado y lo ama con la misma fuerza con que la atormentan los celos —pues teme no haber sido nunca la única en su corazón—, le miente, diciéndole que son negras.

Todos conocen ya el desenlace, pero aun así contienen la respiración.

Kristian, con la esperanza extinguida por esa mentira, muere convencido de que ella lo ha abandonado.

Tras un largo silencio, el hechizo se rompe y el público se deshace en aplausos, celebrando la función.

Måns y Engelbrekt han encontrado una pequeña altura donde sentarse. Desde allí, observan la escena.

—¿De qué hablabas con Erik Puke? —pregunta de pronto Måns—. Sus ojos ardían como rescoldos.

—De Nils Stensson —responde Engelbrekt—. Estaba contándole lo que éste me dijo sobre su encuentro con el rey: lo indignado que

estaba de que la petición del pueblo de rebajar los impuestos hubiera sido ignorada una vez más.

—¿Y qué opinó Puke?

—Que Nils es un oportunista en quien no se puede confiar, siempre dispuesto a servir a cualquier señor con tal de que no note el puñal que se afila a sus espaldas.

Måns baja la mirada.

—Ya sabes lo que pienso yo.

—No puedo quedarme solo. Necesito a los nobles de mi lado. Si no me ofrecen su lealtad por decencia, tendré que aceptarla en la forma que venga. Pero también necesito a Puke. Hubo un día en que soñé con contentar a todos; hoy me daría por satisfecho si lo consigo con uno, y aunque sea por un rato.

Måns señala el escenario.

—¿Qué opinas de la actuación?

—Un buen cuento, bien interpretado.

—¿De qué trataba, según tú?

—De un amor inevitable al que no lo destruye la pasión, sino el azar cruel —responde Engelbrekt, y luego se queda en silencio.

—¿En qué piensas? —pregunta Måns.

—En los papeles que se nos imponen, queramos o no. Yo creía que podría escribir mi propio papel: ser quien quisiera, pero ahora debo ser lo que otros decidan. Para el pueblo soy casi un santo, un redentor que promete salvación. Para los ricos, en cambio, no soy más que un instrumento, alguien a quien toleran mientras les sirva. Y aunque ambas cosas me confieren poder, me siento impotente para ser quien quiero.

—¿Quién serías tú en el cuento?

—Sé en quién temo convertirme: en el rey viejo, solo y egoísta, dispuesto a usar su poder en beneficio propio.

Måns ríe.

—¿Qué te causa gracia? —pregunta Engelbrekt.

—Imagino cómo habrían descrito el cuento mi padre y mis tíos. Dirían que trataba de poder, no de amor: de un rey que al fin reina sobre todos y cuyos ingratos súbditos no lo dejan disfrutar de sus días.

—Quizá tú y Puke los juzgáis con dureza.

—No los conoces como yo. Para ellos, el poder lo justifica todo. Pero tú no tienes por qué preocuparte. Tras la visita del rey, sigues siendo un insurgente: el caballero Kristian.

Engelbrekt aparta la vista de la multitud. Luego, cierra los ojos.

—La Liga Hanseática estaba en Helgeandsholmen. Han aceptado el acuerdo: la guerra les ha costado demasiado, ahora quieren comerciar. Me prestaron mil marcos de plata y exigen pago. Les prometí hierro de Norberg si no podía devolverlo. No cumplir mi palabra sería lo peor. ¿Quién confiaría después en ella?

Sacude la cabeza y busca calma en la muchedumbre. Entonces se cruza con la mirada de Puke, quien la desvía enseguida, pero le basta para leer sus emociones.

—¿Y tú, Måns? ¿Quién eres en el cuento?

—Ni el rey ni el caballero. No por nada tengo el pelo rubio y largo.

86

Finn se levanta al amanecer. Son pocos los que ya están en pie: tras la ceremonia de la víspera, muchos bebieron y aún duermen. Nadie les exige más. A Måns lo ha dejado atrás, hundido en un sueño profundo, respirando con calma, una exhalación tras otra.

Solo, se encamina hacia su caballo para ensillarlo y ponerle el bocado. Quiere partir sin ser visto: cuando Måns despierte, él ya estará de camino a Göksholm.

En el trayecto se cruza con otro hombre que avanza en dirección contraria. Al acercarse, reconoce al mismísimo Engelbrekt. Inclina la cabeza a manera de saludo.

—Finn Sigridsson. Qué suerte encontrarte aquí: eres justo a quien buscaba.

Engelbrekt lo toma por los hombros y lo invita a caminar a su lado. Llegan hasta la linde del bosque, donde un árbol caído sirve de asiento. Engelbrekt se sienta y le hace un gesto para que ocupe el sitio junto a él.

—Tengo que pedirte un favor. Erik Puke le guarda rencor al linaje de Måns, y desde la visita de Nils Stensson su hostilidad ha ido a más. Es fuerte, taimado y goza de prestigio entre los hombres. Antes podía enviarlo lejos sin que cuestionara mis motivos, pero ahora ya no es tan sencillo. —Lo mira fijamente—. Sé que tú has

enseñado a Måns a manejar la espada. Yo también le he dado algunas lecciones, y ya no levanta tanto el brazo al atacar, pero no es suficiente. Erik ha nacido para la batalla; lleva toda su vida combatiendo. Contra alguien así, Måns no tendría ninguna oportunidad. Y Erik es irascible: si encuentra ocasión, estoy seguro de que la aprovechará.

—¿Qué esperas de mí? —pregunta Finn.

—Busco un buen pretexto para alejar a Måns del campamento durante un tiempo. Bengt Stensson ha enviado mensajeros: daría lo que fuera por volver a ver a su hijo, aunque Måns prefiera quedarse. Tú eres su amigo. ¿Podrías convencerlo de marcharse? Quiero tenerlo donde su vida no corra peligro. Yo también le hablaré, pero sin tu ayuda dudo que logre nada. Ayúdame a mantenerlo lejos este invierno, hasta que llegue el verano y Erik tenga otras preocupaciones.

Finn siente que el corazón se le encoge. Se pregunta si no será Dios quien le habla a través de Engelbrekt, imponiéndole una prueba más, obligándolo a errar por el mundo con su culpa intacta y su conciencia más manchada que cualquier instrumento de penitencia.

El otro interpreta su silencio como vacilación.

—¿Me ayudarás, Finn? Hazlo por Måns.

Él asiente con firmeza.

—Sé cómo hacerlo.

—Ponlo a salvo, Finn. Mantenlo lejos.

87

El tiempo empeora día tras día: por la mañana, el agua amanece helada en los recipientes.

Los miles de hombres que formaban el ejército de Engelbrekt se han dispersado y regresado a sus casas, y el centenar que aún lo acompaña ha ido encontrado cobijo en granjas y pajares, en casas de campesinos o de señores de confianza. Pero algunas noches, como ésta, no queda otra que tenderse en el suelo, bajo un árbol.

Se acerca la madrugada y Finn sigue despierto sobre su lecho de ramas de abeto, arrebujado en una manta. A su lado, una piedra calentada al fuego y envuelta en tela aún conserva el calor. Los fuegos del campamento agonizan o se han apagado definitivamente.

Måns se ha demorado en acostarse, como siempre. No acostumbra a echarse a dormir hasta el alba, cuando la luz ilumina la frontera entre la noche que termina y el día que nace. Cuando llega por fin, él lo oye tumbarse a su lado y acomodarse. Espera a que reine el silencio, hasta no oír más que el latido de su propio corazón, fuerte e intranquilo. Entonces le susurra:

—¿Måns?

En el bosque negro se oye el canto de un chotacabras. Alguien maldice y lanza un palo entre los árboles, y la sombra del pájaro los

cubre un instante en su huida. Måns titubea unos instantes antes de responder:

—¿Sí, Finn?

—Hice algo terrible. Desearía más que nada en el mundo poder deshacerlo, pero es imposible.

—Cuéntamelo. Sabes que puedes confiar en mí.

Finn traga saliva. Preferiría ser sordo y no poder oír su propia confesión.

—Hace tiempo maté a un hombre. Coincidimos en Askersund. Yo llevaba muchos días haciendo penitencia por Ylva y sufriendo muchísimo, y él se rió de mi sufrimiento: me aseguró que la Iglesia prefería cobrar el perdón en dinero, como si Nuestro Señor tuviera secuestrada el alma de mi pobre hermana sólo para que alguno se enriqueciera. La ira me ofuscó completamente, lo ataqué y, en nuestra lucha, él perdió la vida. Después, yo intenté ocultar mi crimen, echarle la culpa a otro.

Måns permanece callado, se toma un momento para asimilar la confesión antes de preguntar:

—¿Y por qué me lo cuentas ahora, si has callado tanto tiempo?

—He callado por vergüenza. No tengo familia, ni más amigos que tú. Tu padre me recogió y me dio un lugar en Göksholm, cosa por la que siempre le estaré agradecido, pero para la gente de allí sigo siendo un huérfano recogido por caridad, alguien que nunca será de los suyos. Y no los culpo: quizá tengan razón. Pero tú, Måns... tú fuiste el único que nunca me miró así. Por eso siempre he querido ser, a tus ojos, alguien mejor de lo que soy en realidad. Ahora, sin embargo, no me ha quedado otra que hablar: tu padre descubrió mi secreto y, como quiere que vuelvas a casa, me ha enviado un

mensajero para advertirme de que, si no consigo que regreses, te dirá lo que hice y después lo hará público. Necesito que me acompañes a Göksholm porque, si no, mi vida no valdrá nada.

Puede oír a Måns removiéndose bajo la manta, en silencio. Aunque aún está oscuro, puede ver sus ojos abiertos. El corazón está a punto de estallarle en el pecho cuando lo oye responder:

—Te acompañaré.

Son las palabras que deseaba oír y, sin embargo, permanece inmóvil, sintiendo la crueldad de un mundo que lo ha obligado a confesar y que, tras concederle piedad, le niega el derecho a recibirla como un don. En su mente maldice a Engelbrekt y a Erik Puke, a Dios y a María. Pero, por suerte, tiene algo que puede ofrecer a cambio.

—Hay algo más. El hombre al que maté era un enviado del obispo, llegado del norte con el dinero que las iglesias habían recaudado a cambio de absoluciones. Llevaba encima toda la recaudación, aunque a mí me dijo que era hierro osmund. Yo mismo le ayudé a cargar con el peso. Fue más tarde cuando comprendí que en realidad transportaba algo mucho más valioso. Escondí las alforjas en el bosque. Si las quieres, son tuyas: haz con ellas lo que creas mejor.

—¿Sabes cuánto hay?

—Mil marcos. Eran del obispo Knut, quien seguramente pensaba usarlas para favorecer a tu propio linaje.

El silencio se alarga. Måns tarda en responder, tanto que Finn llega a pensar que se ha dormido. Pero al fin oye su voz, tranquila y decidida:

—Entre nosotros ya no quedan secretos, ¿verdad, Finn?

Finn siente que esas palabras lo hieren más que si se las hubieran marcado a fuego. Busca la mano de Måns en la oscuridad y la aprieta con fuerza. Al mismo tiempo, se lleva el puño a la boca y muerde con todas sus fuerzas, hasta hacerse sangre, con tal de no gritar. Traga el sabor metálico y, mintiendo, responde:

—No. Ninguno.

Por la mañana, Måns va a buscar a Engelbrekt. Lo encuentra a solas en una colina con vistas sobre el campamento, el bosque, el lago y, más allá, Estocolmo, cuyas murallas se yerguen donde el estrecho es más angosto.

—Mi padre me ha pedido que vuelva a Göksholm para celebrar la Navidad. Preferiría quedarme, pero ha pasado más de un año desde la última vez que lo vi.

Engelbrekt asiente despacio.

—Haces bien. No conviene que descuides a los tuyos.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

El otro se encoge de hombros y deja escapar un suspiro.

—Estoy atrapado como un zorro en su madriguera con todas las salidas vigiladas. En un lado, la Liga Hanseática; en otro, el rey Erico; en el tercero, los nobles. Mientras no se abra una de esas salidas, no puedo hacer gran cosa. Esperaré. Fuiste tú quien me dijo que el tiempo trae respuestas, ¿no?

—¿Y qué harías, si pudieras?

—Convocaría en Arboga a los doce consejeros del rey Erico, junto con su condestable y su senescal, y a los ocho nobles con más tierras. También al arzobispo y a los obispos Knut de Linköping y

Thomas de Strängnäs. En total, dos docenas de hombres: los más poderosos del reino. Juntos pueden anular todo lo que se le ha prometido al rey, retirarle su lealtad y obediencia, y hacer que todo vuelva a ser como antes.

Måns niega con la cabeza en un gesto de resentimiento.

Pero las cosas giran sobre sí mismas. ¿Qué sería distinto esta vez? Apenas se termina de cerrar un pacto, ya se está rompiendo. Cada concilio es en vano y no hay promesa suficientemente sagrada como para no quebrantarla. Se hace otra y ya, una y otra vez.

Engelbrekt se lo queda mirando. Un viento agita las copas de los árboles y levanta olas en el lago.

—Esta vez también invitaría a los hombres libres del reino: al vulgo, a los granjeros, a los mercaderes. Y no para dejarlos fuera tiritando de frío, sino para que ocuparan un sitio en la sala del Consejo y pudieran hacerse oír como iguales. Tantos como cupieran en la sala; y si fueran demasiados, nos reuniríamos a cielo abierto. Ellos son tan suecos como nosotros. Nunca ha ocurrido algo así: los señores del reino siempre lo han decidido todo, y por supuesto se han olvidado siempre de los que no están a su altura. Declararíamos nula la autoridad del rey: cada hombre que sirva a la corona tendría que elegir entre declararse libre o enfrentarnos en el campo de batalla.

—¿Y después?

—Después, recuperaríamos todo lo que aún queda por recuperar.

Måns guarda silencio un momento, pensativo. Luego dice:

—Partiré con Finn hacia el este hoy mismo. ¿Nos asignarás dos hombres de confianza para que nos acompañen? Volverán pronto y traerán consigo un regalo.

—¿Måns? —Engelbrekt lo detiene—. Ya que me dejas, tengo que pedirte un favor.

—Cualquier cosa.

—Pasa el invierno en Göksholm. Quédate en casa el día de la Epifanía. No te quiero en los caminos. El invierno no es época para viajar, lo sé mejor que nadie. Cuando el frío es severo, montar demasiado tiempo a caballo hace daño: se mete en los huesos y en el tuétano, las extremidades se agarrotan y, con mala suerte, ya no vuelven a desentumecerse del todo. Velo por tu salud, Måns. Hazme este favor. Nos veremos de nuevo en primavera, y cuanto más larga sea la espera, mayor será la alegría del reencuentro.

Måns baja los hombros y su mirada se ensombrece.

—Preferiría volver lo antes posible.

—Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí.

El silencio se prolonga antes de que Måns asienta.

—Si así lo deseas.

—¿Me das tu palabra?

Måns duda un instante, pero acaba respondiendo:

—Sí.

Finn ensilla los caballos para cabalgar al sur. Los acompañan dos montañeses, encargados de devolver a Engelbrekt la carga que espera entre Motala y Askersund mientras ellos siguen por el camino que conduce a Göksholm.

88

Los barqueros van al encuentro de Engelbrekt en la playa, donde éste ha encendido una pequeña hoguera para hacerse ver. El hielo forma un borde sobre la orilla. Lo golpea con el talón hasta abrir un hueco lo bastante ancho para que la barca pueda acercarse a un banco de arena, y oye el murmullo de agradecimiento de los barqueros al comprobar que no tendrán que mojarse los pies. Uno de ellos le hace un gesto para que se acerque y le tiende una mano para que suba a bordo. Desde tierra, Harald Esbjörnsson le pasa un morral, se apoya con el hombro en la roda y, en cuanto Engelbrekt ha ocupado su sitio, empuja la barca para devolverla al agua.

—*Warte hier auf mich. Eine Stunde, nicht mehr* —dice Engelbrekt para que los barqueros lo oigan: «Espérame aquí. No tardaré más de una hora.»

Harald apenas habla alemán, pero es lo bastante sagaz como para comprender que las palabras no están dirigidas a él, sino a los otros. Responde asintiendo con la cabeza. Engelbrekt no espera ninguna traición por parte de la Liga Hanseática, pero no sobra dejar claro que sus hombres aguardan su regreso.

El bote da la vuelta con remos hábiles. El agua borbotea en la proa cuando empieza a cortar la superficie tranquila con cierta velocidad. Ya ha comenzado a caer la tarde y el aire es frío.

Engelbrekt no puede hacer otra cosa que ceñirse el manto todo lo que pueda mientras los hombres sentados entre las horquillas prefieren remar con empeño: mejor sudar que dejar que el frío se les agarre a la espalda. Los últimos rayos de sol perfilan la sombra de Estocolmo: la muralla frente al agua, las empalizadas, los pocos mercantes que aún navegan.

Aunque el rey y el Consejo acaben de reconciliarse, el futuro sigue siendo incierto. La ciudad lleva dos años sin estrechar lazos con el resto del reino. Del norte no llega hierro, y aquí no se puede vender nada que después se reparta por el país. Todo lo que podría dar beneficio lleva tiempo sin encontrar comprador. Pero la Liga Hanseática no piensa en años, sino en décadas y siglos: el Báltico es suyo, y lo ha sido desde tiempos inmemoriales. En Estocolmo son dueños de almacenes y salas de gremios, tienen negociados y muelles propios, mientras que el rey apenas posee el castillo.

Pese a las tentadoras promesas de buena comida y bebida, Engelbrekt no quiere poner un pie en unas tierras que se le resisten desde que se alzó en armas. Por eso, la cita es en una coca anclada, desde hace casi una vida entera, un poco más allá de los postes afilados de la entrada. Es un velero ancho que llegó hasta el norte en la época en que los Hermanos de las Vituallas teñían de sangre las olas, y que desde entonces ha permanecido allí como cuartel general de la Hansa o, en su momento, como refugio frente a la peste.

Más que un barco, es una fortaleza flotante destinada a no librarse jamás de las sogas que la mantienen sujeta. Una escala de cuerda le permite a Engelbrekt subir a bordo entre estacas puntiagudas fijadas alrededor del casco para impedir cualquier abordaje indeseado. La

cubierta se ha cerrado por completo, de modo que los marineros disponen de camarotes donde llevar la contabilidad y celebrar banquetes. Braseros encendidos dan calor, colocados sobre chapas que protegen la madera de las chispas.

Lo invitan a pasar a un cuarto impropio de un barco, con telas cubriendo suelo y paredes, una mesa clavada al suelo y dos sillas a cada lado. Él sonríe para sus adentros ante la astucia habitual de la Hansa: la silla destinada al invitado tiene las patas más cortas que la del mercader para fijar la jerarquía desde el primer momento.

Recuerda su primer encuentro con un miembro de la Hansa. Su padre lo llevó a una reunión en Västerås donde se decidía el precio del hierro para el año entrante. Él era poco más que un niño, pero lo bastante mayor para asistir, aunque sin abrir la boca. Muy serio, su padre lo apartó un momento para repetirle en voz baja lo que ya le había dicho muchas veces antes:

—Fíjate: tú crees que negocias con un solo hombre, pero es un error: negocias con la Hansa. No es una persona, es un dragón de muchas cabezas. Llevan dominando el mar desde antes de que yo naciera: el abuelo de mi abuelo ya tuvo que tratar con sus miembros. Son cien ciudades aliadas. Su dios es el comercio. Tienen dinero para pagar soldados, su propia flota y las murallas más fuertes que puede alzar un hombre. Lo apuntan todo, y además hacen copias para sus archivos. No olvidan. Tienen dinero y astucia para tramar planes cuyo beneficio no se ve hasta mucho después, cuando los que trataron con ellos ya no están. Así que, cuidado. Crees que has cerrado un buen trato porque piensas en tu vida. Mal hecho: con un mal paso empeñas el futuro de tus hijos y de los hijos de tus hijos. Pero vamos, muchacho, no pongas esa cara. Cuando te

toque hablar por los tuyos ante la Hansa, ya serás mayor. Y más capaz que yo. Y llegarás mejor preparado.

Su padre tenía razón. Ha comerciado toda su vida con la Hansa y ha aprendido su idioma y sus costumbres. Sabe que nunca dicen lo que saben: antes preferirían ser descuartizados que revelar el destino del hierro que envían al sur, donde los lingotes siguen camino hacia otros mercados. Ha aprendido a leer en rostros y gestos lo que no se dice, porque es la única forma de saber si un trato ha sido bueno. Y, aun así, hay una certeza: si la Hansa cierra un acuerdo, puedes estar seguro de que acabas de pagar sus ganancias.

El hombre con el que va a reunirse domina el arte de fingir indiferencia, de no mostrar emoción alguna. Pero ni el olor a carne asada, a sopa y a verduras fermentadas bastan para ocultar la decepción que ya flota en la estancia. Dietrich Möller ha engordado desde la última vez que Engelbrekt lo vio. ¿Cinco, siete años atrás? El exceso de peso es una debilidad. La mayoría de los hombres de la Hansa se mantienen delgados con un celo casi supersticioso: un mercader gordo transmite la idea de tener demasiado dinero y anima a regatear. Pero si es una debilidad, es la única. Dietrich viste ropa sencilla, sin adornos, sin anillos, sin cadenas. Un devoto de Mamón, dispuesto al sacramento del comercio.

Aunque su cara se ha ensanchado, sus ojos guardan la misma perspicacia de siempre. Apenas hacen falta palabras. Engelbrekt trae una carga pesada, y no puede ser otra cosa que plata, suficiente para saldar la deuda. Una deuda que nunca se le dio pensando en recuperarla, sino en cobrar favores a largo plazo. Engelbrekt imagina el plan: el castillo de Örebro como garantía, y luego más tierras

como fianza para que la Hansa levantase allí sus almacenes y comercios. Con el tiempo, toda la ciudad bajo su control: mercaderes locales absorbidos o arruinados, sólo sus barcos surcando el lago Hjälmaren. Llegado el momento de nombrar delegado real, ellos moverían los hilos para colocar a un hombre de su gusto, con una esposa igual de conveniente. Y así, con los años, Örebro acabaría siendo otra perla en el bordado hanseático. Ése es el juego. Durante generaciones, sus gremios han ido seleccionando a los más astutos hasta dejar sólo a los mejores en puestos como el de Dietrich, preparados para cerrar tratos como éste, en el que mil marcos van a cambiar de manos.

—*Wie geht's dir, Dietrich?*

«¿Qué tal, Dietrich?»

Dietrich Möller no aparta la vista del morral que Engelbrekt sostiene. Y sabe que Engelbrekt lo sabe. Suspira, cambia de sitio y lo invita a sentarse en la silla más alta, mientras él ocupa la más baja.

—*Mir ging's schon mal besser. Tritt ein, nimm Platz*.

«He tenido épocas mejores. Entra, toma asiento.»

Habla sueco con fluidez, pero siempre prefiere negociar en alemán, como si así mantuviera cierta superioridad. Esta vez sabe que no importa el idioma.

—Mi tiempo es escaso y mi recado, breve. ¿Quieres pesar la plata?

—Eso puede esperar. Te conocemos desde hace mucho. Aquí eres digno de confianza, siempre has sido un hombre honrado. Aunque quizá te habría servido más la prudencia.

La silla cruje cuando Dietrich se inclina hacia el morral que él ha puesto sobre la mesa, como si fuera una rata que el gato ha dejado en su puerta.

—Mil marcos de plata. Piensa en lo que podrías hacer con ellos, ahora que el rey Erico y el Consejo han pactado la paz. Para ti, o para otros, si lo prefieres.

—¿No estamos a bordo de un barco? ¿Esto es el monte de las tentaciones?

—Yo no soy el diablo.

Dietrich se persigna. Engelbrekt se arrepiente de inmediato de sus palabras, fruto del cansancio y la falta de sueño.

—Ni yo soy el Hijo del Hombre. Perdóname.

—Entonces, ¿por qué no conservarlos? No hay prisa en pagar la deuda.

—Tú mismo has dicho que me conoces desde hace tiempo. Sabes bien dónde me sitúo. No hace falta preguntarlo. Agradezco el préstamo. Aquí os devuelvo la suma entera.

Dietrich lo observa largo rato y suspira con gesto reprobatorio.

—La paz llegará, Dietrich. Pero no será la que quieren el rey y el Consejo. Ten paciencia. Te doy mi palabra de que la Liga Hanseática no quedará olvidada.

Tiende la mano. Dietrich se encoge de hombros y se la estrecha.

—Me lo pones más difícil, Engelbrekt Engelbrektsson. Ninguno de mis maestros en el arte del comercio me enseñó a tratar con alguien que no se deja comprar con dinero. Para ellos serías como esos hombres del Oriente, con cabeza de perro y cuerpo humano: todos dicen que existen, pero nadie los ha visto. Me habría gustado que te conocieran, y me pregunto si habrían conseguido mejor trato que yo. Y por si no bastara con verme aquí como el peor de los mercaderes, encima te deseo buena suerte, cuando no debería.

89

Llega el día de Navidad y Bengt se desespera. Su mensajero ha vuelto. Asegura que encontró a Finn Sigridsson y le dio el mensaje que se le había encomendado. Sin embargo, él sigue paseándose a solas por Göksholm. El día es corto, pero la espera se hace larga. Sube a la buhardilla de la casa helada, deambula frente a las ventanas con vistas al único camino, se detiene y otea con los ojos entornados cada vez que pasa por delante. Los campos están cubiertos de nieve, el viento los azota y el sendero apenas puede distinguirse. No se ve a ningún jinete. Tirita, aun bajo capas de lana y cuero. Recuerda las Navidades de su infancia en Ekhult: hermanos y parientes hasta donde alcanzaba la vista, mesas rebosantes de más delicias de las que nadie era capaz de probar. Alegría, diversión y pocas tribulaciones; su padre, feliz en compañía de amigos, henchido de todos los sueños que aún no se habían roto...

Maldice la fría sala de piedra y vuelve a asomarse por la ventana hasta que ve a una criada que osa salir al aire libre con un cesto lleno de ropa recién lavada, y le grita lo más fuerte que puede para que su voz supere al viento que silba en las esquinas:

—¡Vino!

Mientras espera, arrastra una silla por el suelo y la coloca de tal manera que pueda ver hacia fuera sentado. Al poco rato le llevan

una cacerola de vino caliente. Con un cazo, se sirve un vaso, bebe y deja que el calor se esparza por su pecho. Bebe dos vasos más, pero aun así sigue teniendo frío. Envalentonado por el vino, descuelga un tapiz de la pared y se envuelve con él. Luego se acurruca en la silla, decidido a quedarse allí hasta que el sol se ponga y borre el paisaje. Maldita Navidad.

Se despierta de un sueño que no logra recordar, pero que lo ha dejado empapado en sudor. Debe de haberse quedado dormido. Se pelea con el tapiz para liberarse, toma un puñado de nieve del alféizar y se frota la cara. Mira por la ventana y ahí están: dos jinetes, dos motas de color en la blancura, iluminados por el sol que ha encontrado una grieta entre las nubes apenas un dedo por encima del horizonte. Son Måns y Finn. Se sorprende ante el nudo que se le forma en el estómago. De pronto desearía que la espera fuera más larga, a pesar de todo: tiene miedo a descubrir la verdad. Sacude la cabeza y procura retomar el control de sí mismo. Baja los escalones de dos en dos mientras se pregunta si toda la comida de Navidad que ha ordenado servir en la sala más grande de la casa solariega se habrá enfriado.

Oye abrirse la puerta, el suelo crujir, y por un momento nota que toda su desesperación se desvanece. Va al encuentro de Måns con pies ligeros, se topa con él en el umbral de la sala y se detiene: de pronto no tiene claro qué bienvenida es la adecuada. La última vez que se vieron fue en el solsticio de verano. Hace un año y medio. No ha pasado desapercibido: el rostro de Måns es el mismo, pero no del todo. Quizá el tiempo separados le haya dado a Bengt la oportunidad de ver como nuevo lo que antes quedaba velado tras la rutina diaria. Pestañea para aclarar la imagen. Su hijo sigue siendo

igual de hermoso. No: más aún, como si la belleza hubiese quedado ensalzada por su encuentro con el mundo. Sus pómulos se han afilado, el pelo le ha crecido. La cicatriz que le marcaba la frente cuando Måns partió de Göksholm ya no se ve. Pero, más que nada, son los ojos. El color sigue siendo el azul oscuro que Bengt recordaba, el mismo que en los suyos, pero contienen una expresión nueva. Ya no es la de un muchacho, sino la de un hombre joven. Lo miran de igual a igual, y Bengt se sorprende al sentirse tan observado como está observando él. De pronto se siente inseguro: no sabe cómo debería saludar a alguien que ahora se le antoja medio desconocido.

—Måns.

—Padre.

Aunque haya sillas preparadas alrededor de la mesa, se quedan allí, de pie.

—¿Estás bien?

—¿Parezco mal?

Bengt se aclara la garganta, niega con la cabeza y aparta la mirada de los ojos de Måns, volviéndose un poco hacia un lado.

—Debo confesar que, al principio, cuando tu tío Nils quiso enviarte con Engelbrekt, me mostré reticente. Mis otros hermanos y yo tenemos una vida entera de experiencia con las intrigas de Nils, y Dios sabe que no siempre han dado fruto. Pero las cosas nos han ido bien. A mí me ha tocado Täljehus, Knut está en Stegeborg, Nils es *hövitsman*, el gobernador militar, de Småland, Bo habría obtenido Stäkeholm de haberlo querido el destino. En breve no quedará ningún delegado real danés ni alemán en todo el reino, y por fin somos nosotros los que ocupamos los castillos que nos

corresponden. Ningún otro linaje ha salido tan beneficiado como el nuestro. —Los latidos de su corazón se intensifican; los nota en las sienes, siente la cara caliente. Su lengua parece tener vida propia, hinchada por el vino—. Huelga decir que hay quienes se preguntan por qué.

Måns permanece en el sitio sin responder, y él maldice en silencio que nada lo ayude en su búsqueda de la verdad. Traga saliva.

—El ser humano es una especie envidiosa: cualquiera que gane algo pronto descubre que las malas lenguas siempre hallan la manera de explicar el éxito. Así es como los mezquinos justifican sus propias carencias. —Nota un leve temblor en manos, brazos y rodillas. Suelta una carcajada sin alegría, niega con la cabeza y se enjuga la frente con una mano áspera, oye las paredes de la sala rebotarle el sonido como una mofa—. ¿Sabes qué dicen los bellacos, Måns? ¿Quieres oírlo?

—¿Qué dicen, padre?

Su voz también ha cambiado: ahora es la de una persona madura y peligrosa. Él se da la vuelta como si no tuviera elección, con los ojos de par en par, temeroso de que un simple parpadeo confirme la acusación.

—Dicen que Engelbrekt te tuvo primero de mozo de cuadra.

—No es ninguna mentira. Se me dio esa opción.

Él no sabe qué responder, se queda quieto, nota cómo la ira por poco lo hace tambalearse. Måns lo encara con ojos sombríos, mejillas encendidas y labios apretados. Desafiante.

—Estoy orgulloso de haber cuidado ese caballo —dice, erguido, con la cabeza en alto—. Sé del mensaje que le enviaste a Finn; él mismo me lo ha contado todo. Si he venido hasta aquí es por él. Doy

por hecho que mantienes tu palabra de dejarlo en paz. También me habló de la plata, de las monedas que el obispo había exigido en nombre de Dios a cambio de mitigar las llamas del purgatorio: la carga de Olof Jönsson. De camino aquí, la sacamos del escondrijo donde estaba.

Esos vaivenes emocionales tan abruptos son demasiado para él. ¡Mil marcos de plata recuperados de pronto! La mera idea lo deja sin aliento. Al lado de eso, quién fue mozo de cuadra de quién resulta anecdótico.

—¿Y dónde está ese tesoro ahora?

—Lo tiene Engelbrekt, para saldar la deuda que contrajo con la Liga Hanseática al liberar el castillo de Örebro de Mattis Kettilberg hace un año.

El silencio cae como el hacha de un verdugo. Él siente que se le nubla la vista y se aferra al canto de la mesa, no tanto para mantenerse en pie como para asegurarse de que el mundo sigue firme, que aún existen certezas. Ve que Måns empieza a caminar, a alejarse de él, hacia el quicio y la puerta, y las palabras salen de sus labios como un vómito, con una fuerza que no es capaz de contener:

—¿Sabes qué más dicen, hijo? ¿Quieres oír eso también? ¡Dicen que tú y Engelbrekt estáis más unidos de lo que dos hombres deberían! ¡Que tu lengua le ha devuelto fuerzas a una virilidad hasta entonces inservible! ¿De eso también estás tan orgulloso?

Måns se detiene en mitad de un paso y, al cabo de un instante, se vuelve hacia su padre. La sangre le ha subido a las mejillas. Se queda callado un momento; luego, la respuesta le sale apenas más fuerte que un susurro, pero tajante como un filo contra la piedra de afilar:

—Y todavía no lo saben todo.

Y con ello, desaparece. Sus pasos resuenan en las escaleras, cada vez más lejanos, hasta que dejan de oírse.

Bengt vuelve a su asiento y mira fijamente las brasas que se apagan. Entre las paredes de piedra, el frío no tarda en ocupar el espacio, y él vuelve a ceñirse el tapiz alrededor de los hombros. Fuera ha comenzado a nevar, y el manto de copos amortigua el sonido de los cascos que abandonan Göksholm, deshaciendo el mismo camino por el que habían llegado.

90

De nuevo a solas, Bengt Stensson vuelve a reclinarse en el respaldar de la silla y se acomoda con desgana. El brasero mantiene su calor durante una hora más, hasta que termina por apagarse y la noche se vuelve aún más fría. Una criada y un mozo rondan la estancia. Su obligación es estar pendientes de las necesidades de su patrón, pero saben que Måns se ha marchado tan deprisa como llegó y presienten el desastre. Mejor dejar que el oso se lama las heridas antes que acercarse y recibir un zarpazo.

A él parece no importarle. Permanece sentado en la sala, que se va sumiendo en penumbras. Luego va a acostarse, pero no logra conciliar el sueño; se queda boca arriba, con los ojos abiertos, mirando sin ver las vigas del techo.

Se levanta temprano, en cuanto percibe que han empezado a avivar las brasas que han ardido toda la noche bajo una capa de ceniza y comienzan a amasar pan. No tiene hambre. Niega con la cabeza cuando le ofrecen algo de comer. Ordena que le ensillen el caballo y que unos cuantos hombres se preparen para partir hacia Tälje cuanto antes. Los encuentra en el patio, tratando de comer alguna cosa a toda prisa, con grumos de gachas en las barbas, somnolientos y aturdidos. Ha nevado toda la noche; la escarcha

cruje bajo sus pasos decididos. Los obligará a ir más lento. Antes, algo así le habría molestado, ahora no.

Milla tras milla, cruzan paisajes tan distintos bajo la nieve que parece que el mundo se ha despertado siendo otro. Él guía la marcha. Sólo hacen paradas breves cuando los caballos lo exigen, y obvia las preguntas de los hombres, que han advertido su humor y son lo bastante avispados para no inquirir demasiado ni exteriorizar su desconcierto. Lo conocen: prefieren guardar distancia y dejar que vaya unos cuerpos por delante, temerosos de importunarlo. Mejor no tropezar con su mal humor.

Es posible llegar de Göksholm a Tälje en tan sólo dos jornadas a caballo, aunque lo más razonable es emplear tres o incluso cuatro. Cabalgan día y noche. Los hombres intercambian miradas cada vez que pasan por una aldea, una posada, una granja o un granero, pero su señor los ignora y sigue adelante mientras el sol declina y las estrellas empiezan a encenderse. La nieve les da la claridad suficiente para orientarse, y el sendero se adivina en la noche por las huellas de quienes lo recorrieron horas antes en busca de refugio. Divisan Täljehus pasada la medianoche de la segunda jornada. Los hombres desmontan rígidos y entumecidos, pero él continúa solo hasta las obras de la zanja.

Sigue el canal por el camino abierto para transportar el hierro hasta los navíos de la Hansa anclados en la bahía de Tälje. Llevan un año cavando; sólo un fino terraplén, de menos de trescientas brazas, separa las aguas saladas del mar Báltico de las dulces del lago Mälaren. Un mes o dos de trabajo. Unas miles de paladas más, y Estocolmo quedaría reducida a la nada.

Percibe olor a leña quemada y oye, en la distancia, picos y palas en obstinada lucha contra la tierra helada. El lago se ve ya cercano entre los árboles; se siente su olor y se oye el viento acariciando su superficie. Ni su mujer ni su hija aparecen por ningún lado; por el momento se libra de esa bronca. Busca al capataz que Stina nombró en su lugar y lo halla de pie sobre el terraplén, los brazos cruzados con la satisfacción de quien contempla una obra a punto de terminarse: una cicatriz monumental que quedará marcada en el rostro del reino. Al verlo, el hombre da un paso atrás, sorprendido ante una visita completamente inesperada.

—Herr Bengt... pero ¿qué hace usted aquí? —pregunta inquieto.

—¿Dónde está la señora Kristina? —responde él secamente.

—Lleva una semana enferma. Me temo que ha trabajado demasiado al aire libre con este tiempo. Haremos todo lo posible para que se recupere cuanto antes.

Él señala la hilera de puntales que se prolonga hasta donde alcanza la vista, clavados en orden para evitar el derrumbe de las paredes de la zanja.

—¿Esos puntales son lo único que sostiene la tierra? —pregunta.

El capataz asiente con entusiasmo, queriendo más que nunca quedar bien.

—Sí, señor. Fue la señora Kristina quien lo propuso; sin su consejo habríamos cavado en vano.

Él toma la decisión con frialdad:

—Reúne a tus hombres y diles que derriben hasta el último puntal. Que la tierra vuelva a su sitio. Luego, echadle piedras encima.

—Pero... —empieza a decir el capataz, incrédulo.

Él lo interrumpe con una mirada fulminante, se acerca, lo toma por la solapa y lo empuja hasta el borde del terraplén, de modo que sus talones asoman sobre el precipicio.

—¿Tienes alguna objeción? ¿Te indigna ver todo este trabajo desperdiciado? Habla, que te escucho. —Se le aproxima todavía más, ahora con el rostro encendido, cara con cara, el aliento duro y brutal, los dientes apretados, la voz convertida en rugido hacia un capataz que comprende que nunca antes había estado tan cerca de la muerte—. ¡Derribad los puntales ahora mismo! Volveré dentro de una semana y seré menos indulgente. Si no encuentro esto a mi gusto, allanaré yo mismo esta tierra... sobre tu cadáver.

Da media vuelta y desanda el camino, pasa de nuevo junto al castillo de Täljehus y pone rumbo a la costa. Tarda en orientarse: la nieve virgen ha borrado todos los hitos. Bajo un montón blanco encuentra la almenara preparada; en el fondo, un hatillo de trapos engrasados, enrollados con astillas y corteza de abedul, fácil de prender con el yesquero. El humo sube en columna densa, exprimido por la leña húmeda, pero el aire pesado lo aplasta y lo hace descender. No ve aparecer ningún barco en respuesta hasta que el fuego cobra aliento y estira bien las llamas. Entonces asoma uno: un par de hombres a los remos; al poco rato distingue a Orm en la roda. Él alza la mano y hace señas para que detengan la embarcación cuando ya está a distancia de voz, cerca del borde del hielo; hace bocina con las manos para que se lo oiga mejor:

—¿Cuándo pasó por aquí el último barco de la Hansa?

Orm tiene el viento por la popa; puede permitirse alargar la respuesta.

—Hoy mismo. Esta mañana han terminado de cargarlo; han llenado la coca de hierro y zarparon hace apenas unas horas, con la borda rozando el agua. Con este viento tan perezoso, aún no habrán bordeado el cabo. No nos hemos descubierto: sólo los hemos vigilado, tal como acordamos.

—Reúne a tus hombres y salid tras ellos con las barcas que tengáis a mano. Alcanzad la coca y retenedla. Yo iré por tierra. Enviad una barca a recogerme cuando la hayáis abordado y hayáis arriado las velas.

En dos horas está hecho: alcanzan la coca y la abordan. Rodean a la tripulación y los someten con la sola presencia de sus armas. Bengt sube a bordo. Aunque jamás le ha visto la cara al capitán de la Liga Hanseática, conoce su nombre: Täljehus sirve de abrigo para los negocios que se hacen a espaldas del rey Erico.

El capitán disimula mal su disgusto; no entiende por qué han interrumpido su travesía. Se esfuerza por hacerse entender en una mezcla de sueco y alemán:

—Me llamo Hans auf der Mauer. Estos hombres me dicen que están bajo sus órdenes, herr Bengt. ¿Qué está pasando?

—¿De qué mina procede el hierro que cargáis?

—De Norberg.

Él asiente y se vuelve hacia Orm, que se apoya en la borda:

—Que toda la tripulación suba a las barcas. Los llevaremos a tierra —le ordena ignorando su cara de desconcierto—. Y, cuando no

quede nadie a bordo, prended fuego a la nave.

Orm y el capitán hablan a la vez; sólo se callan cuando uno logra poner palabras a la protesta:

—¿Por qué?

—Haced lo que os digo —responde él.

Hans auf der Mauer niega con la cabeza; la emoción lo hace olvidar toda cautela.

—No puedes hablar en serio. ¿Por qué quemar una nave sin más? Mirad. —Golpea la borda con la palma, agarra el larguero y lo sacude para mostrar su firmeza—. Se llama *Fräulein*: «señorita», y es más esbelta que cualquier mujer. Lleva diecisiete años surcando el mar para la Liga Hanseática y toda su madera sigue sana. Me ha servido con lealtad; ha protegido mi vida y mi fortuna muchas veces. Quedaos con ella: os la dejo en prenda. La recompraré si me alcanza y, si no, encontraré a quien me preste el dinero.

Bengt niega con la cabeza y le hace un gesto a Orm, que aún espera que su señor entre en razón.

—Quemadla.

—Llevamos hierro por valor de setecientos marcos. Quedaos con él. Os ayudaremos a descargarlo en tierra. Vale más que la nave. Dejadnos volver a Lübeck a cambio del hierro. Es un tesoro considerable, pero prefiero perder el hierro. Os doy mi palabra, lo juro ante Dios: no lo llamaré sino un intercambio justo.

—Quemad la nave. El hierro se queda donde está.

El silencio se hace pesado cuando Orm el Salado y Hans auf der Mauer comprenden que están ante algo desconocido, ajeno a su entendimiento, movido por razones que no alcanzan a ver. Se miran con inquietud y luego vuelven la vista hacia herr Bengt.

Entonces Orm cree oír un susurro helado: la misma voz que ya lo ha llamado otras veces, escondida en el temporal, o simplemente en la espuma y en la cresta de las olas: la voz de la mar misma. Se ríe de ellos, criaturas frágiles que se aventuran sobre la fina cáscara que los separa de la muerte: unos pocos maderos endebles. Esa noche no quiere cuerpos y sangre caliente, sino sólo hierro.

Orm eleva una plegaria de agradecimiento. Se estremece, sacude el cuerpo entumecido, posa una mano en el hombro del capitán para llevárselo consigo y le habla en voz baja, casi con ternura:

—Venga, capitán. Les haremos hueco a los suyos en nuestras barcas.

Es Orm quien prende fuego a la nave, bajo cubierta. Le resulta fácil: en la cocina, un brasero de hierro mantiene rescoldos humeantes. Empapa unos trapos y cabos en grasa, los arroja sobre las brasas y las llamas, voraces, se enganchan de inmediato. En cuanto ve que el fuego ha prendido con fuerza y empieza a propagarse, sube a cubierta tosiendo entre la nube de humo, se desliza por una soga hasta su propia embarcación, empuja el casco de la coca para apartarse y deja que los remos entren en el agua.

A cierta distancia, Bengt Stensson ordena:

—Manteneos aquí hasta que se hunda.

Permanecen al pairo, con la mirada fija en la pira que se aviva sobre el agua. El fuego trepa por la cubierta como una bestia voraz: araña los palos, enciende obenques y cabos, roe el casco hasta abrirle heridas. Envuelta en llamas, la nave conserva un instante su silueta: un navío de cuento hecho de fuego. El calor los alcanza y convierte

la noche de invierno en una de verano. Hans auf der Mauer llora sin tapujos, tan incapaz como los demás de apartar la vista. La nave escora; el peso del mástil hace que la borda bese el agua; luego se desploma. Los sollozos del capitán resuenan hasta que el casco cruje: la carga de hierro osmund —valorada en setecientos marcos de plata— acaba por vencer la resistencia de las maderas calcinadas y se hunde: con fuego lo quebraron y lo fundieron en la montaña; con fuego lo entregan ahora al fondo del mar. Y, poco después, la nave sufre el mismo destino.

91

Caballos en el patio, cascos sobre la escarcha. Margareta oye a la servidumbre salir al encuentro de los recién llegados y, con un cosquilleo en el estómago, se levanta también. Se envuelve deprisa en su manto de lana con cuello de piel de lobo. Fuera hace frío. La casa de madera no está bien aislada: el fuego que arde sin descanso succiona aire por las rendijas de las paredes y lo expulsa por el respiradero del techo. Si se aleja un poco del hogar, debe hacerlo siempre cubierta con varias capas. Su cuerpo se vuelve torpe, pesado. En invierno, esta pequeña finca al borde del bosque se transforma en una mazmorra. La nieve se amontona contra las paredes; han tenido que colocar postigos en las ventanas para contener el frío. Ella apenas sale y, si lo hace, debe seguir los angostos senderos despejados entre un edificio y otro. El sol recorre el cielo tan deprisa que rara vez alcanza a verlo. Todo es sombra. Nada ocurre. Cada semana es una niebla interminable cuyo único límite lo marca la misa dominical en el convento de Nyköping, al otro lado de la colina. Pasa las horas sentada junto al fuego, con aguja e hilo, aunque no le gusta ni se le da bien.

Su marido le había prometido que no pasaría allí el invierno: una más en la larga lista de promesas incumplidas. Siempre encuentra otras palabras, hermosas y abundantes, para reemplazarlas: el

sufrimiento hoy es semilla de la cosecha que disfrutarán mañana, algún día reirán juntos al recordar estas penurias, vivirán en un castillo digno de ese nombre, bien atendidos, ricos, llenos de honores. Es fácil creerlo cuando Nils Stensson lo dice: ese futuro brilla con tanta fuerza en sus ojos que parece real. Ella lo ve y asiente con una sonrisa, una y otra vez.

Las noches se le hacen eternas. No hay descanso para quien pasa el día inmóvil y en zozobra. Entonces se enfurece con él en silencio, lo maldice, le inventa nombres hirientes. Siempre le toca esperar. La vida de Nils está llena, en movimiento, rodeada de gente; la suya, vacía. Se imagina que intercambian papeles: ella, ya no Margareta Bjälke, sino la otra, la reina a quien un solo reino no le bastaba; siempre viajando, guerreando, negociando. Y él, solo en una cabaña perdida, relegado a un rincón como un objeto olvidado en un estante. ¿Habría esperado él? Margareta sabe la respuesta, y le duele: Nils no la habría esperado; habría hecho todo por ganar lo que considera suyo.

Duda de su fidelidad, y eso la atormenta, pero también la acucia el deseo de su cuerpo. Cuando se prometieron ella tenía quince años y él ya era un hombre. Hermoso entonces, hermoso aún, y bien se han entrelazado. Él fue el primero, y le aseguró que ella era la primera para él también. No le creyó: se lo veía demasiado seguro, demasiado diestro en el placer. Quizá mintiera, pero era una mentira fácil de perdonar: el gozo que supo darle borraba cualquier reproche. Jamás habría imaginado la hondura de aquellas sensaciones, la repentina certeza de haber sido creada también para eso. A solas en la cama, vuelve a retorcerse de deseo, aunque ahora siempre se cierne una sombra: la de la niña que nunca llegó, la

carga más pesada, pese a su pequeñez. Si logra dormirse, sueña con Vadstena, con el dolor, con la decepción como única recompensa. Y recuerda, sobre su propia culpa, la de Nils y de los demás: los verdaderos sentimientos que ardían detrás de las palabras con que intentaron consolarla.

Pero ahora él ha regresado. Al fin viene a sacarla de este encierro y de la monotonía del invierno. La llevará al sur, donde la nieve apenas alcanza el tobillo, donde el sol brilla más alto y más tiempo; a nuevos salones espléndidos, a buena comida y a una cama blanda. Ha tardado más de lo prometido, pero ella no quiere arruinar el reencuentro con reproches. Corre ligera por los tablones de madera hacia ese futuro tantas veces soñado. Todavía son jóvenes. Les quedan años de sobra para olvidar lo pasado.

Abre la puerta y el frío la golpea de lleno. El segundo golpe llega enseguida: no es Nils quien está allí. Al principio no sabe ni quién es. También es joven y guapo, hermoso como un ángel, con el pelo largo enmarcando unas facciones finas. Es su sobrino —aunque apenas los separa un año, siempre lo ha llamado «sobrino» y él, «tía»—. Ahora parece más atractivo aún que en su recuerdo, porque ha cambiado: ya no tiene la belleza de un pájaro enjaulado, sino la de una criatura en libertad.

—¿Måns?

—Mara.

Ella busca un motivo para su visita y no lo encuentra.

—¿Traes algún mensaje de Nils?

Él niega con la cabeza, abrazándose para contener el temblor.

—No. Hace mucho que no veo a mi tío.

Ella se queda muda unos segundos y luego reacciona y se aparta para dejarlo entrar.

—Entra, hace mucho frío.

Él baja la cabeza a modo de agradecimiento, golpea los talones en el suelo para sacudir la nieve y cruza el umbral. Junto a las caballerizas queda su paje, cuyo rostro Marga reconoce, aunque debe esforzarse para recordar el nombre: Finn. Los conduce hasta el hogar y hace que una criada les caliente cerveza.

—No esperaba visita.

Måns se quita la boina y se peina con los dedos el cabello largo y revuelto. Ella percibe apuro en su mirada, y su voz suena insegura cuando por fin habla:

—Tía, no sé qué hacer. Pensaba pasar el invierno en Göksholm, pero no puedo. Y tampoco quiero romper una promesa que he hecho. No tengo adónde ir. Por eso he venido.

Ella lo observa en silencio. Ese rostro, igual que el suyo, no parece hecho para el dolor.

—Eres bienvenido aquí. Quédate cuanto quieras. Celebremos juntos el año nuevo y, después, la Epifanía. Para mí, el invierno está siendo un tormento, y agradezco la compañía de un pariente.

Måns cambia de postura, la mira a los ojos, y su gratitud reconforta a Margareta más que el calor del fuego.

—Gracias, tía.

La criada regresa con las jarras de cerveza humeantes. Beben en silencio.

—Háblame de Engelbrekt, ¿quieres?

Marga lo ve sonreír por primera vez. Su rostro se ilumina, como si ella hubiese encendido la chispa que aguardaba dentro de su

sobrino. La sonrisa se le contagia: primero en el gesto, después en el pensamiento. Está pensando en Nils Stensson.

92

—Karl Bonde.

Erik Puke se ha mantenido un poco apartado: lo bastante lejos para pasar desapercibido, lo bastante cerca para oír cada palabra. Disfruta de lo que ve. En el centro, sobre un espacio limpiado de nieve, se agrupan los doce grandes señores nombrados por el rey Erico tras disolver el Consejo de Engelbrekt. Hace un momento todos han accedido a enviar al rey una carta con la relación de sus promesas rotas, retirándole una vez más su lealtad y obediencia. Después, han escrito su voto en secreto para designar a un nuevo *hövitsman* y lo han depositado en un saco. Todos menos uno han coincidido en el mismo nombre, que acaba de leerse en voz alta para que nadie lo olvide: Karl Bonde.

Puke resopla. No es ninguna sorpresa para él. Ni tampoco para Engelbrekt, solo ante el Consejo. La nobleza ha hablado: el caudillo de Norberg ha cumplido su función y, con la obra casi terminada, prefieren encumbrar a uno de los suyos. Ya se han puesto de acuerdo con la Liga Hanseática: que Engelbrekt regrese a la mina de la que salió.

Pero esta reunión no es como otras. Han discutido durante horas. Cae la tarde y han tenido que encender hogueras para alumbrar y calentarse. Y no sólo han acudido los consejeros: alrededor del

Prado de Arboga se agolpan cientos de campesinos y mercaderes. Puke observa cómo la noticia se propaga como ondas en un estanque:

—Karl Bonde.

—Han elegido a Karl Bonde, el hijo de Knut.

—Todos menos uno, a Karl Bonde.

El murmullo se transforma en cólera. La multitud se levanta y cierra filas alrededor de los señores. Voces se alzan, gritos aislados que enseguida se funden en un rugido. A Puke se le eriza el vello: la multitud ya no quiere inclinarse ante decisiones tomadas por unos cuantos. Se avecinan tiempos nuevos. Observa las miradas vacilantes de los consejeros mientras el descontento del pueblo se trueca en clamor y el aire sofocante se carga de una promesa de violencia.

Incluso Nils Stensson, tan altivo siempre, parece inquieto. Manos enjoyadas buscan nerviosas las empuñaduras de sus espadas.

Puke ríe por lo bajo: ¿de qué sirven armas de gala frente a cientos de hombres tan cerca uno de otro que les costaría alzar los brazos?

Engelbrekt es el único sereno. Se ha cruzado de brazos y mira a los consejeros dejando que el pueblo hable por él.

Entonces, una voz frágil se alza en medio del estruendo: el obispo Knut de Linköping, encorvado, levanta el báculo como un pastor ante su rebaño.

—La voz del pueblo se ha hecho oír. Que el Consejo vote de nuevo y la paz de Dios ilumine a esta noble asamblea.

Puke se siente algo decepcionado: habría preferido ver a los grandes señores aplastados por el pueblo. Pero Engelbrekt quiere

otra cosa: desde aquel día, el Consejo ya no debe ser una «noble asamblea», puesto que no será sólo asunto de nobles.

Los votos se leen uno a uno en voz alta. La mitad son para Engelbrekt; la otra, para Karl Bonde. A cada mención de Bonde, la muchedumbre abuchea; a cada mención de Engelbrekt, estallan aplausos que parecen reavivar las brasas de una hoguera. El último voto es para Bonde, y el obispo lo pronuncia como si estuviese firmando su propia sentencia de muerte. Es un empate. La perplejidad está a punto de convertirse en ira cuando Engelbrekt se pone de pie al lado del obispo, alza las manos y, como por arte de magia, acalla a la multitud. El silencio es tal que se oye el crujir de la nieve bajo los pies.

—La nobleza y el pueblo han expresado su voluntad: que el reino cuente con dos *hövitsman*.

El alivio corre como un suspiro colectivo entre los consejeros.

La gente se queda despierta hasta altas horas de la noche, reunida alrededor de las hogueras para comer, beber y gozar de la vida, ahora que la tensión al fin se ha disipado. Han tendido pieles y telas sobre troncos para sentarse al calor, mientras en la linde del bosque se oyen los hachazos de quienes han ido a por más leña. Los más perspicaces saben bien lo que ha ocurrido ese día: por primera vez se ha escuchado la voluntad del pueblo. Ha sido un atisbo de un futuro distinto.

Al contrario que los grandes señores, retirados ya a sus tiendas de campaña, Engelbrekt permanece entre la multitud, conversando y agradeciendo el apoyo recibido.

Puke resiste la tentación de situarse a su lado: prefiere asegurarse de que la derrota del Consejo no se traduzca en emboscadas. Recorre los puestos en caminos y cruces alrededor del prado, donde ha emplazado hombres colocados de forma que cada uno pueda ver al anterior.

Después, se acuesta, pero no logra dormirse: la fuerza que bulle en su interior parece querer romper los diques de su piel. Se pasa la noche en blanco.

Se levanta con las primeras luces, pero ya se sabe: en invierno, los días son perezosos, y el alba puede tardar una hora en despuntar.

Pese al frío, Puke se quita las pieles, el abrigo y el jubón en la semipenumbra, hasta quedarse en camisa. Desprende la espada, que la escarcha ha pegado a la vaina, y elige por adversario a un abedul joven. Apelmaza la nieve a su alrededor, arremete, embiste contra la corteza y va despojando al árbol de sus ramas. Siente cómo despiertan sus miembros, cómo la sangre le golpea con fuerza en cada latido. Pronto es como si el cuerpo supiera por sí mismo lo que se le exige. Se sumerge en una lucha imaginaria y en ese combate halla una profunda calma, mientras el acero silba en el aire.

Su espada es un arma magnífica. La mandó forjar expresamente para él, como recordatorio de que cada cual es el mejor herrero de sí mismo. La herencia sólo trae debilidad; lo que se gana con esfuerzo, en cambio, forja el destino. Desde este día, la estrella que lo guíe será también la que guíe el reino.

El abedul, despojado de ramas y de corteza, sigue recibiendo los golpes. Erik arremete con más furia, hasta que en la madera aparecen rostros conocidos: los que lo han desdeñado, los parientes

que no lo aceptan, Måns Bengtsson... Måns ya no está, y nadie lo celebra tanto como él, pero sabe que le ocultan algo. Lo vio marchar con su inseparable criado y dos hombres de Engelbrekt. Los dalecarlianos regresaron con una pesada carga y, al día siguiente, Engelbrekt cabalgó hacia la Hansa con una carga igualmente pesada. No hace falta ser sabio para entenderlo: gracias a Måns Bengtsson, Engelbrekt saldó sus deudas y ha quedado libre para alimentar nuevas ambiciones.

Golpea con más fuerza, hasta que sus enemigos imploran clemencia. No se la concede. El tronco acaba por caer, y aun así él sigue astillando el tocón. Ha arrojado la camisa, reta al aire gélido con el torso desnudo, orgulloso de unos músculos tensos que relucen con el esfuerzo. No se detiene hasta pasada más de una hora, cuando sus fuerzas flaquean y los primeros hombres, vencidos por el estrépito, renuncian a dormir y se levantan somnolientos. Entonces se sienta a afilar su arma: pasa la piedra una y otra vez por el filo. Con el sudor ya seco, vuelve a vestirse, se echa la piel sobre los hombros y escucha cascos que se acercan por el camino nevado.

El jinete aparece enseguida, desmonta y se inclina ante él.

—Traigo noticias.

—¿Cuáles?

—Bengt Stensson ha mandado rellenar el canal. Todo el trabajo se ha perdido. Y ha incendiado un barco de la Hansa cargado hasta los topes de hierro de Norberg.

Él se vuelve de espaldas para ocultar la satisfacción que lo embarga. Nunca habría imaginado que a un día como el anterior

pudiera seguirlo otro mejor. Siente un cosquilleo en el vientre; respira hondo para calmarse antes de mirar de nuevo al mensajero.

—Cabalgaremos a Tälje ahora mismo, todos, antes de que el sol alcance el cénit. Tú vendrás con nosotros.

—Se me ha ordenado continuar y avisar a Engelbrekt en persona.

Erik entrecierra los ojos.

—Pues ahora tienes otras órdenes.

Con agrado, ve cómo el hombre vacila, abre la boca, se lo piensa y al final agacha la cabeza en señal de obediencia. La reunión del Consejo seguirá durante días hasta decidir el gobierno del reino. Engelbrekt no tiene por qué enterarse... no hasta que todo esté consumado.

Cuando el castillo de Täljehus caiga.

Cuando Bengt Stensson muera entre los muros que hoy aún le pertenecen: el primero de su linaje, hasta borrar del reino la enseña azul y dorada.

Y si la fortuna quiere, hallará allí también al joven Måns Bengtsson. Un encuentro largamente esperado. Se pregunta cuántos días seguiría siendo hermoso ese rostro si lo alzara en una estaca, que es donde en verdad pertenece; pero sabe que no podrá hacerlo. Engelbrekt nunca se lo perdonaría. Su muerte tendrá que llegar en secreto, perdida en el fragor de la batalla; habrá que ocultar su cadáver en una fosa común o hundirlo en el foso con la barriga llena de piedras. En cualquier caso, morirá.

Puke se palpa la nariz torcida, recuerdo de la fractura que nunca soldó bien. Envaina la espada y alza la voz para apremiar a sus hombres. Ha llegado la hora de marchar.

93

Brita es la primera en decírselo a su madre. Va a verla a la habitación donde lleva ya siete días postrada por la fiebre tras demasiado tiempo pasando frío. La enfermedad no ha cedido aún, pero está lo bastante recuperada como para recibir la noticia.

Brita habla con pesadumbre:

—Padre ha derribado todos los postes. El canal ha desaparecido.

Stina le pide ayuda para vestirse y, como si la dolencia hubiese quedado atrás de golpe, monta con ella hasta la excavación para comprobar lo sucedido con sus propios ojos.

Desde el lomo del caballo contempla cómo todo su esfuerzo se ha reducido a ruinas. El canal todavía se adivina como una amplia cicatriz en el paisaje nevado, pero sin el sostén de los postes, las paredes se han desplomado. Nieve y tierra se confunden en un mismo derrumbe. Los copos que no dejan de caer han empezado a cubrirlo todo, y pronto no quedará rastro de lo que cientos de hombres levantaron con tanto empeño durante un año. En primavera, cuando la humedad empape el suelo, la tierra buscará su antiguo lugar con más prisa aún. Quizá el agua del deshielo se abra paso por allí, pero no será más que un arroyo, demasiado pequeño para las naves de la Liga Hanseática, salvo que quieran cargar el hierro en barquitos de corteza. Estocolmo no caerá.

Avanza despacio junto a la zanja y, más adelante, distingue hombres trabajando con palas y picos en los terraplenes, rellenando lo que antes habían vaciado. A varios los conoce por su nombre. En cuanto la ven, apartan el rostro y fingen concentrarse sólo en la tierra bajo sus pies. Prefieren no cruzar miradas con ella, como si, ignorándola, pudieran aliviar la vergüenza compartida. Y ella también se avergüenza: una mujer vanidosa que se empeñó en obligar a los hombres a trabajar para nada. Más de un año de labor, deshecho en unos días por su marido. El recuerdo de Kari Sture vuelve a su mente: se lo advirtió un año atrás, el día de la Anunciación. Pero ni siquiera necesitaba que se lo dijeran: lo sabía desde el principio. Los hombres lo reducen todo a cenizas. Y ella, en el fondo, debería haberlo previsto. Su obra se alzaba sobre cimientos inciertos; poco derecho tiene a sorprenderse ahora que se derrumba.

Detrás de ella, Brita rompe el silencio y pregunta en tono grave:

—¿Qué hacemos ahora, madre?

Ella no tiene respuesta.

De vuelta en Täljehus todo es movimiento y ruido. Hombres corren por el patio, unos trineos yacen de lado mientras les frotan los patines con arena. Frente al portón, han despejado la nieve para amontonar provisiones.

Stina desmonta, suelta las riendas y deja que el caballo vuelva solo a las caballerizas. Brita la imita y, antes de separarse, la toma por el brazo.

—¿Qué está pasando?

—A tu padre le encomendaron una tarea —responde ella con amargura—. Ha decidido echarla por tierra y se ha buscado nuevos

enemigos. Las consecuencias no tardarán en llegar.

Detiene a un hombre que pasa cargado de arneses.

—¿Quién viene?

—Erik Puke, con un centenar de hombres. —El soldado apenas se atreve a mirarla—. Estarán aquí antes de que caiga la noche. No cabe esperar compasión alguna.

Bengt Stensson avanza por los pasillos tan rápido como su espalda dolorida se lo permite. Ve a su gente corriendo de un cuarto a otro, reuniendo todo lo que tenga valor y pueda transportarse. Se detiene ante un ventanuco con vistas al patio: allí ensillan los caballos, tanto los que cargarán hombres como los que arrastrarán los trineos. La capa de nieve es espesa.

Täljehus no tiene murallas exteriores: sólo sus propios cimientos, gruesos, lisos y de varias brazas de altura, coronados por almenas desde las que disparar a quien se acerque demasiado. Pero nunca se anticipó que nadie pudiera acercarse tanto. Como otros muchos castillos semejantes, está en un islote del lago, rodeado de agua y con un puente fácil de derribar por los defensores en caso de peligro. Pero ahora el hielo ha hecho inútil esa defensa: sólido y resistente, permite al enemigo avanzar desde cualquier flanco. El castillo es casi indefendible en invierno. Sus constructores no imaginaron un ataque desde el hielo.

No piensa derramar sangre en su defensa. Hay muy poco que ganar. Recibió ese feudo sin esfuerzo un año atrás, y como ha estado ausente casi todo ese tiempo, no ha podido cimentar lealtades. Si el enemigo fuera otro, quizá podría refugiarse tras los

muros y negociar mejores condiciones. Pero contra Erik Puke es distinto: su odio al linaje azul y dorado es demasiado grande, y él lo sabe mejor que nadie, porque fue él mismo quien, con su pala y su yesquero, sembró la semilla de lo que ahora está listo para cosecharse. La justicia está de parte de Puke.

Toca huir. No será demasiado complicado, siempre que se marchen antes del anochecer. El jinete que le ha llevado la noticia ha dicho que Puke apuraba a sus hombres sin descanso, pero —a menos que hayan aprendido a volar— no podrán llegar antes del crepúsculo, y entonces no estarán en condiciones de perseguirlos. Tienen tiempo de sobra.

Vacía de un trago la jarra de cerveza que tiene en la mano y la lanza contra la pared, junto a un mozo que lleva el regazo lleno de telas, sólo para atraer su atención.

—Tráeme otra igual.

La embriaguez va calando y empieza a ahuyentar los calambres del día anterior. Se frota las sienes entre jadeos, taconea en el suelo de madera, impaciente por la tardanza del mozo. Pero quien aparece es otra persona: Brita, agitada y con el rostro enrojecido.

—¿Qué pasa?

—Madre dice que no quiere marcharse.

Hacía muchos meses que no miraba a su esposa en serio. Le sorprende cuánto puede cambiar alguien en poco más de un año. En el solsticio de verano era una joya entre la servidumbre; ahora parece una mujer envejecida antes de tiempo, una labradora castigada por la vida: chupada como una astilla, el pelo lacio y sucio,

la piel pálida, el vientre hundido. Suspira al verla apoyada en el respaldo de una silla. Se queda inmóvil frente a su silencio, sin saber por dónde empezar. Se aclara la garganta y adopta su tono más autoritario:

—Stina. Me alegra verte en pie. Tenemos que partir.

Ella no hace ademán de haberlo oído hasta que, con un susurro afónico, responde:

—No.

—No lo entiendes. Viene Puke. Llegará con su gente antes de que caiga la noche y no tendrá piedad.

—¿Qué has hecho, Bengt? —pregunta ella—. ¿No estábamos todos en el mismo bando hasta hace poco?

Él se sonroja; ella niega con la cabeza.

—No respondas. ¿De qué serviría? Seguro que alguna estupidez más de esas que los hombres como tú no saben evitar. Mejor que no lo sepa. Pero yo no pienso abandonar la casa.

Bengt se le acerca, aún más rojo; se rasca la barba, que se le eriza en todas direcciones, y en un intento de rugir su voz se quiebra:

—No esperaba otra cosa, Stina. Desde aquel San Juan la locura se ha ido agravando. ¿Estás demasiado débil? Te cargaré sobre mis hombros si hace falta. De ti apenas quedan piel y huesos. ¿Te avergüenza que otros vean lo que te ha pasado? Te envolveré en sábanas, si eso te consuela.

Ella suelta una risa cortada, como un ladrido, y tose.

—Piensas que todos son como tú. Nunca entendiste por qué vine aquí, Bengt, por qué no me quedé en Göksholm, la casa de mis padres. Vine porque Täljehus fue el pago por el sacrificio de Måns, y

él nos lo entregó como un regalo. ¿Acaso no fue para eso que lo mandamos al mundo tú y yo? No pienso abandonar este lugar. No se lo entregaré a nadie.

Bengt abre la boca para replicar, pero no puede. Baja la voz y habla mirando a otro lado, incapaz de mirarla a los ojos:

—Erik Puke te matará —susurra— y se hará con Täljehus de todos modos. La única diferencia es que sus hombres tendrán que fregar la sangre del suelo antes de acomodarse.

—Sangre. —Ella lo mira con desprecio—. No me sorprende que le tengas miedo; no estás acostumbrado a verla. Yo, en cambio, he sangrado cada mes desde que cumplí doce años.

«Y ahora ya no; nunca más.»

—Erik Puke no conseguirá Täljehus. —Stina habla con firmeza—. Lo defenderé.

—¿Tú sola?

—Déjame despedirme de la servidumbre antes de que te lleves a todos de aquí.

El sol declina y el frío comienza a morder en mejillas y dedos. Los trineos están listos; unas tres docenas de personas, envueltas en cuantas ropas pudieron encontrar, aguardan en silencio. Todas las miradas se vuelven hacia Stina cuando aparece, apoyada en el brazo de su hija. Se detiene a medio camino, toma aire y proyecta la voz.

—Habéis aprendido a luchar, aunque pocas veces habéis tenido ocasión de hacerlo por una causa justa. Dentro de unas horas habrá batalla. En un bando estoy yo. Y os pido que os quedéis. Podría invocar el honor, que ya es motivo suficiente. Pero no vengo a

mendigar: os ofrezco algo a cambio. Escuchad bien, porque esta oportunidad sólo llega una vez en la vida. Sea cual sea vuestra elección, viviréis siempre a la sombra de este momento. —Hace una pausa. Una antorcha chisporrotea y la brea gotea sobre la nieve oscura—. La vida de los seres humanos es corta, y más breve aún su recuerdo. ¿Quién sabe el nombre del padre de vuestro abuelo, sus hazañas? Nadie. Pero lo que ocurra aquí no se olvidará jamás. Dentro de cien años, y otros cien después, aún se cantará cómo Kristina Månsdotter, de león y flor de lis, nacida mujer, se enfrentó a Erik Puke como David a Goliat... y venció. Lo juro ante Dios y ante la Madre del Redentor: Puke no tomará el castillo de Täljehus. Lo defenderé sola, si hace falta. Aunque prefiero hacerlo con hombres valientes a mi lado. —Calla un instante, y sus palabras quedan suspendidas en el aire helado—. Quienes sigáis a Bengt, sabed que esos trineos no os llevan a casa, sino a vuestro lecho de muerte. Y cuando llegue la hora, recordad que aquí quedaron vuestros compañeros... mientras vosotros seréis olvidados.

La quietud se prolonga hasta que una criada se adelanta. Arrastra consigo a un mozo de servicio, que titubea un momento, pero acaba siguiendo sus pasos. Otros hombres se levantan también, unos movidos por orgullo, otros por ansias de probarse a sí mismos. Casi uno de cada tres abandona los trineos.

Bengt se revuelve en su asiento, rojo de ira y alcohol.

—¿Y tú, Brita?

Ella baja la vista hacia la nieve.

—Me quedo con mi madre.

Él se incorpora tambaleante y avanza hacia ella, pero un hombre le bloquea el paso. Otro se suma, y luego otro más. Él se detiene, se

acaricia la barba, mira a sus propios hombres en los trineos y masculla:

—Así que los valientes se quedan contigo y a mí me tocan los de corazón de liebre. Difícil tomarlo como un elogio. —Da media vuelta, vuelve a su sitio y se deja caer en el asiento. Su voz suena resignada —: Quizá confundáis coraje con locura. Ojalá estéis en lo cierto y yo en el error.

Hace una seña al cochero. Los caballos se ponen en marcha, los patines silban sobre la nieve, y pronto los trineos se pierden en la noche.

Stina se arropa con el manto y aun así se estremece por el frío. Cierra los ojos un instante, recupera el control de las emociones y pone riendas al miedo que entumece el pensamiento. Mira hacia Täljehus y rememora lo que aprendió de niña. Su padre había deseado un hijo; tuvo, en cambio, una hija, y para compensarlo la educó como si fuera varón: mapas, tablas y fichas donde se trazaban movimientos sobre antiguas batallas. Causa y efecto, le enseñaron; cada paso en falso señalado con la misma facilidad que las rutas que llevan a la victoria.

Täljehus consta de dos edificios comunicados: un recinto amurallado con una torre fortificada en una esquina. El terreno que lo rodea está rebajado para formar foso; sólo hay un portón, salvado por un puente. Hace un rápido recuento de la gente bajo su mando: son quince en total, de los cuales una docena son hombres. En su cabeza, defender un castillo así parece sencillo; en la práctica, sabe que no lo será.

Algunas decisiones le salen con rapidez. Primero, la mitad más expuesta:

—Vaciad todas las casetas y sacad lo de valor. Prended fuego a lo que no podamos llevarnos. Al enemigo no le dejaremos ni combustible ni refugio. Meted dentro a todos los animales domésticos. Después, derribad el puente que da al portón y amontonad la madera. —A los demás los organiza por sectores: del sótano a la buhardilla, catalogar y juntar todo lo que pueda servir. A la criada María le encarga la cocina: un caldero grande sobre un brasero, agua, un barril de cerveza no muy fuerte, mucho pan. Que sofría panceta salada, que haga un caldo especiado y lo vaya ligando con harina si hace falta—. Mantenlo hirviendo sin tregua. Ve rellenando a medida que se reduzca. Siempre habrá alguien con hambre, y nadie debe luchar con el estómago vacío. Que el olor a comida llegue a los combatientes y les dé fuerzas.

Cuenta provisiones una y otra vez: comida, agua, leña, armas. Mientras los otros corretean, ella calibra ángulos de tiro y calcula hasta dónde puede acercarse un atacante sin exponerse. Al caer la noche ya ha terminado: hay buenas y malas noticias, pero al menos el plan existe. Pide que le traigan una silla para descansar las piernas y se sienta a hablar con los suyos.

94

—Comida tenemos de sobra porque somos pocos. Con las flechas no ocurre lo mismo, y en ellas está nuestra esperanza. En combate cuerpo a cuerpo llevamos las de perder, así que escuchad bien y no lo olvidéis: ninguna flecha puede desperdiciarse. Todas deben dar en el blanco. Nunca disparéis más lejos de lo que sabéis acertar. Ellos serán muchos. Muchos más que nosotros. No os dejéis intimidar por lo que veáis. Acabáis de comprobarlo hace un momento, en el patio: apenas uno de cada tres de ellos tiene verdaderas agallas. Abatid al enemigo adecuado y dos de sus compañeros empezarán a dudar. Abatid al que marche dos pasos por delante de los demás, al que lleve en la mirada sed de lucha, al que camine erguido entre los que se agazapan. Ya sé que nuestras flechas no son las mejores del reino, pero tenemos aliados invisibles y más poderosos: el tiempo, el hambre y el frío. Nadie nos exige aniquilar a los sitiadores. Basta con resistir lo suficiente, bien alimentados y al abrigo detrás de estas paredes mientras ellos pasan hambre y se hielan ahí fuera.

Los esperan una tarde y una noche largas. Como son pocos, pueden hablar sin alzar la voz. Se reúnen todos en una misma sala y preparan lechos en el suelo. Colocan un brasero en el centro, con bancos alrededor: así el caldero se mantendrá caliente mientras cenan y calientan cerveza. La carne es sabrosa y la bebida

reconforta. El resto de la casa se enfría, vacía ya de cuerpos humanos. De los pisos inferiores llegan ruidos y bramidos de los animales, inquietos, como si presintieran lo que se avecina. El calor del brasero les acaricia el rostro, pero las espaldas siguen heladas. Son trece alrededor del fuego. Nadie quiere romper el círculo para irse a dormir. Stina pasea la mirada de un rostro a otro en medio de un profundo silencio.

—A algunos ya os conozco. A otros, apenas. Mañana lucharemos codo con codo. Cada uno será indispensable, y se nos exigirá mucho. No podemos prescindir de nadie: todos valemos lo mismo. Aprendamos esta noche a tratarnos como iguales. —Se aclara la garganta y se endereza—. Me llamo Kristina Månsdotter, nacida en el linaje del león y la flor de lis, en medio de la riqueza y la abundancia. Aun así, la pena me encontró y me torció la mente. La locura me ha traído hasta aquí. Ahora me arrepiento de cada encrucijada en que tomé el camino equivocado sin darme cuenta. Pero quedarme aquí con vosotros no es uno de esos errores. Después de la victoria, sabré elegir mejor.

Vuelve la cabeza hacia la izquierda, cediendo el turno. A su lado, la criada.

—Me llamo María, hija de Torvald, nacida en Mellösa. Estoy prometida. La boda será cuando la tierra vuelva a quedar desnuda. Pero mi prometido es un hombre muy guapo, y la tentación nos venció. Hemos tomado por adelantado lo que el futuro prometía. Llevo dos lunas sin sangrar y ya siento la vida en mi interior. He servido en esta casa desde niña, y jamás preferiría pasar un día con herr Bengt pudiendo estar con la señora Kristina.

Posa una mano sobre el brazo de su prometido y lo aprieta. Él tartamudea un poco al hablar, avergonzado:

—Soy Erengisle, como mi padre. Y pronto también seré padre y esposo, cuando cambie el año. Dios quiera que siga siendo tan fiel a las decisiones de mi esposa como lo he sido hasta ahora: nunca la he visto equivocarse.

La ronda continúa y Stina siente que las fuerzas crecen con cada voz que se suma. Llegan a la última, y un escalofrío le oprime el estómago al oírla.

—Yo soy Brita, hija de Bengt y de Kristina. Soy del linaje azul y dorado. Siempre me ha faltado amor, siempre he estado a la sombra de otro, sin poder brillar. Ni siquiera el odio me sirvió de consuelo, porque quiero a mi hermano tanto como los demás. Me he quedado en Täljehus con la esperanza de que, al fin, alguien vea mi verdadero valor. —Busca la mirada de su madre—. Y además, ¿quién en su sano juicio seguiría a un hombre pudiendo seguir a una mujer?

Stina siente un abismo abrirse bajo sus pies: de pronto su sed de lucha se quiebra. Aprieta la mano de su hija mientras las lágrimas la ciegan: acaba de descubrir otro camino que equivocó. Brita llora con ella. Cuando el silencio se vuelve insoportable, alguien empieza a murmurar unas palabras conocidas. Otros lo siguen; y luego todos, cada vez más fuerte. Las manos se buscan solas, se enlazan hasta cerrar el círculo. Rezan una oración que han repetido miles de veces, pero nunca con tal intensidad. Reconocen su humanidad y piden perdón, sabiendo que la sentencia está a punto de dictarse.

—*Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum*...

95

Sale el sol. La luz se estira hacia el oeste, más allá de los bosques que tiritan bajo la nieve, hasta cubrir los campos helados. Apenas asoma por el borde del mundo, enciende un cielo de azul acerado, sin nubes: un ojo incandescente que lo escruta todo.

Erik Puke entorna los suyos, se cubre la vista con la mano. La esconde de nuevo en el guante, la agita para devolver la sangre a las puntas de los dedos. Escupe en la palma: el líquido tiembla, se endurece en un instante, y cae a la nieve convertido en un trocito de hielo. Jura en silencio. Mal. La helada será dura: espadas atascadas en sus vainas, cuerdas rígidas, ballestas inútiles. Hasta la sangre se congela en los bordes de las heridas. Peor para los que no tienen un techo donde calentarse.

Delante se abre un campo cegador. Bajo tanta nieve, ya no se distingue dónde acaba la orilla y dónde empieza el lago. Da igual. Hoy está helado hasta el fondo: nadie caerá en un agujero traicionero. Lo difícil será acercarse sin ser visto. Con un poco de suerte, bastará con que el vigía en la torre cabecee un cuarto de hora, o se entretenga en la letrina.

Ya al alba, Erik había mandado un destacamento a dar un amplio rodeo para bloquear el castillo desde el otro lado: no quiere que Bengt Stensson escape en un trineo en cuanto vea a la tropa por el

este. Ahora sólo queda el rastro de huellas en la nieve virgen: ya deben de estar en su puesto.

El resto lo espera detrás, junto al bosque, cargando pertenencias en trineos. Son hombres recios, veteranos, sin sitio para novatos que se manchen las calzas en la primera lluvia de flechas. Erik los repasa con la vista, y ve en sus ojos el mismo filo que lleva dentro.

Espolea a su yegua torda. La nieve cede ligera bajo los cascos: como montar entre nubes.

Cuando llega al islote y ve la muralla, la decepción le pincha el estómago. Han sido descubiertos. Las casetas exteriores son sólo manchas negras, cenizas congeladas. Y el portón cuelga solo, sin puente. Erik muerde la rabia: lo han tirado a propósito, no para defenderse, sino para fastidiar.

No hay tiempo para pensar más. Una sombra vuela. Se agazapa en la silla: la flecha le roza la cara, siente la corriente en la piel. Gira de inmediato al caballo, galopa hasta ponerse a salvo. Cuando se yergue de nuevo, ve la fachada: las aspilleras estrechadas con tablas, ojos que lo miran con la misma fijeza con que él los mira. Allí dentro hay gente, lista para resistir. ¿Por qué? ¿Por qué dejar guarnición si sabían que él venía, y con fuerzas de sobra?

Hace una seña, manda parar. Llama a un muchacho espabilado.

—Entre la piedra y el roble ha caído una flecha. Ve a buscarla.

Lo observa mientras avanza por la nieve. Espera un nuevo tiro, pero no llega. Regresa media hora más tarde, con la flecha rota en la mano. Erik la sopesa: arco, no ballesta. Astil viejo, plumas deshechas, punta oxidada. Era, sin duda, la mejor flecha del castillo, gastada en un tiro que pudo costarle la vida. Mala señal para los

defensores: si hubieran tenido más, habrían disparado otra. Una armería pobre. ¿Por qué, entonces, resistir?

Ordena al mismo muchacho:

—Pon mi yelmo en una lanza y acércate al portón. Di que pedimos parlamento, promesa de paz ante Dios.

Todos lo siguen con la mirada, mientras el yelmo tintinea como campana rota en la punta. Grita, espera respuesta, grita otra vez, y vuelve.

—Kristina Månsdotter, de león y flor de lis, saluda a Erik Puke. Dice que ya puede volver por donde ha venido, o caer a los pies de la muralla, que es suya y lo seguirá siendo.

Erik se da la vuelta para ocultar la mueca. Rabia, más fuerte que el juicio. Una trampa: le toca luchar contra una mujer. Nada que ganar, demasiado que perder. Lo sensato sería retirarse. Pero imagina el regreso, las recriminaciones de Nils Rossvik y de Engelbrekt: no indisciplinado, sino inútil. Y sabe de sobra que sólo el éxito absuelve la desobediencia.

Aprieta los dientes.

Al infierno con Kristina Månsdotter.

96

Stina observa cómo los hombres se preparan. Intenta contarlos, pero es difícil. ¿Cincuenta? ¿Setenta? No pueden ser muchos más. Una superioridad de cuatro o cinco docenas, todos hombres en edad de combatir y con pinta de estar curtidos. Al frente, Erik Puke: el que ya tomó Faxehus y Kastellholm, el que lleva casi dos años viviendo en los campos de batalla.

Al principio eran dos fuerzas: una, llegada por el hielo con Puke incluido; otra, más pequeña, desde el este. Ahora se han reunido en tierra firme. Los ve enterrándose en la nieve, levantando parapetos para resguardarse de las flechas y pasar la noche. Algunos han cruzado hasta el cabo donde el bosque es más denso para talar árboles. Regresan en una corriente incesante, de dos en dos, arrastrando troncos, con ramitas trenzadas en los pies a modo de calzado para la nieve.

Stina no puede ver ni oír lo que ocurre tras los parapetos, pero lo adivina: harían lo mismo que ella haría en su lugar. Sólo queda esperar, ella y los suyos, y distraerse como puedan. En el piso de abajo resuenan muebles arrastrados y luego destrozados, convertidos en escombros para reforzar la puerta desde dentro. El caldero hierve sin pausa: comida caliente para todos. Nadie resiste demasiado tiempo lejos de las aspilleras; tarde o temprano vuelven,

aunque sólo sea para mirar un instante entre los tablones y esperar lo inevitable. Uno de los hombres más viejos se queja al incorporarse, se frota la rodilla. Mira a Stina y murmura:

—Siempre me duele cuando se avecina mal tiempo.

Los hombres de Puke esperan al atardecer. La sombra de la noche es su mejor defensa contra las flechas. La gente de Stina no necesita órdenes: alguien vigila cada hueco. Al poco, un grito. Luego otro. Ya vienen.

Ella se queda mirando hacia fuera, deja que sus ojos olviden el resplandor de la lumbre y se acostumbren a la penumbra. No tarda en distinguirlos. El cielo despejado, tachonado de estrellas, se refleja sobre la nieve y revela siluetas. Reconoce la astucia: han construido un techo de madera que cargan sobre puntales para cubrirse de los proyectiles mientras avanzan. Bajo esa protección vienen los hombres encargados de tender un nuevo puente hacia el portón, en el mismo lugar donde ella había mandado derribar el anterior. Avanzan lentos y torpes, pero implacables.

Stina distingue sus pies, apoyados en dos varas peladas convertidas en improvisados esquís que comparten entre todos para soportar el peso de la cubierta. Uno de ellos grita el compás para que marquen el paso al unísono. Otros arrastran troncos por detrás, listos para formar la rampa: un puente levadizo en ciernes.

—Poned flechas en las cuerdas —ordena Stina—. Disparad donde podáis. Si llegan a abrirse paso hasta el portón, estamos perdidos.

Las saetas vuelan una tras otra, en vano. La madera baja por los costados sin dejar resquicios. Los hombres alcanzan el talud del foso y colocan su protección. Stina ve cómo extienden los troncos por encima del agua helada: un extremo en el umbral del portón, el otro

en la nieve. Armazón de una rampa nueva. Maldice al maestro constructor que no pensó en estos ardides y no mandó levantar un muro completamente liso.

—Tened los arcos listos. Cuando el puente esté compacto, se meterán debajo.

Y ocurre tal como lo había previsto. Desde ambos lados de la cubierta, los hombres corren y se deslizan hasta el fondo del foso, a cubierto. Sus arqueros disparan. Una oleada de gritos: unos de valor, otros de dolor. ¿Dos aciertos? ¿Tres? Stina sólo tiene certeza de uno: un hombre que queda tendido en la nieve, encogido con las manos en el abdomen, incapaz de arrastrarse para ponerse a salvo. A su espalda, la cuesta se mancha con un reguero oscuro.

Al principio sus gritos suenan incrédulos; luego, suplicantes. Pide agua, algo que lo aísle de la nieve. Nadie tiene nada que darle. Nadie se acerca, temiendo acabar como él. Poco a poco, sus voces se quiebran en sollozos, hasta que sólo quedan chillidos débiles. Bajo sus pies, en la cuadra, los animales se agitan: cacareos, relinchos, como si también ellos reconocieran al visitante.

Durante un instante, todos guardan silencio. Amigos y enemigos. Como si saludaran a la muerte, huésped al que habían invitado y que, aun así, les resulta extraño. Cuando por fin acude al moribundo, lo encuentra hecho un ovillo. Agradecen en secreto que la vida lo haya abandonado rápido, ahorrándoles más alaridos.

Bajo el puente siguen las labores invisibles de apuntalar y reforzar. Los porteadores de la cubierta se retiran despacio en busca de más madera, más hombres. Una tregua. Nadie sabe cuánto durará, pero no será suficiente.

—¿Quién ha dado en el blanco? —pregunta Stina.

Uno de los hombres levanta la mano. Le tiembla, y no es por frío.

—Creo que he sido yo.

En la penumbra, Stina no le ve el rostro. Sólo oye su voz temblorosa y se lo imagina pálido, inseguro: nuevo en el homicidio.

—Lo que has hecho lo has hecho por mí —dice ella—. Si sientes remordimiento, está bien. De un buen hombre no cabría esperar otra cosa. Pero no eres más culpable que la rama tallada como flecha, la crin trenzada como cuerda o la madera que se dobló como arco. La responsabilidad es mía y de nadie más.

Stina se queda mirando hacia abajo. Bajo sus pies, los hombres apuntalan el puente, reforzándolo para que aguante. Con la próxima tanda de troncos tendrán ya camino suficiente para golpear las tablas del portón.

Ninguno de los saberes de su infancia sirve aquí. Los hombres que le enseñaron el arte de la guerra le habían dado siempre la misma respuesta frente a la superioridad: fuego. «Si el filo o la punta no bastan, quema.» Pero ahora hace demasiado frío. Ninguna llama prenderá en un invierno como éste. Se pregunta qué dirían esos viejos instructores si la vieran. Lo sabe de sobra: harían lo mismo que su marido. Huir. Se sacudirían las barbas ante la locura de una mujer.

La invade la impotencia. La resignación. La certeza de la derrota antes de tiempo. Y el frío, que la cala hasta los huesos. Nunca lo había sentido tan intenso.

Una estrella se refleja en un carámbano colgante junto a la aspillera. Stina alarga la mano, lo arranca, lo contempla. No sabe por

qué. Quizá sólo por la belleza del hielo en una noche tan abominable como ésta. El trozo se pega a sus dedos, cuelga un instante por sí mismo, y luego se desprende. Cae sobre el puente en construcción. Y entonces lo comprende. El fuego es la solución de los hombres. Ella hallará otra.

Los reúne de inmediato y explica su idea. El pozo está en el sótano: formarán una cadena de cubos de un piso a otro, sacando agua de las profundidades. Los baldes pasan de mano en mano. Las prisas y el nerviosismo hacen que se derrame por las escaleras. Al último de la fila apenas le llegan unas gotas. Stina contempla, incrédula, el ridículo espejo de agua en el fondo del barril. Se topa con su propio reflejo y lo que ve es decepción, como si se acusara a sí misma de fracaso.

Entonces alguien se le acerca. Brita, a su lado. Stina la mira y comprende al instante que su hija ha visto lo que los demás pasaban por alto. Brita habla en voz baja, como si sus palabras fueran un secreto mortal:

—El tejado.

—¿Qué?

—La nieve. Hay un codo de nieve sobre el tejado. Podemos romper las tablas desde dentro, recogerla y derretirla en el brasero.

Stina asiente. El gesto basta como orden.

De inmediato buscan hachas y picos. Arriba, las tablas crujen, las tejas se raspan unas contra otras. Los hombres bajan a toda prisa con nieve en brazos, fría y compacta, cortada en bloques, transportada en cubos, en telas, en el regazo. Otros se arrodillan alrededor del brasero, soplan para avivar las llamas y echar astillas,

hasta que el calor crece y los calderos silban. La nieve se derrite. El agua empieza a llenar el barril. Y luego otro. Y otro.

Una vez más, el escudo gigante avanza sobre múltiples pies. De lejos parece amorfo, una sombra torpe que se desliza por la nieve arrastrando tras de sí una cola de troncos. Ahora cuesta distinguirlos: el cielo se ha encapotado, las nubes ocultan las estrellas y dejan caer copos tímidos.

Los hombres de Puke se mueven con mayor rapidez esta segunda vez. Ocupan el mismo lugar, encajan los troncos sobre los puntales y, sin demora, ponen a prueba su obra. Alzan la protección sobre las cabezas, tantean el puente: un paso, luego otro. Resiste.

Stina aguarda, inmóvil, hasta oír el primer hachazo. Entonces da la señal.

Cuatro hombres levantan con esfuerzo el barril hasta el borde del hueco, justo encima del portón, y lo inclinan despacio hasta volcar el agua de nieve derretida. Cae en cascada, ensanchada por las piedras de la muralla, y se precipita sobre los que trabajan debajo. Stina oye sus gritos: primero de miedo, luego de asombro. Hace un gesto para que traigan otro barril, y después un tercero.

Al principio no pasa nada. La espera es un tormento. Pero en cuanto Stina mete la mano en un charco formado bajo la ventana y la saca al aire nocturno, lo ve: el agua se congela al instante. El frío le arde en la piel como si fueran brasas.

Bajo sus pies, los hachazos callan. Los hombres salen en tropel de debajo de la cubierta, torpes en sus prendas endurecidas, gimiendo. Los arqueros de Stina se preparan, esperando su orden. Ella los

mira, niega con la cabeza. No hace falta. En una noche como ésa, la ropa empapada es suficiente como sentencia de muerte.

97

—No conseguimos hacer fuego. Todas las brasas que llevábamos se han apagado, y ninguna chispa prende con este frío.

Erik Puke aprieta los labios. La nieve se arremolina cada vez más con el viento creciente. Sabe que quien le habla conoce el oficio: está acostumbrado a encender fuego en toda clase de climas. Él mismo no conoce a nadie mejor en ello. Y, sin embargo, no se sorprende. Cuenta ya veinte años, y pocas noches de invierno recuerda tan frías como ésa. Vuelven a su memoria las historias que de niño le contaban los ancianos sobre los *vargvinter*, los «inviernos de lobo», mientras se burlaban de él por tiritar en jornadas «templadas»: fríos que mataban, heladas que devoraban el rostro como la peste, narices ennegrecidas que había que cortar, dedos de pies y manos que había que amputar, inviernos en los que cualquier hierro se volvía brasa contra la piel. Él siempre había creído que exageraban. Ahora sabe que no.

—Por la mañana quizá sea más fácil. Mantened a los hombres en movimiento, que nadie se quede quieto. El que se duerma esta noche ya no volverá a despertar.

Pero todo lo malo trae consigo algo bueno: los hombres sienten el aliento de la dama de la guadaña en cada ráfaga, y saben que sólo las murallas de Täljehus los separan del calor. Dentro hay cobijo,

fuego, cerveza para entonarse y carne para asar. Puke nunca los había visto tan diligentes. Apenas termina de señalar el camino y dar sus órdenes, ya tienen una ladera entera despejada de árboles, troncos listos para tender un puente sobre el foso y llevarlos a la victoria; han alzado también una protección firme y bien trenzada. Se aproximan al castillo en la oscuridad y, desde dentro, les responden con flechas inútiles. Sólo una da en el blanco, y Puke replica con un juramento, más por temperamento que por la pérdida: hombres le sobran.

Vuelven en busca de más leña y de las hachas, pues en cuanto coloquen otra tanda, el puente será lo bastante sólido para embestir el portón. Erik se frota las manos y da saltitos en el sitio, tan satisfecho con lo que oye como impaciente por tener que esperar aún más. Escucha el crujido de la madera arrastrada sobre la nieve, los golpes secos cuando encajan los troncos en su sitio.

De pronto, un tumulto estalla en la penumbra: chillidos de dolor y sorpresa. Erik sube de un salto al terraplén de nieve para ver mejor, pero no distingue nada bajo la sombra del castillo y la nevada cada vez más espesa. Ahora los sonidos cambian: voces extrañas, balbuceantes y agudas, nada propias de las gargantas que las emiten. Un escalofrío le recorre la piel. Puke se golpea los hombros, trata de recuperar el calor.

Bajo la cortina blanca aparece un grupo de hombres tambaleantes. El primero se derrumba ante sus ojos sobre un montón de nieve, los brazos pegados al cuerpo en un abrazo convulso. Queda tendido, sacudido por espasmos como de mal de luna. Erik se santigua, como si viera magia negra, y se arrodilla para darle la vuelta. No hay sangre ni herida visible, pero la capa de lana

es una costra rígida, y la cota de malla bajo ella, una losa. El cabello forma un casco de hielo alrededor de la cabeza. Hay escarcha en las pestañas, sobre los ojos vidriosos; los labios negros aún dejan escapar vaharadas entrecortadas. Pero el hombre ya ha cedido al letargo: se ha entregado al sueño para escapar de un frío despiadado. Aunque Puke lo incorpore, aunque grite su nombre y lo abofetee, el otro no puede levantarse.

A través de la nevada, Puke distingue más figuras tambaleándose, retrocediendo torpemente hacia un campamento que no tiene calor que darles. Una ráfaga sopla desde el hielo con aullido de fiera y levanta un torbellino de nieve. Ya no es el aliento de la dama: es la guadaña misma. Puke no pierde un instante, echa a correr hacia el campamento para reunir a todo hombre que aún conserve la ropa seca.

98

Bo Stensson se despierta cuando alguien lo sacude por el hombro. Gruñe, se da la vuelta, pero lo agitan de nuevo, esta vez con más fuerza. Adormilado, pestañea en la oscuridad del invierno y tarda en orientarse: techo bajo, musgo blanco en las rendijas de los tablones, el cuerpo dolorido por el camastro ajeno. Sigue en Arboga, donde el concilio apura sus últimos días. Nils ya ha partido rumbo al sur, nombrado de nuevo regente de Småland. De los hermanos, él es el único que aún no ha sacado provecho. El breve consuelo del sueño se desvanece pronto. Lo espera otro día de frío y disputas, aunque las deliberaciones se hayan trasladado de la pradera a una de las iglesias de la ciudad. Suspira. El hombre que lo ha despertado es de los suyos.

—La noche se me ha hecho corta. ¿Ya ha empezado la reunión?

—No, mi señor. Lo busca Engelbrekt Engelbrektsson.

—¿A mí? ¿Se sabe por qué?

—No, mi señor. Pero está aquí, esperándolo en la sala grande.

—¿Qué hora es?

—Demasiado tarde para la noche, demasiado temprano para el día.

La casa es de un granjero, y Bo Stensson la ha tomado prestada para él y los suyos, mientras el dueño y su familia se han tenido que

acomodar en establos y graneros. Se viste a toda prisa en su cuartucho helado. Al cubrirse las piernas salta a la pata coja, se golpea la frente contra una viga inclinada y se frota el chichón, sorbiendo aire entre los dientes. Su mente tantea un motivo para el encuentro, sin hallarlo. Termina de vestirse, sale por la puerta, llama a la siguiente y entra.

Engelbrekt Engelbrektsson lo aguarda junto al hogar, solo, paseándose sobre el suelo de tierra apisonada.

—Herr Bo.

—¿Qué ocurre?

—Un mensajero ha llegado hace poco. Dice que tu hermano, Bengt Stensson, ha capturado un barco de la Liga Hanseática, pese a lo que habíamos acordado.

Bo suspira. Puede imaginar que Bengt haya permitido a sus corsarios sacar tajada ahora que el comercio se reactiva. El riesgo es alto, pero también la tentación. En todo caso, ser tan torpe como para dejarse descubrir le parece imperdonable.

—Y no sólo eso: también ha mandado cegar el canal que se le encargó abrir entre el mar y el lago Mälaren.

Bo se queda perplejo. Abre la boca para responder, pero enseguida la cierra, incapaz de dar una respuesta sensata.

—Veo por tu asombro que la noticia es nueva para ti y que desconoces los motivos de tu hermano. Bien, ésa era una de las respuestas que venía buscando. Pero hay más. Erik Puke fue el primero en enterarse y, en vez de avisarme, tomó a sus hombres y se llevó al mensajero consigo hacia Tälje. No lo dejó volver hasta muchas horas después. Puke le guarda rencor a tu linaje y ha aprovechado la ocasión que se le presentaba. He enviado hombres

tras él pero, sea lo que sea lo que haya hecho en Tälje, ya es demasiado tarde para remediarlo.

Bo traga saliva. Intuye lo que está a punto de ponerse sobre la mesa.

—Has dicho que venías en busca de respuestas —dice.

—¿Sigues conmigo, herr Bo, o prefieres unirte al hermano que me ha hecho su enemigo?

De un lado, Nils, Engelbrekt y el obispo. Del otro, Bengt. La balanza está inclinada y la decisión se vuelve sencilla:

—Estoy contigo: quiero lo mejor para el reino.

Engelbrekt lo observa en silencio, luego asiente apenas.

—Cabalgaré hacia Estocolmo, con toda la nobleza y toda la plebe que pueda moverse con presteza. Esperaba mantener la ciudad al margen gracias al canal abierto para el comercio, pero ya no será así. Necesitamos Estocolmo, y la tomaremos al precio que sea.

Se retira, dejándole la orden de preparar a sus hombres para el viaje. Bo, antes, busca un banco y se sienta. Trata de encajar las piezas sin lograrlo. ¿Sitiar la capital, y en pleno invierno? Es una locura. Engelbrekt ha perdido el juicio. Uno más.

Rodeado de dementes, Bo Stensson se mece hacia delante y hacia atrás, preguntándose si acaso él es el único que todavía conserva la cordura.

99

Todo ha quedado en silencio. Stina otea hacia fuera entrecerrando los ojos, pero su vista no encuentra nada a lo que aferrarse, sólo una cortina de nieve que golpea la fachada, arrastrada de un lado a otro por el viento caprichoso. Se pregunta si eso era todo lo que se esperaba de ella, si la noche y el frío intervendrían y, al amanecer, el sol alumbraría una llanura de nieve fresca salpicada de montículos: las improvisadas tumbas de los muertos, sin otra cruz que el puente levantado sobre el portón, hasta que la primavera los descubra y los ofrezca como festín a los buitres.

Nadie habla en la gran sala: nadie quiere romper la peculiar paz de los lugares consagrados a los muertos. Pero, de pronto, un ruido rompe el sosiego: un crujir de tejas desde la buhardilla. Todos lo entienden a la vez: Puke está en el tejado. Debe de haber usado una escalera para subir. Ellos mismos abrieron espacio entre la madera y la piedra para poder derretir la nieve y emplearla como arma, y ahora la casa está expuesta.

Los hombres de la sala se alistan rápidamente y suben corriendo las escaleras para hacer frente a los intrusos con hachas y cuchillos. Stina los oye morir entre gritos de dolor y angustia. Gotas calientes se filtran por las ranuras de los listones de madera y sisean al caer en el brasero. Corre a los ventanucos del otro lado de la casa y ve la

silueta oscura de la escalera —troncos esbeltos con travesaños atados: una obra improvisada, pero no por ello menos funcional— y, en cada uno, un nuevo hombre que trepa.

Hace un instante rezaba por aquellos a los que el frío amenazaba con matar. Ahora, maldice a los que han quedado con vida.

Mira a su alrededor en busca de Brita y toma una decisión: al final, habrá que recurrir al fuego, a pesar de todo. Usa un taburete a modo de palanca, pero no tiene fuerzas suficientes. Brita llega en su ayuda y juntas vuelcan el brasero. Las brasas crepitantes se esparcen por el suelo de madera seca con un siseo enfurecido. Los listones se ennegrecen y comienzan a humear. Ella arroja el taburete a las llamas, toma a su hija de la mano y juntas bajan corriendo las escaleras.

Abajo, la entrada está a oscuras: ya no hay nadie vigilando el portón. Los animales encerrados se agitan en la penumbra, balan y mugen, perciben la proximidad de la sangre y el fuego. Alzando el travesaño de la puerta, Stina encuentra el nuevo puente cubierto de hielo, pero firme y bien construido, y junto con Brita se precipita hacia la blancura. A cada paso que dan, se alejan del ruido de la lucha, pero las rachas de viento son como bofetones en el rostro.

Stina se baja sobre la frente la capucha con ribetes de piel para intentar ver mejor, pero le sirve de poco: todo son sombras grises en la noche invernal, nada a su alrededor se distingue de nada. Pronto pierde toda referencia y se detiene junto a Brita, temiendo no reconocer sus propias huellas en la nieve y regresar atrás, donde las espera el peligro. Brita la llama, señala y la hace volverse hacia un gigante en llamas que se agita bajo la tormenta. Täljehus arde: sus murallas rugen como un horno, el tejado arde, lenguas de fuego

brotan de las ventanas... Ellas se abrazan, tanto para darse calor como para consolarse, contemplando la devastación, hasta que se deciden a girar sobre sus pasos y apresuran la huida por la nieve, seguras al fin de la dirección correcta. Pero no han dado muchos pasos cuando el resplandor del incendio les revela nuevas siluetas: Puke ha dejado centinelas para atrapar a quienes intenten huir. Ambas sienten que se apaga toda esperanza.

Pero ninguno de aquellos hombres se levanta, pese a que ellas se acercan y tocan un brazo rígido como la raíz de un árbol, deslizan un dedo por una mejilla pálida en la que las lágrimas se han petrificado. Son muertos, sentados o tendidos; varias decenas. El resplandor del incendio ilumina sus rostros azulados.

Stina niega con la cabeza, incrédula ante la crueldad de la Providencia, que la ha llevado hasta ese bosquecillo helado, poblado de hijos de otras madres a los que ella ha matado con el mismo elemento que un día sirvió para bautizarlos.

De pronto se percata de que está sola, de que Brita la ha dejado atrás, y aunque siente la traición como una punzada en el pecho, no puede culpar a su hija. Ha tratado con monstruos y ha terminado convertida en uno. Sus rodillas débiles flaquean, y se queda sentada frente a las miradas impasibles de los muertos, cubriéndose la cara con las manos, lista para entregar su alma entre ellos a modo de expiación.

Pero entonces Brita vuelve a aparecer, la agarra del brazo. Lleva un caballo consigo, un caballo ajeno, de uno de los hombres de Puke. La ayuda a meter el pie en el estribo y a montar, y Stina se deja caer hacia delante sobre el calor y la fuerza inverosímiles del animal, hunde los dedos y los trenza en la crin.

Brita se sienta detrás de ella, toma las riendas, azuza al caballo para que galope entre torbellinos blancos. Cualquier sitio es mejor que ése.

100

La nieve cae tan densa que la cima de la torre de Söderport se confunde con el cielo blanquecino. En el agua del foso flotan témpanos que se entrechocan con estrépito.

—*Wer geht dahin?*

«¿Quién anda ahí?»

El centinela ha sido elegido precisamente por la fuerza de sus pulmones, y su grito alcanza sin dificultad la orilla opuesta, donde se hallan Engelbrekt y Karl Bonde.

Engelbrekt se adelanta. Lleva un yelmo en lo alto de un palo.

—Los *hövitsman*, acompañados del Consejo del reino, para exigir que la ciudad vuelva a manos suecas.

Bo Stensson, entre los consejeros, observa inquieto. Tras ellos hay un ejército imponente, pero inútil frente a murallas de piedra y un puente levadizo. Ni siquiera amontonando a los muertos e intentando cruzar sobre ellos lograrían pasar al otro lado: la corriente es demasiado fuerte. Tomar Estocolmo es imposible, y más aún en pleno invierno... y en un invierno así.

—*Wartet mal*.

«Esperad.»

Una hora después, las cadenas del puente restallan. Desciende hasta casi tocar el suelo y allí se queda, colgando. Un emisario cruza

la pasarela y conversa con Engelbrekt. Bo no oye las palabras, pero adivina las promesas de paz. Al cabo, el puente baja del todo y los portones se abren lo justo para dejar pasar a los dos alcaldes alemanes de Estocolmo. Apenas chapurrean sueco, pero Engelbrekt domina su lengua.

En nombre del pueblo, exige que la ciudad se rinda. Les recuerda que el rey Erico ha perdido la corona, que el Consejo ha roto con él y que la ley y el poder de Suecia están ahora al pie de las murallas. Los alcaldes piden tiempo para consultar al delegado real. Una hora, otra más, y finalmente regresan con la respuesta:

—*Wir können Ihnen die Stadt nicht geben.*

«No podemos entregaros la ciudad.»

Bo Stensson se ha ido acercando junto con el resto del Consejo. El frío aprieta, y la espera los vuelve cada vez más impacientes por oír al delegado real. No son los únicos: al otro lado del agua, los vecinos se amontonan pese al mal tiempo. Bo entrecierra los ojos para distinguirlos mejor. Rostros de amargura: la ciudad lleva un año y medio aislada del reino, alimentándose sólo de lo que llega por mar —arenques, tocino en salazón y otros productos secos que no se echan a perder.

Dirige de nuevo la atención a lo que ocurre en el puente donde Engelbrekt acaba de recibir un no por respuesta. El caudillo se yergue imponente: piel de lobo sobre los hombros, cota de malla, espada al costado y daga en el cinto. De espaldas anchas, firme como una muralla. A Bo, a pesar del frío, el sudor le resbala por la nuca: agradece estar en su mismo bando, aunque presienta que el camino ha llegado a su fin.

Entonces, todo sucede en un instante: Engelbrekt avanza un paso, pisa el puente y, con un rugido, agarra a un alemán por la solapa y al otro por el cuello. Karl Bonde, sorprendido, da un grito antes de sobreponerse y correr hacia el portón entornado, espada en mano, intentando colarla por la rendija. Pero resbala, y los guardias reaccionan a tiempo: el portón se cierra de golpe, y al otro lado suena el chocar de los travesaños al ser encajados en su sitio. La ciudad tal vez haya perdido a sus alcaldes, pero sigue estando a salvo.

Los arqueros apostados en la torre retienen sus flechas mientras Engelbrekt agarra a sus rehenes. Karl Bonde vuelve corriendo para ponerse a salvo, se une al Consejo, donde Bo maldice en silencio su demora en reaccionar y el dichoso resbalón. Como si cargara con dos sacos de heno, Engelbrekt se hace a un lado y se coloca donde mejor se lo ve desde el otro lado de la corriente.

—El rey Erico no os ha dado más que hambre. Yo os prometo más. Cereal y comercio. Prosperidad y justicia.

Bo Stensson no ha oído nunca semejante voz saliendo de una garganta humana. Profunda e intensa, sin dificultad alguna para superar el estruendo del agua. Bo pestañea ante lo que ocurre después, porque sabe que lo que está viendo no es posible: es una ilusión que Engelbrekt consigue provocar gracias a la embriaguez del momento. Los dos alemanes son relativamente bajos y delgados, pero aun así... Engelbrekt los empuja por los hombros con tal fuerza que hace que sus piernas flaqueen y acaben arrodillados sobre la nieve: señores convertidos en súbditos. Desde la otra orilla, la multitud responde con un clamor atronador. Engelbrekt deja a los alcaldes humillados y regresa junto al Consejo.

—Preparaos —les dice—. En breve nos abrirán el portón.

A Bo le gustaría poder decir algo, pero tiene la boca seca y la lengua inmóvil. El Engelbrekt que tiene delante ya no es el caudillo al que todos siguen, sino el guerrero: erguido, más alto que los demás, dueño de sí mismo. No es la fiereza de su mirada lo que intimida, sino el control absoluto de alguien que se mueve en su propio terreno. No es propio de los grandes señores arriesgar la vida en primera fila, y Bo sabe que eso es lo que está a punto de ocurrir. Traga saliva una y otra vez para humedecerse la garganta.

—Mantened la posición. Dejad que ellos disparen primero. Así la razón estará de nuestro lado.

Pasea la mirada entre los hombres, obligándolos a resistir sólo con la fuerza de su ejemplo. A Bo le da una palmada en el hombro.

—«Destino y esperanza», herr Bo.

El Consejo del reino se coloca en fila frente a los arqueros. Bo oye a alguien murmurar una oración y la repite entre dientes. Engelbrekt permanece inmóvil, como fundido en hierro. Ninguna flecha lo roza: su mera presencia parece desviar puntas y filos.

Se oye el chasquido de las cuerdas. Las flechas vuelan, todas fallan. Engelbrekt es el primero en lanzarse al puente, hacia el portón reforzado con hierro del que ya llega el estrépito de cerrojos forzados desde dentro.

Al poco, la madera cede y la puerta gira sobre sus pesadas bisagras, empujada por docenas de cuerpos. Quienes la sostenían desde dentro caen al suelo. La nieve se tiñe de sangre: los soldados del rey han intentado en vano contener a la muchedumbre con picas, atravesando a los más osados.

Dos torres muy próximas entre sí guardan la entrada sur de Estocolmo; el paso entre ambas es estrecho y fácil de defender desde lo alto. Las flechas llueven sin pausa y los cuerpos se amontonan.

Engelbrekt le ordena a Esbjörnsson, un gigante del norte con ballesta a la espalda y martillo en la mano:

—Tira esa puerta abajo. Limpia la torre y cúbrenos. No mates si puedes perdonar.

Esbjörnsson no duda: golpea las bisagras hasta que la puerta queda colgando, la aparta de un empujón y guía a los dalecarlianos escaleras arriba. Bo ve a Karl Bonde seguirlos, encorvado, rodeado de los suyos.

—Herr Bo, toma a tus hombres y sígueme.

El yelmo le reduce la visión, pero Bo les grita a sus soldados y corre tras Engelbrekt entre las torres. Agradece que haya blancos de sobra para los tiradores: soldados de la ciudad por todas partes. Se abre paso a codazos, esquiva flechas que rebotan contra la piedra y escucha los gritos de los que caen alcanzados. Llega jadeante al resguardo de la segunda torre y se pega al muro para recobrar aliento. Entonces descubre con horror que los hombres que lo seguían se han echado atrás.

Antes que quedarse solo, prefiere avanzar tras Engelbrekt. Y pronto se arrepiente: tres soldados les bloquean el paso. Los dos de delante empuñan espadas; detrás, otro los cubre con su pica. Pero en lugar de atacar, vacilan, intimidados por la presencia de Engelbrekt.

Éste levanta las manos vacías y les habla como si calmara a un caballo desbocado:

—*Sie sind auf falschen Seite. Kehren zum Burg zurück und es wird kein Blut vergossen.*

«Estáis en el bando equivocado. Volved al castillo y no se derramará sangre.»

Los hombres titubean y Engelbrekt baja la mano al cinto. Se prepara para desenvainar la espada. Los mira y niega con la cabeza.

—*Ihr seid noch junge Männer. Sterben nicht umsonst.*

«Sois jóvenes aún. No muráis en vano.»

El lancero golpea a uno de sus compañeros en la cadera con el asta del arma y suelta:

—*Er ist nur einer*.

«No es más que uno.»

Los dos espadachines se lanzan con las armas en alto, pero Engelbrekt ya ha desenvainado. La primera estocada sale del mismo movimiento con que saca la espada; después asesta otro golpe y, en tres pasos, alcanza al tercero, demasiado cerca ya para que la pica le sirva de algo. El soldado la suelta y trata de sacar una navaja, pero apenas la ha empuñado cuando sus dedos ruedan por la nieve, y él mismo se derrumba palpándose con la otra mano la garganta abierta.

Bo Stensson siente que algo le sube irrefrenable desde el estómago, se inclina contra el muro y vomita. Delante tiene a Engelbrekt, de pie sobre un charco de sangre como si fuera una alfombra roja, rodeado de cadáveres. Estocolmo se abre ante ellos, y Bo, tembloroso, se apresura a pasar el filo de su espada por un cuerpo ensangrentado antes de que Engelbrekt se dé la vuelta.

—Bien luchado, herr Bo.

Llegan refuerzos: hombres mezclados, los de Bo y los dalecarlianos, dispuestos a acabar con los arqueros de la torre. Bo se enjuaga la barba con nieve, escupe para limpiarse la boca.

—¿Y ahora?

—Seguir la muralla hacia el norte. Vaciad las torres. Negociad, si es posible. Ofreced a los soldados paso libre hasta el castillo.

—¿Por qué?

—Porque la ciudad ya es nuestra. El castillo, en cambio, no es más que una cárcel con paredes bonitas.

Engelbrekt se agacha a coger un puñado de nieve, igual que Bo. Se restriega las manos y las mangas manchadas de rojo, niega con la cabeza.

—Éste no es el camino que yo habría elegido por voluntad propia.

101

Nils se levanta temprano y se queda de pie junto a la ventana. Fuera reina un día de invierno típico de Småland: húmedo, desapacible, con montones de nieve que se derriten y rachas indecisas entre lluvia y granizo. La imagen lo estremece. Hace más de un año que conoce este tiempo del sur desde la bóveda fría de la iglesia de Kläckeberga: humedad constante, viento implacable. Ahora la ha dejado atrás, fortificada y guarnecida, y cruza los dedos para no volver a ver nunca más sus bloques de arenisca. Afuera es invierno, pero en el alma de Nils Stensson ya ha despuntado la primavera. Ha recuperado el cargo de *hövitsman* provincial, el puesto más alto de Engelbrekt en el sur. Tiene hombres en todas partes, cuenta con el apoyo de la gente. No recordaba el mundo tan amplio y prometedor desde los sueños de la infancia. Vive en medio de juegos de antaño convertidos en realidad.

Pocas veces ha amanecido un día mejor que éste. Brömsehus ya es suyo. Ha dormido en la cama que la víspera ocupaba el delegado real, con postes gruesos como robles y un cielo de tela tendido encima. La muchacha que se llevó bajo las sábanas todavía yace allí. Nils sabe que no duerme: finge. Seguramente la ha despertado al levantarse tan temprano. Se acerca, observa cómo los párpados se le agitan en el esfuerzo por seguir cerrados. Con calma retira la

manta hasta dejarla al descubierto, sin darle opción a nada más que seguir aparentando. Es joven y hermosa, de piel clara, con las trenzas medio deshechas cuyo tacto aún recuerda de la noche anterior. Su nombre no lo retiene: algo común, Anna, Agnes, Alma. Hija de burgués, o criada de buena casa. Una que respondió al desafío de su mirada con una sonrisa de invitación, en sintonía con los cascabeles de la victoria que repicaban a la llegada de Nils. Lo siguió sin exigir demasiado vino ni grandes persuasiones, hasta esa cama inmensa donde cabría toda una familia. Ahora Nils intuye su arrepentimiento, por mucho que ella conserve el gesto impasible. A él le divierte: hace más evidente la distancia entre ambos. No siente compasión. Al fin y al cabo, ¿no decidió ella lo mismo que él? Ahora están aquí, cada cual con su consecuencia: él, vestido y satisfecho; ella, desnuda entre sábanas arrugadas, llena de remordimientos. Qué rica le parece la vida que lleva ahora. Nota cómo el deseo vuelve a despertársele, pero se lo sacude de la cabeza. Ya ha tenido bastante. Habrá otras ocasiones.

La deja a su suerte: inventar una mentira para sus padres lo bastante buena como para justificar la ausencia de la noche, y rezar por despertarse con la sangre que anuncie el fin del mes. Nils, al menos, le da una coartada aceptable: el castillo cayó la víspera, la victoria se celebró con hogueras y danzas, la bodega del delegado abierta al pueblo sediento. Muchos lo confundieron con el propio Engelbrekt: se arrodillaban a sus pies, se estiraban para tocar su manto, le pedían bendiciones para sus miserias y sus futuros inciertos. Poco costaba conceder esas ofrendas, y Nils no encontró motivo para darles su nombre verdadero.

La victoria tampoco le exigió mucho. El castillo estaba mal vigilado: bastó vadear el foso y sorprender al centinela de la garita en el cambio de guardia para abrir el portón. Tras una resistencia débil, los daneses depusieron las armas. Kalmar puede que aún aguante, pero con Brömsehus tomado, el paso queda cerrado. Y cuando se acabe el dinero de los burgueses y el hambre retumbe en las despensas vacías, quizá escuchen mejor las exigencias de Nils para que le abran la ciudad.

Se queda un rato más junto a la cama, graba la belleza de la muchacha en su memoria. Le recuerda a Mara. No siente remordimiento al pensarlo, sólo amor en un lugar distinto dentro de sí: de haber estado ella aquí, habría sido su elección. Pero ¿qué se espera de un hombre cuando su esposa está tan lejos? Cierra la puerta tras de sí y aguarda un momento: alcanza a oír cómo la chica se levanta a toda prisa, ansiosa por recuperar la honorabilidad que ha perdido.

A la luz del día, Brömsehus se le antoja decepcionante. De noche, la casa parecía majestuosa, y la empalizada, alta y amenazante, inexpugnable para un atacante. Ahora le cuesta creer que se trate del mismo lugar: como un montón de nieve a medio derretir bajo el perezoso sol invernal. La casa es baja y estrecha, poco más que un granero de piedra donde apenas caben unos cuantos hombres codo con codo. La empalizada no son más que postes toscos, mal trabados entre sí. El triunfo que Nils sentía hace un momento se desvanece, dejándolo abatido.

De la verja por donde entraron la víspera llega un alboroto: el guardia que Nils puso a vigilar intenta controlar su resaca mientras forcejea con las riendas de un caballo. El jinete lo manda apartarse de malas maneras. Nils reconoce la voz, sabe de quién es la coronilla pelada que brilla incluso bajo la neblina.

—Apártate, Ottosson —ordena el jinete mientras le lanza una mirada asesina al guardia—. A ése lo conozco desde hace tiempo.

Desmonta.

—Hermano.

—Hermano.

Bo Stensson lo toma del hombro y lo aparta a un lado, bajando la voz.

—He cabalgado largo por ti; me ha dejado las nalgas escocidas y los huevos entumecidos. Y aun así debo seguir antes de que acabe el día. Traigo noticias que debes escuchar, porque este invierno viene cargado de acontecimientos. Siempre has sido un preguntón de narices, pero, por una vez, hazme el favor de callar hasta que termine.

Nils asiente, impresionado por el tono de su hermano.

—Nuestro hermano Bengt le ha vuelto la espalda a Engelbrekt. Echó toda la tierra al canal que se había comprometido a abrir y hundió una coca hanseática cargada de hierro de Norberg. Erik Puke aprovechó la ocasión para atacar Täljehus. Bengt supo de sus planes y se retiró a tiempo. Stina se quedó para defender el castillo. Ahora no es más que cenizas, y Puke hace lo que puede para presentar la ruina como una victoria.

Cuando Nils abre la boca, Bo lo detiene con un dedo en alto y espera a que se contenga.

—Hasta ahora a Engelbrekt no le faltaba nada salvo plata. Ahora es rico, con Estocolmo en sus manos. Pero parece que no le basta. Sólo Dios sabe cómo lo hace: de Arboga a Estocolmo, ahora en Kalmar, y en camino hacia aquí. Es como si llevara fiebre en la sangre; apenas conquista una ciudad y ya piensa en la siguiente. Nadie entiende esa prisa. ¿Ataques en pleno invierno? A ratos parece un loco, a ratos más listo que todos. Descansa sitiando castillos y burlando a los daneses en las negociaciones. Cada vez me cuesta más reírme de quienes creen que es un santo.

Bo se rasca la barba y se afloja la camisa, acalorado por su propia arenga.

—He venido a advertirte. Con la traición de Bengt, nuestra lealtad también está en entredicho. Yo he hecho mi elección: me quedo con Engelbrekt. Ahora tendrás que hacer la tuya. A petición suya voy a Lagaholm para preparar la revuelta a tiempo de que él pueda recogerla. Engelbrekt llegará pronto aquí. Yo tengo prisa, no pienso quedarme. Si quieres preguntar, hazlo ya.

Nils contiene muchas. Que Estocolmo haya caído sin su ayuda no son buenas noticias: hace que Kalmar pese menos, y con ello, Småland y su cargo de gobernador. También le irrita que Bo se le adelante en el camino al sur junto a Engelbrekt: él era el más indicado para abrir paso hasta Lagaholm, no su hermano. Pero fuerza su mente a mirar al pasado en vez del futuro.

—Bengt. ¿Por qué?

Bo se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Nuestra estirpe ya ha tenido locos antes. Padre, abuelo... más insensatos que cuerdos, según quién lo diga.

Miente. Nils lo conoce demasiado bien: sabe leer la verdad y la mentira en sus gestos. Los ojos que se desvían, la inquietud del cuerpo. De Bengt se pueden decir muchas cosas: necio, quizá; pero no loco ni aventurero. Bo oculta algo.

—Nils, una cosa más. ¿Tienes a Måns contigo?

Måns. Era el nombre que buscaba.

—No lo he visto desde la visita del rey Erico. ¿No sigue con Engelbrekt?

Bo niega, frustrado, sorbiendo aire entre los dientes.

—Mala noticia, lo que me cuentas. Engelbrekt lo está buscando por todas partes: le dio permiso para volver a casa en Navidad, pero si Puke lo encuentra antes, acabará mal. No lo han visto ni en Täljehus ni en Göksholm. Pensé que habría ido a visitar a tu esposa en Nyköping, y allí lo buscamos primero. No me equivoqué, pero para la Epifanía ya se había marchado. Nadie sabe dónde está. Creía que Mara quizá te habría escrito, dándote noticia de adónde iba.

Nils niega en silencio, con gesto de marido preocupado.

—No me ha llegado ninguna carta.

Disimula la satisfacción que le provoca ver a su hermano preocupado y titubeante. Lo lee por dentro como siempre: Bo le ha prometido a Engelbrekt que encontraría a Måns en el sur, junto a su tío, y ahora no puede cumplirlo.

Nils Stensson se despide de su hermano y se queda de pie junto a la empalizada de Brömsehus. Siente un hormigueo en el estómago. No es sólo inquietud: pocos saben mejor que él que los cambios son la madre de la oportunidad. Bengt ha dejado un vacío al lado de

Engelbrekt, un espacio que alguien deberá ocupar. ¿Por qué no él? Solamente necesita encontrar el camino más directo hasta allí. Ya distingue los primeros pasos, y todas sus dudas ceden ante la determinación. Reúne a sus hombres, aún soñolientos y resacosos, y los pone a limpiar los restos de la celebración. Preparan Brömsehus para recibir invitados de honor.

Desde el tejado, un vigía grita que se acerca un ejército. Cuando Engelbrekt alcanza Brömsehus, Nils ya lo espera fuera, con sus hombres perfectamente erguidos, aseados y con los escudos relucientes. Ve que es un ejército de otro tipo, y comprende mejor la celeridad de Engelbrekt: ya no son campesinos con hoces, sino nobles a caballo, con escudos pintados. Los mismos combatientes que habían sido prometidos al rey Erico para sus guerras del sur a cambio de rebajar los impuestos, ahora eran entrenados para arrancarle el reino. Reconoce a muchos: jóvenes, fervorosos, ambiciosos. Herman Beerman, con el brazo en cabestrillo. Broder Svensson. Arvid Svan. Todos conscientes de que cada castillo conquistado necesitará un nuevo delegado real, y de que ellos mismos están en la fila para ocupar esos cargos.

Da un paso al frente y clava la rodilla en el suelo ante el *hövitsman* del reino, la cabeza baja. La gente de Brömsehus se ha ido reuniendo alrededor como público, y a él le parece ver entre la muchedumbre a la muchacha de las trenzas con una sonrisa burlona: lo ve ahora humilde, tanto como la noche anterior lo ha visto orgulloso y viril en la cama. Siente que esa mirada le arde en las mejillas, hasta que se da cuenta de su error: es otra joven de rasgos parecidos. El sobresalto se disipa y pensamientos más

urgentes llenan su cabeza. Se incorpora y toma del brazo a Engelbrekt.

—En Kläckeberga me llegó una carta de mi esposa —dice—. En ella me habla de la partida de Måns. Seguro que ha acudido a nuestros amigos y parientes, cuyos nombres y haciendas conozco bien. En Lagaholm y en Varberg. Te acompañaré hasta allí y te ayudaré a encontrarlo, si es lo que deseas.

102

Marzo. El invierno persiste. Måns Bengtsson entorna los ojos contra el viento que anuncia la primavera, aparta un mechón de su largo cabello detrás de la oreja. Con la brisa le llega también un hedor que él y Finn conocen demasiado bien desde que la nieve empezó a derretirse, lo mismo que el caballo que se agita bajo él: carne que había permanecido congelada y ahora, al quedar al descubierto, comienza a pudrirse.

En la costa de Småland era aún más intenso. De regreso a Copenhague, el rey Erico decidió que la destrucción sembrada en su marcha hacia Estocolmo no bastaba como pago a sus agravios: en el camino de vuelta, sus hombres volvieron a desembarcar, mataron y quemaron, y la paz recién pactada quedó bautizada con sangre. El frío había sido tan severo que la tierra se endureció; hasta ahora nadie había podido enterrar a los muertos lo bastante hondo como para que no los desenterrara la pata de un zorro.

También siguen apareciendo vivos. Gente despojada de todo, rota por lo que ha perdido, que consiguió sobrevivir al invierno en madrigueras excavadas en la tierra o bajo ramas de abeto, muchas noches largas y heladas junto a cadáveres congelados. Todos los rehúyen, como si la locura fuera contagiosa. Mejor no pensar en cómo calmaron el hambre en sus chozas castigadas por el frío.

Algunos son inofensivos: vagan llamando a una madre, un hijo, un hermano que ya no los reconocería ni a un palmo de distancia. Casi todos huyen de Måns y Finn: los ven en la distancia y se escurren fuera del camino, hechos un ovillo donde pueden, aterrados, conscientes de hasta dónde puede llegar la crueldad humana. Una mujer rezagada confunde a Måns con un ángel, llegado para devolverle a los suyos en los prados del Paraíso; cuando lo ve marcharse, seca con decepción las lágrimas de gratitud que había derramado. Otros han renunciado a su humanidad: se coronan con ramitas, se proclaman señores de harapientos acólitos y emprenden sus propios saqueos. Son caricaturas de sus represores. Muestran los dientes, cuchillo en mano. Basta que Finn desenvaina y grite para ahuyentarlos: ya aprendieron otras veces lo que arriesgan. Sólo se atreven con los indefensos.

El camino los lleva hacia el sur. Brömsehus está casi vacío, con una pequeña guarnición de hombres heridos o exhaustos tras el viaje. En Ronneby les espera un campo de batalla abandonado: cadáveres que aún abonan la tierra, armas rotas y objetos esparcidos. Saqueadores escarban entre los restos con la cabeza gacha, tan absortos en la codicia que ni se percatan de que Måns y Finn pasan a caballo. En la ciudad no se habla de otra cosa: la batalla fue breve, plebe pagada por los burgueses que habían visto ventajas en seguir siendo daneses, vencida en cuanto intentaron defender un puente. Cuando la caballería arrolló a los que huían, Engelbrekt dio media vuelta con su caballo y contuvo la sed de sangre de los suyos: ordenó perdonar a todo el que hubiera depuesto las armas. La ciudad se entregó más por su compasión que por su violencia. Uno tras otro, los mercaderes retiraron su

lealtad al rey. Apenas asegurada la paz bajo bandera sueca, Engelbrekt y los suyos partieron de nuevo. ¿Adónde? Hacia donde se pone el sol.

Finn y Måns siguen el rastro, rumbo oeste. En cada aldea preguntan. Las respuestas son dispares: algunos dicen que sí lo vieron, otros no saben nada. Pero el paso de la hueste se lee en todas partes, y todo lo que dejan atrás está en plena transformación. La mayoría, sin embargo, anda ocupada en lo suyo y nadie puede asegurar el próximo destino. Las viejas fronteras ya no valen. Blekinge es sueca. Escania también va cediendo. Donde pasa Engelbrekt, el rey Erico pierde su corona. Cientos de sureños se suman a sus filas hasta Lagaholm. En Rönnebro han levantado un alto terraplén sobre los daneses que cayeron bajo las lanzas suecas; la tierra, tan mullida que aún sobresalen extremidades en la corteza de escarcha. Helsingborg será el siguiente: el delegado real sigue atrincherado en el castillo, pero la ciudad ya se ha entregado.

Halmstad está en delirio. Las calles se llenan de gente celebrando, la iglesia tiene las puertas abiertas y todos parecen ebrios aunque no se vean barriles. Corean el nombre de Engelbrekt, levantan los brazos al cielo. En cada esquina alguien se encarama a una pila de nieve con una antorcha en la mano y relata lo que presenció: dicen que el alcalde se plantó en lo alto del muro para negar la entrada a Engelbrekt, y que en cuanto se volvió para marcharse las dos piernas se le partieron como varas secas. Cayó de bruces, clamando que el Altísimo lo había castigado por soberbia, y desde el suelo ordenó abrir las puertas al salvador. Murió tres días después, marchitándose en la cama. Ahora toda la ciudad lo cuenta como un milagro: un santo ha caminado entre ellos.

Finn y Måns apenas pronuncian el nombre de Engelbrekt. Ya les pesa bastante. Pero Finn no puede evitar preguntarse qué manos se ocuparon de romperle las piernas al alcalde lejos de miradas y luego arrastrarlo a la plaza para gritar: «¡Ved el milagro del Señor! ¡Inescrutables son sus caminos!».

Durante esas semanas Måns se ha vuelto cada vez más taciturno. Los meses con Margareta, aislados en su finca por la nieve, habían sido mejores: ambos compartían sus lamentos y se daban apoyo. Ahora no quiere comer ni descansar. Monta envuelto en su manto, pálido, con la mirada fija en el horizonte. Por las noches se revuelve en sueños, habla con sombras que lo visitan, a veces en murmullos incoherentes, otras con palabras claras.

En Halmstad se detienen un rato a escuchar las prédicas del «evangelio de Engelbrekt». Finn desmonta, entrega las riendas a Måns.

—Espera aquí. Voy a preguntar en la posada hacia dónde partió el ejército.

Dentro, el local está casi vacío. La embriaguez de siempre ha sido sustituida por otra, de fervor. El posadero lo mira con suspicacia, sin saludar.

—¿Viste cuándo Engelbrekt salió de la ciudad? ¿Sabes hacia dónde iba?

El hombre lo evalúa con los ojos de quien tasa a un cliente por el peso de su bolsa.

—Algo vi. ¿Cuánto vale para ti?

—Soy uno de los hombres de Engelbrekt. Tu ganancia es no darme motivo para recordarte.

El posadero baja la vista y alza las manos en gesto de rendición.

—Hacia el norte, mi señor. A Varberg.

Fuera, Finn monta de nuevo y devuelve las riendas a Måns. Su voz llega ronca, urgente:

—¿Lo sabes ya? ¿Adónde han ido?

Finn lo mira un instante: delgado, pálido, con ojeras oscuras. Pero vivo, lejos de Erik Puke. Recuerda la promesa que hizo a otra persona. Señala con el dedo.

—Al este. Hacia Hylte.

103

Harald Esbjörnsson fija la vista al frente: *Tizón* es apenas una mancha oscura en el paisaje blanco, y sobre él va Engelbrekt, encorvado en la silla.

Hace un viento gélido, nieva. Intenta calentarse evocando recuerdos de hogares encendidos, pero no sirven de nada: el frío lo ha calado hasta los huesos. Al principio tiritaba sin control y le castañeteaban los dientes. Ahora ya no tiembla: está rígido de pies a cabeza, y esa quietud lo asusta aún más, como si fuera la antesala de la muerte.

Cada tarde, cuando Engelbrekt tampoco resiste más y buscan refugio, tarda horas en entrar en calor. Ni siquiera dormir bajo pieles basta: al amanecer sigue helado, y al montar de nuevo todo empieza otra vez. El aire es tan cortante que sólo puede sorberlo lentamente entre los dientes, y aun así le abrasa el pecho.

Pero sabe que Engelbrekt lo pasa peor. Cada día le cuesta más «descongelarse»: tiene las piernas rígidas, las rodillas ya no lo obedecen. Esa misma mañana ha dejado caer las riendas porque no podía cerrar los dedos, y él ha tenido que atárselas a las muñecas para que al menos pudiera guiar a su caballo. Engelbrekt había hecho viajes como éste en otras épocas, cuando era joven y recorría

tierras del sur devastadas por la guerra. Entonces jugaba con su vida; ahora la pone en riesgo a conciencia.

Él ha intentado decirle ese mismo día, mientras reblandecía el cuero de las riendas para poder anudarlas, que los hermanos Stensson mienten: no saben dónde está Måns Bengtsson. Hablan de parientes en cada ciudad, de casas dispuestas a recibirlo, pero Måns no aparece nunca. Y cuando la esperanza empieza a extinguirse, siempre surge un nuevo rumor, otra pista, otro mensajero anónimo que asegura haberlo visto en una región distinta. Así los han llevado de Brömsehus a Laholm, de Laholm a Varberg, de asedio en asedio.

Las ciudades caen una tras otra: el nombre de Engelbrekt es un conjuro que convoca multitudes contra las que nadie puede resistir. Y junto a él, siempre los nobles, jóvenes y viejos, ansiosos de tierras y poder, con un hambre imposible de saciar. Los Stensson, en primer lugar. El nombre de Måns es su llave maestra: les abre paso, les da preferencia en el reparto de feudos. Incluso el de Erik Puke saben usarlo como amenaza, como advertencia de un peligro inminente.

Él quisiera espolear su caballo, alcanzar a Engelbrekt y decírselo a la cara: te engañan, se aprovechan de ti. Pero cada vez que toma aire para hacerlo, se detiene. No es su papel. Y, en el fondo, teme arrebatarle a su señor la única esperanza que aún lo mantiene en pie.

104

En Hylte se topan con unos hombres que habían partido a mediados de invierno hacia el sur para unirse al ejército de Engelbrekt. En Halmstad decidieron regresar a casa, convencidos de haber cumplido con su deber, pero antes confirmaron que las huestes seguían hacia el norte, rumbo a Varberg, para derribar a Axel Tott de su asiento como delegado real.

Måns da media vuelta con su caballo, y Finn no tiene más remedio que seguirlo. El alivio atenúa el escozor del fracaso: las mentiras lo habían carcomido, y ya casi olvidaba las intenciones que escondían, a medida que Måns se debilitaba. Ahora, sin embargo, éste espolea a su montura por el sendero hacia el noroeste, indiferente al viento que le arranca el manto de los hombros y le despeina el cabello. Cabalga durante largo rato hacia el sol poniente, bajo una llovizna de copos, con Finn detrás. La noche los alcanza con un cielo despejado, negro y tachonado de estrellas, tan brillantes que encienden chispas en la nieve y les iluminan el camino. Muy al norte, una llamarada verde ondea sobre la tierra. Finn, supersticioso, tuerce el cuello y escupe atrás. Pocas veces la ha visto, pero siempre ha oído que no conviene mirar de frente esas luces: podrían devolverte la mirada y, si te aceptan, arrancarte del suelo y obligarte a bailar en la oscuridad hasta congelarte la médula.

El camino asciende a una colina y ambos detienen los caballos. A los lados, en las cunetas abiertas para mantener el firme seco, se distinguen unas sombras alineadas. Al principio parecen una extraña decoración para recibir a los viajeros. Sólo al acercarse más descubren la verdad: un muro bordea el camino y, sobre él, hay cuerpos colgados, como ropa tendida o carne puesta a madurar. El frío y el tiempo los han retorcido en posturas antinaturales. Y al aproximarse aún más, Måns y Finn ven lo más terrible: brazos y piernas quebrados con palos o ruedas, doblados en lugares donde no debería haber articulaciones.

El invierno, sin embargo, les ha dado una pátina engañosa: apenas un polvo brillante sobre los rostros, como piedras preciosas molidas, y la rigidez ha borrado las muecas de tormento. Parecen hermosos otra vez. Finn se santigua por costumbre al pasar junto a un hombre y una mujer que cuelgan muy próximos. Se pregunta si es coincidencia o si los colgaron aún vivos, estirándose el uno hacia el otro en busca de consuelo. ¿Serían marido y mujer? ¿Hermano y hermana?

—¿Qué ha pasado aquí? —murmura.

Måns se ciñe el manto, reprime un estremecimiento.

—No lo sé.

Siguen adelante, despacio y en silencio, en señal de respeto. Los muertos se alinean a los lados, fantasmales, fundidos en plata bajo la luz de las estrellas, como si acabaran de expirar, aunque debieron morir semanas atrás. Måns inclina la cabeza; Finn lo imita.

En Varberg, la gente de Engelbrekt se ha cobijado bajo los techos que han podido encontrar: en posadas y dormitorios, en casas de las que han echado a los burgueses leales al delegado real, en cuartos que les han cedido ciudadanos amables. Alrededor del castillo hay guardias día y noche, pero Måns y Finn tienen que preguntar a varios hasta que alguien les indica la casa donde pueden encontrar al líder.

Finn sube la escalera el primero, llama a la puerta y explica el motivo de la visita. Una mujer los acoge con la diligencia de quien sabe qué hacer: aviva el fuego, los acomoda cerca y pone bebida a calentar; se retira un instante a despertar al dueño de la casa y vuelve con pan y embutido. Se oyen pasos pesados en la escalera, irregulares, como de quien lucha contra el sueño. Un bostezo mal disimulado y el reflejo de una coronilla pelada en el resplandor de las llamas.

—¿Y bien? —pregunta una voz ronca.

Bo Stensson se frota los ojos; sólo lleva la camisa puesta. Los mira y pestañea incrédulo.

—¿Måns? ¿Eres tú?

Corre hacia su sobrino y lo toma por los hombros para cerciorarse de que la vista no lo engaña. En cuanto lo confirma, lo suelta, da un paso atrás y frunce el ceño.

—¡¿Dónde has estado?!

—He pasado el invierno con Mara, en la parroquia de Nyköping.

Bo asiente con cansancio.

—Eso pensé al principio, cuando vi que no estabas en Göksholm ni con tu madre en Täljehus. Pero cuando llegamos, ya te habías ido. ¿Y desde entonces?

—He estado siguiendo al ejército, pero no di con él. Todo el reino está patas arriba; nadie supo indicarnos el camino.

Bo se frota la cara hinchada y escupe hacia el fuego. Una parte de él había querido creer que las promesas de Nils sobre el paradero de Måns eran ilusión más que mentira. Ahora sabe que no.

—Tío, ¿y los muertos en las afueras? ¿Quiénes son? ¿Qué ha pasado?

Bo se frota los hombros huesudos y se arrima al fuego.

—Son vecinos de la ciudad. Cuando la tierra se ablande, sus familias podrán enterrarlos. El año pasado, cuando Engelbrekt tomó Varberg, dejó que el delegado real, Axel Tott, siguiera en su castillo, con la condición de mantener la paz. Pero luego el rey Erico le devolvió el mando, y Tott no tardó en vengarse. —Bo escupe al fuego—. No importa. El hambre lo obligará a salir de su guarida. Ese día, los cuerpos que cuelguen en las murallas serán otros.

—¿Dónde está Engelbrekt? —pregunta Måns.

Bo lo mira largo rato y niega con la cabeza; luego vuelve a mirar las llamas.

—Aquí no. —Ha pasado el mes viendo a Engelbrekt cabalgar sin pausa de una ciudad a otra: apenas juran lealtad en una, ya parte rumbo a la siguiente. Cien millas a caballo en pleno invierno. Cada vez peor. Suspira—. No sé dónde está. Tal vez en el norte, ahora que la frontera sur está segura, o de nuevo en el este, para afianzar las plazas conquistadas. Pero sé dónde deberías estar tú, Måns. ¿Has sabido algo de tu madre?

—No.

—Escucha. Tu madre defendió el castillo de Täljehus sola, con el crudo invierno encima, cuando Erik Puke lo sitió. Si hay alguien con

pantalones que lo hubiera hecho mejor, yo no lo conozco. Ahora está en Göksholm. Vete a su lado, Måns. Has visto mundo; ¿no era eso lo que querías? —dice con cierta ironía hacia Nils—. Puede que la aventura haya terminado. Vuelve a casa. Te buscaré un mejor caballo, buena comida y te cubriré los hombros con mis pieles de cordero para que no pases frío. Cabalga a Göksholm: allí serás más fácil de encontrar para quien te busque.

105

Hay flores en los prados y al borde de los caminos. Los cascos de los caballos trazan líneas amarillas sobre la hierba marrón del año anterior, todavía aplastada por la nieve que acaba de derretirse; los animales parecen celebrar el final del invierno.

El obispo Knut yace en cama desde su regreso de Arboga. En sus delirios diurnos y en los sueños nocturnos vuelven las escenas del concilio: Engelbrekt Engelbrektsson, tranquilo, trayendo justicia como quien porta una corona de luz; los grandes señores del Consejo alrededor, cada vez más descuidados a la hora de ocultar intereses privados tras una pose de preocupación por el reino. Knut ha conocido rostros así toda su vida: Sten Bosson, su hermano; Bo Bosson, su padre; Bo Grip, el viejo monstruo. Ojos que se elevan al cielo entre mejillas enrojecidas. Y el pueblo, en torno: una multitud silenciosa cuyo peso con la mirada basta para hablar. Como una manada de lobos hambrientos, esperan cualquier muestra de debilidad para lanzarse. En aquel concilio los tonos habían cambiado, las preguntas eran otras, y las reglas del juego parecían reescribirse. Esa idea hacía sudar al obispo bajo las vestiduras de su cargo: la paz, pensaba, era su obligación exigirla.

Pero por encima de todo recuerda el frío. Jamás había soportado tanto. Se sucedieron horas y días de deliberación sobre suelo

helado: seis jornadas enteras, en pleno invierno. La piel de oso y la capa apenas bastaron; el frío parecía crecer desde dentro, calando su cuerpo escuálido, dejando las rodillas temblorosas y los dedos insensibles. Las sesiones se alargaban hasta altas horas, primero a la luz débil del día y luego bajo las estrellas, sin que nadie osara ausentarse por miedo a las decisiones que podrían tomarse en su ausencia. Las escasas pausas eran demasiado cortas para recuperar el calor.

Ahora, en la cama, ocurre lo contrario: el frío ha sido sustituido por fiebre. Lo recorren olas de calor y escalofríos; tiembla como una cáscara en agua hirviendo. No tiene apetito; apenas humedece los labios con caldos suaves. Una mañana encuentra a un sacerdote sentado junto a la cama y por un instante todo le resulta familiar: era allí donde él se sentaba de joven con los moribundos, para ungir una mano con aceite. Sabe que la muerte no tardará. Intenta hablar; la voz queda atrapada. Entonces susurra:

—Que vengan mis sobrinos.

Sucede que la vista le falla, pero a su alrededor consigue reconocer sombras: Bo y Bengt, los mayores; Knut, su tocayo, casi ciego también; Nils —que el Diablo se lo lleve—, inquieto por naturaleza; Magnus y Erik, los mellizos, corpulentos. Son la estirpe de su hermano. Busca la taza para escupir, carraspea y, cuando la voz le responde, dice:

—He vivido mucho. Mis padres y Bo Grip decidieron mi camino; nunca me preguntaron qué quería. A Sten le dieron una espada de madera y un pony antes de aprender a andar; a mí me pusieron un libro y me obligaron a leer latín. Me enviaron a Praga. He visto cómo algunos alzan la voz contra mí: he pagado por ello. Al mirar atrás,

veo el avance de un monstruo voraz. No sé si eso es triunfo o fracaso.

Toma el crucifijo en la cadena y roza con el pulgar el rostro del Redentor.

—Dios me consoló tras ser nombrado obispo, pero jamás lo he visto. Ahora, en mi lecho, me resulta más fácil imaginar el infierno que el cielo. Me veo en una olla, con mi padre, Bo Grip, la reina Margarita y el rey Erico pinchándome con espetones hasta que esté tierno, y todos dicen que no sirvo.

Hace una pausa para recuperar el aliento y sigue:

—Santa Brígida vio al Señor muchas veces; su sangre corría por quienes la veneraban. Yo no tuve su visión, pero he vivido entre quienes la tomaban por cierta. Recuerdo noches con Ingegerd Knutsdotter en el convento de Vadstena: ataques, vómitos, cuartos oscuros. Una vez, de joven y borracho, abrí la caja de reliquias de Birgitta. Levanté el cráneo y hallé en su interior una mancha, como una podredumbre que había carcomido el hueso hasta volverlo fino como una cáscara. Pensé: ¿es ése el verdadero rostro de la santa? ¿Qué hallaríamos en la tumba de Ingegerd? Tal vez una no esté más cuerda que la otra. Quizá la maldición que nos pesa no sea más real que el propio Señor.

Nadie responde. Knut Bosson coge las gafas nuevas que mandó hacer tras perder las otras en Vadstena por culpa de Engelbrekt; la estancia se vuelve algo más nítida y, donde antes había mucha gente, ahora parece que está solo. Su mano está cubierta con el óleo; un jadeo se le escapa cuando un puño invisible lo oprime y luego lo suelta. Tarde, muy tarde, la muerte llega a buscar al último de su estirpe.

106

Bengt Stensson cabalga solo desde Göksholm hasta Örebro. El trayecto son apenas dos millas y media: poco para el caballo, pero suficiente para cansarlo a él. En abril ya no hiela por las noches, y la nieve derretida deja el camino real encharcado y fangoso.

Atraviesa poblados que conoce bien: casas de madera alineadas junto al camino, con sus iglesias detrás y campanarios modestos, demasiado pobres para alzarse en torres de piedra. El sol se abre paso entre nubes dispersas; el aire es pesado y húmedo por la cercanía del lago Hjälmaren. Desde allí soplan vientos fríos que ningún árbol detiene. Pero a él no lo incomodan: deja que el caballo avance a su ritmo. Tampoco tiene fuerzas para apurarlo.

Pronto distingue la silueta de la ciudad. Ese año no se ha celebrado en Örebro la feria de Hindersmässan, donde los montañeses solían vender su hierro. Durante todo el tiempo en que Estocolmo estuvo en manos del rey, prefirieron retenerlo y apilar lingotes de osmund, esperando poder usar el canal cuya apertura había sido confiada a Bengt, pero que volvió a cerrarse. Ahora, con la capital recuperada y el Hjälmaren libre de hielo desde mediados de marzo, el puerto bulle de montañeses y navegantes ansiosos por recuperar lo perdido en los dos últimos años.

Es una ciudad pequeña, pero su trazado delata la mano de los alemanes: una plaza central con la casa del consejo y la iglesia; el puente viejo sobre el río Svartån, y, en el islote, el castillo. Se abre paso a caballo en línea recta, con una indiferencia que hace que todos se aparten. Muchos interrumpen su labor, preguntándose quién es ese gran señor que llega sin séquito y qué hace allí. Cruza el puente, llega al castillo y le da su nombre al hombre que lo espera.

—Sé que eres quien dices ser porque no es la primera vez que nos vemos. —Harald Esbjörnsson posa la mano en la brida mientras Bengt desmonta sin añadir palabra—. Veo que vienes solo. Y vienes a ver a Engelbrekt. Pero aquí ya no se te considera un amigo. Si yo te dejara entrar con un arma, perdería la confianza que me han dado.

—No traigo ni espada ni daga.

Se miran un instante, midiéndose. Bengt se aparta el manto del hombro y da media vuelta para mostrar el cinto vacío. Harald asiente, conforme.

—Dices la verdad. Aunque muchos juzgarían imprudente andar desarmado en estos tiempos.

Le silba a un mozo, que corre a tomar las riendas del caballo.

—Acompáñame y espera un momento en el vestíbulo. Allí encontrarás comida y agua, vino o cerveza.

Deja a Bengt atrás, sube la escalera y se acerca a la puerta. Llama con cuidado antes de entrar.

—Hay un hombre que pregunta por ti. Es Bengt Stensson, de Göksholm.

—Ayúdame a llegar hasta la silla.

Hay poca luz en la estancia cuando invitan a Bengt Stensson a pasar. Engelbrekt lo espera junto a una mesa con una jarra de vino y un vaso, una mano apoyada en el respaldo de la silla. Hacía un año y medio que no compartían un mismo espacio, desde la sala del Consejo en Vadstena. Bengt lo encuentra cambiado: más delgado, más sombra que cuerpo, por mucho que lo envuelvan ropas gruesas.

El silencio pesa. Bengt duda por dónde empezar. Engelbrekt rompe el silencio con una tos ronca y luego dice:

—Debes saber que Erik Puke no atacó Täljehus a petición mía. Fue el primero en recibir noticias y actuó por su cuenta, movido por la hostilidad que siente hacia los tuyos desde hace tiempo. Yo no lo supe hasta que ya era tarde. De haber estado en mi mano, lo habría hecho de otra manera.

Pero Bengt apenas escucha. Se humedece los labios. Todo lo que había pensado decir se le ha borrado de la memoria. Tiembla al servirse vino —lo necesita para armarse de valor—, y al fin habla:

—No vengo a ti para hablar de barcos quemados, ni de canales cegados, ni de Erik Puke, ni de Täljehus reducido a cenizas. Estoy dispuesto a asumir mi parte de la deuda, a aceptar la compensación que creas justa, a jurar ante el Consejo y a dejar que ellos decidan lo que crean razonable. No vengo para discutir el pasado, sino por un rumor. —Intenta beber, pero el vaso ya está vacío—. Se dice que tú y mi hijo estáis más unidos de lo que dos hombres deberían. —Vuelve a servirse y continúa—: Tu familia apenas lleva unos años en la nobleza; la nuestra, en cambio, muchos: nos llamaban los reyes de Näset antes de que Suecia existiera como reino. Generación tras generación, hemos tenido tierras, riqueza, respeto y hemos levantado templos que, a cambio, nos han concedido tierra sacra

donde descansar en paz. Ése es el legado que defendemos. —Otro trago—. Mi padre y mi madre tuvieron diez hijos, pero de todos esos sueños y esperanzas sólo queda Måns. Bo tiene un hijo, sí, pero todavía es un niño frágil al que una fiebre puede llevarse en cualquier momento. —Bebe de nuevo—. Mi esposa y yo tuvimos primero a Brita y, después de seis años de espera, llegó Måns. Fue un regalo del cielo. Jamás hubo niño más hermoso ni con más voluntad. Lo recuerdo recién nacido en mis brazos, mirándome con sus grandes ojos azules como si supiera que yo era su padre. Fue un faro en nuestras vidas. Mientras otros enviaban a sus hijos lejos, Stina quiso retenerlo, y yo lo acepté: sin él habríamos vuelto a ser lo que éramos, grises y marchitos. Lo guardamos demasiado tiempo en una jaula dorada, hasta que fue imposible detener su marcha. —Vuelve a dar un largo trago y se sirve otra vez. La jarra de vino ya está por la mitad—. No te pido afecto ni por mí ni por mi linaje. Pudo haber pasado que estuviéramos en bandos contrarios desde el principio. Pero he venido por Måns. —Respira hondo e intenta controlarse—. Si ese rumor corre, lo destruirá. El respeto de la gente se convertirá en desprecio. No quiero saber qué ocurrió ni qué no. Sólo sé que basta con que se hable de ello. Con tu sola presencia puedes arrebatarle el futuro. Debes poner fin a esto. Debes dejarle claro a Måns que es tu decisión firme e irrevocable. Si sientes amor por él, como yo lo siento, así es como debes demostrarlo.

El discurso termina. Exhausto, Bengt se deja caer en el banco, como si el peso lo hubiera vencido. Derrama vino al servirse, bebe hasta vaciar el vaso y lo deja rodar sobre la mesa. Se aprieta el tabique nasal, contiene un sollozo y se pone en pie con torpeza. Tambaleándose, avanza hacia la salida.

Harald Esbjörnsson lo ve salir y, al ver a Engelbrekt, corre hacia él, alarmado. Está inmóvil y con el rostro sombrío. Su voz es apenas un hilo:

—Es tarde. Bengt Stensson no puede montar a caballo en este estado. Ofrécele una cama y dale cuanto pida.

107

Stina evita la cama en la que ha estado tanto tiempo postrada; le inquieta pensar que quizá un día ya no pueda levantarse. Por las noches se acerca a las ventanas abiertas en los muros de piedra, aparta a quienes vienen a taparlas con tablones y se queda mirando el cielo. Ve cómo se encienden las estrellas en su orden inmutable: primero las más fuertes, al final las más débiles, que apenas duran un instante antes de apagarse, dejando a las otras recibir el rubor del amanecer. Prefiere dormir sentada, cuando el cansancio la vence sin que se dé cuenta. Entonces la asaltan sueños agitados: los muertos a las puertas de Täljehus, estatuas de hielo en medio de la ventisca. Entre ellos distingue a Måns, inmóvil, su belleza congelada para siempre. El grito que le arranca ese sueño es tan agudo que rompe la frontera del mundo onírico y la despierta de golpe, con la cabeza cayendo hacia delante sobre el pecho dolorido.

Amanece. Los días crecen con la primavera, pero Stina desearía lo contrario: que la luz menguara, para no sentir tan vivo el peso de la nostalgia y el dolor que trae consigo. Ha visto partir a Bengt Stensson a caballo, sin preguntarle ni adónde ni por qué. Brita permanece a su lado, solícita, más cercana que nunca, aunque no por ello más querida. En su fuero interno, Stina hubiera preferido que el destino intercambiara sus papeles: Brita, la niña de sus ojos,

segura en casa; Måns, el prescindible, perdido en los reinos inciertos donde las fronteras cambian con cada luna. Pero la vida no atiende a los deseos de una madre. Como si se pidiera que el sol brillara de noche y la luna guiara el día. El sentimiento la atormenta: cuanto más tiempo pasa con Brita, más clara se le hace la verdad de que no puede amarla como quisiera.

Aun así, rezan juntas, recorren la hacienda, revisan las múltiples tareas de la señora de la casa: desde los barriles de hortalizas en vinagre y carne en salazón de la despensa hasta los libros de cuentas. Brita aprenderá algún día a ser una buena ama de casa, cuando encuentre marido. Para Stina, esas rutinas son apenas una forma de ocupar el tiempo mientras espera el regreso de Måns. Rara vez se aparta de un lugar donde pueda vigilar el camino embarrado que cruza el prado, marcado todavía por la nieve derretida.

Cuando al fin ocurre, cree estar alucinando. Dos jinetes desconocidos se acercan. Se engaña a sí misma pensando que su vista la traiciona, hasta que ya no puede resistirlo y corre hacia ellos. Atraviesa el patio, el puente, el prado, sin importarle el sabor a sangre en la boca ni el dolor en el costado. El jinete que va delante desmonta al verla, y Stina lo abraza con todas las fuerzas que le quedan. Es delgado, pálido, gastado por el viaje, pero está de vuelta. Por fin en casa. Bajo sus cuidados, todo se reparará, hasta el punto de que ni el tiempo pueda distinguir el pasado del presente. Lo estrecha contra sí y no quiere soltarlo.

—Hijo mío. Mi queridísimo hijo.

La maldición se ha roto: Ingegerd Knutsdotter es ya sólo un cadáver. Este amor no acabará en sangre.

108

Una pesadilla despierta a Brita. Es muy temprano, pero Måns ya se ha marchado, como cada día. No volverá hasta la noche, cuando todos duerman de nuevo. Decide aprovechar el desvelo, se envuelve en una manta y sube por la escalera de la torre hasta lo más alto. Allí descubre que no está sola.

—¿Hebbla?

Hebbla Albrektsdotter sigue en Göksholm. Lleva más de un año como «invitada» de Bengt. Es una muchacha singular, pero Brita la siente más cercana que su propia madre... mejor compañía que ninguna otra.

—¿Qué haces aquí?

Hebbla se vuelve, se recoge el cabello rojo detrás de las orejas. Una franja de luz comienza a tensarse en el horizonte.

—Lo mismo que tú.

Se orienta de nuevo hacia la abertura del muro que ha elegido para mirar afuera, y señala el hueco del otro lado. Brita ocupa el sitio.

—Espera. Ya no tardará.

En el patio, entre sombras, se mueve una figura. De las caballerizas sale Måns: esbelto en la penumbra. Conduce a su caballo hasta el puente y lo cruza despacio, para que los cascos no

delaten su marcha sobre la madera. Al otro lado, monta en la silla y primero avanza al paso, hasta que, más adelante, espolea al animal y se lanza al galope. Cruza el prado hacia la linde del bosque, y de pronto se pierde de vista.

—Se va cada día antes del amanecer —dice Hebbla—. No regresa hasta pasada la medianoche.

—¿Por qué?

—Diría que espera un mensajero. En lugar de quedarse en Göksholm, cabalga tan lejos como puede, con la esperanza de cruzarse con él. Luego vuelve.

Brita niega con la cabeza, la frente fruncida.

—No entiendo qué le ocurre. Desde que ha vuelto está cambiado. Madre sólo quiere darle el amor que se vio obligada a guardarse durante meses, y él no lo acepta. Con lo que ha sufrido ella en su añoranza... ahora el tormento es aún mayor.

—Tú misma lo dices: Måns ha cambiado. El hijo al que la señora Kristina tanto quiere es ya un recuerdo, y nadie lo sabe mejor que él.

Brita respira hondo. Mira a Hebbla con otros ojos: no como a una molestia, sino como a una invitada perspicaz, educada y atenta.

—Llevas mucho tiempo con nosotros, y hemos sido malos anfitriones. Seguro que odias Göksholm. Dios sabe que yo también. Mi madre es una sombra de lo que era; mi padre casi nunca está en casa y hace semanas que no lo veo. Hablaré con él, le preguntaré por qué cuesta tanto encontrar a alguien que te lleve a Bergen.

Los ojos de Hebbla, vacíos, la atraviesan.

—No es eso. No me falta quien me lleve. Herr Bengt me quiere aquí porque soy de linaje alemán y mi padre es cercano al rey. Tú

piensas que soy una invitada, pero en realidad soy una prisionera, una rehén con la que negociar cuando convenga.

Se deshace una trenza y se peina los rizos con los dedos.

—Es bueno tener algún valor, sea como sea. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

La luna, fina como una hoz, esparce su luz plateada sobre el bosque y el sendero que ha tragado a Måns. Hebbla sigue mirando hacia allí.

—Además, no me atrevo a viajar. ¿A ti no te parece como si hubiese una cuerda que se tensa cada vez más? A mí sí. Y creo que no puede faltar mucho para que se rompa. Prefiero quedarme.

109

Finn baja al lago para quedarse un rato a solas. En Göksholm, un día encadena pronto al siguiente, y es fácil perder la cuenta. Está en casa y, aun así, todo resulta distinto. Se siente nervioso sin saber bien por qué: todo lo que han visto, todo lo que han hecho... Más allá del lago, la colina y el bosque, el reino es otro distinto al que dejaron. Su delito, conocido pero no perdonado, pesa. Los mil marcos de plata han comprado un castillo, pero ¿con qué fin? Si la expiación existe, él no sabe dónde buscarla.

Abajo, en el embarcadero, las barcas chapotean entre los vapores de la brea nueva con que las han pintado para que resistan un año más. Recuerda el día en que él y Måns estaban achicando agua de las barcas y Nils Stensson llegó como un personaje salido de una saga a negociar sobre la vida y la muerte con palabras hermosas.

En la playa hay un lugar donde los niños de Göksholm acumulan piedras planas. Elige un puñado y se planta en la punta del embarcadero. El lago yace tranquilo en un mediodía templado. Rodea el canto redondo de las piedras con el dedo índice una a una y las lanza para que reboten sobre el agua. Con cada brinco se forman anillos diminutos que se extienden a toda velocidad: al principio en patrones sencillos, después mezclados y confusos. Lanza la última piedra y cuenta los rebotes: siete, quizá ocho. Un buen tiro.

Cruza los dedos esperando que Måns haya dejado ya sus cabalgatas inútiles: esas idas y venidas sin rumbo por los alrededores. Pero no es él quien está en la playa, sino Brita. Finn baja la mirada, como corresponde a un criado. Nunca confió en ella: siempre le pareció distante, más refinada, y además mujer, lo que marcaba otra barrera. Con el tiempo, la traición de Ylva abrió una brecha aún mayor, y ninguno se atrevió a romper el silencio que se instaló entre ambos.

—¿Quien logre que la piedra rebote más veces gana? —pregunta ella.

Él asiente, tímido. No lanza hasta que ella lo incita con un gesto. Cinco. Después ella: nueve. Repiten hasta quedarse sin piedras; los últimos anillos se desvanecen. Ella le responde sin que él le pregunte nada:

—Måns siempre te tuvo a ti, pero a mí Ylva me dejó sola. No tenía a nadie. Solía venir aquí para estar en mi mundo; tardaban en preguntar por mí. Pocos han lanzado más piedras que yo en este lugar. —Se vuelve hacia él—. Ahora eres tú el que está apartado. ¿No lo notas? Todo está mal.

Finn asiente.

—Ninguno de nosotros es lo que era —continúa ella—. Aun así, la gente finge que no han pasado dos años. Mi padre está siempre fuera y bebe más que nunca; supongo que hace lo que puede. Mi madre está peor: corre entre sus quehaceres, muerta de miedo de detenerse y ver la situación en que se encuentra, como una liebre ante una jauría. Le da miedo que la realidad la atrape y la devore.

—¿Y Måns? —pregunta Finn.

—No lo sé. Aquí no quiere estar. Parece que espera algo.

—¿Y tú?

Brita se ríe sin alegría, desacostumbrada a que le pregunten nada.

—Cuando mi madre y yo salimos de Täljehus huyendo de los hombres de Puke, había una tormenta de nieve. Apenas veíamos a unas pocas brazas alrededor. Cuando nos topamos con unos cadáveres congelados, mi madre se quedó paralizada y yo, sin pensarlo, le solté la mano y seguí adelante, tambaleándome. Al poco me vi sola en medio de una blancura infinita e inerte. No sé cuánto duró, quizá apenas unos instantes, pero en la memoria se me hacen eternos. Entonces oí relinchar caballos que resultaron ser de Puke. Monté en el más fuerte, solté a los demás y los vi perderse en la tormenta. Después, retrocedí como pude sobre mis huellas, subí a mi madre a la grupa y escapamos. Aun así, me sigo viendo a menudo sola en aquella blancura, de día y de noche. Y ahora sé que no era sólo terror lo que sentía: también un destello de libertad. —Mira hacia la casa en su montículo, bañada por el sol que se pone—. Estoy marcada por lo sucedido, como muchos otros. Göksholm me ahoga. En cuanto los caminos se sequen, ensillaré el mismo caballo que me sacó de Täljehus y me marcharé. Quizá mis padres noten más mi ausencia que mi presencia, a mí me da igual. Quizá encuentre un hombre, una casa, hijos. Como mi madre antes que yo.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta Finn.

—«Destino y esperanza» —responde ella.

Finn nota con el pie que hay una piedra más en el suelo; la recoge y se la ofrece a Brita, que niega con la cabeza. Él la lanza, sin convicción. Ambos siguen la piedra con la vista, pero ella es la primera en señalar:

—Mira, barcos. Vienen de Örebro.

Finn se hace visera con la mano para ver mejor. Dos naves largas y estrechas reman sobre el lago inmóvil, tripuladas por un puñado de hombres. Reconoce a varios de ellos.

—Es la gente de Engelbrekt, los más allegados.

—Ve a buscar a Måns, Finn. Yo me quedo a preparar el bote.

Harald Esbjörnsson parte leña junto al fuego. Lo ha encendido con ramitas secas recogidas de ramas muertas y ahora coloca otras más gruesas encima. Es meticuloso: prefiere esmerarse de más antes que de menos, porque sabe —aunque Engelbrekt nunca se lo pida— que el calor alivia las articulaciones del caudillo, cada día más rígidas y doloridas. Ningún hombre debería haber cabalgado tan lejos con el frío de ese invierno. Ni siquiera el viaje en barco, más suave y en mejor estación, le parecía prudente, pero Engelbrekt no quiso escucharlo. El Consejo se reúne en Estocolmo y él es el eje de la rueda: su ausencia o su debilidad pueden llevar al reino al colapso. Sin él, los grandes señores se lanzarán unos contra otros, ansiosos por arrancar una parte mayor del botín que hasta ahora se ha repartido con la justicia de otros. Pocos lo dicen en voz alta, pero la pregunta pesa sobre todos: si Suecia se ha librado de los daneses, ¿quién llevará ahora la corona? Si no es Engelbrekt, ¿quién?

En el barco, durante la travesía desde Örebro, Engelbrekt ha ordenado que le prepararan una cama. Envuelto en mantas, yace inmóvil, pálido, como un caudillo de la antigüedad en su último viaje. Harald espera que el reposo le devuelva algo de fuerzas, porque Engelbrekt es lo único que asegura la paz.

Al amanecer bordean un cabo y descubren una cala resguardada. Junto a la playa hay un estrecho prado rodeado de árboles apenas reverdecidos. La arena fina acoge suavemente las proas de los barcos. Él se coloca de inmediato al lado de Engelbrekt, decidido a que nadie más intuya la gravedad de su mal. Lo sostiene por la cintura y prácticamente lo carga hasta tierra mientras los hombres apilan piedras para encender una hoguera y la encienden con corteza seca de abedul.

Cuando el fuego prende con fuerza, él se sienta en un tronco para secarse el sudor antes de que le empape la camisa. Entonces, al mirar hacia el agua, descubre una barca con dos pares de hombres a los remos y algunos más a bordo. Se levanta y avanza hasta la playa para verlo mejor. En la proa reconoce a Finn Sigridsson y a Måns Bengtsson. Tras ellos hay una mujer. Suspira: al fin ha llegado el momento tantas veces pospuesto.

Toma una rama encendida y la alza para indicar a los recién llegados dónde desembarcar. Luego vuelve junto a Engelbrekt, que aún dormita, y lo despierta con suavidad.

—Mi señor.

Al principio no hay respuesta.

—Mi señor...

El otro abre los ojos y, durante un instante, él ve en ellos la paz del sueño, hasta que regresa la conciencia... y con ella el dolor de brazos y piernas. La respiración se interrumpe en una inhalación brusca, y levanta la cabeza.

—Cuántas veces te he pedido que no me llames así.

Él lo ignora: le pasa un brazo por los hombros para ayudarlo a incorporarse.

—Mi señor, vienen botes desde Göksholm. Es Måns Bengtsson.

Engelbrekt asiente en silencio. Está pálido y ensimismado, y en su mirada, Harald reconoce un dolor aún más hondo.

—Ayúdame a ponerme en pie, Harald. Llévame a un lugar donde pueda hablar con él a solas.

Él lo levanta con facilidad: es demasiado ligero, ha adelgazado mucho y sólo las capas de ropa gruesa le permiten conservar algo de su antigua presencia. Se estira para tomar la muleta, pero Engelbrekt lo detiene:

—Déjala donde está.

—¿Cómo vas a sostenerte sin ella?

—Lo haré.

Él no insiste: conoce bien ese tono. Se limita a cargarlo hacia la arboleda donde minutos antes cortaba leña. Lo deja en un sitio desde el que se ve el fuego y la playa, pero lo bastante apartado como para no oír lo que se diga. Y se pregunta, no sin amargura, cómo podrán sostenerlo unas piernas que hace semanas ya no son capaces de soportar su peso.

Finn deja que los remeros sigan la señal de la antorcha. En la playa los espera Harald Esbjörnsson. Fuerte como un oso, levanta la proa hasta asentarla en la arena y tiende un brazo, saludo y apoyo a la vez, para que él salte sin mojarse.

—Finn Sigridsson, qué alegría verte. Tú y los tuyos sois bienvenidos, como siempre.

Él asiente y alarga los brazos hacia Brita para ayudarla a bajar sin que se moje el vestido.

—Éste es Harald Esbjörnsson, uno de los más fieles de Engelbrekt —le dice a Brita, y luego se vuelve hacia Harald—: ella es Brita Bengtsdotter de Göksholm, hermana de Måns.

Al oír el nombre de Måns, Harald lo busca con la mirada y lo ve bajar a tierra por su cuenta, tan pálido como Engelbrekt, con los ojos hundidos y los labios casi blancos. Inclina la cabeza.

—La paz sea contigo, Måns.

No hacen falta preguntas ni instrucciones: todo está claro. Harald toma a Finn del hombro y, abriéndose para incluir a Brita, les indica el camino.

—Venid junto al fuego. No tenemos gran cosa, pero lo que haya lo compartiremos. Y seguro que tenéis historias que contar desde la última vez. —Los deja avanzar unos pasos y se queda atrás. Con un gesto, le señala a Måns la senda que sube al bosque—. Te está esperando en la arboleda.

Luego retoma el paso y guía a Finn y a Brita hacia el resplandor de la hoguera. Los remeros también desembarcan y se presentan a los hombres del campamento, que amplían el círculo para hacerles sitio y buscan jarras para todos. Harald, en su papel de anfitrión, ríe a la menor ocasión, aunque hasta él percibe lo forzado que suena. La tensión no se disipa: le pesa en el estómago como una madriguera de serpientes.

Sus ojos, una y otra vez, se desvían hacia el claro del bosque donde los otros dos se enfrentan cara a cara. Y no es el único. Se parecen más de lo que deberían, pese a todo lo que los separa: dos figuras pálidas que destacan como manchas blancas entre los troncos, como enfermos de la misma dolencia, o fantasmas

disputándose el mismo lugar. Resulta incomprensible que Engelbrekt consiga mantenerse en pie.

Permanecen un rato en silencio: Engelbrekt, rígido e inmóvil; Måns, inquieto, cambiando el peso de un pie al otro. Frente a frente.

—Te he buscado durante meses, sin éxito.

—Nuestro tiempo ya había terminado.

—Tú me apartaste.

—Todo acaba, Måns, y rara vez acaba bien. Fue mejor despedirnos como lo hicimos. Lo que compartimos empezó como un juego de verano, ¿no lo recuerdas? Pero se nos concedió mucho más: verano, invierno, primavera... y otro verano. Recuerdos limpios, sin amargura. ¿No fue suficiente?

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque el tiempo pasa y las cosas cambian. Para mí ha llegado el momento de pensar en otros deberes. El Consejo volverá a reunirse, y cada vez se exige más mi presencia. Mi lugar, como *hövitsman*, está en Estocolmo. Me acompañará mi esposa, que me ha esperado pacientemente en Norberg y Örebro. Lo nuestro pertenece al campo de batalla: en la guerra y la juventud los hombres se acercan, hasta que la edad y la paz los separan. El tiempo del juego ha quedado atrás, ahora nos espera la seriedad.

Harald Esbjörnsson da un respingo ante un sonido repentino: un eco extraño, semejante al gemido de un animal atrapado, un zorro en la soga. Pero ha salido de una garganta humana. Algunos alrededor

también lo oyen, aunque bajan la vista y dejan que sea él quien se levante, fingiendo no haberlo notado. Se aparta un poco del resplandor de la hoguera y entorna los ojos hacia la arboleda. Distingue a Måns en la distancia: tiembla y se cubre el rostro con sus manos delgadas. Engelbrekt sigue inmóvil, como tallado en piedra. Oye el crujir de una rama a sus espaldas: es Finn, que lo ha seguido, con la hermana de Måns unos pasos más atrás.

Las lágrimas ruedan por las mejillas de Måns; el dolor le contrae el rostro y cada inspiración parece venir acompañada de un calambre.

—¿Y el reino?

—Måns... me crees más de lo que soy. Nadie puede cambiar tantas cosas. El reino seguirá siendo lo que siempre ha sido, aunque con otro rey. Te dejaste arrullar con demasiada facilidad por el cuento.

—Todo lo que me dijiste... tus palabras hermosas, la esperanza que hiciste nacer en mí.

Engelbrekt guarda silencio un momento; su respiración suena pesada, como si en vez de respirar encadenara un suspiro tras otro.

—Desde tiempos inmemoriales, los hombres con poder han dicho lo que convenía para lograr lo que buscaban. Si alguien debería saberlo eres tú, que creciste rodeado de tu padre y tus tíos.

Un escalofrío recorre a Harald Esbjörnsson de arriba abajo, como un golpe en la boca del estómago. El hacha con la que había estado partiendo leña, recién afilada con su piedra, ya no está apoyada en

el tronco donde la ha dejado. Ahora brilla entre las manos de Måns Bengtsson.

Måns aprieta con fuerza el mango del hacha. Siente en la palma el peso de la madera y, en la punta, la amenaza del filo acerado.

—¿Quieres decir que nunca habrá paz en el reino de Suecia? — Permanecen frente a frente. La brisa primaveral agita la hierba del claro al caer la tarde; las espigas aún son bajas. Måns alza el hacha, y Engelbrekt no se mueve: brazos caídos, firme ante el filo que lo desafía. El aire parece haberse encogido entre los dos, cargado de peligro. La voz de Måns, ronca y quebrada, deja escapar súplicas de desesperación—. Mientes. No sé por qué. No eres tú quien habla. Yo conocía a Engelbrekt Engelbrektsson tanto como se puede llegar a conocer a un hombre. Y ahora tengo delante a un impostor, un embustero. Retira lo que has dicho. Yo debía ser tu conciencia. Me lo pediste, y juré serlo.

Engelbrekt lo observa. Ve las lágrimas en sus ojos, el rostro lívido, el cabello alborotado por el viento. Lo ve repetir los mismos errores de antes, aun sabiendo más ahora: se balancea sobre las piernas, levanta el hacha por encima de la cabeza, se humedece los labios y toma aire, con los músculos en tensión. Engelbrekt recuerda cómo terminó aquello la última vez, cerca de Amneholm, en una colina apartada del campamento. Las rodillas cediendo, la hierba aplastada contra la tierra, el olor de los tallos rotos en el verano cansado. El latido del corazón en la piel sudada. El recuerdo es tan vivo que le empaña los ojos. Un adversario siempre revela su propósito con la

mirada. Ojalá el hacha caiga antes que la lágrima. Y por miedo a que sus ojos lo delaten, Engelbrekt decide cerrarlos.

Demasiado tarde echan a correr Harald, Finn y Brita, y demasiado tarde llegan al lugar. Måns está de rodillas en el suelo, encogido y con la cara hundida en tierra para acallar sus alaridos. Engelbrekt, caído a su lado, en paz. El hacha, entre el uno y el otro, habiendo cumplido su destino. Se quedan allí de pie, sin decir nada. Por un momento, los débiles gemidos de Måns son lo único que se oye en el bosque, hasta que la presencia de la muerte alcanza la hoguera y los hombres sentados alrededor se ponen en pie y corren hacia allí con las armas en mano. Necesitan comprobar lo que sospechan, ver con sus propios ojos lo sucedido. Harald Esbjörnsson se anticipa a lo que sabe debe ser el siguiente paso: se acerca a Måns, se quita la boina y se vuelve hacia los suyos.

—Cualquiera de vosotros que considere que ha perdido más que el propio asesino con esta muerte, que dé un paso al frente y exija la justicia que considere oportuna, aquí, ahora, ante mí.

Brita y Finn se colocan a ambos lados de Måns, como para protegerlo. Pero nadie se atreve a tocarlo: todos lo evitan y se dirigen adonde está Engelbrekt. Sin que nadie pronuncie palabra, varios de ellos levantan su cuerpo, lo llevan hasta la playa y lo lavan para retirarle la sangre, de modo que pueda irse limpio a su descanso final.

Finn se arrodilla junto a Måns, le aparta las manos del rostro y le limpia con cuidado la tierra de las mejillas. El otro se queda mirando sus propios dedos manchados de sangre y luego levanta la vista hacia su amigo como quien busca un testigo.

—Finn... ¿es esto un castigo divino? ¿Que un pecado me arrastre a cometer otro peor, y que ese segundo sea la punición del primero?

Finn le toma las manos, ahora también teñidas de rojo.

—Las mías están manchadas igual que las tuyas, y me he hecho las mismas preguntas muchas veces. —Aprieta con suavidad los dedos temblorosos y baja la voz, como si le costara dejar salir lo que lleva dentro desde hace tiempo—: Ya no sé si Dios existe. Si existe, no es el que nos enseñaron. Quizá el cielo está vacío, quizá no es más que un azul sin fin. Lo único que sé es que ese Dios del que dudo no tiene poder para perdonar mis pecados. Quizá el perdón se halle en otro lugar. Ven, busquémoslo juntos.

Lo abraza y lo ayuda a ponerse en pie. Juntos caminan hacia la playa, donde los remeros esperan impacientes con la barca lista para partir de aquel lugar marcado por la muerte.

Brita se vuelve hacia Harald Esbjörnsson.

—Reúne a tus hombres y seguidnos a Göksholm. Allí nada malo os ocurrirá.

—Quizá allí no —responde él—. Pero ¿y después?

Avanzan hasta las barcas, ya botadas, y luego se alejan bajo la luz incierta de la luna mientras, detrás de ellos, el fuego se apaga. El agua queda en calma, salada con lágrimas.

110

Las embarcaciones rozan la orilla con un murmullo al crujir sus quillas en la grava. Los de Göksholm desembarcan primero; después los de Örebro, convertidos en cortejo fúnebre, con Engelbrekt Engelbrektsson tendido en una camilla entre los bancos de los remeros. Todos saltan a tierra en silencio. Brita los ve desvanecerse en el crepúsculo: Måns —la cabeza baja, las manos cubriéndose el rostro—, guiado por Finn, y detrás el resto de los criados. Ella se queda atrás, observando a los dalecarlianos forcejear con la camilla, esforzándose porque cada movimiento sea lento y solemne. Los guía, junto a Harald Esbjörnsson, hacia la casa. El sol ya se ha puesto y la tierra está en sombras, aunque el cielo conserva todavía un resplandor. Tras la colina se adivina Göksholm, con sus almenas recortándose contra el rojo de las nubes.

Harald tropieza con una raíz, y cuando Brita se vuelve ve que tiene lágrimas en los ojos. Él se detiene, y ella se dirige a los porteadores:

—Ya veis la casa. Seguid el sendero: os llevará al puente levadizo. Allí os recibirán mi padre y mi madre. Caminad con cuidado en la oscuridad.

Harald se deja caer pesadamente sobre un tocón junto al camino y se seca los ojos con la manga.

—Era mi hacha. La había olvidado en el bosque. Yo he llevado a Engelbrekt hasta allí, yo le he mostrado a Måns el camino. Todo es culpa mía.

Brita se ciñe el manto. La jornada ha acabado, la noche enfría.

—Yo podría haber delatado a mi hermano en San Juan hace dos años. Así no habría luchado delante de nuestros padres ni habría conocido a Engelbrekt.

—No es lo mismo.

—Es demasiado fácil culparse. Quizá todos seamos culpables de todo lo que ocurre en el mundo.

Harald ya no puede contenerse: antes que mostrar el rostro descompuesto, lo hunde en el pliegue del codo y respira con hondas bocanadas temblorosas. Brita permanece en silencio a su lado, con los ojos fijos en la camilla, que ha desaparecido en la noche. Con el tiempo, Harald encuentra algo de consuelo, deja de llorar, pero sigue sentado, la mirada perdida. Brita se sienta junto a él en el tocón.

—¿En qué piensas?

—En Sander Beck.

—¿En quién?

—Un soldado extranjero. Engelbrekt me envió al sur, a la Tierra sin Ley, para hablar con el pueblo y alzarlo. Llevaba una docena de ballestas en mi carro, y aun con diez veces más habría habido manos para empuñarlas. Talamos un árbol y lo tendimos en el sendero; allí esperamos a los hombres de Johan Vale. No tardaron en caer. Estaban indefensos. Mis hombres clamaban venganza, y yo mismo apenas podía olvidar los agravios sufridos a manos de los delegados reales. Habría sido fácil matarlos a todos y dejarlos en el bosque. Entre ellos, el más lamentable era Sander Beck: sin valor ni

dignidad, se orinó encima, rezó, balbuceó en un alemán torpe, repitiendo sin cesar su nombre, como si quisiera hacernos ver que era alguien más que los colores que vestía. Yo estaba arriba, en lo alto del terraplén; él abajo. Yo sueco, él alemán; yo alto, él gordo; yo con su vida en mis manos. Mientras meditaba sobre su destino, me asaltó un pensamiento.

—¿Cuál?

—Cada cual ve y oye el mundo a su manera. Para cada uno, el mundo es único. Si matas a un hombre, destruyes también el mundo que es suyo.

—¿Y qué hiciste?

—Les perdonamos la vida, como quería Engelbrekt. Sander Beck siguió andando al sur, los calzones secándose en el camino. Nunca supe qué fue de él. Poco después encontré a tu hermano en ese mismo sendero. —Se estremece, se abraza con sus grandes brazos, se frota los hombros para entrar en calor, y señala hacia Göksholm, donde la camilla se ha perdido en la noche—. Engelbrekt está muerto. Pienso en el mundo que ha desaparecido con él. No era como los demás. El mundo que veía lo quería para todos: más justo, más luminoso. Con la voz del pueblo en el Consejo y el bien común como meta. Los de abajo elevados, los de arriba rebajados. Los que rezan, los que trabajan y los que luchan, unidos y por ello más fuertes. Un mundo en el que ningún señor dejaría morir de hambre a su gente mientras el alimento se tira al estiércol. Donde ningún delegado real unciría a una mujer en lugar de un buey para cobrar impuestos. A veinte leguas de Estocolmo ha llegado Engelbrekt. Hasta la playa de Göksholm, y no más. El mundo será distinto, ahora.

El bosque permanece en silencio, hasta que un mirlo canta desde una rama invisible, un trino anhelante de algo mejor. Más lejos, otro responde. Brita recuerda su juego con Finn de apenas una hora atrás.

—Aquí todo sigue en calma, como el agua tras lanzar una piedra. Pero pronto se agitará. ¿Qué pasará ahora?

Harald suspira, se pone en pie y le tiende la mano a Brita.

—Ahora vendrá el caos. Nobles contra nobles, campesinos contra campesinos, todos contra todos. Ya no habrá confianza ni entre los nuestros.

Se seca las mejillas, mira hacia el oscuro perfil de Göksholm y añade:

—Pronto cada cual irá a lo suyo, y los de arriba nunca más mirarán a los de abajo como aliados.

Brita le aprieta la mano.

—Entonces volvamos —dice—. Antes de que sea demasiado tarde.

Epílogo

Los nombres con que hoy se conoce a muchas familias nobles del medievo son, en gran medida, una construcción posterior. Más allá de los patronímicos, el uso de apellidos era poco habitual. En el Renacimiento, cuando la sociedad concedía gran importancia a la estirpe y la descendencia y comenzaron a elaborarse árboles genealógicos, los genealogistas solían asignar nombres arbitrarios a linajes que ya habían decaído, basándose en su escudo familiar. El linaje Natt och Dag —«Noche y Día»—, documentado desde 1280 y con blasón partido en azul y dorado, constituye un ejemplo de esta práctica. No fue hasta el siglo XVIII, cuando el uso de apellidos en Suecia se había generalizado, que los miembros de la familia empezaron a escribirlo así, siendo de los últimos de su clase en adoptar la norma. Por esa razón el apellido no aparece mencionado en *La maldición de los Stensson*.

Los hechos relatados en la novela pertenecen a un pasado tan remoto que resulta difícil tenerlos por totalmente fiables. De las personas de alto rango en el siglo XV apenas quedan rastros: en la mayoría de los casos, simples fechas de matrimonio y defunción. El poder de los hombres influyentes se deduce por su participación en los Consejos del reino, en registros de herencias o en transacciones de tierras. Las mujeres suelen quedar relegadas, y del pueblo llano

no queda memoria alguna: sus rostros y personalidades sólo pueden imaginarse.

Los múltiples vaivenes de la campaña de Engelbrekt están bien documentados, pero lo escrito sobre ellos suele concluir de manera abrupta con la descripción de su muerte, cuyo motivo no se aclara en ningún documento. La ficción permite entretejer en esta obra una serie de circunstancias conocidas.

Måns Bengtsson (Natt och Dag) sólo aparece mencionado en una cincuentena de versos, curiosamente rimados, que fueron tachados de la crónica original de Engelbrekt, escrita por mano desconocida poco después de su muerte. Se cree que la supresión se debió a que esta crónica rimada fue incorporada, ya a finales de ese mismo siglo, a la más ambiciosa y política *Karlskrönikan*. En ella Måns figura como «el más querido» paje de Engelbrekt, y se asegura que este último lo proveía de ropa y bienes. Se trata de una situación peculiar para el hijo de un consejero del reino, perteneciente, además, a uno de los linajes más poderosos de Suecia. Tras un tiempo juntos, se separaron.

Entre finales de 1435 y principios de 1436 surgió un conflicto entre Bengt Stensson, padre de Måns, y Engelbrekt, pese a haber sido aliados cercanos y a que había sido otorgado a Bengt Täljehus, muy cerca del lugar donde Engelbrekt había impulsado la apertura de un canal para esquivar el monopolio comercial de Estocolmo. Bengt Stensson atacó entonces un barco de la Liga Hanseática, en abierto desafío a la paz vigente. Sus motivos nos son desconocidos. Tras el asalto de Erik Puke al castillo de Täljehus —defendido por la esposa de Bengt, Kristina Månsdotter (Leopard)—, Bengt acudió a

Örebro para ver a Engelbrekt en busca de reconciliación, y ésta finalmente se consolidó.

Poco después, en la primavera de 1436, cuando Engelbrekt se dirigía de Örebro a Estocolmo y atracó en un islote frente a Göksholm, fue asesinado por Måns Bengtsson. La crónica insiste en que el crimen se cometió con un hacha. Mats Linday, familiar mío —autor de una crónica sobre el linaje Natt och Dag y a quien está dedicada esta novela—, me señaló lo curioso de la elección de arma: ningún noble joven solía llevar un hacha al cinto. Si desde Göksholm habían partido con el propósito de matar a Engelbrekt, lo lógico es que lo hubieran hecho con espada, lanza o arco. Mi conclusión es que el hacha se hallaba ya en el lugar y que el crimen fue producto de la tensión del instante, consecuencia de un intercambio de palabras entre Måns y Engelbrekt, antaño tan estrechamente unidos.

Tras el asesinato, Måns Bengtsson dejó de portar el escudo de su familia y durante el resto de su vida usó las armas de su madre: el león y la flor de lis.

En sus últimos años instituyó en el monasterio de Julita un aniversario, una misa especial que debía celebrarse cada 4 de mayo, fecha de la muerte de Engelbrekt.

Después de su fallecimiento, la fama de Engelbrekt no dejó de crecer. Para quienes ambicionaban la corona resultaba crucial parecer el más digno de heredar el manto caído del caudillo, hasta que Gustav Vasa lo logró apenas un siglo más tarde. Durante mucho tiempo me pregunté por qué los versos sobre Måns Bengtsson y Engelbrekt habían sido tachados de la crónica, convencido de que el censor había puesto el foco en Måns. Fue una conclusión equivocada: si la supresión insinúa algo que en aquella época debía

ocultarse sobre la relación entre ambos, entonces los versos no fueron eliminados para denigrar a Måns Bengtsson, sino para proteger el recuerdo, vital para el pueblo, de Engelbrekt Engelbrektsson frente al populismo del momento.

De Måns Bengtsson (Natt och Dag) descienden todas las personas de ese linaje, el más antiguo de su clase que sigue existiendo a día de hoy. Entre Måns y yo media una línea continua de padres e hijos que se prolonga a lo largo de quince generaciones.

NIKLAS NATT OCH DAG
Visby, Suecia,
julio de 2023

Agradecimientos

Mi esposa, Mia Natt och Dag, ha realizado una ingente labor de investigación genealógica —sobre todo en lo referente a las figuras femeninas, tan desatendidas desde el punto de vista histórico— sin la cual este libro no habría podido ser lo que es. A ella se debe también la elaboración del árbol genealógico de los hermanos Stensson, que abre la novela, así como la interpretación de los escudos de armas. Gracias por tu trabajo, por tu paciencia y por nuestra vida en común.

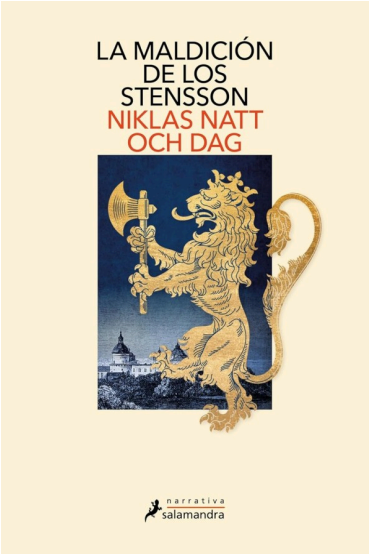
Mi gratitud también a Fredrik Backman, primer lector de esta novela, por su lectura atenta, sus comentarios y sus años de apoyo; y a Gunilla Backman, por leer el texto y darme valiosos consejos.

Gracias a Sara Bergmark Elfgren por acercarse al manuscrito con los ojos de escritora y la generosidad de una amiga.

Mi agradecimiento asimismo a mi editora, Åsa Lindström, y a mi redactor, Andreas Lundberg.

Y, finalmente, gracias a mi madre, Elisabeth Natt och Dag, por sus correcciones.

Un deslumbrante *thriller* histórico que atrapará a todos los lectores de *1793*.



Suecia, 1434. En una época de conspiraciones y secretos oscuros, una familia se enfrenta a su destino. Dinamarca, Suecia y Noruega llevan un siglo fusionadas en la Unión de Kalmar, pero ahora está a punto de desmoronarse. Puede que el rey Erik controle los reinos escandinavos con puño de hierro, aunque hay muchas familias reales que recuerdan su antigua grandeza y tienen dificultades para tolerar su yugo. Entre ellas, el linaje de Sten Bosson, con su blasón de azur y oro, sueña con recuperar su antiguo esplendor. Uno de sus miembros, Nils Stensson, descubre que en el norte se está gestando un levantamiento de los montañeses. Aprovechando un encuentro familiar por el día de San Juan, Nils informa a sus hermanos, que ven en ello una oportunidad para formar una alianza. El sobrino de Nils, Måns, de diecisiete años, es el elegido para acercarse a los

montañeses y ganarse su confianza. Es una misión peligrosa, con innumerables riesgos y consecuencias decisivas. Lo que Måns no sabe es que una maldición se cierne sobre la estirpe de los Stensson, y que él podría pagar el precio.

Tras su febril trilogía sobre la Revolución Sueca, Niklas Natt och Dag ha escrito una nueva epopeya llena de sonido y furia. En *La maldición de los Stensson*, se basa en una parte de su propia historia para contar el ascenso y la caída de una de las familias más poderosas de Suecia, en un fascinante relato de conspiración, celos, secretos y maldiciones.

La crítica ha dicho:

«Niklas Natt och Dag construye una imagen del siglo XV tan maravillosamente vívida y polifacética como lo hizo con el siglo XVIII en su trilogía de novela negra histórica. [...] ¡La forma en que cuenta una historia! ¡La forma en que retrata! La batalla en el castillo de Tälje se convierte en un horror emocionante e inolvidable.»
Dagens Nyheter

«La lectura se convierte en puro gozo. Niklas Natt och Dag es un estilista con pocos iguales, y el libro es un testimonio de fuerza literaria.»
Borås Tidning

«El autor es un maestro del lenguaje.»
Dala-Demokraten

«Un *Juego de Tronos* sin dragones, ambientado en la época medieval sueca. [...] Niklas Natt och Dag investiga los mecanismos del poder del mismo modo escalofriante que lo hace George R.R. Martin en la serie *Juego de Tronos*.»
Gefle Dagblad

«El lenguaje del autor es cautivador e impulsa la trama hacia adelante. *La maldición de los Stensson* es una novela histórica emocionante, entretenida y estilísticamente bien escrita, con un aire de suspense que hace que el libro sea difícil de dejar.»
BTJ

«*La maldición de los Stensson* es una obra maestra.»
Kapprakt

Niklas Natt och Dag (Estocolmo, 1979) es un escritor sueco reconocido internacionalmente por su trilogía de Estocolmo (formada por las novelas *1793*, *1794* y *1795*), publicada en treinta países y editada en español por Salamandra. Descendiente de una de las familias nobles más antiguas de Suecia, Natt och Dag mantiene un estrecho vínculo con la historia escandinava, que atraviesa toda su obra. Su narrativa se caracteriza por la combinación de rigor histórico, intensidad y una prosa envolvente. En *La maldición de los Stensson*, se adentra en su propia historia familiar para construir un poderoso relato de intriga, ambición y violencia.



Título original: *Ödet och Hoppet*

Primera edición: marzo de 2026

© 2023, Niklas Natt och Dag
Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Pontus Sánchez, por la traducción
Mapa del inicio del libro: Bokförlaget Forum
Árbol heráldico del inicio del libro: Mia Natt och Dag

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de © Young Lim
Imagen portada: iStock Images / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley

24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-14-9

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @Salamandraed
Instagram: @Salamandraed
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La maldición de los Stensson

Primera parte. Junio de 1434

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Segunda parte. Noche de San Juan, 1434

- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Tercera parte. Pleno verano, 1434
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Capítulo 64
Capítulo 65
Cuarta parte. Finales de verano, otoño e invierno de 1434
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Quinta parte. Otoño, invierno y primavera, 1435-1436
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96

Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Niklas Natt och Dag
Créditos